

Isai Flores

**ARRAÑAN
CARNES
DE LOS CU
RTIDAD**

*la continuación de
Salvame de los espíritus*

ARRÁNCAME DE LA OSCURIDAD

Isaí Flores

Arráncame de la Oscuridad

Primera edición, febrero 2020.

© 2020, Isai Flores

Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción. Todos los acontecimientos históricos, personas o lugares reales que aparecen en esta obra son producto de la imaginación del autor o se usan de modo ficticio.

Queda prohibida la reproducción directa o indirecta, total o parcial de esta edición así como la explotación de la misma, sin autorización escrita del editor.

Contacta al autor:

[Facebook](#) / [Instagram](#) / [Twitter](#) / [Correo Electrónico](#)
isaoriginal.com

ÍNDICE

[Capítulo 1: Sangre de mi sangre.](#)

[Capítulo 2: Desde adentro.](#)

[Capítulo 3: Familia y trapos sucios.](#)

[Capítulo 4: Enviado del cielo.](#)

[Capítulo 5: Vidas pasadas.](#)

[Capítulo 6: Marta y el futuro.](#)

[Capítulo 7: Espíritus.](#)

[Capítulo 8: El final del hombre.](#)

[Capítulo 9: Rojo sobre el arcoíris.](#)

[Capítulo 10: Más allá.](#)

[Capítulo 11: Marta y el presente.](#)

[Capítulo 12: Sentimientos ocultos.](#)

[Capítulo 13: Algunos se van, otros regresan.](#)

[Capítulo 14: La depuración.](#)

[Capítulo 15: Cortando hilos.](#)

Capítulo 1

Sangre de mi sangre

Psst. Psst.

Édgar escuchó un susurro mientras caminaba por una colina esmeralda basta de margaritas, de la mano de la fuente que todo lo ha creado, sintiéndose opulento, galante, vivo. Dormía. Tras un empujón emergió de su fantasía para naufragar en las peligrosidades de su habitación, donde la luna se entrometía por las ventanas y acariciaba sus cortinas de seda.

Frases en inglés lustraban las paredes: *Dream big. Fall in love. Follow your dreams.* Había leído en libros de Robert Kiyosaki que tener afirmaciones positivas a la vista provocaba un cambio de mente, que mejoraban la vida. A él no le había dado mucho resultado. La magnitud, presuntuosa, se arrastraba por el suelo, extendiéndose por el que alguna vez había sido el refugio de Rafael Mendoza.

Observó el rincón donde leía a Elena Poniatowska e Isabel Allende, un cobalto sonreía, y aquello le había traído a la mente sus primeros pasos, cuando ahí estaba una cuna y su colección de juguetes, después, cuando se deshizo de los vestigios infantiles y los reemplazó por carteles de películas hollywoodenses protagonizadas por Brad Pitt. Detrás de sus camisetas guardaba los promocionales de *Sr. y Sra. Smith, Troya* y *¿Conoces a Joe Black?* Porque de repente era urgente apreciar al actor con una textura distinta a la de la pantalla del *smartphone*.

Édgar era antiestético. Lo contrario a sus gustos: Piel clara y miradas rebosantes, características que concebía Rodrigo Zurita, quien durante las clases de fotografía había transformado la energía inquisitiva en amor, se había dejado ser invitado al bar y sumergirse en olas de lavanda, romero y pino. Este, respiraba con calma, junto a él, perdido en un sueño sin percatarse del movimiento que había hecho el colchón cuando su amante se puso de pie.

Édgar carraspeó y se ajustó los calzones. Frío. Eran principios de septiembre, trombas dejaban un frescor incómodo en los hogares y provocaban que el sistema nervioso enloqueciera. Se puso las pantuflas, le dolieron los callos por tantos kilómetros de trote, se calentó con los brazos. Distinguir los objetos era complicado, la oscuridad era inminente y su astigmatismo descollaba, qué terco al no querer usar anteojos para no verse igual a su padre, ni siquiera la moda *hipster* lo persuadió.

Psst. Psst.

“¡Ah, cabrón!”

Rodrigo no había despertado, seguía ahí, con la espalda desnuda y los glúteos curvando las sábanas húmedas de la actividad de hacía unas horas. Tal vez, haberse zampado dos porciones de pechuga a las finas hierbas durante la cena probablemente le había caído mal, o quizá el estrés por el proyecto final en el cual había trabajado arduamente antes de sucumbir a su furor era responsable de aquella alucinación.

Psst. Psst.

El viento rompió el silencio, un ventanal se abrió de par en par. Cortinas, su vaivén aterraba. Édgar se asomó hacia el jardín trasero. Una fuente de cantera descompuesta, arbustos y el huerto de su madre repleto de jitomates *cherry*, albahaca, tomillo y cilantro. Grillos, ladridos, ¿un búho? El sonido en los cristales había sido por causas naturales, un empaque se había desprendido y le concedía un atajo a la brisa exterior; “El aire silba naturalmente por los huecos, eso debe ser.” Se convenció. Cerró la ventana, vio su casi transparente silueta sobre el vidrio y acomodó las cortinas. Un regusto a especias y vino blanco lo sorprendió. Algo que había sido tan delicioso, ahora sabía a guácala. Náusea.

Shhhhh.

Espera.

Las pupilas se le dilataron, despejó su guerra de ideas. Corroboró que Rodrigo seguía dormido, roncando con su característico; *grrrr, grrrr, grrrraac*. “¡Chingona tu imaginación, mi’jo!”, pensó. Todo el tiempo había estado el origen de aquellos sonidos frente a él. “Qué miedoso eres”. Figuró regresar a la cama, meterse debajo de las sábanas con sigilo, arrimarse al cuerpo de su hombre, respirar por encima de su cuello y embriagarse de su humor, desmayarse ante el descanso sin fin. Ya había desaprovechado mucho tiempo y ni siquiera había ido a orinar.

Caminó hasta la cama, pasó junto a un espejo, de reojo notó una mancha violácea sobre su abdomen, se detuvo, dio media vuelta y retrocedió, todo normal, su cuerpo atlético relucía saludable, sensual, no tanto como su rostro ovalado, de nariz aguileña y labios gruesos haciendo honor a los olmecas. Se excitó al verse en ropa interior, las piernas torneadas, los oblicuos finos y los pectorales pequeños pero firmes. Su reflejo lo enganchó y lo atrajo hacia él. “No tiene nada de malo un segundo de vanidad”. Admiró los frutos de su esfuerzo en el gimnasio y en los torneos locales de baloncesto, donde además de gozar la adrenalina se degustaba en las duchas. Entre chiste y chiste qué succulentos análisis de anatomía se aventaba. Se tocó el trasero, duro. Cuánto orgullo. Posó ante él mismo, imaginándose en una sesión fotográfica como la de Mark Wahlberg en la campaña para Calvin Klein de 1991.

Shhh...

La piel se le puso chinita, chinita. Una exhalación nítida, breve, repentina y lejana. Su sonrisa pícara se derritió cual hielo bajo el sol y su vista quedó congelada. Detrás, Rodrigo yacía en la misma postura, la oscuridad se tragaba los muebles y donde Édgar debería estar acostado, alguien más, una sombra sobre la nada. El paladar se le tornó agrio y palpitante al igual que sus tendones, tenía los labios entrecerrados y un susto suprimido por su testosterona.

El ente, se mantenía con los brazos apoyados sobre las rodillas. La cordura era titubeante, la duda de haberla perdido era grande, y Édgar reparó en que no había sido buena idea haber visto la nueva producción de Guillermo del Toro, todo por mostrar a sus amigos que el miedo no andaba en sus huesos, y ahora, estos vibraban que aunque rígidos, amenazaban con quebrarse.

Tic-tac, tic-tac.

Los segundos parecían la noche entera, Édgar reviró en sí, listo para enfrentarse a lo que fuera, confiando que al hacerlo su cerebro saldría de su ensimismamiento y retornaría a la realidad pero, la sombra se había levantado petulante, imitando su trayecto por la recámara. No veía el momento en el que llegara a él.

El intruso frente a su cama, miraba detenidamente a su deseo carnal, al espejo, hacia Édgar. El negro lo poseía a cada paso, se trataba de una esencia etérea que se deslizaba formándose de la nada. “No llegará a mí” caviló Édgar y cerró los ojos. Había leído que cuando se deseaba salir de las pesadillas era mejor invocar a Dios, por si un ángel descarriado necesitaba disciplina para

que trasmutara hacia el universo, en una oportunidad para redimirse y volver al plano supremo, a la divinidad absoluta, al... lo tocó.

Grrrrrrrac.

La presión fluyó hasta su cabeza a punto de explotar, las piernas se le aguaron y caía al vacío. Se expandió un negro abrumador ante un final eminente, donde nada era congruente. Corrió electricidad por debajo de la piel. Édgar abrió los ojos. Rodrigo lo sostenía por los hombros.

—¿Qué te pasa?

Sin respuesta. Édgar se aseguró que detrás de Rodrigo no hubiera nadie más, solo su cama presuntuosa con sábanas de mil hilos egipcios. Sus poros ardían en sudor y el picor se esparció por sus córneas hasta que la amargura le llegó a las comisuras de la boca.

—Te juro que algo estaba aquí... Venía hacia mí...

Qué absurda explicación, ante la mirada petrificada de Rodrigo, quien no perdía su galanura ni con las inmersivas sombras del cuarto. Édgar se aclaró la garganta, miró por todos lados y se sintió un auténtico maricón. Esta vez no había sido uno de sus tantos episodios de sonambulismo, era real. Por lo menos no lo habían encontrado meando sobre su cubo de ropa sucia. Con un beso ambos regresaron a la cama, protegiéndose uno al otro. Édgar permaneció vigía hacia el armario hasta que decidió darse la vuelta para encontrarse con los labios carnosos y rosados de Rodrigo y se dispuso a no soltarlo hasta que el despertador les tronara los oídos. Quiso dormir pero la sensación de tener a alguien a sus espaldas se lo impidió.

*

Édgar despertó gracias a un beso en la frente. El sol cortaba la ventana y combinaba con el dulce y pacífico ambiente que brillaba a voluntad por doquier. Rodrigo estaba vestido, vibrando en optimismo. Sus cabellos castaños y dientes nácar lo hacían lucir exquisito. El reloj del buró marcaba las 6:30 a.m. Édgar saltó del colchón cual correcaminos, la clase que más detestaba y en la que más ausencias tenía comenzaba en media hora. “¿Qué mierda?! ¿Por qué no me desperté?” Se puso una camisa estilo leñador, unos *jeans* y sus botas de campo. Muy varonil el bato.

—Desactivé la alarma. Quería dejarte dormir un rato más —Rodrigo había cometido un grave atrevimiento. Guardaba libros y cuadernos y alistaba las mochilas de ambos, riéndose en bajito porque mirar al otro hecho una bala parecía gracioso—. No te preocupes, ya está todo listo. Me voy porque tengo que recoger a una amiga antes de clases.

—Serás pendejo. Llegaré tarde por tu culpa —Édgar arremetió mientras se rociaba un perfume amaderado, se ajustaba el cinturón y se embadurnaba de gel la cabeza.

La menta dominaba su sanitario. Rodrigo se acercó a él por la espalda, pegó sus labios a su cuello y los apretó, un hilo de saliva. Antes de salir corriendo se despidió con un guiño.

“Nomás no me enojo porque te quiero”, resonó en la mente de Édgar.

Los pasos exagerados hicieron ecos por la casa. Los útiles se azotaban en el portafolio como si fueran un montón de triques. Susana de la Garza apareció apenas Édgar cayó del último escalón.

—Hijo, buenos días. ¡Vas tarde!

Desde primera hora la elegancia de la alta costura muy a lo Coco Chanel y el aire empalagoso del J'adore adornaba el cuerpo curvilíneo de la señora de la casa. Presumía una sonrisa superflua. Pulida desde el primer día en la licenciatura en ciencias políticas. Era responsable de la imagen de la segunda alcaldesa que había dado León, Guanajuato; Nancy Márquez, quien había ganado por dedazo y a quien obligaba a usar tacones, medias mate, faldas decentes y blusas de mírame pero no me toques, perra, y peinado plagiado de la reina Isabel II en su época de jovencita. Para Susana la primera impresión lo era todo, lanzó su mano como la iguana lo hace con la lengua para

comerse un mosco. Le quitó una pelusa del hombro a su bebé. Édgar se quitó la garra de su madre y se aproximó a la puerta. Del fondo de la sala habló la cabeza del hogar.

—Hijo, necesito que pases a la oficina después de clases, tengo un encargo para ti.

Se trataba de Rafael Mendoza. Era un retrato viejo, mojigato y relamido de los cabellos.

—Está bien, los quiero —Édgar se subió a su automóvil amarillo y en un instante desapareció.

Rafael ahogó una risa al mirar que por poco su hijo se resbalaba con un charco. Su muñequita de aparador lila lo observaba, picarona.

—Este burro debería ser como su hermana, hace rato que ella ya se fue a la escuela. Te reitero, que con Corina todo hubiera sido perfecto si no la hubieras dejado elegir esa escuela de quinta.

—Amor, mi padre siempre me dio lo mejor y eso fue el poder de la elección, tanto Édgar como Corina tendrán esa libertad.

—Como digas... Ojalá no se tope con un amiguito como el que tiene Édgar, si se tratara de una mujer juraría que son novios. ¡Todo hacen juntos!

—Los jóvenes son así, pueden tener las amistades que quieran, Susy.

—Preferiría que tuviera novia.

—¿Tú cómo sabes que no tiene?

—¿Qué, tú sabes algo?

—No, pero un hombre tiene derecho a tener sus misterios.

—Pues una mujer también.

Rafael se quedó con la trompa parada, sus delirios de seductor eran eso, delirios.

—Dale tiempo, Susy.

—Ya verás el tiempo que le doy.

Él le robó un beso, solo así. Despidió a su esposa con un agarrón en una pompa y cogió las llaves de su auto para irse al trabajo.

*

Las calles presumían la renovación y el despilfarro del erario. León había emergido de entre las cenizas con grandes empresas y desde que las familias refugiadas de los narcotraficantes habían arribado para multiplicar el billete, fue por lo que a la policía municipal le salió chamba, más que nada por juego y protocolo que por verdaderos resultados. Convenios, claro está. Las ganancias aumentaban y hacían que se reactivara la economía estatal con fábricas del sector automotriz y grandes almacenes de marcas internacionales. Para los que gustan de la opulencia o de deber sus bienes toda la vida. Agencias de viajes, bares, clubes, boutiques de lujo, restaurantes gourmet, cuánta finura y soberbia. Si así somos aquí pa' qué preguntan.

La representante del Partido Institucional Demócrata, Nancy Márquez, con sus cabellos entintados, caderas rotundas y busto aplanado había ganado la presidencia demostrando que era más fácil insultar, menospreciar y culpar por las cagadas a una mujer con poder, porque luego de Bárbara Botello ya eran usuales las bromas sobre lavados de dinero y la aristocracia de doñas fufurufas, viejas ladronas. Mientras tanto, la zapatería de Rafael ahora se posicionaba como un punto de reunión para los chavos de las nuevas clases altas, donde se discutía sobre celebridades, grupos musicales y una pizca del calentamiento global.

Édgar nació en cuna de caoba y pañales importados, con juguetes y películas de Disney, donde reiteradamente se imaginaba vestido de princesa, con una pluma de águila detrás de una oreja y un vestido de aborígen americano. Cuando Rodrigo tropezó en sus brazos descubrió que aquellos sentimientos de identidad por los personajes femeninos eran más por la atracción hacia el mismo sexo. Portar faldas y coronas le había dejado de importar desde los trece años. La pornografía le

enseñó que un hombre varonil era más codiciado y entraba en el estereotipo de belleza gay masculina, además si a él a sí le gustaban no podía pedir algo que él no ofreciera. Aunque su sexualidad todavía era un secreto que se escondía debajo de un cristal oscuro.

El Suzuki color canario robó la atención de los repartidores de periódicos y de algunos niños que iban tarde a la escuela, con los zapatos boleados, chalecos planchados, ya sudados y descosidos. María Conchita Alonso comenzó a cantar y Édgar le subió el volumen al estéreo. Restaban diez minutos para que dieran el timbrazo, si no entraba significaba perder una hora jugando al *Candy Crush* en el móvil.

A Édgar le habían enseñado que las clases sociales aparte de dividir a la gente sirven para darle el lugar exacto a quien se lo merece. Se abstenía de amistades que no encajaran del todo con su estilo de vida, está demás mencionar que ni siquiera miraba a los ancianos que pedían limosnas a costa de gritos y lágrimas. Extraña era la ocasión cuando les arrojaba algunas monedas a los pobres escuincles que no tenían para tragar.

Uno, dos, tres... Diez. Uno, dos, tres... Contaba en su cabeza. Una viejita conducía a cuarenta kilómetros por hora, a él se le saltaba una vena en la frente. Rebasó con coraje. Solo cinco minutos y *¡bam!* Puerta del aula cerrada. Posiblemente no perdonaría a su amante esta vez.

Los libros de paz interior leídos no le traían la calma que gozaba Rodrigo, siempre relajado, resplandeciente como si todo fuera único y especial. “¿Por qué angustiarse si a esta vida solo venimos a disfrutar, querido Eddy?”, Rodrigo solía decirle ante sus episodios de ansiedad. La meditación, el yoga, los mantras y toda esa sarta de cosas Édgar no las entendía e incluso les era alérgico. Como al aroma a sándalo. Constante en la ropa de Rodrigo. A veces le daban náuseas, así como la flor de la vida como protector de pantalla en el celular del susodicho.

Un último gramo de juicio le quedó para no atropellar a una pareja que cruzaba la calle rumbo al zoológico. Un minuto nada más. Accedió casi arrojándole la credencial estudiantil al guardia del estacionamiento, se estacionó en el primer cajón a la vista, agarró su mochila de un jalón, salió y cerró la puerta del carro. “¡Mierda!” Regresó de un tirón y cayó de nalgas, un tirante había quedado adentro. Se puso de pie, se liberó y azotó la puerta, puso la alarma y corrió como lagartija huyendo de su depredador.

La clase con el profesor al que le apodaban “Cara de papa” había empezado. Llamó a la puerta un par de veces, secándose la transpiración de la frente y tragando saliva. Por una abertura minúscula se asomó el tubérculo, prieto y maltratado. Sonrió.

—Ya es tarde, joven Mendoza, retírese —estableció el señor con un aliento de hambre.

—Deme oportunidad, por favor.

—Gente como usted debería aprender a disciplinarse... Tiene falta, buen día.

*

Marta de los Mora escurría como una sustancia nostálgica en los recuerdos de Rafael, cada que veía la insignia metálica de su Mercedes Benz la respiraba. Cuando Rafael pudo salir a flote y tener dinero de sobra fue lo primero que compró, esa marca de automóvil, a costa de lamentos y frustraciones. En 1999 muchos creyeron que la fortuna que había heredado de su padre terminaría en despilfarros justo como sucedía con la de los nenes de ricachones. No fue el caso. Tras ganar una demanda familiar se quedó con la casa de la Arbide, enterró toda memoria de aquella noche aborrecible, sin más dudas ni ansias por un final. Su existencia valía más que una vórtice de cómo y porqués.

Andaba como saltamontes por las avenidas pintadas del ámbar, refulgiendo la carrocería, centelleando miradas envidiosas. Su negocio de zapatos de piel era un referente de la moda

leonesa, vanguardista y de dependientes de talla cero. Se abrieron sucursales por toda la ciudad y otras más en Guadalajara, Cozumel, Monterrey y Ciudad de México. Recibió asesoría de una firma de abogados codeados con los Arenas, captó inversionistas sedientos de activos y se embarró de proveedores, diseñadores y mercadólogos. Al cabo de quince años el changarro que había levantado su padre se había transformado en Calzado Mendoza, haciéndole frente a Flexi y 3 Hermanos. Rafael no se complicó con la competencia, eso se lo dejó a las generaciones nuevas que se atareaban entre planeaciones para inducir la confianza y el apego, basados en la mercadotecnia digital, esa cosa que este güey no entendía pero donde no escatimaba cuando su grupo de caras de acné y frapuchinos se lo vendían como la única vía para pescar nuevos clientes. Sabía lo difícil que era obtener trabajo siendo recién egresado de los estudios, por eso les daba oportunidad a los mocosos. Era buen patrón.

Marta. Oh, Marta. De nuevo la mujer que había repudiado por haberle machacado el corazón arribaba a la mente de Rafael. Eran imágenes nítidas de aquella colegiala sensual, de piel tersa y silueta esbelta. Qué delicia era acariciarla. Rafael recordó cada vez que la poseyó, mejor dicho, cada vez que Marta lo poseyó a él. En el pasado se dejó querer, ¡vaya que lo hizo! Ahora el rostro de Marta era fino y aterciopelado. Cuarentaidós. Espléndida. Con los hijos de Alfonso del Rey, su esposo y dueño de una cadena de supermercados al que le estorbaba la barriga y el bigote abultado. Rafael sabía todo eso por la sección de sociales de El Diario de León, pues nunca faltaba en su mesa el chisme: *Marta del Rey asistió esta tarde al orfanato de Nuestra Señora de la Luz a donar... Marta del Rey organizó un bazar para recaudar fondos para la comunidad indígena... El matrimonio Del Rey celebró su décimo aniversario de bodas...*

“Ese cabrón ha de ser incapaz de darle el mismo placer que yo le di cuando la tenía fuerte, dura y oronda, como tanto le gustaba”, se decía Mendoza.

Rafael se estacionó frente a la planta de producción de Calzado Mendoza, saludó al vigilante, a la recepcionista, a la secretaria, entró a su oficina, se encerró entre varios ficus, cerámica japonesa, areneros diminutos, sillones de cuero y una fuente donde el agua desembocaba sobre rocas talladas a mano en una base de hierro. Detrás de su silla de presidente yacía un ventanal enorme por donde observaba a los adornadores, cortadores, supervisores de respunte y subordinados, y estos lo podían ver a él con claridad también, por encima de ellos por supuesto. Había leído en un libro de comunicación organizacional sobre la política de puertas abiertas donde las relaciones interpersonales eran más exitosas por la transparencia y porque lo había aprendido en un viaje al que lo había invitado un socio donde visitó la planta de Yakult en Jalisco.

Agarró su retrato de matrimonio; Él inmerso en esmoquin con las solapas ligeramente brillantes, con una rosa roja prendida del bolsillo izquierdo sobre su saco, con las manos reposando sobre el vientre de Susana, haciendo una unión políticamente correcta, sosteniendo a la vez un ramo de flores. Con sonrisas impuestas, exageradas, casi insoportables. Había amor. Por lo menos algo. El día cuando se tomó aquella fotografía había sido un desmadre.

La boda se llevó a cabo en una hacienda de los parientes de su mujer, acompañados de caballos y potrillos, mesas y sillas de caoba con manteles mantequilla, centros de mesa enormes, pétalos regados y cuanta cursilería se le antojó a la familia. Sobre todo esas luces titilantes en los recuerdos, porque todo mundo las utilizaba en las fiestas de los 2000's y que ahora retornaban indeseables a la nueva década. Los suegros estaban más unidos que los novios, de allá pa'cá, riendo, figurando protagonismo, haciendo la bulla con sus bailes del *Payaso del rodeo* y *Follow the leader*, chismorreando de su hija glotona que se escabullía en la oscuridad de la noche para atascarse de pasteles de chocolate y bolillos con cajeta, interesada en ser la primera top model

robusta que tendría México, ¡por favor!, la niña ni se imaginaba que acabaría ocupándose de la calidad aromática del aliento y de las medidas morales de la falda de una servidora pública.

Todo León se había enterado de la tragedia del joven Rafael, los invitados no se molestaron en traer el tema a la mesa, menos la mayoría de los asistentes que provenían de la novia.

El pachangón corrió a cargo del novio, como era de esperarse, festín, zapateado, vomitadas, de todo para gente que nunca había visto en su vida y que jamás volvió a ver. Claro que valoró el terreno prestado, pues ahí colocó la banda de viento seguida del DJ del momento, los juegos mecánicos, el servicio de comida y todavía le sobró espacio.

Rafael pasó el gargajo y levantó su copa con vino tinto:

—Recuerdo cuando nos conocimos en el restaurante de enchiladas, yo las pedí verdes, tenía muchas ganas de unas así pues a mi cocinera nunca le quedaron buenas, por eso fui solo, con algo de miedo porque nunca me había atrevido a comer solo en la calle. Si no hubiera sido por eso, Susy, linda, jamás hubieras aparecido ante mí. Doy gracias por ese charco en el suelo porque te resbalaste y caíste sobre mi mesa, me tiraste las enchiladas en mis pantalones, ¡qué desastre!... Qué bueno que me atreví a pedirte tu teléfono.

Las ovaciones no se hicieron esperar, eran la adulación por las palabras escupidas al micrófono decorado con cristales. Inclusive la concurrencia se puso de pie. No obstante, Rafael había omitido ciertos detalles de aquel encuentro, como enfurecerse ante el accidente que había estropeado su ropa de tintorería por una idiota descuidada. Furia que se disipó al verla soltera, urgida y cuando le invitó un café como muestra de perdón y cortesía.

Debido a los largos meses en los que su miembro no había tenido acción más que la propia. En su segunda cita sofocó a Susana entre sus brazos, la cargó y traspasaron el umbral de un *penthouse*. La magnitud de la pasión no pudo contenerse e hizo estallar el condón, y este accidente le dio paso al esperma donde nadaba quejumbroso e impaciente, Édgar. Luego de la fecundación Rafael no quiso repetir la historia de abandono de su niñez y se juró hacerse responsable de aquel y los niños venideros, ¿a qué más aspiraba? Susana provenía de un apellido renombrado y las noches deprimido entre sus sábanas vacías lo orillaban al suicidio. Casarse sonaba como una gran oportunidad.

A los tres meses de embarazo Édgar le propuso matrimonio a Susana, ante la sorpresa de ella que planeaba irse a Londres a aprender modelaje apenas se aliviara del chamaco. Al final, el miedo a quedarse sola y el trabajo de madre la convencieron más, también porque ya tenía una plaza en el gobierno.

Los De la Garza acogieron a su yerno como a otro hijo, a pesar de que el amarillismo había fulminado la reputación de este. Estaban orgullosos de que su nena hallara marido porque la idea de tenerla en casa cuando regresara de sus viajes no les agradaba del todo. Realmente no creían en sus sueños, le deban atole con el dedo, la animaban y en la intimidad la criticaban y le oraban a los santos para que entrara en razón y se fuera por otro sueño, uno más posible como un buen empleo. Sí la querían... pero lejos de ellos.

El día de la boda le pasó a Rafael como un trago sabor a miel, melancólico y donde se preguntó qué sería si no hubiera tomado esa decisión, si se hubiera atrevido a rogarle a Marta un poco más. Los antiguos amores de su juventud se habían ido por el caño, por esa razón en un santiamén se ató a un compromiso eterno, porque se figuró estable para siempre. Vio su presente. Tenía esposa e hijos que lo amaban tal como era, con su delgadez extrema, sus flatulencias repentinas, su memoria olvidadiza y su bondad que concedía todos los permisos. Lo tenía todo, sin embargo, al otro extremo de la ciudad alguien más se hacía la misma pregunta que acongojaba a

Rafael: “¿Por qué siento que algo me falta?”

*

Corina Mendoza aguardaba frente a la Universidad de León, institución que había elegido porque algunas amistades habían ingresado ahí. Le sudaban las manos, su piel apiñonada estaba sonrojada, el rostro tenía chapetas de payaso y el cabello era una maraña, parecía escoba vieja. Era su primer día de clases en la facultad de psicología. La emoción por sentirse adulta por primera vez la sobresaltaba, ya había sentido algo parecido al obtener su credencial para votar pero esta experiencia era muy diferente, la licenciatura la reparaba madura y profesional, como una mujer que no pensaba en parejas ni en toda esa sarta de chorradas que leían sus amigas Cinthya y Mariana en las novelas de vampiros, enfermos terminales y mujeres sadomasoquistas. A Corina no le agradaba la idea de sentarse a leer ficción, para ella era perder el tiempo, mejor leía manuales de la mente, interpretaciones de los sueños, metafísica, temas por el estilo para agudizar sus dotes de clarividencia, los cuales se habían silenciado poco después de sus predicciones cuando de chiquilla Susana le soltó un manotazo en la boca cuando dijo que Juan Gabriel moriría porque lo había visto en una pesadilla cubierto de sangre y dinero. No alardeó cuando sucedió. Se guardó su imaginación y charlatanería para sí misma.

Verificó su maquillaje y su hálito, apretó su bolso de mezclilla y salió de su *Beettle* blanco como su aura. Rastreó su aula como una gacela despavorida por salvarse, anonadada entre el mar de chicos armados de mochilas, libros y *Ipads*. ¡Eureka! No había publicado nada en su perfil de Instagram. Buscó la mejor luz en el pasillo, se tomó una *selfie* y escribió: “Primer día, ¡yupi! #Universitaria #NiñaBien #Paz”. Se pasó la lengua por los dientes, se chupó los labios sabor vainilla y se acomodó la autoestima. Avanzó serena paso a paso, porque las largas sesiones de meditación en el banco de madera le habían enseñado a mantener la calma, incluso si su lado oscuro le suplicaba premura y groserías.

Llegó. Asomó primero la nariz, olfateó un poco, después su cara, unos veinte seres tan confundidos como ella estaban dentro de aquel salón lúgubre. Sonrió y entró con un: “Buenos días”. Algunos le regresaron el modo, otros no pudieron disimular el gesto de repugnancia ante su aire *hippie*, por su falda larga de abuela estampada con florecitas, elefantes y jeroglíficos egipcios, blusa de pinzas como la mostaza y collar de piedras del río. Tomó asiento junto a una morena de mechas californianas.

—Hola, soy Corina.

—Yo me llamo Ana.

—Un gusto.

—Igualmente. Oye, qué bonito cabello tienes —Ana lo tocó y lo gozó entre sus dedos resecos, Corina sintió asco aunque se guardó su verdadera reacción. No podía arruinar su primera interacción.

—Se ven bonitas tus luces.

—¿Mis luces?

—Las de tu cabello —aclaró Corina, pero no se refería a esas luces.

—¡Ah!... ya entendí, gracias —dijo Ana sonriente, esa sería la única risa que ambas compartirían.

Las manos le dejaron de sudar a Corina. El catedrático de turno entró al sitio, se presentó con todos y soltó la palabrería de inducción.

Corina y Ana estaban en la cafetería, habían comprado unas tortas de carnitas y un jugo de guayaba para cada una. Ana contó sobre su vida, tenía una bebé con síndrome de Down en casa

que su madre cuidaba, producto de un embarazo accidental y un padre nómada. Había decidido seguir preparándose académicamente a pesar de ser madre soltera, tenía veintiocho años, aunque no los lucía, se le veían treintaicinco, estudió la preparatoria abierta, trabajaba en un bar como mesera y cajera y estaba becada, por eso estaba ahí y porque vendía zapatos por pedido, ya hasta le había dado un catálogo a Corina para que se lo llevara a casa, por si le gustaba algún modelo. El cuento de la Corina era más sencillo; vivir en una gran casa toscana, automóvil del año, facilidades y por demás una habilidad que no podía revelar de sopetón.

—¿Cómo?

Corina titubeó un poco, no obstante sabía que los arcángeles la secundaban cuando decidió empezar la relación sin secretos.

—Puedo predecir el futuro, entre otras cosas.

—¿Es neta? ¿Cómo lo descifras o qué? ¿Tienes una bola de cristal? —se burló Ana.

—Todavía no.

—¿Y cómo lo ves, te llega de repente?

—A veces. Y no es broma lo que te digo, puedo leerte ahora mismo.

—¿Leerme?

—Préstame tus manos —ordenó la mística, emanando confianza, haciendo un ritual mental para limpiar su campo áurico y así ver los sentimientos o sucesos que yacían dentro de su compañera —. Confía, no te pasará nada, normalmente veo cosas buenas en las personas.

Ana se mordió el labio, la experiencia era irresistible, vio a su alrededor para asegurarse que nadie estaba de metiche, si extendía sus manos y aquella chica se las tocaba podrían pensar que eran lesbianas; “Ay no”. Al final la curiosidad la sosegó. Puso las palmas hacia arriba y esperó. Cerró los ojos.

“Lo siento... Por favor... No te vayas... ¡Por tu culpa, maldita zorra!... ¡Me importa una mierda!”

—Me has mentido —musitó Corina al abrir los ojos—. Engañaste al padre de tu hijo, por eso te abandonó. Qui... quisiste abortar.

A Ana se le borró el semblante de niña traviesa, apartó sus manos de un tirón.

—¿Qué carajos eres?! —cogió su bolsa y dejó a Corina a media palabra.

Corina quedó perpleja. No había sido una idea buena demostrar su don tan pronto.

—No te preocupes, ella no entiende —alguien le dijo sobre su espalda, una voz masculina y ronca, como si viniera por debajo de la tierra.

Giró la cabeza y un cuarteto de muchachas discutían sobre sus estilos de bikini favoritos.

—¿Perdón?

—¿Eh? —escupió una del grupo.

—¿Me hablaron?

—No, guapa.

Las mujeres se carcajearon. “Pinche loca”, dijeron algunas en murmullos. Corina regresó su mirada al vacío, donde se suponía que estaría su nueva amiga.

*

Édgar atajó una queja cuando le entregaron la calificación del proyecto final. Un escalofriante seis. No había razones para aquello. El proyecto había sido crear un periódico con notas, fotografías y contenido original e inédito. Desde que era un niño que se sacaba los mocos y se los comía pasaba horas editando imágenes que descargaba de internet, les cambiaba el tinte a las actrices, les aumentaba los músculos a los atletas y se recortaba a sí mismo para ponerse en la

playa, o sobre el abdomen de un papito. Tenía práctica para mover el *mouse*, ajustar tonalidades, sombras, iluminaciones y crear diseños en Adobe Photoshop, por lo cual la labor de la redacción se la pasó a los compañeros de equipo y él se dedicó a toda la edición gráfica.

Al finalizar el trabajo el equipo de Édgar se supo satisfecho, pues juntos habían creado una auténtica publicación para competir contra los grandes medios. Incluyeron maquetación, precio, código de barras, número de edición, tiraje, fecha, clima, créditos y página web. Todo había quedado tan bien que la maestra Olivares creyó que había sido plagiado, era tan fácil hacer *copy-paste* en estos días que no se molestó en indagar en si el producto era original o un robo; era simple engañar en materia académica, como ella lo hizo en sus años de estudiante por su holgazanería.

Se armó el escándalo cuando Édgar reunió al equipo y recaudó la información necesaria para demostrar la verdad y todos aguardaron hasta la salida para interceptar a la maestra en un corredor, acto que a Olivares le pareció gracioso y por dentro se carcajeó como hiena en celo. Diez minutos fueron suficientes para un análisis superfluo de archivos y aseverar que los jóvenes tenían razón, habían presentado un trabajo que ni a estas alturas del juego ella sería capaz de realizar. Olivares respingó, los elogió y añadió que las calificaciones eran inapelables, se cagó de risa, en silencio por supuesto. Para endulzar su veneno los impulsó a que emprendieran y lanzaran una revista virtual. Como si nadie más lo hubiera hecho ya. “Está bien, maestra, gracias”, dijo el rival más débil. Édgar hervía en su propia sangre, sus tardes pegado al monitor como mosquito se iban a la coladera, ¿así nomás? Eso no, claro que no. Salió del área donde el club de ajedrez debatía sus uniformes y los profesores se compartían papitas de un tazón al terminar la junta de apelación.

—Esto no se va a quedar así —arremetió Édgar con la mandíbula estresada.

—Pues no podemos hacer nada más —dijo una compañera.

—Claro que podemos. En el calendario escolar dice claramente que uno puede refutar la calificación hasta cinco días después de ser entregadas. Se organizará un comité.

—Eddy, mejor déjalo así.

—¿Qué?! Te afectará a tu beca, Liliana. Hablaré con la directora.

—¿No crees que puedes ocasionar un conflicto mayor?

—Me vale madres, por eso nos hacen pendejos, porque los estudiantes no decimos nada y nos atenemos a lo que ellos nos imponen. Que no olviden que nosotros les pagamos para que se hagan las cosas como deben ser hechas.

Se esparció un silencio de miedo por el pasillo, los demás integrantes del equipo se reservaron los comentarios y se despidieron. Liliana, con su facha de inocencia, hizo una mueca de compasión y también se retiró.

El rebelde esperó frente a la oficina de la directora de carrera hasta que le dieron acceso. Externó los hechos, le dijeron que sí a todo, sin saber que la directora y la maestra Olivares eran íntimas amigas y que todos los días compartían quejas y cotilleo por el centro con una cerveza en mano. El esfuerzo fue en vano, pero al menos hizo el intento.

*

Eran las 2:16 p.m. cuando Édgar cogió la avenida rumbo al libramiento, prendió el aire acondicionado y subió los cristales, presionó el aromatizante y gozó de las hipnotizantes fragancias artificiales de los campos silvestres. Se dirigía a Calzado Mendoza por la encomienda del padre, aspirando que su cita fuera breve puesto que deseaba regresar a casa y jugar un poco el nuevo *hit* de Super Mario Bros y derrotar a un usuario altanero que le había sacado canas verdes.

Condujo tranquilo hasta que oyó lo que parecían neumáticos frenando. Por el retrovisor divisó una camioneta que le echaba las luces para que se quitara, el hombre al volante parecía desesperado. Estando libre el otro carril el desconocido se emparejó junto a él, abrió su ventana y “manejas como pinche joto” le escupió. Fue nítido a pesar de que la radio tenía un volumen alto.

—¡Bájate, cabrón!

Édgar sintió un retortijón en la panza. Ignoró el insulto otra vez con la mirada fija en la carretera. El desquiciado se adelantó unos metros y frenó de golpe.

—¡Dioooo! —Édgar pisó el freno a fondo y derrapó hasta quedar a unos centímetros del terror que se preparaba para que él se detuviera.

Bailaron ideas por su mente, llamar a la policía, gritar como chica en apuros, marcarle a su papá.

El sujeto ya había descendido de la camioneta. No era el mismo. Ahora estaba gordo, con la grasa desparramándose a sus costados, con vestimenta casual de otoño, zapatos de oficina y el rostro rojo, rojo como carne cruda, chorreante. En lugar de boca tenía un agujero sin fondo, resonando una carcajada estridente, donde deberían ir los globos oculares no había nada, solo las cuencas, y se le distinguía el cerebro.

Pum-pum, pum-pum-pum, pum-pum-pum-pum.

El corazón de Édgar quería salir huyendo, sus manos yacían soldadas al volante y su cuerpo no reaccionaba. La figura caminó hacia él, se le cayeron trozos de piel al moverse, escuchó las salpicadas en el asfalto. Rápido, más rápido. Sonrisa. *Grrrrrrrac*. Cuánto se odió Édgar por quedarse inmóvil, pero no podía hacer que sus extremidades respondieran. Quería atropellarlo. Lo que fuera. ¿Y si no lo había visto bien y el sujeto había estado así desde el principio? ¿Tendría alguna enfermedad...? ¡Qué estupidez! El tipo se acercaba más. Estaba a un metro del automóvil. Donde debía tener ojos se crearon torbellinos que parecían succionar el entorno y la boca se le abrió de una manera sobrehumana.

Un paso más y... *Grrrrrrr...*

El maniaco voló por el aire y se estrelló en un muro de contención, hubo una explosión de rojos y ruidos de trituración, el señor quedó como una rebanada de queso entre dos panes. Las vísceras rodaron por el pavimento. Un camión turístico perdió el control, atropelló a quien se interpuso en su camino, y se balanceó levemente hasta convertirse en un cascarón roto y humeante.

—¡Auxilioooo!

Un coro perfecto emergió del autobús. El chofer y sus pasajeros estaban en pánico. El horror. Una llanta perdida. La multitud se remolineaba eufórica por evacuar.

Édgar se avivó, salió del coche, corrió hasta la escena, la emergencia de los demás saltaba por sí sola pero él estaba enfocado en lo que quedaba del señor. De la cabeza de este le colgaba la mandíbula separada del cráneo, ya no había más monstruo ahí, un hombre cualquiera, aunque no había perdido su expresión frenética y prepotente. Caía gota tras gota de un carmesí soberbio, ideal para el Noticias Vespertinas. El titular le llegó a Édgar: *Chicharrón prensado*. ¿Sería buena idea tomar fotos? ¿Para qué? Al final le dirían que era un plagio.

—¡Una ambulancia!

Vibró el bolsillo de su pantalón. Eran las 3:05 p.m.

Capítulo 2

Desde adentro

Cinco intentos fueron suficientes y Rafael arrojó el móvil a un sofá, alcanzó una revista y se hizo viento para refrescarse la ansiedad y apaciguarse. Prosiguió con los últimos detalles de la nueva colección primavera-verano que estaba al borde del lanzamiento. Su contestadora emitió un sonido brusco.

—Su hijo está aquí, señor Mendoza.

—Hágalo pasar.

Édgar entró como maraca de bailarín de carnaval de fiestas patrias, bañado en alcaloide, la muerte había perreado ante sus ojos. Acababa de ocurrirle algo horrible y el contárselo a su padre no había sido de mucho apoyo, tal vez porque sonaba ilógica su historia, no del accidente, sino de lo que se había visto más real que alguna posible alucinación.

Rafael continuó de pie mientras su hijo le relataba más detalles y se mantuvo con la boca tensa. La asquerosidad relatada solamente hacía gala en filmes de bajo presupuesto y arte *gore*. ¿Su hijo estaba perdiendo la cabeza? Que Dios no lo permitiera.

—Te lo juro, papá, vi cómo se descarnaba su rostro, no era una máscara, pero... todo parecía normal, como si fuera demasiado natural.

—Tantas películas de terror —arremetió Rafael. Su hijo no podía perder la cordura, ya eran bastantes locos en la familia, incluyendo a Corina que la hacía de bruja a escondidas, nomás eso faltaba, alguien que estuviera viendo irrealidades. Sugirió atención psicológica, la propuesta fue rechazada y el orgullo de Édgar se le disparó hasta la coronilla, algo que le puso los vellos de punta a Rafael.

Rafael cambió de tema solo deseando que su hijo se fuera a casa, se tomara un descanso y pudiera olvidar lo vivido, pero antes le ordenó llevar un paquete de documentos a un cliente cercano, pues se iba de vacaciones y era de vital importancia firmar esos acuerdos.

—Ok, te veo en casa, papá.

—Cúdate.

*

Rafael cavilaba sumergido en una salsa de preocupación, comenzaba a revivir acontecimientos, no obstante, se repetía que cualquiera podía construir entes en momentos de estrés, a él mismo le había ocurrido ahogándose en su propio vómito de alcohol mientras observaba a la mujer que lo había llevado hasta el terreno de su abuelo, los personajes de su pasado y aquel espectro que le había derramado calamidad. La locura le sonreía con ternura, como si lo mirara desde un plano ajeno, a través de un cristal templado donde a él le fuera imposible verla, aunque sintiera su respiración, su aroma a tierra, musgo y ron, inyectada como suero debajo de la piel transformándose en un fantasma que esparcía su ectoplasma por sus venas anestesiándolo, como aquella vez que contrató a una prostituta.

Se sintió deplorable al buscar en el periódico local y llamar a la primera morena en la sección. El coito fue efímero, vacío, apenas terminó en ella la corrió de la casa, la mujer se vistió en un santiamén y huyó de aquel cliente que le había pagado más del doble. Una náusea lo hizo trastabillar, una fuerte punzada en la cabeza lo obligó a sentarse. Una lágrima recorrió su mejilla. Aquel día era el cumpleaños de Ernesto Mendoza, su padre.

*

Sobre un asiento colgante retozaba Corina abrazada a un cojín que hacía juego con sus cuarzos colgados al cuello. Tenía la mirada perdida hacia una ventana, absorta en el vaivén de las cortinas y los pájaros metálicos que embellecían las ramas secas de los árboles del jardín trasero. En la mañana, al regresar de su receso en la universidad, la butaca junto a Ana ya había sido ocupada por una tipa de cabello rizado y naranja. La vista rencorosa en Ana indicó el final de la relación y Corina comprendió que ya había sido reemplazada. El único sitio disponible quedaba al final del salón, en una esquina junto a un grupo de güeyes presuntuosos, un par de gordos y uno flaco, listos para mangonear al más débil. Al sentarse junto a ellos, inocente, dulce, como nada más ella sabía ser, distinguió el humor a axila, a las hormonas combinadas con suavizante de telas y una zozobra de semen, aunque ella no sabía realmente a qué olía lo último porque para ella, era solo un aroma extravagante, desconocido y atractivo.

Para Corina no era anormal sentirse anormal, desde que iba en el kínder había batallado para ser aceptada, más con los hijos de las familias acaudaladas que en su mayoría eran políticos y dueños de grandes empresas. En instantes así le venían a la cabeza memorias en las que ella estaba sentada en su pupitre y de repente le llegaba una visión, como si le cayera un balde de agua helada, a veces con historias bonitas, como que iba a recibir una gardenia de un muchachito audaz, o por otro lado, como cuando vio que su amiguita junto a su mesabanco iba a perder a su madre. Y siempre fue sincera, le costaba guardarse la información. “Tu mami se va a morir”, dijo con firmeza mientras la próxima huérfana degustaba un Danonino. Comportamientos así provocaban la corredera de todos, y luego de que se cumplían sus profecías le temían y hasta en pesadillas era la protagonista. Los profesores no sabían cómo lidiar con una pequeña tan inteligente y a la vez tan espeluznante, aunque otros veían la oportunidad y al término de clases la hacían quedarse para que ayudara en la limpieza del salón y de paso le preguntaban si sus vidas amorosas prosperarían, si ganarían la lotería o si era buena idea renunciar y dedicarse a la actuación. La niña asentía y respondía con honestidad.

A partir de la primaria empezó a darse cuenta de que sus amistades se incrementaban cuando se callaba sus premoniciones, en cambio la habilidad nunca la abandonó, se fue ejercitando en quietud. Después de las tareas investigaba en internet, aprovechándose de que sus padres no conocían los antivirus ni los candados parentales, ahí aprendió a leer la baraja española y con el paso del tiempo, se fue haciendo experta en la deducción de fechas, personajes y lugares precisos. No tanto por el estudio, sino porque lo vislumbraba en una nebulosa que se postraba frente a sus ojos cada que tiraba las cartas sobre la mesa.

Se cuestionaba por qué había cometido el tremendo error de demostrar su don con alguien que no conocía. Era una equivocación de novata y ella no lo era, era una maestra.

Se puso de pie y fue por su computadora portátil que estaba en su escritorio decorado con alquimias y flores pintadas con esmalte para uñas. Se acomodó en la cama y se puso la *laptop* en las piernas, comenzó una videollamada en grupo. Cinthya y Mariana habían sido su mayor triunfo en su vida social, las había conocido en la preparatoria y gracias a que eran fanáticas de la fantasía y la magia cuando descubrieron su poder no se espantaron, se supieron suertudas. Eran las

únicas con las que Corina podía confiar y entablar cualquier tema, más allá de la menstruación y el dolor en los pechos. Mariana se conectó, portaba una coleta y un poco de labial.

—¡Hola, loca!

—¿Y Cinthya dónde estaría? Siempre era la primera en estar en línea.

—Seguro está pecando con su novio. ¡Iiiiiugh! Y con esos dientes de caballo que tiene.

—Con tanta novedad perdí la noción del tiempo y ya no te busqué ni para el almuerzo, amiga.

—Descuida, Corina, no pasaba más que fuéramos a contar las mismas pendejadas de siempre, solo espero que a Cinthya no le haya llegado la regla y que por eso no haya ido a su primer día, ¡ya ves cómo es de exagerada la pinche vieja!

—Deberías llamarle para saber qué onda.

—Tienes razón, déjame voy por mi teléfono y le marcamos.

—¡Va!

La visualización de la cámara de Mariana dio hacia un librero repleto de sagas de vampiros. Pelusas flotaban a través de una estela de luz. Se abrió y cerró una puerta. Trascurrieron minutos.

—¿Mariana?

...

—¿Hola?

...

El cajón de un buró se cayó y juntó a él una cajita de plástico con cartas. Corina estiró el cuello y luego lo regresó a la misma posición. Puso la vista al monitor. Negro. “¿Qué pasó? ¿Mariana?” Revisó la máquina por si había señales de mal funcionamiento, el foquito que informaba el estado de la batería estaba verde. Correcto. Presionó las teclas para hacer reaccionar al universo. Se levantó de la cama y puso la computadora sobre su escritorio al igual que la baraja en cuanto la recogió del suelo. Revisaba como si fuera un técnico. Tal vez reiniciándola, pues qué más. Intentó y no ocurrió nada. El ventilador funcionaba y el foco del CPU titilaba. Pensó en buscar a su hermano por si se encontraba en casa y que la ayudara. Caminó hacia la puerta.

¡Ploc! La lengua se le atascó. Sobre el escritorio la baraja española estaba extendida, con las caras hacia abajo, el empaque abierto y la *laptop* parpadeando. Corina sudó frío, ya le había sucedido algo parecido cuando quiso preguntar por el próximo sismo en México, aunque no tan estrepitoso. Las cartas habían cambiado sus dibujos y esta vez se habían escapado de la caja, se acercó y checó que el juego estuviera completo.

—Ahora no —susurró una voz.

Corina dio un salto y dejó caer las cartas. La pantalla de su portátil estaba encendida y su amiga la observaba.

—¡Oye, ¿qué tienes?!

—Me asustaste.

—¿Por qué si solo fue un segundo? ¿Cómo hiciste para moverte tan rápido, qué no estabas en tu cama?

—Te tardaste un buen, y luego esta cosa se apagó.

—¿Cómo? Saqué mi celular y volví. Mentirosa. Qué cara traes, mujer.

No era viable lo ocurrido, mientras la amiga le hablaba, Corina se sentó, pasmada. Reviró hacia su cama y la baraja estaba guardada en su paquete sobre el buró.

*

Édgar invitó a Rodrigo a que se tomaran algo en una cafetería de la Arbide. Era tarde y las

personas volvían de sus trabajos mientras el cielo se tornaba violeta. Rodrigo le dio un beso en la mejilla a Édgar antes de entrar al establecimiento, Édgar se sonrojó, no por bochorno, por molestia, aquello lo hacía sentir como una delicada hembra y lo detestaba, él se reparaba más como una figura de acción, quería ser el protector, el dominante, el que hiciera que su hombre se sintiera a salvo, además las muestras de afecto eran un punto incómodo, concebía la sensación de que la gente lo vigilaba a cada paso. Tenía miedo, mucho, de que la felicidad a lado de su amor se esfumara de repente.

Escogieron una mesa en la terraza donde se veía el Blvr. Algeciras, donde los automóviles de último modelo y de marcas desconocidas para los bolsillos más telarañosos desfilaban como comercial de agencia. Rodrigo ordenó un *frappé* de té matcha, Édgar de Bailey's, aunque Rodrigo siempre le reprochaba que probara un sabor distinto, como él que había degustado de taro, chocolate blanco, frutos rojos, galletas y hasta de Mazapán, y gracias a ello había dado con su favorito. Édgar le decía que para qué pasar por todo eso si cuando algo te gustaba ibas por lo mismo de siempre, porque no había necesidad de cambiarlo.

Tras la discrepancia y con lujo de detalle Mendoza contó la historia, pues sabía que no sería juzgado, su amante estaba ligeramente más desequilibrado que la situación. Por otro lado, Rodrigo no carburaba, eran anomalías que traspasaban la veracidad a pesar de estar involucrado en las artes de la meditación y de las filosofías holísticas como para corroborar que las energías malignas existían, pero como siempre procuraba encontrarse en una corriente positiva jamás le había tocado presenciar la oscuridad, como el disparate del hombre de cara desgarrada.

—Te juro que ese hombre tenía la cara del diablo. ¡Lo vi morir frente a mis ojos!

Por una fracción de segundo los dos saborearon el mismo escalofrío.

—Tranquilo... Pudo haber sido cualquier cosa, tal vez una visión de tu inconsciente que vio el futuro del sujeto, quiero decir, murió frente a ti, entonces fue una premonición.

—¿Como un presentimiento?

—Parecido.

—Pues llegó demasiado pegado al momento.

Rodrigo tendía a evitar la tragedia sin embargo, en esta ocasión la curiosidad lo empujó de la silla.

—Oye, y no me has platicado qué fue lo que soñaste anoche. Cuando te desperté tenías los ojos espantadísimos, casi se te salen, no te desperté porque ya sabes lo que me han dicho mis padres, que es malo despertar a alguien con sonambulismo.

—Eso es solo un mito, Rodrigo, además tú estás bien así te despierten a gritos o a cantos de cuna.

Así es, ambos padecían el mismo trastorno.

—¡Menso!

—Despreocúpate, a diario me dices que piense en positivo y si no te digo lo contrario me sacas uno de tus libros de sanación y me cierras la boca, eso quiero hacer.

Rodrigo le sorbió a su bebida y Édgar pudo ver cómo el líquido lechoso de un verde militar subía hasta esos labios de ensueño. El arrebató era inconmensurable, correr hacia un sanitario y hacer travesuras. “Quiero darte amor, pero no es el momento para desatar al animal”, pensó. La presión en su pecho lo desconcertó y se lo adjudicó a la tremenda utopía que había expedido su cuerpo.

—Lo único que puedes hacer es dejarlo ir, Eddy. Seguramente ese dolor que tienes es por el impacto, porque le estás dando vueltas a lo mismo. Cambiemos de tema.

—Evadiendo todo, ¿como siempre!

—No, ya sabes cómo pienso, no quiero darle más poder a esto, lo hacemos más grande...

—¿Entonces ya no puedo decirte más?

—No, ya no. Olvídalo, mejor cuéntame cómo te fue en la mañana.

Édgar disfrutó de la dulce frescura en su paladar, harto por el desinterés del otro, por tomar las cosas tan a la ligera que parecía que le valía un comino sus asuntos a menos que todo fuera color de rosa, como cuando había ganado un concurso de ortografía o cuando un eclipse lo cargó de fuerza vital en Tulum. Esas maravillas de un *freak* que solo podía contentarse a ese nivel con gritarle a los cuatro elementos su amor. ¿Édgar cómo haría tal cosa si ni siquiera sus padres sabían que le excitaban las barbas, los pectorales y las piernas velludas? Caso perdido.

—Me peleé con una maestra —soltó.

—Mi amor —dijo Rodrigo torciendo los ojos, Édgar se sonrojó y miró a su alrededor para avalar que nadie más había escuchado la palabra: “amor”.

—Creo que lo dije mal, ella quiso pelear conmigo, ella es el problema, la muy sabionda creyó que nuestro trabajo había sido copiado. ¡Nos reprobó! Y no lo voy a permitir, hablé con la directora y la pondrá en su lugar.

—Relájate, Eddy, mira, sea como sea, si esa señora lo hace con el único fin de dañarte todo se le regresará, tranquilo, confía en que todo se arreglará.

—Como siempre, ¿no?

—Así es.

Las palmeras del exterior de la cafetería se balancearon, las servilletas sobre la mesa volaron y un par fueron rescatadas. Una penetrante fragancia a granos de café recién tostados, combinada con el jitomate, la albahaca y el pepperoni fresco debido a la pizzería de la planta inferior arribó sacándolos de la conversación por un momento.

—Quiero pedirte algo —agregó Rodrigo con afabilidad.

—Ya sabes que te doy lo que pidas —Édgar se imaginó sudando junto a él en el carro.

—He estado pensando mucho en esto...

—Dímelo ya.

—Bueno... Quiero que conozcas a mis padres.

Adiós erección. ¿Qué significaba esas palabras en esa oración tan altanera? Era natural para Rodrigo que sus progenitores supieran de su sexualidad, lo respetaban y meses antes de su salida oficial del armario lo dedujeron ante las coreografías concurrentes de Mónica Naranjo y Alaska y Dinarama en su casa.

—¿A qué te refieres?

—A que mis padres quieren hacernos una cena, ya te había dicho que les había hablado sobre ti. Sé que no quieres que se enteren pero mis papás son discretos y me preguntan por ti...

—¿Si mis padres saben esto qué carajos haré yo?

—Mi amor... —¡Esa palabra otra vez! Édgar retiró sus brazos de un jalón y Rodrigo se golpeó con la mesa.

El coraje fue devorado por ambos.

—Tranquilo, Eddy. No tenías por qué reaccionar así. Piensa, algunos amigos de nosotros lo saben, ¿por qué ellos no lo sabrían?

—Porque no hay quién les diga.

—Sí, pero...

—Nomás me entero de que tú dijiste algo...

—¡No! —Rodrigo respondió con firmeza, después de todo sí se podía molestar—. Yo jamás rompería la promesa que te hice, ni siquiera tengo contacto cercano con nadie de tu familia, ¡ni compro sus zapatos! Es algo muy evidente y que... —se mordió la lengua, cerró los ojos y se deslizó en el respaldo de la silla.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada.

La mudez cortaba el panqué de la mesa de junto.

»Si no quieres está bien. No lo hagamos.

—¿De verdad significa tanto para ti?

Rodrigo se mordió el labio, dio un sorbo y respingó.

—A veces no sé quién es más tonto. Si tú o yo.

Édgar frunció el entrecejo.

»Vamos a cumplir dos años, yo he crecido para mejor y quizá tú no lo has notado, pero sigues igual. Y yo sigo pasando por alto las cosas que no me gustan.

—Cuando empezamos quedamos en que...

—Ya sé en qué quedamos. Fuiste muy claro en querer mantener esto oculto y yo acepté, lo sé. Ya pasó tiempo y tú mismo has roto esas reglas...

—¿Yo las he roto? Tú eres el que ha ido haciendo de esto un circo, si fuera por mí nadie sabría, ah pero tú, eres toda una mariposa pacifista que se la vive en las nubes, se te olvida que hay gente que nos puede insultar o matar —algo se rompió, un corazón. Mendoza despilfarró—; Me agarras de la mano, me besas en la cara y me hablas como si estuviéramos solos.

—No creo que tenga nada de malo.

—Para nosotros no, Rodrigo, entiende, para los demás sí. ¿Sabes qué pasaría si mi madre supiera? ¡Me echaría de la casa! Trabaja para la alcaldesa y sabes cómo son los periódicos, van a la caza de cualquier hilo suelto, se armaría un escándalo. ¡Mi padre!, el dueño de Calzado Mendoza teniendo un hijo puto. ¿Te imaginas? Todo por querer brillar y salir, solo por pensar en ti.

—¿Solo por pensar en mí?

—Así es, y desde ahora no quiero que vuelvas a tocarme en público, para la gente somos amigos, que no se te olvide.

Édgar se percató de su entorno, varias mesas tenían los ojos sobre ellos, a Rodrigo se le habían hecho los ojos de gelatina, esbozó una sonrisa para disimular el bochorno, se adhirió al *frappé* y bebió con lentitud, como niño que obra mal y se hace tonto continuó viendo a los demás y los maldijo en la cabeza. Los comensales retornaron a sus diálogos, olvidando el tono agresivo que se había derramado de súbito. Rodrigo sacó su cartera y arrojó un billete sobre la mesa.

—Gracias por invitarme —escupió poniéndose de pie.

Édgar, inerte, sabía lo que estaba a punto de ocurrir y era el más grande insulto.

—No seas... —masculló—. Espérame...

—Yo acepté tus reglas, y tú, aceptaste a esta mariposa que se la vive en las nubes, ahora se te va volando, Eddy —Rodrigo se alejó y antes de poderse lanzar reclamo desapareció.

Gastritis, no eran los químicos de la bebida en el estómago de Édgar, era su rabia. Sí, personas lo miraban, una risita se escabullía por los menús, unas voces se estiraban por los bizcochos y otra risita, adentro se escuchaba como un estruendo. Estaba enfurecido, triste. Esa noche no habría trabajo en equipo.

Aplastó a la cucaracha, estaba descalzo, la sangre gelatinosa se coló por sus dedos, se sentía caliente y casi podía añadirse a la piel como tinta indeleble. Era un líquido viscoso, amarillento y grisáceo. Otra cucaracha más caminó por la pierna derecha, esquivó la rodilla, recorrió un muslo, la pelvis, el abdomen, giró y se perdió en la espalda, bailó en los omóplatos y se detuvo sobre el hombro izquierdo. Las antenas le acariciaban la oreja. Las patitas delgadas pero roñosas se aferraban a la epidermis y un insufrible masticar, un diminuto pero nítido *crac-crac-crac* se expandía por su cabeza, parecía que la cucaracha había penetrado su cerebro. Tuvo la reacción de levantar una mano y matarla. No pudo. Las extremidades no respondían. ¿Cómo había podido deshacerse de la primera? ¿Cuántas eran? ¡No mames! Sintió más cosquilleos en los pies. El fango en el suelo lo hacía hundirse con rapidez. Y a la vez... Dos, cinco, diez, ¡mierda! Las cucarachas se estaban multiplicando y ahora subían por ambas piernas, extendían sus alas, se limpiaban el hocico, se carcajeaban como hienas y apresuraban el galope, se hacían señas unas a otras con sus repugnantes y peludas patas que bien podrían hacerse polvo con un pisotón no obstante, correteaban en la piel, deslizándose por los vellos, alcanzando los testículos y regodeándose de hacerle sentir una sensación excitante y a la vez tan inmundada a la víctima. Quiso vomitar, tampoco pudo. El lodo era aglutinante, le sobrepasaba las rodillas, ¿era sangre? Parecía chapopote. Recordó cuando tenía nueve años y había devuelto el menudo que había comido en un festival de gastronomía en el Parque Guanajuato Bicentenario sobre los asientos de cuero blanco del convertible de su madre, aquel aroma ácido, a chiles, limón, amargura, especias, agrio, picoso, vísceras y carne podrida. ¿Era excremento? Estaba a un pelo de ahogarse con su propia porquería. Las cucarachas seguían cubriendo lo que el mar nauseabundo todavía no lograba. La boca la mantenía cerrada a presión, era lo único que podía controlar. ¡Pero ese olor! No, no, no. Una arcada en la panza y despegó sus labios fraguando expeler bilis. Ellas entraron. Estaban en las comisuras de la boca, en los dientes, en la lengua. Amargas, sabían amargas, y eran crujientes, se resbalaban con la saliva y patinaban por las paredes de su boca. No podía masticarlas, eran muchas y cada vez más. Tragar. Falló. Era mucho. ¡Un chingo! Una fiesta que se movía con desdén, haciendo cosquillas, aterrando y que incrementaba a cada segundo. Oxígeno, se acababa. Auxilio. No podía respirar.

“Ellos no pueden aguantarse... se destrozan el ano por enfermos... el homosexualismo es un padecimiento... si tienen esos pensamientos oren, oren y vuelvan a orar... véanse en el espejo, véanse su pene y convézanse de que son hombres, y de que los hombres deben estar con las mujeres... un pene siempre debe penetrar a una vagina... es la naturaleza... es la naturaleza... es la naturaleza.”

Orinó sus pantalones. Sentado en un pupitre gélido, lo rodeaban decenas de niños. La maestra de ciencias naturales lucía radiante, señora de imputable moral, falda magenta para trapear el azulejo, sonrisa puntiaguda, rojiza y horripilante. Ojos del demonio. Todos giraron hacia él.

—¡Maestra, Édgar se hizo pipí!

“Ellos no pueden aguantarse... se destrozan el...”

—¡Guácala! ¡Jajajajaja!

Toñito observó a su compañero con lástima. No podía hacer nada. Ni siquiera él podía asimilar por qué se sentía tan mal de ver cómo se burlaban de su amigo, de su gran confidente que le había tocado el sexo cuando estaban en los mingitorios. Édgar lo miró y quiso que ardiera en el infierno, tanto, como a él también le ocurriría.

“Es la naturaleza... ¡Es la naturaleza!... ¡NATURALEZA!”

Lo natural no era haberle tocado el miembro a Toñito mientras jugaban a ver cómo lo tenían.

Había sido hermoso. La piel corrugada, la flacidez y la cálida sensación de tenerlo entre sus manos. ¡Las manos! Las tenía carbonizadas.

—¡Mendoza! Retírese a los sanitarios y límpiense. ¡Ahora mismo!

Édgar se levantó y corrió por el pasillo. Los zapatos estaban empapados, resbaló y cayó de boca, se reincorporó y salió por la puerta, cayó por un abismo interminable.

—Con el asco que me da esto —musitó la maestra Miroslava.

“¿Estás bien? No lo sé. ¿Por qué no lo sabes? No sé qué es estar bien. ¿Por qué lo dices? Porque sé que me odian. ¿Quién? Eso me da miedo. ¿Qué? Perderlos. Que no te importe. ¿Quién eres tú?”

Grrrrrac.

Édgar tosía, luchaba con la saliva mientras agitaba los brazos porque se figuraba dentro del mar, sin posibilidades de flotar. Las sombras gobernaban la recámara. Al pie de su cama una silueta lo miraba con recelo, la presencia se palpaba por los poros y el ambiente helado le garantizaba la muerte. Carraspeó y parpadeó. Recuperó el sentido común. A través de una luz nívea que provenía del ventanal se desvaneció el visitante. Édgar se descubrió, de la cintura para abajo estaba mojado, un charco amarillento había estropeado sus inmensos cuidados que le había dado a sus sábanas favoritas. Una lágrima resbaló por su mandíbula y la enjuagó al instante. Su niño interior había vuelto para recordarle lo vergonzoso que era mojar la cama.

*

El coito, como las cervezas, había conducido a Rafael al hartazgo, a un tobogán al que se arrojaba para vivir el éxtasis aunque después anhelara escapar de él. Su cama, se equiparaba caliente, todas las noches. Susana había procurado mantenerla así para mantener la llama de su esposo viva, aunque fuera a costa de perder su dignidad con tangas, ligeros y pezoneras de lentejuelas. Era una auténtica ninfa, el escape a esa mujer frívola que se mostraba en la televisión detrás de las nalgas de la alcaldesa de León. Realmente amaba su trabajo y era cuidadosa, tanto que hasta ella misma se caía gorda, pero todo valía la pena al habitar en aquella casona, disponer de servidumbre que le rehiciera el ganso en salsa de naranja porque había quedado muy dulce y al restregarle a sus amigas sus vestidos y sacos de seda y cachemira importados de Italia, así como mantener un marido posicionado entre los empresarios más importantes del Bajío.

En cambio, Rafael estaba cómodo, nada más. En ocasiones, con todo el sacrificio de su decencia se conformaba con pensar que tenía a una buena mujer para presumir. Se había casado por conveniencia, para que la soledad no lo terminara por succionar. No obstante, su lujuria nunca se satisfizo como cuando era joven. Con la pena le ponía distintos rostros a Susana, la nueva modelo de Victoria's Secret, Maribel Guardia, la chica del clima en TV4, la mujer que corría en *leggings* por la ciclo vía, cualquiera que le llegara a la mente. Gracias a estas viejas técnicas confiables podía provocarle orgasmos a su mujer y alguna que otra vez, a sí mismo.

Le quitó las bragas, le dejó el sostén de encaje porque simplemente se quiso ahorrar la molestia de mirarle las estrías en los pechos, se acomodó sobre ella y entró con suavidad, su erección era inquebrantable a pesar de todo el ritual mental al que debía someterse, eso le alegraba, su virilidad seguía rebosante. Vio el rostro de Susana, las ojeras pardas que se perdían en sus pestañas diminutas, las marcas antiguas de rímel, las finas líneas de expresión y el embriagante bergamota y vainilla en sus jugos, el aliento a café con menta de la cena, el cuello que se desintegraba con cada exhalación y la cabeza que bajo la luz ámbar descubría las canas en el cuero cabelludo. Movi6 las caderas y volvió a introducirse, ella cerró los ojos. Sí, que mejor los cerrara, así los dos se despedían de esa tensión por conservar la vista mutuamente, simplemente

no había ganas. Disfrutó la fricción, el calor y el escalofrío.

—En dos semanas necesito que me acompañes —Susana aportó con un hilo de voz—. Nancy dará su informe de gobierno y habrá una cena de gala.

—¿Para qué me quieres ahí?

—Porque eres mi esposo.

—Sabes que no me gustan esos eventos.

—No te detengas, Rafael —reprendió Susana al sentir una pausa en el ritmo.

—Perdón, tengo mucho trabajo en la oficina.

—Yo también, ¿q-qué piensas que...? ¡Auuch! Así no, me lastimas.

—Perdón —Rafael puso los ojos de huevo.

—Yo también tengo muchas cosas que hacer, pero no puedo asistir sola. ¿Sabes lo ridícula que me vería? Pensarán que estamos peleados y los imbéciles del Encuentro Revolucionario están buscando que... ah... sí... lo que sea para difamar a la administración, cualquier cosa.

—¿Y nosotros qué tenemos que ver?

—Ay, ¿te lo tengo que explicar todo?

—No —Rafael empujó con fuerza y su esposa gritó.

—No discutamos, cariño, vas a ir, punto.

—*Okay...*

Ella rio, él eyaculó. Ernesto Mendoza estaba acostado junto a ellos, sonriente.

—Qué bien lo haces, hijo.

—¡Carajo!

Rafael se salió de Susana, saltó de la cama y tiró una lámpara del buró. Ese hombre que lo había llevado por un callejón de incertidumbre en su adolescencia ya no estaba ahí. Solamente las arrugas en el cobertor donde lo vio recostado. El pulso se le descontroló; las manos cascabeleantes y los ojos casi arrojándose por el acantilado de las cuencas no era precisamente como un hombre debía terminar después de hacerle el amor a su mujer.

*

Las tripas de Corina gruñían como si fueran amenazadas por una bestia, no habían recibido combustible pero a la proveedora no le interesaba, porque en muchos sitios *web* había leído sobre los beneficios de no comer antes de irse a dormir, entre ellos el más importante, perder peso. Dio un sorbo a su taza con té de tila sin azúcar y se estiró un poco el calzón. Acostada en la cama comenzaba a perderse cuando su *smartphone* vibró.

Guillermo: *Buenas noches, muñeca.*

Óscar: *Hola, hola.*

“Estos dos hasta se ponen de acuerdo”, pensó Corina.

Guillermo había orillado a Corina a paso constante mientras compraba una soda en la cafetería, y la cortejó invitándola a tomarse un pulque con él en la Casa del Viento. Se supo ganador cuando le dio un beso en la mejilla y ella no se hizo para atrás, a diferencia de las otras malditas con las que había salido. Aunque el juego iba demasiado lento él persistía, estaba muy seguro, demasiado para lo que realmente sentía su amada.

Óscar buscó el salón de aquella chica rara que asustaba a todos con sus presentimientos que terminaban sucediendo, el morbo lo condujo hasta que la terminó invitando a comer en el restaurante de La Condesa. En verdad no se construía con una chava tan enigmática para toda la vida, menos porque todavía concebía docenas de mujeres que estaban dispuestas a entregársele cuando él quisiera. Tenía dinero y renombre, Corina también, mejor dicho, los padres de ambos lo

tenían. Yacía en una batalla constante de qué hacer en lo que evolucionaba ese famélico aprecio por ella.

Corina sencillamente quería dejar de ser virgen. La mayoría hablaban de posiciones, del Kama-Sutra, de las infecciones vaginales de las niñas bien y de pruebas de embarazo positivas. Ella recomendaba marcas de toallas sanitarias. Muy al fondo le aterrizzaba su primera vez, que le llegara la menstruación y le capeara de sangre el pene a su pareja, o esposo, o lo que fuera, ella estaba dispuesta a todo, pero ni amigo con derechos podía tener, conseguir uno era demasiado complicado. Se trataba de manchar el apellido de la familia. No se podía dar ese lujo, no podía ser una chica fácil sin embarrar a terceros. Quiso no haber obtenido una educación de represión femenina para no sentirse culpable y abrir las piernas con soltura, sin esas palabras que revoloteaban en su mente; “Putá, putá y qué crees, putá.” Y Susana a los nueve años le había dejado muy claro que las putas no iban al cielo, por otro lado, una amiga a los doce años le dijo que las putas no iban al cielo, porque en el infierno se la pasaban a toda madre.

Enviado a Guillermo: *Muy bien, Memo. ¿Tú cómo estás?*

Guillermo: *Qué guapa te ves en tu foto de perfil.*

Enviado a Óscar: *Hola, güero, ¿qué dices? ¿Cómo va la recaudación de tu madre?*

Enviado a Guillermo: *Qué lindo eres.*

Guillermo: *Seguramente ya enamoraste a más de uno el día de hoy. Bueno, no creas que soy celoso, pero espero que nadie más te haya invitado un cafecito aparte de mí. Jeje.*

Óscar: *Sigo igual de guapo, ya me conoces, hermosa, jajaja. Mi madre ahí la lleva, ya sabes que con sus amigas de Gran Jardín siempre logran la meta.*

Enviado a Óscar: *Había olvidado lo modesto que eras... Qué bueno lo de tu mamá.*

Guillermo: *¿Hola?*

Enviado a Guillermo: *Memo, no todos son como tú. Nadie más me ha invitado algo.*

Óscar: *¡Niña! Me gustas mucho. Yo también te gusto, no lo niegues.*

Enviado a Óscar: *Que te haya aceptado la comida no quiere decir que me gustes.*

Óscar: *Pero sí me contestas los mensajes.*

Enviado a Óscar: *Toucheé.*

Guillermo: *Entonces todavía soy el único, qué chido. ¿Qué día tienes libre esta semana?*

Óscar: *Personas inteligentes se atraen, además los dos nos vemos bien juntos.*

Enviado a Óscar: *Como amigos, ¿verdad? Porque con tu fama no llego a más...*

Guillermo: *¿Miércoles?*

Óscar: *¿Qué fama?*

Enviado a Óscar: *No te hagas. Mi amiga te miró con una tipa estilo Kardashian en Plaza Mayor.*

Óscar: *Eso no demuestra nada. Tengo muchas amigas, ya lo sabes. La que me interesa neta eres tú.*

Enviado a Óscar: *No te creo.*

Enviado a Guillermo: *Sí, el miércoles está bien.*

Guillermo: *Órale, ¿te late si vamos al Olive Garden? Tengo un cupón de descuento que vence este mes.*

Óscar: *¿No me crees?*

Enviado a Óscar: *No.*

Óscar: *No hagas planes el miércoles y te lo compruebo.*

Enviado a Óscar: *¿Este miércoles?*

Óscar: *Síiii.*

Enviado a Guillermo: *Memo, acabo de recordar que le debo ayudar a mi mamá en unas cosas el miércoles, mejor lo movemos para el viernes.*

Enviado a Óscar: *Ok. Ya veremos si me convences.*

Óscar: *Te lo garantizo, mamacita.*

Guillermo: *Ah, bueno. Que sea el viernes entonces. Lo que tú quieras, bonita.*

Era hora de tirar las cartas. Corina sacó de la cómoda la baraja española, se puso en flor de loto sobre su cama y comenzó a barajarlas.

“Por mi casa, por mi familia, por mi vida, por lo que quiero saber”, farfulló con gravedad apretujando el entrecejo. Le dio unos ligeros golpes con las manos a las cartas que estaban boca abajo, luego de unas invocaciones al espíritu supremo las cogió y empezó a repartirlas en filas de diez en diez, con los gráficos resplandecientes debido a la lámpara de sal del Himalaya que tenía encendida. El teléfono continuaba retorciéndose en notificaciones, pero ella estaba resolviendo una pregunta importante: “¿Cuál es el indicado?”

Corina era la Sota de Oros. Contó hacia la derecha, uno, dos... seis y siete. ¿Algo familiar? Estaba invertida. ¿Problemas en la casa? Cinco, seis y siete. Tres de Bastos. Unión, confianza ante la vida. El Cuatro de Bastos, este era Óscar sin duda y encima de su cabeza el As de Copas. Romance y pasión. Estaba loco por ella, más claro que el agua. Bajo sus pies el Cuatro de Oros, evidente, era el que tenía más dinero. Cuatro, cinco, seis y siete. ¡Vaya! Caballero de Copas y arriba la Sota de Oros. Guillermo obsesionado con ella, pensamientos lujuriosos y afectivos por las cartas a sus costados. Todo estaba conectando, pero todavía no se definía a quién elegir. Cinco, seis y siete. Ocho de Bastos. ¿Estancamiento? Continuó contando. Cuatro de Copas invertido. Problemas con la vida amorosa, con la intimidación, un periodo de crisis espiritual. ¿Cómo? ¿Se refería al presente de alguno de ellos o a un futuro al estar con alguno de ellos? Contemos de nuevo. Uno, dos, tres...

Uf.

Observó su ventana, las cortinas se movían con el viento. Ignoró el sonido efímero. Cinco, seis y siete. As de Espadas. ¿Algo desfavorable? Junto a esta el Siete de Espadas y debajo el Nueve de Espadas. Una desgracia inesperada, bastante perjudicial, un peligro que se aproximaba, encima el As de Copas invertido, aquello trascendería en su hogar o en su entorno social, y esta mala noticia o suceso se podría presentar tanto en una ruptura amorosa, en una enemistad o en un resultado más radical. Se trataba de una combinación que jamás había visto. Dudó sobre las respuestas de su primera tirada e intentó otra vez.

“Por mi vida... por lo que quiero saber...”

Las interpretaciones eran similares, volvía a aparecer el Caballero de Bastos y el Caballero de Copas, esta vez juntos y a su derecha, el Ocho de Espadas y nuevamente el As de Copas pero ahora en sus pies. Los enumeró uno a uno. Todo era muy similar, ¡lo mismo!, estaban juntos. El Rey de Espadas sobre sus cabezas, al revés. En el recuento de la Sota de Oros salía la misma carta y luego de un seis y siete el dedo de Corina señalaba el Nueve de Espadas, consecuente al Tres de Bastos invertido. Algo terrible. ¿Quién era el sujeto que se atravesaba entre sus pretendientes? ¿Algún profesor? ¿El padre de alguno? Quienquiera que fuera era indiscutible que no tenía buenas intenciones. Traería calamidades y sufrimiento, más del que jamás le había salido en la baraja. Corina tenía la piel de gallina, eriza. Una tirada más. Tenía que resolver este nuevo asunto aunque su inquietud principal no hubiera sido respondida.

¡Zaz!

Las ventanas se abrieron de par en par permitiéndole a un vendaval entrar a la habitación y sacudir todos los papeles de su escritorio. Se cayó el cortinero, hojas secas volaban en el aire y una brisa helada mojaba la piel con exactitud. Corina saltó de su cama y en segundos empujó las puertas del ventanal y con un esfuerzo que creyó sobrenatural las cerró y las bloqueó con cerrojo. El jardín trasero se vislumbraba distante, la fuente no reparada y los glaucos sombríos de los árboles y arbustos. Corina escupió un par de veces pues se le había metido polvo a la boca, sabía a queso rancio. Algo fétido se esparció por su cuarto, algo echado a perder, parecido a un guisado de dos meses guardado por error en la alacena, a un perro atropellado, a un muerto. Imaginó que así debían oler los difuntos. La esencia era insoportable, la convencía en desmayarse, valoró a los que practican las autopsias. Caminó de regreso a la cama.

Ugh... Alguien estaba detrás de ella. Había una respiración sobre su cuello, cada uno de sus cabellos podía percibir el movimiento, la seguridad de tener algo a las espaldas. El tiempo estaba congelado y el alma era desobediente. Los pulmones yacían desesperados por aire puro, el corazón latía a pasos de maratón, el sudor escurría por sus brazos, por su entrepierna, por su aura.

“Dios, protégame... venga tu reino... hágase su voluntad en la tierra como en el cielo...”

Las cartas se propagaron por el colchón, se proyectaron por todos lados, el edredón se recorrió unos centímetros, las lámparas titilaron y la gravedad se agudizó. La niña que a corta edad veía siluetas en las esquinas de las calles o que platicaba con amigos imaginarios que pronto sus padres condenaron había regresado, no tan segura, más consciente y desprotegida. Había fracasado al tratar de borrar esos recuerdos. De nuevo, las ventanas se abrieron de golpe. Se le fue el aire. Oscuridad.

—¡Corina!

Se abrió la puerta de su recámara.

ABANDONADO EN EL RÍO

LEÓN, GTO. La madrugada de este miércoles aproximadamente a las 5:38 hrs fue encontrado el cadáver de un joven en la desembocadura del Malecón del Río de los Gómez a la altura del Blvr. Campestre por la Policía Municipal de León después de haberse recibido el reporte del siniestro a la línea única de emergencias 911.

El departamento de Criminalística ha confirmado que se trata del cuerpo de un varón de veintitrés años de edad, de apariencia esbelta y tez clara. Fue encontrado únicamente con su ropa interior. Los primeros informes indican que el joven murió debido a una caída accidental y que la corriente lo condujo hasta que su cuerpo se atoró en la hendidura donde se hizo el descubrimiento. Cabe destacar que los agentes no descartan un posible intento de homicidio por las marcas cutáneas de violencia en el cuello.

“Debemos esperar a que la SEMEFO realice las pruebas necesarias para saber si murió por el golpe de la caída o si se trata de un asesinato. Lo primero en lo que estamos enfocados es en localizar a los familiares pues no contamos con información del fallecido” declaró Ramiro

Pérez Hernández, oficial a cargo.

El cuerpo fue transportado hacia las instalaciones del Servicio Médico Forense del Estado de Guanajuato. Autoridades aclararon que no se practicará ningún procedimiento quirúrgico con el cuerpo hasta contactar a los parientes o a un responsable legal.

Capítulo 3

Familia y trapos sucios

Levantó los párpados y una figura geométrica sagrada, custodiada por luces doradas, resplandeció frente a sus pupilas. Era el milagro de respirar nuevo aliento. Esperanza y prosperidad. Sintió la tersura del viento que se sobrepasaba con sus mejillas, ese elemento que se escabullía por sus ventanas entreabiertas, las cuales tenía que dejar así, porque cuando se cerraban se resguardaba la energía antigua y no se le permitía la entrada a la nueva. Hizo tres respiraciones profundas, inflando el estómago y los pulmones, exhalando con lentitud por la boca. Poco a poco fue moviendo los dedos de los pies, luego los de las manos y así en una serie en cadena cada extremidad del cuerpo hasta llegar a la cabeza. Arrojó las sábanas al horizonte. Con las pantuflas puestas y hacia el ventanal, recorrió las cortinas y degustó los primeros rayos del sol. Cerró los ojos y volvió a inspirar. Frescura, pureza, aroma a flores de naranjo y un lejano pero subyacente a pan recién horneado. Su madre siempre horneaba pan para el desayuno. Comer alimentos frescos era tradición. Rodrigo aprovechó las fragancias e inició una meditación.

Visualizó púrpuras, turquesas, dorados y cerezas. La presencia divina lo cobijaba por la espalda, Rodrigo posó una mano sobre su hombro derecho como si estuviera agradeciéndole al espíritu detrás de él. Sonrió. Eternidad. No existía la presión, era simplemente un placer atemporal. Escuchó las aves, les entendió, le daban los buenos días cual Blanca Nieves extasiada, y tal vez, él efectivamente se consideraba diosa femenina. Quiso cantar, pero se limitó con un OM extendido.

De unos cajones obtuvo un incienso de sándalo, lo prendió y lo puso sobre el lavamanos junto a la ducha, se quitó el pijama y se mojó todo el cuerpo de agua fría apenas giró la llave, así conservaba la piel jovial y firme. Se humectó la piel con una loción de almendras, se peinó con una crema de cera de miel de abeja, se perfumó con una mezcla de lavanda y cítricos, se ajustó unos *jeans* claros y una camisa blanca holgada. Agarró su mochila y antes de salir de su habitación hizo un decreto:

“Hoy es el mejor día de mi vida, todo está bien, adonde quiera que voy estoy a salvo.”

*

Anita sacaba su manjar alto en carbohidratos cuando se regaron endorfinas por su torrente sanguíneo, la luz de su alma había entrado a la cocina. Dejó la bandeja caliente sobre la barra y le pintó varios besos a su hijo.

—Mi corazón.

—Mamita.

Un abrazo fuerte, de esos que deben durar más. La alegría brillaba cual plata recién pulida.

Timoteo no tardó en aparecer después de haber ido a recoger el periódico al pórtico. Se aproximó a su campeón y lo estrujó entre sus brazos. Lo endulzó con una mirada bondadosa tras sus gafas gruesas.

La familia se sentó a la mesa. Antes de tomar bocado los tres se agarraron de las manos y oraron con gratitud por las rebanadas de pan, los *omelettes* con pico de gallo, el jugo de naranja recién exprimido, el café de olla, la mermelada casera y la mantequilla de coco. La emoción era tan grande como la expectativa, los padres querían conocer al causante de tan bellas sonrisas en su hijo. Lástima que no era posible hacer todos los sueños realidad.

—Qué triste que no podamos conocerlo, yo ya estaba planeando una cena para sorprenderlo — espetó Anita y después convenció a su esposo en que todo era a su tiempo, que no había necesidad de presionar a nadie.

—¿De verdad sus padres son tan malos? —consternó Timoteo.

—No es que sean malos, bueno, no lo sé, papá —Rodrigo era un algodón de azúcar.

Claramente no había conflictos en la casa de los Zurita respecto a su sexualidad.

—Debemos confiar en Rodrigo, Timoteo. Solamente él sabe lo que le hará bien.

—No lo sé, Ana, no estoy contento con esto.

—Sé que ustedes merecen conocer a la persona con la que salgo, solo les pido ser pacientes con él —impuso Rodrigo, aunque muy dentro concebía el mismo sentimiento que su papá. El silencio se profundizó y fue sustituido por el crujir de la comida en los dientes.

Las memorias arribaron entre la saliva y la acidez.

*

Rodrigo y Édgar compartían un par de clases de la decena que tenían asignadas para el cuatrimestre. Iban en grupos distintos. Rodrigo estaba inquieto probando diferentes lentes en su cámara réflex en lo que detrás de unos pupitres yacía un chico de facciones toscas, labios gruesos, nariz ancha y ojos pequeños como canicas tras unos anteojos de fondo de botella. No importó la distancia pues él pudo divisar los tonos del alma de Édgar, dentro de un espectro de colores que lo enamoró casi de inmediato; aquella energía era pura e inocente, sin malicia, con algunas puntas de egocentrismo, pero no se consumaba peligro. Édgar lucía como un hombre desenfadado, vigoroso y ratón de biblioteca en toda la extensión, y aquello era excitante. Rodrigo se encargó de verlo con sutileza en cada clase, sin emitir palabra, su plan era aguardar a que Édgar sintiera su mirada y se viera forzado en voltear, aquello tardó en suceder un mes. A Édgar se le paró una mosca en la oreja y al girar su cabeza para espantarla su vista se estrelló con la de Rodrigo, que ya estaba tan arraigada que ni se inmutó. Rodrigo casi se desmayó en su asiento cuando el otro lo observó con asombro y después con gracia, con esa gracia que interviene entre la ternura y la seducción. Aquella fue la señal.

Para principios de mayo el Instituto Iberoamérica organizó un viaje a Puerto Vallarta para la Convención Nacional de Comunicación y Publicidad a la que todos los grupos de las facultades referentes fueron invitados. Durante el trayecto Zurita se mantuvo callado, soportando las ganas de correr y confesarle su amor a Mendoza, quien dormía como un ángel en los primeros asientos del autobús. Los amigos de Rodrigo le hacían burla porque sabían que estaba empecinado con alguien, mas nunca le pudieron sacar el nombre. El último día de la convención, Rodrigo supo que Édgar iría con unos amigos a una fiesta privada en el Hotel Piñata. El rumor le había llegado a través de Ingrid, una amiga que se había enterado al tener la oreja estirada mientras deglutía una dona en el buffet del hotel. Rodrigo no se había atrevido a confesar nada a nadie, pero al momento de escuchar a Ingrid hablar sobre lo que esos chavos buena onda harían en ese lugar que tenía fama de libertinaje desenfrenado, le confesó lo que sentía por el “cara prehispanica”. Más a allá de la risa, Ingrid se compadeció ante el embelesamiento del pobre y le dijo que lo acompañaría a la parranda si después le devolvía el favor. Sin razonamiento, el trato se pactó.

Las personas danzaban en las calles, las estrellas estaban a toda rumba y las luces incandescentes bruñían los balcones y patios de las casas. Los amigos llegaron al hotel, un gringo cobraba el *cover* mientras ingresaban hombres musculosos, negros, blancos, mulatos y tatuados. Rodrigo sudó frío, los nervios lo tenían en la punta de sus sandalias, ¿qué encontraría adentro?

—*The lady can't get in... ella no puede entrar... the party is exclusively for men.*

—Pues vámonos.

—¡Claro que no!

—No voy a entrar solo a este lugar.

—*Is there something wrong?*

—Rodrigo, no seas mojigato, si yo fuera un cabrón gay este sería mi paraíso, qué importa si no está ese güey, te la puedes pasar chingón.

—Yo solo quiero ver a Édgar.

—Ay, ingenua doncella, pues entonces entra por eso, no te preocupes por mí, me regreso al bar con las chicas y me envías mensajito por cualquier cosa.

Rodrigo caviló demasiado rápido, sus sentimientos lo estrangulaban y nuevamente no se dio tiempo para reflexionar. Con las piernas como maracas le pagó al gringo y entró a tropezones al Hotel Piñata.

El *lobby* era un pasillo estrecho con la iluminación lista para asesinarte en cualquier segundo, había pinturas bohemias y plantas que colgaban del techo, pasó un cubículo y entró a la piscina principal, donde la diversión se restregaba en la jeta. Hombres desnudos, por allá y por aquí, globos rebotando de un lado a otro, carcajadas; *what's up, handsome?*; brazos de leñador, caricias, música electrónica, hormonas que se expedían en el aire y transmutaban en un bálsamo afrodisíaco, marihuana, pláticas incomprensibles, sexo oral frente a todos.

Una infame avidez recorrió el pene de Rodrigo que no dudaba en despertarlo aun siendo forzado a desfallecer. Jamás había visto lugar semejante en su vida. Trémulo, dio unos pasos más y notó que tras unas macetas había tres, no, menos, como cinco hombres follándose al mismo tiempo. Esto no era una película pornográfica, era real, ¡en vivo! Se movió entre genitales húmedos y movimientos picarones de los presentes; *what's your name, babe?*; ignoró cada comentario. Como menopausia lo atacó una ola de bochorno, porque solo él vestía traje de baño y las miradas de los demás empezaban a juzgarlo, para ser justos él también tenía que estar al natural. Pero, ¡qué pena!

Al fin divisó un rostro conocido, se dirigió hacia él y vaya sorpresa que se llevó cuando saludó. No pudo evitar bajar los ojos y verle el miembro a un chico que apenas conocía de vistazos en los pasillos de la universidad. A lo que iba, preguntó si habían visto a Édgar y le respondieron que se había quedado en su habitación. Sonrojado, agradeció la información y se retiró como flecha en el viento ante los extranjeros hambrientos de carne.

La recepción de La Marina Resorts modelaba austera, Rodrigo había entrado desganado, escudriñando el elevador más próximo para rendirse de una vez, pero el más buscado de la noche parecía haber caído del cielo frente a él, recordó lo que había leído en el libro de Rhonda Byrne, que aquello en lo que estuviera enfocada la mente era lo que se presentaría en la vida real, y al parecer estaba ocurriendo frente a su escepticismo.

¡Ahí estaba! Solitario, a mitad de la noche, disponible solo para él. Tragó saliva, se secó la transpiración de la frente y caminó hacia quien tiempo después sería su querido Eddy.

—Hola, soy Rodrigo, compartimos la clase de fotografía.

—Ah, claro, un gusto.

—El gusto es mío. ¿Qué haces aquí a esta hora?

—Lo mismo pregunto yo.

Rodrigo sintió el impulso de revelar el motivo de su búsqueda, pero se advirtió acosador y mejor selló los labios.

»Todos andan en el desmadre, creo que somos los únicos aguafiestas.

—Eso parece..., pues yo vengo de dar un paseo por la playa, ¿tú?

—Estaba leyendo los folletos de la cadena hotelera, qué patético, ¿verdad?

—Algo...

Olor a pino se expedía del suelo, un señor sin dientes trapeaba, la luz del *lobby* encandilaba, había un frescor con esencia a cloro que provenía de las piscinas exteriores y que terminaba hasta donde ellos conversaban. Fue una larga charla, nunca se dijeron nada sobre ellos esa noche, eso vendría semanas más adelante.

Si la melancolía tuviera forma, sería este recuerdo. Rodrigo estaba decepcionado del presente, pero sabía que Édgar había sido honesto desde el principio. El verdadero infortunio no era la falta de valentía por salir del armario de su amante, sino su insistencia ante la falta de disposición y de que evidentemente sobre aviso no había engaño. Debía tomar una decisión para que su corazón no se autoflagelara más. Optó por encargárselo a la suerte, sin saber que en los próximos días la necesitaría más que nunca.

*

—Este color no me gusta, parece que traigo el busto en la panza y que mis caderas llegan a mi espalda. ¡No!

—Alcaldesa, dijo que me permitiría asesorarle, el color sí le queda y los aretes esmeraldas resaltan sus facciones de manera humilde, recuerde que queremos proyectar pulcritud y menos ostentidad, las últimas encuestas arrojan que las leonesas piensan que se está gastando el fondo público en banalidades.

—Prefiero que me digan presumida a vestirme con estas garras de quinta, ¡lo que tú quieres es que me vea como ballena! Te pago muy bien como para que me odies —Nancy Márquez respingó y se alisó la falda que le cortaba la circulación, parecía tamal mal envuelto—. Como sea, no tenemos tiempo, la prensa nos espera en palacio municipal y debemos llegar temprano porque hasta eso no me perdona la chusma, ni cinco minutitos tarde, ¡rápido, mujer, el peinado!

Susana chasqueó los dedos y en un santiamén apareció un par de jóvenes con plancha, secadora y peines, en lo que la asesora de imagen revolvía artículos en una maleta para encontrar el perfume que le tocaba a la superior. Esta sacó un Estée Lauder, salió volando por las náuseas, un Carolina Herrera, acertó y comenzó a bañar a Nancy en cuanto los estilistas partieron.

—¿Cómo está tu familia? —preguntó la asistente a Susana.

—Bien, gracias a Dios, mis bebés cada vez más grandes y Rafael, pues igual de cabeza dura —risas—. ¿Y tus niñas?

—Son un encanto, pero qué canijas me salieron, tan pequeñas y me salen con cosas de novios, que porque la chica de la serie de Netflix ya tiene amores... ¡qué bárbaras!, esta generación me está dejando atrás.

—Deja eso, la juventud está cada vez más metida en temas demoníacos, ¡qué feo, amiga! El otro día encontré a Corina hablando sola en su recámara, me dio muchísimo miedo, la regañé y le castigué todas sus películas de terror, también le quité unas cartas que usan las brujas para sus mierdas de adivinación.

—¡Qué fuerte!

—¡Susana! —bramó Nancy Márquez desde el sanitario—. ¿Cuánto tiempo nos queda?
—Nada.
—Muy bien, todavía alcanzamos, mejor me pondré el vestido ambarino.

*

Los aplausos hacían retumbar las orejas. Había mujeres con faldas coloridas y chales cosidos a mano, con trenzas en la cabeza y uno que otro moño rojo, acompañadas del mejor accesorio, la esperanza y la fe ciega reflejada en sus sonrisas. Un bebé lloraba, le dieron la mamila y cerró la boca, otros más refunfuñaban a lo lejos junto a los quejidos campanudos de sus madres quinceañeras. Periodistas y servidores públicos fulguraban con sus chalecos y botas de excursionista. La mañana era fresca y soleada, con el viento ideal para llevarse las pestilencias de los ranchos colindantes a La Reserva. La ciudadanía estaba eufórica, ¿razón?, nuevos útiles escolares para los estudiantes que brindarían un futuro brillante a la sociedad, al estado, a todo el México lindo.

—...con el impulso social efectivo para colaborar en la educación de nuestra juventud en las comunidades rurales. Gracias al apoyo de todos los leoneses, hoy podemos decir que tenemos una ciudad que sí cumple con el desarrollo educativo de todos sus integrantes, que goza de un gobierno preocupado por las necesidades de su gente y que acierta con la distribución de las herramientas correctas. Con este programa hemos entregado material para el regreso a clases a más de...

Susana movía los labios con discreción como si hiciera de ventrílocua, repetía todo el discurso que había escrito entretanto la alcaldesa se desprendía el alma con el fervor que le escupía a la muchedumbre. La admiraba, le recordaba a su madre, todas esas experiencias que la fueron erigiendo como una mujer obediente y con clase. Los cintarazos, los zapes y los pellizcos habían valido la pena cuando se trataba de escuchar su mensaje en la voz profunda y ácida de Nancy Márquez, aunque esa misma voz se transformara en la de una bestia cuando el maquillaje no enamoraba, o cuando la menopausia apabullaba y Nancy se desquitaba a maldiciones con la persona más cercana. Incluso así era motivo de adoración para Susana. Se decía a sí misma que todo su éxito en la administración pública se debía a la cabeza baja combinada con sus propuestas originales. Qué orgullo representaba para sus amigas del Club Campestre y tal vez para su familia, pero para qué averiguarlo, mejor ver un capítulo más de *Rica, Famosa y Latina*, y si en las comidas todo marchaba bien, significaba que todo estaba bien.

De repente, aquel macho le hizo una seña con la mano, Susana esbozó su diplomacia, Juan Martínez Guzmán, el director de Desarrollo Rural estaba sentado en primera fila y ella de pie frente a él, detrás de la exponente no podía hacer mucho más que responderle con una mueca. Un cólico la arremetió, inducido por el malestar de mirar a ese hombre que nunca le había dirigido la palabra y que en cada mitin se aseguraba de saludarla por lo menos con la lascivia. “Este don nadie ha de estar casado y ha de ser un mujeriego, ¡asco!”, pensó. La pinta de varón rudo y de campo nunca le pareció atractiva, pero lo que más detestaba era la austeridad de aquel hombre. Conocía la nómina de la mayoría de los cargos ejecutivos y no eran cifras muy jugosas a través de su vitral, eran cantidades que en una semana se las bebía. Lo de ella era utilizar las tarjetas bancarias del esposo, eso sí era un orgasmo. ¿Forma de pago? Tarjeta, caballero, ¡ah, qué delicia! Por más director que fuera de sepa qué méndiga dependencia Juan Martínez Guzmán no le llegaba a sus tacones, los cuales intuyó, este ni siquiera podría adquirir sin quedarse sin comer por unos días.

El sujeto era un lambiscón, un gato más, sí, como ella también, pero ella estaba junto a la mera

mera, y eso qué, le valía madres, después de todo, su trabajo era un pasatiempo. Gracias al universo que no tenía micrófonos en el cerebro, de lo contrario ella misma ya se hubiera despedido ante tal verborrea que no caracterizaba nada de humildad, actitud de servicio y transparencia. El código de ética, mi amor.

*

Se difuminaba el contorno Cacao No. 16, el sudor le había jugado mal como de costumbre, por sus pómulos se veía deforme el rubor y se había combinado con la base mate, sacó un pincel de su cosmetiguera y lo reparó un poco, lo selló con polvo traslúcido y se embadurnó labial en los labios secos de los nervios. Su reflejo era atemorizante, femenino y altivo. En los sanitarios de presidencia el ruido intermitente de las lámparas la arrullaba y el silencio la seducía para tenderse sobre el tocador y quedarse dormida. Entró alguien, empalagando el espacio, Susana extendió su cortesía a quien parecía una contribuyente común.

—¡Bola de ratas! Nos quieren ver la cara de pendejos...

—¿Disculpe?

—Nancy Márquez es una ratera, como todos ustedes, una inmoral, cerda de izquierda...

—Señora, este no es el lugar.

—¡Putos cerdos!

Por cortesía Susana sonrió, estaba acostumbrada a escuchar con atención las quejas sin ser funcionaria.

»Sus discursos no sirven de nada. Nosotros sabemos la escoria que son. Desde que legalizaron el aborto, cuando le permitieron a los antros cerrar hasta las cinco de la madrugada y el dinero que se roban de las plazas de la...

Otra mujer entró.

»¡Mierdas, mierdas! —la manifestante sacó un cilindro metálico de su bolso, apuntó y roció directo a la cara.

—¡DIOS MÍO!

La loca empujó a la espectadora y escapó.

—¡Ayúdenme! —Susana se tiró al suelo, aguantándose las ganas de arrancarse los ojos que se habían convertido en esferas de fuego.

*

Corina escribía detenidamente. Padecimientos mentales, la psique, las neuronas. Una punzada entre las cejas la sacó de concentración. Supo que algo le había ocurrido a su madre. La noche anterior Susana la había sacado de su experiencia paranormal, la halló empapada en miedo, casi sin poder respirar mientras balbuceaba algo que ni ella misma entendía. Entró corriendo, gritó y la sujetó de los hombros para que volviera en sí. ¿Qué pasó? Ninguna se enteró. Sin embargo, algo se avecinaba, Corina podía palparlo, se le anudó el estómago cuando una compañera de clase la observó de reojo con desdén. No más escándalos, por favor.

*

Rafael entró a la habitación 308 del Hospital Ángeles, su mujer yacía en una camilla con un antifaz celeste sobre el rostro. La enfermera en turno le explicó que estaba consciente, solo ligeramente malhumorada, ¿y eso qué?, no era novedad. Le tomó la mano y la acarició por unos segundos. Estaba angustiado pero sabía que siempre era mejor mantener la calma, después de todo había vivido cosas peores en su juventud y ya nada lo impresionaba. Notó el cutis rojizo, las mejillas irritadas y los labios a punto de estallar. A pesar de todo aún sentía cariño por su esposa, por la mujer que lo sedujo y le dio unos hermosos años de experiencias y noches embriagantes de

jazmín, como aquel viaje en Playa del Carmen cuando los corrieron de la piscina de hidromasaje compartida por estar haciendo juegos subidos de tono frente a los huéspedes del hotel, y también le había regalado a sus retoños, ¿dónde estaban por cierto? ¿Ya habrían sido notificados?

—Fue una estúpida la que me hizo esto... Estoy segura de que fueron los del Encuentro...

—No entiendo, ¿de verdad harían algo así?

—Son capaces de todo, las elecciones están cerca y están buscando derrumbarnos a costa de lo que sea.

—Deberías pedir que te pongan guaruras también. Estás junto a Nancy todo el tiempo. Esto no debió suceder. Demandaremos.

Susana se carcajeó y se vio escalofriante.

—Por supuesto que no. Es municipio, ¡por favor!

—Entonces dile a Nancy que haga algo al respecto.

Y por arte de magia apareció el poder ejecutivo entaconado, con un canto angelical a través del umbral de donde dos fortachones se asomaron cautelosos, asegurando el acceso, ejecutando el protocolo mímico de gracia pública. Rafael no disimuló su descontento.

—Buenas tardes, usted debe ser el marido de Susy, ¿cierto? —él asintió—. Es un placer —caminó con elegancia y le extendió la mano, sonriendo, efímera—. Es una tragedia lo que ha ocurrido. ¿Ella está consciente?

—Sí, Nancy, te escucho.

—¡Oh, vaya! Qué buena noticia —se arrimó a la enferma luego de un gesto gentil que le indicó a Rafael que se quitara del camino—. Es lamentable, mi querida Susy. Te comento que nuestros agentes de seguridad ya tienen la identidad de la culpable, todo está grabado en las cámaras de presidencia. Y descuida, estamos vigilando a la prensa para que no meta la cuchara, tú tranquila...

—¿La prensa es lo que más le importa?

—¡Rafael!

—Si desea que mi esposa siga trabajando para usted deberá ponerle cuerpo de seguridad también.

Susana deseó levantarse, arrancarse el vendaje de los ojos y darle un puñetazo en la boca a su marido.

—Por supuesto que así será, caballero. Es lo menos que podemos hacer. Entiendo su molestia.

—No le hagas caso, Nancy, el hombre no sabe la magnitud de esto.

—Tú tampoco...

—En la oficina discutiremos qué hacer con la información, mi querida Susy. Tú necesitas relajarte y descansar —Nancy Márquez se dirigió a Rafael—. Le prometo que estará protegida, por favor, le ruego que me tenga confianza. Su esposa es mi mano derecha, mucho del trabajo mediático que se hace es gracias a ella. Vale oro.

Rafael no expresó gesto alguno, en parte porque su celular vibró y lo desconcertó. Era un mensaje de Édgar: *Corina y yo estamos aquí. No podemos pasar. Hay policías y periodistas.*

—Son los chicos, no los dejan entrar, iré a ponerlos al tanto —anunció Rafael y luego de recibir la afirmativa de ambas mujeres salió balaceado por los ojos de desconfianza pura que resguardaban la puerta de la habitación.

*

—Ya lo sabía... Que a mamá le había pasado algo.

—¿Has estado jugando con tus cosas otra vez? Te lo habían prohibido.

—No. Solo lo supe.

—Estás loca de remate.

—Estaré loca, pero no soy una farsa como tú.

—¿Qué dices?

—Sé que nos ocultas algo, todavía no sé qué. Lo averiguaré.

—Métete en tus asuntos, Corina.

Apareció Rafael entre un puñado de reporteros que le preguntaban desesperados si él era el esposo de la agredida, para efectos pronto se mantuvo en silencio y los demás dedujeron que se habían equivocado de hombre, lo dejaron pasar. Después de recuperar el aliento puso al corriente a los hermanos.

—A su madre la rociaron con gas pimienta. Está bien. Solo se quedará bajo observación esta noche hasta que baje la inflamación.

No había sorpresa en la mirada de Corina.

—¿Ya atraparon al maldito? —se quejó Édgar.

—Fue una mujer, y al parecer sí.

Para la mala suerte de la familia, un periodista con oído de perro escuchó sílabas sueltas hasta que formuló las frases, dio en el blanco por instinto, ahí estaba la nota. En un chasquido de dedos se armó el zafarrancho:

“¿Cómo se sienten al saber que atacaron a su madre? ¿La alcaldesa Márquez es amiga de su familia? ¿Saben el estado clínico de Susana de la Garza? ¿Quién la atacó?”

Detrás de la multitud de cámaras, Corina distinguió un rostro oscuro, y este le sonrió.

Capítulo 4

Enviado del cielo

Había nacido por milagro, en un intento fallido por ser abortado. Tenía la piel mestiza, los labios delgados y una nariz puntiaguda. Llegó a la tierra con la misión kármica de matar. Había sido monje, padre y guía angelical en vidas pasadas, en cambio no había equilibrio auténtico en su espíritu, había cosas por aprender, destinos que nunca había vivenciado y los cuales le habían sido asignados desde el gran salón de las almas, donde todos los dioses aunados a la fuerza omnipotente designaban las historias en la encarnación terrenal. Él mismo había escogido su destino, había ayudado a millones a su salvación, había perdonado a asesinos, pederastas y ladrones. Su fe siempre fue inamovible, al igual que sus corazonadas que le decían que todas las personas malas recibirían su merecido en la próxima vida pero, así no funcionaban las leyes celestiales y para aprender tenía que vivir en carne propia la sed de venganza.

Nació en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles, casi asfixiado entre la sotana y el rosario que le ahorcaba el cuello. Fue cogido con premura y arrojado a un depósito de basura a las tres de la madrugada bajo la lluvia y los truenos que reventaban los tímpanos. Su madre juraba que estaba muerto, pues su bebé no había llorado, lucía amoratado y con los ojos en blanco. Ella no contaba con que su padre Dios le tenía preparada una misión muy importante a su creación. No se trataba del anticristo, era simplemente el engranaje faltante para el equilibrio mundano; Eliminar a todos aquellos que habían elegido antes de nacer, ser torturados y asesinados por sus manos, como una encomienda para que ellos aprendieran lo que era morir de esa forma, como karma por todo el sufrimiento que habían ejercido en el pasado, y ahora, alguien que había sido un santo durante muchos periodos le correspondería hacer cumplir la palabra.

Inhumana, irracional, ilógica, sí. Así era la creación.

Bruno agonizaba, cobijado con las notas rojas y los harapos que la gente de los suburbios desechaba. Un grupo de hombres lo encontraron berreando en el camión de la basura, se habían espantado al haber vertido los desperdicios y escuchar un llanto de ultratumba; ¡Santísima virgencita!, ¿qué fue eso?, ¿lo escucharon?, ¡parece un demonio!, ¡es el diablo!, ¡ya nos jodimos!, ¡no, es un chamaco!

Con los testículos encrespados por el terror, Manolo metió la mano entre las bolsas de plástico y la viscosidad, tocó unos deditos, se movían, distinguió una piernita, de un jalón sacó al bebé de las tinieblas, embadurnado de inmundicia y media, pero gritando a todo pulmón. Fue así como Manolo decidió adoptarlo, ignorando que sus compañeros del sistema de recolección de residuos le habían exigido que lo llevara a servicios familiares o a algún orfanato. El hombre se aferró a él, lo sentía propio, algo que su fallecida esposa nunca le pudo dar y parecía que lo había encontrado por mera casualidad aunque dentro de sí, estaba seguro de que había sido un mensaje enviado del mismísimo Jesús.

El pequeño corría y blasfemaba mientras jugueteaba por los puentes viales, haciéndose el tonto con los demás niños de la calle, mugrosos y llenos de alegría. Se salpicaban de agua puerca, reían y cuánto reían. Eran los dueños del mundo sin un centavo. En ocasiones Bruno comía un pan al día, pedacera de carnes frías que un señor pelón con barba le regalaba en el Mercado Aldama y muchos vasos con agua de la llave, otras veces las sobras que los comensales dejaban en los restaurantes del centro y cuando le iba mejor, sopas de fideo en un comedor comunitario si no es que antes lo sacaban a patadas por su insoportable fetidez. Al tener el cuerpo relativamente más fuerte emprendió como limpiador de parabrisas, de lavacoches y de repartidor en las carnicerías. No obstante, el dinero no era suficiente, todo se gastaba en alimento y de vez en cuando en zapatos de segunda mano.

Manolo había sido despedido de su empleo, lo habían hallado borracho en sus turnos y fue el colmo cuando devolvió el estómago frente a su supervisor. Eso no cambió el cariño que le tenía a su nene, pero ahora él se había convertido en una carga para este.

A sus quince años Bruno todavía no podía salir de esa casita que se estaba cayendo en pedazos y que hedía a desesperación. El niño ya no veía más opción para salir adelante, solo veía aguardiente rodando por el suelo, vómito y a un holgazán ahogado en alcohol. La respuesta le llegó amarga, pegajosa y blanquecina.

*

Se sintió sucio, extraño. Satisfecho. Pasó saliva y quiso dejar de respirar, el olor de alguien más era desconocido, bajo un foco desvencijado y parpadeante, apabullado por las paredes percutidas de quién sabe cuánta cosa, gemía y expelía la amabilidad posible. Enjuagó rápidamente una lágrima que resbaló por su mejilla. El sudor era salado y sabía a extravagancia, el aliento embriagaba y los labios eran una esponja acuosa de testosterona. Le ordenaron que se pusiera de rodillas y que abriera la boca. Después de un escalofrío que le recorrió la espalda sintió el rostro caliente, la misma sensación cuando le cayó mermelada recién hecha sobre la mano mientras molestaba a una tendera de comida orgánica. Ardía un poco, era excitante y nauseabundo, no podía decidirse, tuvo que tragarlo, el instinto le dijo que debía hacerlo puesto que no estaba en posición de defraudar a su primer cliente. Ya nada sería igual. Doscientos pesos al bolsillo y Bruno se sintió millonario, por un segundo olvidó el cuerpo tapizado de vellos, el hedor a patas y axilas y la grasa que se le había adherido a su piel. Salió de la habitación y quiso huir pero su acompañante no se lo permitió hasta que se despidió de él y partió en un taxi.

Frente al Parque Hidalgo estaban algunas mujeres y transexuales aguardando para dar servicio, miraron con desaire al joven al que evidentemente ya le habían pagado. Las prostitutas reconocían esa mirada de culpabilidad con alivio. Había comenzado su negocio, por recomendación de un adolescente que había descubierto con ropa limpia y con el cabello engominado. Quería con todas sus fuerzas la misma superación de aquel que también había jugado con lodo junto a él. Así era la vida y así se conseguía buena lana. Los caballeros se fueron multiplicando con el tiempo, y Manolo entre peda y peda nunca pudo notar de dónde salía para comprar sus medicamentos y pagar el agua y la luz, y se quedaría con la incógnita hasta el día de su muerte.

*

- Estás muy chico para andar de puto... ¿por qué haces esto, eh?
- Para vivir, ¿por qué más? ¿Y usted por qué hace esto?
- Porque me gusta la verga, ¿no se notó?
- Pues ya nos respondimos, señor.
- Soy Poncho, a tus órdenes. Te lo digo con respeto, eres un niño...

—Ya voy a cumplir dieciocho. Y hace unos minutos le dejé muy claro que ya no soy un niño. ¿Ya me puede pagar?

—Tranquilo, mi niño. Discúlpame si te incomodé. Es que estás muy lindo... te mereces todo lo bueno de la vida —le acarició la cara—. Yo podría darte eso y más.

—Será mejor que me vaya —dijo Bruno y se levantó de la cama, Poncho se incorporó y lo sujetó del cuello.

—Te lo digo porque soy bueno.

—¡Suélteme!

—Tranquilo, Charly —ese era el nombre que utilizaba Bruno para sus clientes. Poncho lo soltó y lo empujó para que se sentara en la cama—. Escúchame bien. Yo sé perfectamente lo que pasan chavitos como tú, y no me gustaría que terminarás como ellos, ¿sabes cómo terminan?! ¡En la cárcel! O peor aún, ¡muertos! —se secó el sudor de la frente—. No quiero asustarte, pero me gustas mucho.

—Usted es un viejo —escupió Bruno con miedo.

—Lo sé. Y sé que no merezco a alguien como tú, pero sí me gustaría ayudarte, déjame hacerlo.

—Solo sígame contratando.

—No. Ya no quiero que hagas esto.

—Soy lo suficientemente grande para hacer lo que se me pegue la gana —agarró su ropa y empezó a vestirse—, solo págueme y lárguese. ¡Págame ya, cabrón!

—Mi niño, por favor...

—¡No me diga “mi niño”! —apenas en pantalones y zapatos cogió su camisa y se acercó a la salida del cuarto.

—¡Espera! Aquí tienes... —el señor fue por su cartera y sacó un fajo de billetes—. Aquí está tu pago. Discúlpame.

—¿Usted está loco?

—Hay más de donde salió esto, si me dejas...

Bruno se mantuvo callado, Poncho le había dado justo en su punto débil. Nunca había tenido tanto dinero en la mano y esa sensación era tan satisfactoria como cuando hacía pasteles de musgo con sus amigos.

»Sé que lo necesitas, de verdad soy una buena persona. Déjame sacarte de esto, es lo único que deseo.

Bruno apretó los billetes, lanzó una sonrisa pícaro, abrió la puerta y puso un pie afuera. Poncho corrió y lo cogió del brazo, olvidándose que alguien podía verlo desnudo en el pasillo del motel.

»Ya sabes dónde encontrarme.

*

Retiró el atole de la lumbre, preparó una taza y se la llevó a Manolo. Pasaba la medianoche, Bruno se había despertado por los quejidos de sufrimiento de su padre, su familia. Valía la pena cuidarlo aunque fuera lo que fuera. Por la temperatura, Bruno le daba de beber a Manolo con una cucharita para que no se quemara los labios. Se oían los perros ladrando y las riñas de las pandillas. Dentro, solo tranquilidad y traqueteo del refrigerador vacío.

Bruno anhelaba ver de nuevo de pie a su padre, estaba harto de verlo en tan mal estado. No había llegado al extremo de prohibirle la bebida, de cualquier manera no lo convencería, sabía en el fondo que los vicios suelen ser lo único que te mantiene con vida. Se sentía responsable, si ese hombre lo había alimentado de bebé, era su deber protegerlo ahora que él no podía. Ya hacía tiempo que no conversaba con él, recordaba sus arranques y también su voz aguardientosa que le

hablaba con dulzura. Echaba de menos su compañía, las tardes donde se ponían a ver los anuncios en los televisores de los almacenes de muebles y electrodomésticos, cuando recolectaban latas y botellas y las clasificaban en el patio de la casa mientras Manolo le contaba sobre todos los objetos raros que se había llegado a encontrar en la basura, las veces que hacían carreras para ver quién se subía primero al camión recolector, los abrazos cálidos como el pan azucarado recién horneado que no sabía cómo Manolo conseguía.

Se terminó el atole, Bruno dejó el recipiente sobre una cubeta antigua al revés de pintura Berel, se sentó en el colchón roto, observó cómo se movía la mandíbula de su padre, continuaba saboreando, le dio ternura, vio su belleza, el rostro agrietado y exhausto, su nariz repleta de vellosidad y sus cabellos con caspa. Puso una mano sobre el pecho de Manolo y apreció el latir de su corazón. Lo amaba. Para todos era el único hombre que se había compadecido de él, para él, era su fortaleza, su razón para ganarse la papa a pulso, aunque a veces le dieran arcadas en el estómago.

“Siempre estaré aquí, hasta tu último respiro.”

*

El Mercado Aldama estaba a reventar de panzas hambrientas que disfrutaban de sus vacaciones decembrinas.

Poncho preparaba cocteles con camarones, micheladas, pescados empanizados y tostadas de ceviche a toda velocidad. Sumergido en uno de los tantos restaurantes de mariscos sudaba la gota gorda en lo que le zumbaban los oídos por escuchar a su patrón pedirle orden tras orden; “Rapidito, para hoy, ¿todavía no está?, ¡ya!, ¡córrele!” Tenía jaqueca y las manos le temblaban, sentía que en algún momento sus rodillas dejarían de responder y la gente se reproducía como conejos, la fila se hacía larga, no había rincón libre y el oxígeno era áspero y aceitoso. Era medio día. Faltaban por lo menos ocho horas más, aunque eso no era seguro, en temporadas así se podía retirar hasta las diez de la noche. Prácticamente solo llegaba a su casa a ducharse y dormir para levantarse a las siete de la mañana para llegar temprano y así comenzar otra jornada.

Aprovechó que todo el personal estaba ocupado y que los clientes estaban embobados con *El Señor de los Cielos*, metió una mano a su mandil, con los dedos abrió un cierre y sacó un par de pastillas, de un jalón se las zampó. Probablemente tendría taquicardia en la noche pero era eso o desmayarse cuando menos lo podía hacer. Música, carcajadas, gritos, reclamos, condimentos, salsas, órdenes, órdenes, órdenes. De pronto todo se detuvo. El joven al que le había lamido las nalgas más de una vez estaba formado para ser atendido. Poncho no sabía si había sido la droga o el haber visto a Charly lo que le disparó la adrenalina y una improvisada erección que ocultó con la barriga.

Bruno pidió un coctel de camarones doble, se sentó junto a la barra y esperó con ansias mientras por el rabillo de un ojo observaba al cocinero al que se le habían hecho los calzones de agua. La mesera le trajo la comida. Comió mientras sonreía. Jamás había hecho nada parecido por alguien, ningún cliente le había interesado tanto como Poncho, quizá se debía a su porte de macho que lo hacía sentir a salvo, nada que ver con Manolo que con cada día transcurrido parecía hacerse más ciruela pasa.

En un descuido, Poncho se coló por los comensales fingiendo verificar si todos ya tenían platillos en la mesa, arriesgándose a que su jefe lo reprendiera frente al tumulto, nada más para ver a Charly frente a frente por una fracción de instante y pelarle los dientes con calentura. Qué bonito se sentía ser querido.

*

Bruno se enamoró, era la primera vez que le ocurría. Cada miércoles que Poncho descansaba salían a pasear, parecían padre e hijo, eso no importaba, entre ellos no pasaba nada paternal, más bien carnal, aunque para qué nos hacemos pendejos, era la combinación de ambas. Comían helado en el jardín de San Juan de Dios, miraban películas en el cine barato, se comían a besos envueltos en la oscuridad de la calle Madero y cogían desenfrenadamente en moteles distintos. A Bruno se le llenaban las manos de chocolates, globos con figura de corazón, caramelos, tarjetas de poesía erótica, ropa interior provocativa y demás cosas que escondía en un rincón de la casa para que el borracho de su padre no las descubriera. Era apacible y auténtico. Conforme pasaron los meses su lista de clientes fue disminuyendo, pero eso no lo amonestó, el dinero y el amor que recibía constantemente lo hacían sentirse pleno, por primera vez en su vida.

Con un golpe en la cabeza todo cambió.

*

El piso del mercado estaba mojado, una pescadería tenía problemas con sus tuberías. Bruno caminaba con regocijo para ver a su amado trabajando, no reviró el reflejo de su cuerpo hasta que pudo verse claramente un segundo antes de estrellarse contra el azulejo. La sangre brotó de su frente, algunos corrieron a socorrerlo, entre ellos estaba su hombre, Bruno no pudo mirarlo con nitidez, sabía que era él pero no se veía igual, era como si Manolo, ¿su padre? Poncho, ¿dónde estaba? No, sí era Poncho, ¿entonces?

—¡Poncho, ¿qué chingados pasó?!

—Se cayó Carlitos, patrón.

—¿Qué? —el dueño de Mariscos Ornelas se aproximó a la oreja de Poncho, demostrando su autoridad ante la horda de gentuza que se arremolinaba por saber qué había ocurrido—. Es la última vez que te lo digo. No quiero a tu hijo aquí. ¡Que se largue!

—Sí, patrón.

Poncho puso de pie a Bruno, se quitó el mandil mugroso, lo hizo bola y se lo puso en la frente al joven, caminaron juntos hasta la calle. Le entregó un billete y fue contundente con su indicación de tomar un taxi y partir a casa.

—Necesito volver, si no Roberto me corre.

—Pero, tú no sabes dónde vivo —un hilo de sangre le llegó al mentón.

—¿Qué dices? Hablamos más tarde, por favor... ¡Acá, güero! —detuvo un taxi y le dio la dirección al chofer.

—¿Cómo sabes dónde vivo? Jamás has...

Poncho abrió una puerta del automóvil y ayudó al joven a sentarse en el asiento trasero.

—Carlos, creo que el chingadazo sí te afectó. Tranquilo, mi niño. Te consentiré al rato.

“No me digas mi niño.”

*

Entró tumbándose por las paredes, arrojó las llaves y el mandil humedecido de sangre. Llamó a Manolo con premura:

—¿Dónde estás, papá?

La cama estaba vacía, solo había botellas regadas por el sitio. Sacudió las sábanas, buscó en el retrete, en el patio repleto de telarañas y cachivaches. No había más dónde buscar. ¿Dónde estaba Manolo? Y ni a quién preguntarle, sus viejos amigos ya no vivían por la zona y ni siquiera sabía cómo se llamaban sus vecinos. La cabeza le dolía. Todo se estaba nublando. En el tubo donde colgaba su ropa había algo de lo que nunca se había percatado. Mandiles. Se desmayó.

*

Un zancudo lo despertó, le había hecho cosquillas en las cejas. Se fue irguiendo poco a poco y se acostó sobre el colchón. ¡Qué mala pesadilla! La oscuridad, irreverente y presuntuosa, en un atisbo de luz pudo encender una lámpara. No, no, no. ¿Dónde estaban sus cosas? ¡¿Los habían robado?! ¿Y los carteles de Maribel Guardia que estaban pegados por doquier? Esa no era su casa. “¿Dónde estoy?” Salió a la calle y observó hacia la fachada, era la misma. “¿Qué pasa, qué pasa?” Entró. Sacó unos cajones de la única cómoda y revolvió documentos deteriorados por la humedad. Encontró su acta de nacimiento. Veintiocho de marzo de... ¡Un momento! *Carlos Zárate*.

—Charly, ya llegué... Mi niño, no te has limpiado esa cosa, ¿qué hiciste todo este tiempo?... A ver, vamos a curarte como se debe... ¿Qué tienes?

—Yo no soy Charly.

—¿Qué dices? Me estás preocupando.

—Que yo no soy Charly... Yo me llamo Bruno.

—¿Qué fue lo que te pasó?

—Mi nombre real es Bruno, y mi papá, el hombre que me... ¿dónde está el? ¡¿Qué le hiciste?!

—Charly, me estás asustando mucho, ¿de qué hablas?

—¡¿Qué me hiciste, cabrón?!

—Cálmate —Poncho lo sostuvo por los hombros, en los ojos del joven podía verse que se aproximaba otro episodio de esquizofrenia—. Escúchame... Tú te llamas Carlos, te digo Charly de cariño. Nunca existió Bruno.

—¿Por qué me haces esto? ¡¿Quién eres?!

—Mi niño, respira hondo, tu memoria está jugando contigo, lo superaremos juntos. Pon atención. Yo estaba contigo cuando... Tenías ocho años...

Carlos, escuchaba. Poco. Nada.

—No es cierto, mi nombre es Bruno, yo le decía a los demás que me llamaba Charly cuando...

—No, mi niño. Manolo te hizo creer eso, te puso de nombre artístico “Bruno”, él era el que te vendía con los hombres. Yo te saqué de ahí... Recuerda, mi niño.

Charly se perdió en las pupilas de Poncho y se transportó al pasado;

Entró de puntillas, Poncho estaba desnudo, retozando junto a otro hombre, era Manolo, en la misma cama donde le habían leído cuentos usados. La asquerosidad, la ebriedad y un par de hombres dándose placer. Eso veía. Él en medio de ambos. Sudando. Se observó las manos, eran diminutas, al igual que sus pies con las pantuflas de Mickey Mouse que le compraron en un tianguis. Ya no pudo ver más. No quiso.

Poncho le sugirió que se tomara un té, le dio la espalda mientras se dirigía a la estufa. Junto a Charly estaba un molcajete con salsa rancia. Lo tomó con ambas manos, dio pasos en silencio. Poncho creyó que Charly ya había recuperado la conciencia cuando sintió su respiración por detrás, le gustó. Charly lo golpeó. Se rompió la piedra, y el cráneo. El grito de Poncho se enmudeció gracias al escándalo de la feria de la colonia.

El muchacho escapó, se acordaba vagamente de su vida, ¿de cuál? Huérfano. Su niñez en la podredumbre y los juegos con escuincles igual de miserables que él. La noche era profunda y las calles estaban solas y sucias por los festejos de año nuevo que ya habían culminado. Él no tenía nada que celebrar. “Corre y no regreses jamás.”

Se dirigió sin rumbo, las estrellas pronto lo guiaron a un callejón. Se tumbó en el asfalto, entre la suciedad que consideraba amistad. Lloraba, su alma se desgarraba. Ansiaba una respuesta. Entonces lo sometió un derrame, no cerebral, moral. Se puso de pie, no había por qué ver hacia atrás. Ya sabía dónde estaba. Caminó hacia un bar de travestis que quedaba a dos cuadras. No

solo bailó con Ruby, Sasha, Linda y Roxy, se llevó a Coqueta, quien era un chico sin dientes que lo intentó besar, pero a Charly le pareció una falta de respeto. La mató.

Capítulo 5

Vidas pasadas

¡LE CACHARON EL PAQUETE!

LEÓN, GTO. Anteanoche fue encontrado el cuerpo sin vida de un travesti en la intersección de las calles Julián de Obregón y Aurelio Luis Gallardo frente al Parque Hidalgo. La denuncia fue emitida por amigos de la víctima a una patrulla que realizaba su inspección rutinaria. El informe de la Policía Municipal de León mostró que el cadáver presentaba la mutilación de los genitales y golpes en el rostro, pecho y brazos.

Según los amigos de la víctima, Alfonso Vega Vargas alias "Linda" y Javier Pérez Cervantes alias "Plástica" aseguraron haber visto por última vez a Óscar Núñez Samaniego de 26 años de edad alias "La Malquerida" mientras terminaba un servicio sexual en la esquina de la calle Julián de Obregón y el bulevar Adolfo López Mateos aproximadamente veinte minutos antes de haber desaparecido y comenzar su búsqueda después de que no les respondiera sus llamadas telefónicas.

*«La Malquerida jamás se va sin avisarnos, nosotras siempre estamos comunicándonos para saber dónde andamos, por eso cuando menos nos dimos cuenta, la **** ya no estaba, creímos que había conseguido servicio pero nos preocupamos cuando no nos llegó mensaje ni nada. (...) Le dije a las chicas que si la habían visto entrar a algún bar o al hotelito pero me dijeron que no» comentó "Linda".*

*«A veces los hombres piensan que somos mujeres de verdad, ¿me entiende? No a todos les gusta lo que ofrecemos pero se hacen ****, ¿a poco no nos ven la manzanota de Adán? Porque a mi comadre la Katya le quisieron hacer lo mismo cuando le vieron la ****, pero ella es bien **** y no se dejó, le metió un karatazo y lo dejó bizco al ****. No puedo creer que le haya ocurrido esto a mi sister Malquerida. Santo Dios, si no les gustan los ****, ¿por qué vienen y nos buscan?» declaró "Plástica".*

Las autoridades afirmaron que se llevará a cabo una investigación a la brevedad.

Corina besó a Óscar. Él se estremeció. Ella supo sobre su vida anterior. Óscar había sido un delegado apostólico en el siglo XII en España y había condenado a herejes y rebeldes a las torturas de la santa inquisición, demandaba el cumplimiento de la santa sede para que los descarriados volvieran a donde pertenecían, al infierno. Se llamaba Gregorio, había desterrado familias, pateado gallinas y escupido en mujeres de moral caída. Cargaba una deuda transgeneracional pesada. Dentro de la visión se desveló que alguna vez intentó redimirse y pedir perdón en el año 1892 cuando conoció a un chamán en una tribu clandestina de Pensilvania donde se practicaban los rituales de depuración, sanación e iniciación al espiritismo. Para esa época su

nombre era Richard y el ego le sobrepasaba las greñas, yacía demasiado ocupado participando en la huelga de Homestead mientras se ocultaba tras un retazo de metal de los agentes de Pinkerton. Corina finalizó el beso fortuito, los labios le sabían a cacao con leche. No le agradó.

Óscar esbozó complacencia y se atrevió a acariciarle la cintura, se arrojó a ella con un paso hacia adelante, prácticamente podía levantarla de un tirón y postrarla encima de su cómoda. Sus padres estaban en una conferencia de negocios, la mansión estaba deshabitada —a excepción del par de akitas americanos que ladraban afinados a los ficus del jardín— y la lujuria encendida; tarde perfecta.

Corina se dejó catar por la mirada agraciada y varonil de Óscar, y por un segundo vino Guillermo a su mente, lo vería mañana y se preguntaba si haría lo mismo con él. Fue temerosa al recibir tanta información con solo compartir saliva, pero tenía muchas ganas de sentirse mujer, fuera lo que fuera aquello, quería descubrirlo a toda costa. Besó con empeño. Líquido frío brotó de su piel, temblaba, el estómago se le enredó y la puso nerviosa. La esencia de Óscar le excitaba sin embargo, las historias del ayer hedían a culpa. Lo sentía, olía a incienso y a sotanas empolvadas, después a carbón y sangre, se entrelazaban los aromas y de repente distinguía el Burberry que se esparcía en cada pieza de la habitación. Sí, la escuela no era lo que había esperado, la gente no la entendía y no tenía amistades nuevas pero, no hubiera encontrado a este monumento. Óscar le parecía infantil en actitudes y la barba le objetaba lo contrario, ¡qué tupida la tenía! Percibió que en la entropierna de Óscar algo se espabilaba, lo tenía muy cerca, ¡qué rico! Endorfinas al llamado. Corina lo agarró de la camiseta y lo empujó a la cama y no le importó que por unos centímetros más a la derecha pudiera haber roto un jarrón de cristal cortado. ¿Por qué estaba algo costoso a pie de cama? “Los magnates y sus adicciones”, pensó. Exigió que la besaran suave, lento, sin prisas.

—Lo que tú quieras.

—Hubieras bebido mejor un té... Es que tu boca... me sabe a *chocomilk*, siento que estoy besando a un niño... Sí, me molesta.

Óscar metió una mano a un bolsillo de sus vaqueros y obtuvo un dulce de menta.

—¿Todo este tiempo has traído eso en tu pantalón?

—Eso y algo más...

Uy, sí, qué erótico el hombre. Óscar disolvió el caramelo en su lengua y nuevamente se introdujo en el principio de la expresión oral de Corina, el efecto se vigorizó. Ella le desabrochó los botones de la camiseta, vio su torso desnudo, lampiño y sus pezones rosados. Le causó humor y se aguantó la risa. Él la encendió con besuqueos en el cuello y a ella, le aterrizaron películas a su psique. Visualizó algo más reciente, una mujer llorando, quizá una exnovia, ¡ya basta! Tenía que disfrutar el instante. Mientras le quitaban el vestido y le retiraban el brasier hizo una meditación de protección, para que por los siguientes cuarentaidós minutos no hubiera nada más que éxtasis. Y así fue, luego de un fuerte dolor semejante a ser atravesado con una espada en el útero.

*

La casa de Rodrigo se veía apacible. Pinos a los costados, macetas con dalias magentas, girasoles y suculentas. Un letrero tallado en madera ilustraba: “Bienvenidos a la casa de las buenas vibras” junto al buzón del correo y una lámpara de pared.

Era la primera vez que Édgar se atrevería a llamar a la puerta. Normalmente duraba solo unos segundos cuando le daba aventón a Rodrigo. Siempre había querido permanecer en el anonimato, como en los filmes donde los romances en secreto eran los más pasionales. No obstante, ese ya no sería el caso pues su noble galán se había plantado en su torre, molesto y no planeaba someterse a

su absurdez de nueva cuenta. Después de cientos de llamadas telefónicas sin responder y evasiones en los pasillos de la universidad a Édgar le había quedado claro que si él era orgulloso él otro le decía quítate que ahí te voy. Caminó frente a los atalayas de tallos aterciopelados y pétalos suaves con la brisa del atardecer, se imaginó a Anita emergiendo de los mares espirituales de aquel palacio; “Buenas tardes, ¿a quién busca?... Así que tú eres su novio. ¡Patán, maldito! Lo has hecho sufrir. ¡Fuera de esta casa y jamás pongas un pie aquí!, con nuestro hijo no se juega”; Timoteo diría; ¿Qué usted no tiene nada más que hacer, joven? ¡Largo de mi propiedad! ¡Lárguese ahora!”. Bueno, sí era muy exagerado, pero la mente de él era como el chile puya, a simple vista inofensivo aunque con un picor y una intensidad para patalear, así era cuando amaba de verdad.

Tuvo miedo de tocar el timbre, si sus escenarios se tornaban reales y aquello sucedía al pie de la letra habría sido un *dejà vu*. Édgar supuso que Rodrigo venía de una familia respetable y con buenos valores, y al conocerlo sabía que gracias a sus patrañas filosóficas tendría transparencia con sus padres. Estaba convencido de que se había quejado con ellos de él ante la primera oportunidad. Sí. Tenía que ser. Era en vano. Mejor lo buscaría nuevamente en el instituto aunque dar con él fuera más complicado que pasar un nivel de *Tomb Raider*. El perfume del pan recién horneado cautivó su nariz, la puerta se abrió y salió una mujer baja y blanca. Édgar enmudeció, dio media vuelta y regresó al automóvil, arrancó apenas prendió el motor. La empleada doméstica de la familia se quedó estupefacta.

El *smartphone* timbró dos, cuatro veces, Édgar frenó en una luz roja, respondió sin ver el identificador.

—¿Por qué te fuiste?

—Eres tú...

—¿Por qué te fuiste? Envié a Prudencia ya que jamás te hubieras atrevido a llamar, y no me equivoqué.

—En serio quería hacerlo pero...

—No puedes, ¿cierto? ¡Vaya! El haberte visto frente a mi casa me hizo creer que habías cambiado...

—Rodrigo, por favor, dame oportunidad de hablar contigo. Quiero que sepas que estoy sufriendo por no tenerte y que me hace mucho daño que estés enojado conmigo.

—Eddy, Eddy, tan necio y terco. No estoy molesto contigo. Simplemente estoy en desacuerdo. Si me enoja permito que me controles, por lo tanto si no vibramos igual quiere decir que por el momento no hay que estar juntos...

—¿Cómo...?

Luz verde. La piel descarnándose de un hombre frente al carro. Sangre. Vísceras brotando de la boca. Se cortó la llamada. El cielo se oscureció y los transeúntes giraron hacia la posición de Édgar.

Grrrrac... Éd... gar...

—¿Hola?

—¡¿QUÉ?!

—Creo que no es el momento para platicar y menos por este medio. Te cuelgo. Hasta luego.

PIIIIIP PIIIIIP

—¡Muévete, hijo de papi!

Édgar se quitó el celular de la oreja, el mundo había recobrado su naturaleza, continuó en la carretera posterior a que la gente en la calle regresara a sus vidas comunes olvidándose del escándalo.

*

Estaba tendida en la cama, la silueta corpulenta de la esposa de Rafael, envuelta en sábanas de seda púrpura en lo que los ronquidos comparecían como un vaivén de las hojas de un árbol. La recámara estaba desocupada, silenciosa y deprimente. Rafael le había terminado de poner las curaciones en el rostro a Susana y ella había evolucionado bastante bien, podría decirse que se veía igual de hermosa que antes, aunque lo bello para él ya no encajara del todo en ella. Le tenía respeto, ¿o lástima? Mejor dicho se tenía lástima a sí mismo. ¿En qué instante había dejado de amar a esa mujer que le había dado hijos, un matrimonio sólido y una reputación honorable entre las altas esferas de la sociedad? Acarició la tersura de su piel frágil y la observó guapa. Como aquel día que la conoció en el restaurante. Las caderas amplias y el abdomen plano, ¿por qué se habían esfumado? Eso no importaba, él sabía que él seguía siendo el mismo “cara de pizza” del colegio. Se acordó de Jorge, el amigo que lo había sacado de sus apuros, como aquel bochornoso momento con Marta de los Mora. Qué vergüenza. ¿Por qué seguía recordándola, sintiéndola, palpándola? Susana estornudó y lo ofuscó. ¿Estaba escuchando sus pensamientos? ¡Qué miedo! Todo menos eso, por favor. Si no se enteraría de todas las películas con Helena Danae que miraba en los momentos muertos en la oficina.

Los rosas y cobaltos del anochecer trasminaban por la ventana e iluminaban el mobiliario antiquísimo, la florería y los cuadros de Francia que Susana había comprado en su viaje por Europa. La tranquilidad incomodaba. De pronto se oyeron pasos por el pasillo exterior, probablemente era su hijo que había llegado a casa. No había platicado con él en días, había estado enfrascado en la recuperación de su esposa y la culpabilidad por no ser un buen padre lo obligó a ponerse de pie y buscarle conversación a Édgar. La puerta de la habitación de su hijo estaba de par en par, le habló como usualmente lo hacía antes de pasar a la que antes había sido su cueva.

—Hola, hijo. ¿Cómo te va?

Nadie. Los reconocimientos en la pared, la cama destendida para variar y el aroma a adolescente impregnado eran lo único que lo saludaba. Los grados centígrados descendieron y a Rafael le dio un escalofrío. Esa sensación le era familiar. Cayó una gota, y en la próxima exhalación se desató el vendaval con relámpagos y torrentes que apedreaban la estancia. El cielo se caía.

—¡Amor!

Rafael regresó a su recámara.

—¿Qué pasó, cariño?

—Necesito más analgésico, por favor —Susana expresó entre dientes—. Está en el buró.

El frasco estaba vacío. Rafael partió a la farmacia más cercana, para su sorpresa no tenían en existencia el medicamento. Tuvo que irse al centro y estuvo como chiflado buscando por todos rumbos mientras León se inundaba a cada segundo. Andaba por el Blvr. Hilario Medina cuando su Mercedes Benz se detuvo de golpe y se ladeó. “Carajo”. La tormenta arreciaba y las personas corrían impolutas. Se bajó del automóvil para descubrir que un neumático se había atorado en una coladera destapada. El chasis se había dañado. Aquello le preocupó más que llegar a tiempo a casa con la medicina que al fin había conseguido luego de un *tour* exhaustivo. Se introdujo de nuevo en el automóvil y telefoneó a un amigo de protección civil para que viniera a su rescate. Sintió cómo algo o alguien golpeó su cajuela. Un estruendo acuoso. Miró por el retrovisor y solo vio las luces del tráfico que pasaban salpicando todo y negándose a echarle una mano. Nuevamente salió hacia el diluvio y se encontró con un hombre calvo tirado en el suelo a unos

centímetros de la coladera. Lo ayudó a incorporarse y por poco se resbaló.

—Gracias.

Él y él. Las chispas hicieron *kaboom*. Unos segundos de inspección minuciosa hasta que el malherido esbozó una sonrisa y la nostalgia se desparramó en su mirada.

—Rafael... ¿Eres tú?

El hombre tenía facciones finas y a la vez toscas y su vestimenta desaliñada le había parecido indiferente hasta que escuchó su nombre.

—No es posible...

—Me llamo Saúl —Rafael se esforzó para descifrar el código completo—, pero antes me llamaba Sofía.

Sofía había dejado de ser la mujer con la que alguna vez se encaprichó, no enamorado, porque al paso de los años sabía que el amor era algo ambivalente. Ahora era un hombre de pinta ruda y excesivamente masculino, con tatuajes y *piercings*. Las asperezas se disolvieron junto al agua helada que los bañaba, y se ralentizó el tiempo en una explosión melancólica.

»Fue un gusto verte, chico fresa... Cuídate.

—Tú también.

Saúl corrió. Jamás se volvieron a ver.

*

Tomó un espejo de mano, se sentó en el escusado y abrió las piernas. La vagina no se veía del todo distinta. Tampoco había sangre escurriendo. Cuánta agonía a la primera penetración de Óscar y cuando ella gimió, fingió que había sido por placer. Corina había optado por no decir que era virgen, la facha de mujer pacífica, *hippie* y valemadrística también significaba una posible experiencia sexual, pero además no quería que su cita en turno la viera como una inocente muchacha que no sabía lo que hacía. Lo que la amedrentaba era la falta de arrepentimiento. Cierto que no todas las mujeres se sentían sucias después de hacerlo la primera vez, y ella era una de ellas, estaba que saltaba de emoción. En fin, ese acostón con Óscar había sido revitalizante, tendiente a neutral. Cuando él eyaculó sintió cómo futuras cargas kármicas se expandían dentro de ella. Mas su calendario era exacto y no estaba ovulando, incluso así decidió tomarse un anticonceptivo por las dudas, un consejo que le había otorgado su amiga Cinthya meses antes cuando la animó a tener sexo con un chico en una fiesta, lo cual efectivamente no pasó.

Un cosquilleo, una picazón, Corina apretó la boca y se acercó el espejo hacia los labios mayores, se jorobó y casi pegó el rostro a la pelvis en una postura asombrosa. Parecía una pelusa blanquecina, como amarilla, diminuta pero con mucho detalle, pendía de un vello púbico... se movió. ¡El horror! Vio con más detenimiento. Tenía patitas. Era como un cangrejito. Quiso gritar pero su reputación quedaba de por medio. Con un dedo tembloroso arrancó al bicho del vello, a una distancia corta de sus ojos y bajo la luz incandescente del sanitario lo vio en alta definición. Le habían pasado un animalito, una criatura simpática y castrante. Lo que no sabía es que otros más se escondían allá abajo, silenciosos, durmiendo y esperando el momento preciso para alimentarse de su sangre y ejercer su labor de parásitos. Lanzó al intruso al cesto para la basura.

Se duchó y se puso su ducha íntima de rutina. A media noche y mientras intentaba cerrar los ojos, ¡un mordisco! “¿Qué carajos es, Dios mío?” Se disparó de la cama y se fue a revisar de nuevo, uno más, no, un par, caminando con soltura y gracia por la entrepierna. Corrió hacia el tocador y buscó unas tijeras de cabello con las cuales ella misma se despuntaba. Sabía que no había otro remedio, se preparó, con la misma exactitud de un cirujano comenzó a cortar pelo tras pelo, en un acto de destreza y minuciosidad que casi le costó una cortada. “Fuera de mi cuerpo”.

Se dejó casi pelona, se podría decir que se había depilado el bigote, pero ante la falta de rasuradora pues se veía más bien como mandíbula de puberto en aprietos, con trasquiladas por doquier. Le llegó a la cabeza lo que todo *millennial* hacía ante situaciones de emergencia. Lo buscó en Google. Resultado: Ladillas. Casi se desmayó cuando se enteró que una vez adquiridas era necesario todo un ritual de limpieza, pero se reparó valiente y más que eso, no quería que nadie se enterara. De un jalón quitó sus sábanas y las arrojó al suelo, se puso *pants*, zapatos deportivos y una sudadera, cogió su morral de diseños tarahumaras y de puntillas salió de la casa mientras todos roncaban.

Llegó a una farmacia con la voz cascabeleante y la mirada derrotada, solicitó un ungüento con permetrina al 5%, pagó y casi se hubiera estrellado en una puerta de cristal si no es que otro cliente la accionó. Caminaba a pie hasta su casa, no utilizó el automóvil pues el ruido alertaría a la familia. Los ladridos de los perros y el canto de los grillos amenizaban su caminata. Apresuró el paso pues el frío la hizo encorvarse. Un olor nauseabundo, se tapó la nariz y la boca con una manga. Entró a la casa, reviró una luz encendida, estando todavía en el exterior junto al jardín y los carros de la familia, en la segunda planta, en la pieza de Édgar, alguien yacía de pie, asomándose por la ventana. La sombra se hizo hacia atrás y se apagó la luz. “Putra madre, puta madre”, se ensimismó. Ahora tendría que explicarle al tarado de su hermano qué hacía a la una de la madrugada llegando de quién sabe dónde.

La puerta principal se abrió. Los focos del recibidor, iluminando, las escaleras, terroríficas. La energía era densa y los latidos del corazón eran alarmantes. La luz titilaba. Una vez dentro la puerta se cerró con lentitud, Corina volteó y todavía con la confusión atorada en su garganta se acercó para ver por la mirilla. ¿Por qué hizo eso? Fue instinto. Nada. Giró a sus espaldas. Ahí.

GRAAAAAAAAAAAC.

La agarraron de los hombros, la sujetaron fuerte y la ropa casi se le desgarró, la lanzaron hacia la mesita de caoba donde todos ponían sus llaveros. Ella gimoteó, su compra rodó por la alfombra. La tomaron por los pies y la arrastraron a la sala. La oscuridad la ahorcaba y las fuerzas del mal se apoderaron del recinto.

*

Rafael se levantó con el aliento escapándosele del pecho, salió de la recámara y se encontró con Édgar a mitad del camino. Padre e hijo se vieron, conectados como nunca antes.

—¡Ayuda!

—¡Corina!

Édgar presionó el interruptor de la luz. Las escaleras, la recepción, nada. Solamente se oían los forcejeos constantes y los gritos de una mujer que se debatía por sobrevivir. Ambos bajaron a brincos. La sala estaba oscura y cuando quisieron entrar las luces se activaron. Corina flotaba cerca del candelabro de plata, de repente el poder que la sostenía decidió retirarse, se abrieron los ventanales y las cortinas danzaron hacia la noche. Corina cayó en un sillón y rebotó, quedando junto a la chimenea.

Esa noche la línea de emergencias recibió un reporte de allanamiento. Los cuerpos policíacos investigaron cada rincón de la residencia de los Mendoza, mientras Corina reposaba en su habitación junto a su hermano después de haberse liberado de la inconciencia media hora más tarde.

Rafael concebía dos mundos dentro de sí, el primero le decía que haber llamado a la policía había sido lo más inteligente pues ellos se encargarían de descubrir lo acontecido, el segundo —al que más le creía— le decía que algo más había entrado en su hogar, pero no lo quería admitir. No

había razones para que sucedieran estas cosas. Siguió dando testimonio excluyendo la escena donde su hija pendía en el aire por un instante. Los oficiales fueron amables con el señor a pesar de que consideraron que se trataba más de un colapso nervioso, una falsa alarma común; Ofrecieron la despedida y se fueron a un club nocturno por unas bailarinas.

*

—Ya lo sé.

—¿Qué?

—Lo tuyo con Rodrigo.

—¿A qué te refieres?

—No nos hagamos pendejos, Édgar. Los únicos que se engañan son todos ustedes, pero saben lo que hago. Y todo me es revelado.

Édgar se quedó sin palabras. Se sentó junto a su hermana, luego de haberla hecho reaccionar con gritos y zangoloteos la había traído a la recámara en lo que ella se apoyaba de su espalda y arrastraba los pies. Susana había estado en un descanso tan profundo que nadie se había acordado de su existencia, hasta el siguiente día.

»Sé que eres homosexual. Lo he sabido desde siempre. Vi tus acciones aquella vez que llegaste de la primaria y dejaste el celular sobre tu cama. Esa vez entré y lo sujeté, estaba bloqueado por supuesto, pero pude ver lo que habías hecho con él. Vi lo que grabaste... no necesito decir más.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —espetó Édgar con pudor.

—¿Para qué? No cambiaría nada. Ahora tenía que decírtelo porque necesitas saber algo... Tú decides si lo crees...

Édgar frunció el entrecejo, nunca había visto a su hermana más segura, la miró bellísima.

»Estas semanas he estado recibiendo información proveniente de Rodrigo. No nos conocemos más que de vista, lo sé. Pero estoy más conectada a su espíritu de lo que cree. Cuando medita se conecta con la fuente universal, y entonces esparce su aura por toda la gente que lo rodea, en este momento tú eres su lazo más fuerte, incluso más fuerte que el que tiene con sus padres. Te ama demasiado. Por consecuencia y como somos hermanos esa energía me salpica. Y puedo saber por lo que está pasando, sé que está sufriendo. Lo que le has hecho le duele y quiere hacerse el fuerte, aunque su corazón es más débil cada día.

—Suenas igual que él.

—Te lo repito, tú decides si lo crees, pero...

—Entonces, ¿a qué viene todo esto? Me vas a salir con que tengo que pedirle perdón o que tengo que salir del armario igual que él...

—Escucha. No he terminado —se recargó en la cabecera de la cama—. A mí no me importa su relación. Me da igual. Quiero advertirte que tengo una visión que no me gusta nada. Y él sale ahí. Tú mismo me contaste lo que viste hace rato. Sabes que no fue tu imaginación.

—Papá dice que pudo haber sido nuestra mente adormilada, provocó esa ilusión, además tú siempre nos estás asustando con tus cosas...

—Ed, papá no nos quiere asustar, ¿recuerdas que no quiere hablar sobre el abuelo? Acostumbra a evadir el tema y yo he sentido que hay temas que ni él mismo puede explicar. Lo que pasó por ejemplo.

—Hace meses se metieron con los Beltrán a saquear, posiblemente fueron los mismos y usaron métodos diferentes...

—Por favor, Ed. No quieras ver lo que no es.

—Tú no te quieras hacer la sabelotodo. ¡Mírate los moretones en los brazos! ¿Cómo se

hicieron? ¿Tú te los hiciste? O probablemente vino tu amigo Gasparín a ponerte unos putazos, ¿verdad?

—Eres necio, Ed. Pero está bien. Más adelante sabremos quién es el responsable de esto.

—Yo no entiendo cómo puedes estar tan tranquila.

—Porque ya sé cómo son ellos. Lo he leído. No debo tener miedo. Entre más lo tenga permitiré que me controlen.

—¿Segura que no has hablado con Rodrigo? Te oyes igual. Sabes, yo veré qué hago o no con él. Iré a ver qué pasó con mi papá.

—Ed, no te cierres. No es bueno. Solo... por favor... protégelo.

—¿A quién?

—A Rodrigo. Te necesita ahora más que nunca.

Édgar notó la bolsita de la farmacia que él mismo había puesto en el buró frente a él.

—No entiendo qué era tan urgente para salir a comprar tan noche.

Corina alcanzó la bolsita con una mano y la puso junto a ella.

—Cosas de mujeres.

“EL GUAPO” QUE NO PRESENTAN

Por Eleazar Rizo.

Mucho ha ocurrido y poco se ha dicho de los últimos asesinatos en León, Guanajuato. Ciertamente a diario tenemos acribillados, desmembrados y decapitados porque parece que siempre nos codeamos con el crimen organizado. Sin embargo, en lo que va del mes hemos escuchado sobre crímenes sin resolver pero no les hemos puesto la etiqueta necesaria, la cual yo sugeriría como «crímenes de odio», y para ser más claro, «crímenes por homofobia». Hasta el día de hoy no hemos visto más que a una comunidad en un silencio forzado puesto que las autoridades no le han dado una identidad a los hechos. O eso había creído hasta que a mi oficina en la redacción de esta honorable publicación llegó información de fuentes veraces sobre lo que se está suscitando en el Departamento de Investigación Criminalística del Estado de Guanajuato.

Al haber investigado a profundidad sobre la vida personal del joven que encontraron sin vida por el Malecón del Río de los Gómez se descubrió que se trataba de un hombre de orientación gay, quien tenía novio y salía a clubes cotidianamente. Además, luego del último hallazgo del cadáver de un hombre con la lengua cortada y los genitales machacados a las afueras de la discoteca El Príncipe hace tres días todo está tomando más sentido. Estamos ante un asesino en serie, señores.

Las autoridades ya le pusieron un nombre; «El guapo». ¿Por qué? Recaudando los testimonios de las amistades de las víctimas este hombre el cual no ha sido identificado más que por la altura, alrededor de 1.75 mts tiene un ‘modus operandi’ muy particular. Acude a bares y centros nocturnos gays, persuade, seduce e invita bebidas hasta emborrachar a sus víctimas, las convence de tener relaciones sexuales con él. Aunque no se ha clarificado si todas las víctimas han llegado a intimar con él antes de ser asesinados, todo parece indicar que de esta manera logra cometer sus atrocidades.

Ya van 8 desafortunados con el mismo patrón. La mayoría con pene y testículos extirpados o maltratados y que conllevan una vida homosexual. Sin duda es un golpe difícil para la

comunidad LGTBTTIQA leonesa y para sus allegados. No obstante, más allá de buscar al culpable, pareciera que las autoridades no desean que esto se haga más grande de lo que ya es. No han dado declaraciones sobre la supuesta investigación, no han rectificado detalles de las escenas del crimen y no desean ni siquiera mencionar la palabra «gay». Personalmente le extiendo una invitación a nuestra alcaldesa Nancy Márquez para que dé la cara y que no finja que no sabe nada de lo que está ocurriendo. Su personal policiaco no está haciendo su trabajo como debería y nosotros como ciudadanos merecemos la verdad. Hasta el momento se nos han negado entrevistas desde su oficina presidencial. Solicito por lo menos una muestra de solidaridad para las familias afectadas por este malnacido.

Entretanto, Minerva Velázquez, representante del Colectivo LGBT de Guanajuato A.C. ha convocado a una manifestación pacífica frente a la presidencia el próximo miércoles a las 10:00 a.m.

Desde el fondo de mi corazón y aunado al de los colaboradores de El Vigía de León extendemos nuestras más sinceras condolencias a los implicados y eterno descanso para los fallecidos.

—¿Por qué tienes miedo? ¿No sabes quién soy? Deberías saberlo. Tu falta de conocimiento es debido a tu padre, siempre fue un cobarde y creyó todos los cuentos que esa drogadicta le dijo. Fui... soy una buena persona aunque todos se aferraron a creer lo contrario.

»Por un instante mi hijo todavía confiaba en mí hasta que terminó envenenándose por dentro, permitiendo que se esparciera la enfermedad de la aberración por toda su cabezota hueca. Lo extraño en sobremanera y quisiera tenerlo aquí para abrazarlo de nuevo como aquella vez que su madre dejó de estar con nosotros.

»Éramos una familia ejemplar, éramos unidos, yo sabía que juntos podríamos salir a flote. Estoy aquí para mostrarte quién soy.

Édgar abrió los ojos y vio el techo de su habitación. Un matiz profundo. Levantó el torso, frente a él, a unos metros junto a su librero estaba de pie, imponente, con rostro enajenado.

—¿Abuelo? —susurró.

Capítulo 6

Marta y el futuro

Sobre una hoja que arranqué de una agenda antigua que me habían obsequiado mis suegros en la navidad pasada, he decidido comenzar a escribir mis sentimientos, tal como me lo dijo Kesia, mi terapeuta. Con pesadumbre escribo para no solo tomar una decisión, sino para saber si no he perdido los estribos de mi vida. No es que sea algo nuevo, pero me he dado cuenta de que el amor que le tenía a Alfonso no se mide con la misma taza de hace diez años. Sí, me siento repulsiva y que lo estoy traicionando y confío con plenitud en que jamás sea su destino, desenterrar este secreto. Mi corazón ya no late más por él. Él lo sabe, aunque lastimosamente no entiende hacia dónde sopla mi viento. El otro día me preguntó por qué había tardado tanto haciendo las compras, si la servidumbre se encargaba de eso y yo podía estar en el salón de belleza con Jacky mientras me imponía un nuevo esmalte en mis uñas, no le dije que estaba frente a un negocio, lo bastante lejos para no ser descubierta, con mis gafas de sol que hacían juego con los vidrios polarizados de mi camioneta, mirando atenta, el transitar del gentío que accedía y salía con pares nuevos y relucientes, de unos zapatos que aún tarde, me sacaban suspiros desde el fondo de mi vientre.

Mis hijos viven inmersos con sus esposas, dándoles todo lo que piden, me buscan las muy fufurufas para ir a tomar el té o a comer en los restaurantes de Campestre, quieren ser como yo, qué ironía, si supieran lo que es serlo. No es que me vaya mal en la vida, me va muy bien, puedo hacer lo que desee, económicamente, mas en el mundo de la dicha no puedo pertenecer con refulgencia, quizás la vida me castiga por la peste que fui de joven, cuando gozaba de belleza y tersura, qué testaruda fui, y con cada entrevista, cada evento al que me presento siento que me desmorono cada vez más. Ya no soy Marta de los Mora y tampoco quiero ser Marta del Rey. Quisiera ser solo Marta, y muy en el fondo, sin posibilidad y con engaño, de Mendoza.

Cuando me visitan José y Bianca, mis hermosos bebés, veo la cara de ternura inocente que yace plasmada en mi marido, como si ellos fueran un recordatorio constante de cuánto llegué a amar a su padre. Ellos me miman y se preocupan por mí, que si viajamos a Nueva York para año nuevo, que si quiero ir a que me compren un collar con aretes en la avenida Mazaryk en Ciudad de México, que si me cambian la tapicería de mi Rolls-Royce, que si me organizan una parrillada con mis amigas y sus familias; Yo qué más quisiera que me llevaran a un parque donde no hubiera alma que me conociera y se acercara para adularme y embadurnarme toda su hipocresía protocolaria, para yo recibir un instante de autonomía y afección honesta. No puedo mentir, me encanta todo lo que he llegado a ser, pero de lejos no se ve como lo que de niña soñé, me veía exitosa por mi cuenta, siendo un personaje reconocido por sus aportaciones a la arquitectura contemporánea de su ciudad, no la sombra del empresario.

Alfonso me adora y pecaría al negarle mi fuego, pero mi pólvora palidece y amenaza con extinguirse, su cuerpo ha cambiado al igual que el mío, él ha mejorado como amante y yo he perdido las voces que me involucraban en las telas de la caricia, la concupiscencia y el deber.

Alfonso, Poncho, hermoso. Te amo, te sigo amando, pero ya no está en mí, no sé quién sea el responsable. Cuerpo y alma no anhelan tu aliento, no obstante, el espíritu que me controla y me hace inspirar es el que se emberrincha por apartarse, pues quiere huir lo más pronto posible.

Mi esposo me llevó a Casa de Piedra, porque había un festival de gastronomía inspirada en el xoconostle. Nos fotografiaron al pedir la mesa, eran reporteros de las revistas de sociales, ya los conocía a todos y por lo tanto, me limitaba en sonreír con sagacidad aunque me incomodara su ineptitud. Bebíamos un mezcal artesanal con sabor a jamaica hasta que nos entregaron nuestros platillos que cada uno consistía en ave suprema bañada en salsa agridulce de xoconostle, chile manzano y tamarindo, con granos de granada como decoración, y una ensalada de betabel con tiras de coco tostado, nuez, arúgula y peras caramelizadas, sublime, y el vino tinto de la reserva de la casa hizo el emparejamiento ideal.

Lamento haber arruinado la velada con mi franqueza. Con la mano en el pecho puedo decir que mis intenciones nunca habían sido lastimarlo, pero cuando él me preguntó, tuve que responder.

—¿Cómo va lo de tu terapia, te has sentido mejor?

—Me ha gustado mucho, de verdad. Le agradezco a tu madre que me haya recomendado a esa persona, me ha ayudado con muchos aspectos de mi vida.

—Aún me tienes acongojado, Marta. Me gustaría saber qué es lo que le cuentas, tal vez yo sea el responsable de tu depresión, y si no lo sé, no podré ayudarte, no podría cambiar lo que fuera necesario para que estés bien —me tomó de la mano, y con el pulgar acarició el anillo de compromiso que él mismo se había encargado de que brillara tanto como el día en que me lo dio —. ¿Soy yo el que te hace infeliz?

—...

Pude ver que ante mi silencio, se le cristalizaron los ojos a Alfonso, él se caracterizaba por ser un mandón, jefe tajante y conservador, conmigo era un cachorro que se podía acurrucar entre mis senos para derramar su frustración con lágrimas que solo eran visibles para mí. La sensibilidad no era su mejor carta de presentación, luchaba para que no lo sometiera ante los espectadores, se sobreponía y triunfaba. Aquí dudé de su fortaleza, era muy inteligente, además esto, ya no era del todo oscuro, una diminuta lágrima se escapó por su cuenca izquierda y la enjuagó en un milisegundo como si un mosquito le hubiera entrado al ojo.

—Te amo con todo mi ser... Marta... Te amo... Daría lo que fuera por ti... Si quieres que venda la compañía, lo hago, ¡te juro que lo hago!... Para poder pasar más tiempo contigo... Si eso es lo que requieres, dímelo... Estoy aquí para ti.

Apreté fuerte su mano y pude sentir nuestros años de matrimonio, las noches de erotismo remarcadas con la suavidad y dulzura que me hacían sentir una diosa, las carcajadas de las tardes en el jardín de la casa cuando los hijos eran niños y nos arrojábamos a la piscina para atraparnos uno al otro, los viajes a Roma, Australia y España, nuestra luna de miel en Quebec, las rosas rojas como rubíes que en cada aniversario incrementaban su número en los ramos, la armonía dual que construyó una unión sólida y atemporal, todo, quebrándose como una madera consumida por las termitas, con la sencillez de un puñetazo y esparciendo fibras por el ambiente, siendo los residuos de un amor que no fue suficiente para sufragar las inquietudes de la pasión.

—¿Todo bien, caballero? —interrumpió el mesero.

—Si nos trae la cuenta sería de gran ayuda —indiqué.

—Enseguida.

Entramos a nuestra recámara, fue afflictivo cuando vi que Alfonso le había dado indicaciones a la servidumbre para que nos dejaran preparado un palacio del romance, había pétalos dispersos

por el edredón, velas aromáticas encendidas, el *jacuzzi* funcionando y una botella de champaña en hielos aguardando para sellar nuestros paladares. Alfonso me besó en la mano y como si no lo supiera, me dijo que aquello era para mí, me pidió que lo esperara un minuto, se perdió en nuestro clóset y regresó con un presente envuelto en papel dorado, me invitó a abrirlo, era un anillo con un ámbar con incrustaciones de diamantes, solté mi llanto y fue como si el alcohol que había tomado en la cena se me hubiera subido de golpe, él me sostuvo mientras me limpiaba las lágrimas negras de rímel que escurrían por mis mejillas, nos sentamos en la cama y una fragancia a vainilla francesa nos cobijó.

—Eres todo lo que una mujer sueña, Poncho. No te merezco ahora...

—No digas eso, mi amor. Yo solo quiero estar contigo. Mira, me he comprado una ropa interior que me recomendó mi compadre Gerardo, es un poco fuera de lo que estamos acostumbrados, de hecho me cala un poco, pero quizá te guste —se puso de pie y con premura se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones, era un calzón de cuero, se notaba que le estaba ligando la sangre—, ¿qué te parece?

Logró borrarle la tristeza de tajo.

—No me digas que trajiste eso puesto toda la cena. Está muy ajustado.

—Estoy esperando a que tú me lo quites —sonrió como niño con dibujo en mano, presumiendo su obra de arte—, ¿sí te gusta?

—No necesitabas hacerlo... —me enjuagué las últimas lágrimas mientras me aguantaba la risa, hasta que me percaté de algo—. Nunca habías hecho algo así, ¿por qué ahora?

Alfonso desvaneció su entusiasmo, y en un acto de desesperación se quitó los calzones como si se despegara una calcomanía de la piel, quedó desnudo de la cintura para abajo, caminó hacia el cesto para la ropa sucia y lanzó lo debido, se quedó con sus mocasines en la mano y luego me volteó a ver por encima de un hombro.

—Hace tiempo que sé lo que está pasando... —me quedé muda—. Lo vi en tu mirada, cuando dejó de brillar me dio mucho miedo, pero pensé que sería una etapa, que tal vez estabas estresada por los proyectos que tenías...

»Me dije a mí mismo que te dejara en paz, que se te pasaría, pero conforme pasó el tiempo tu luz se fue apagando en la forma en que me mirabas. Ya no sentía eso, eso que me ponía contento, querido por ti, de pronto fue como si de un día para otro yo fuera un desconocido para ti —guardó su calzado y se puso frente a mí mientras se terminaba de desvestir—. Mi error fue haberte soltado, creí que te estaba sofocando y ¡qué bruto fui! Por eso organicé todo esto, para que pudieras verme como el hombre que te mereces, del que te enamoraste...

»Ya sé que no soy el mismo con el que te casaste, tengo treinta kilos demás, estoy viejo y ojeroso, pero es lo que soy y no puedo hacer más. Por eso he estado trabajando tanto, para poder darte más lujos, más de lo que te mereces. José y Bianca ya no están, y mi deseo es que ambos disfrutemos de este hogar con nuestra compañía y lo mejor de lo mejor, para estar siempre juntos y disfrutar nuestra nueva etapa de matrimonio sin hijos —ya con el pijama puesto se aproximó a mí y se puso de rodillas luego de un chasquido que le provocó un gesto de dolor—. Te pido perdón por todas mis faltas. Te prometo que te voy a enamorar de nuevo, cualquier cosa que tenga que hacer la haré—me besó una rodilla.

Otra vez mis lágrimas brotaron, me incliné hacia él y lo besé en la boca. Esa noche se usó el *jacuzzi*, se acabó la champaña y se consumieron las velas, la única que se quedó sin función secundaria fue la cama.

Fui a casa de mis padres, vivían todavía en la primera propiedad que compraron en su vida,

por la colonia Panorama, es tiempo que todavía no comprendo el por qué pasar los últimos años rodeados de cafeterías, estéticas y fondas que cierran a altas horas de la noche, y que invaden los cajones de estacionamiento, en lo personal yo preferiría morir en un asilo de ancianos, por lo menos ahí tendría más personas que me comprenderían, con quienes platicar y compartir las vivencias de los años donde no se tenía que decidir por las píldoras para la tiroides o la artritis.

Mis papás se veían joviales, a veces les he envidiado esa vitalidad, quisiera que me pasaran un poco para comprender cómo fue posible que ellos duraran tanto en matrimonio sin perder el interés. Cuando entablé mi inquietud junto a un pan de elote y una taza de café de olla sobre la mesa, ellos sonrieron y se miraron a los ojos, ese gesto que uno emana con un atisbo de cautela para enmascarar una burla desmedida por el desconocimiento de quien mantiene una idea errónea.

—Martita, tu padre y yo hemos pasado por tantas cosas, claro que hubo una época donde ambos tuvimos que ser muy fuertes, pues, verás, en el amor se debe luchar y ser constantes. No me enamoré de tu padre por sus aires de poeta ni por su cuerpo de barril.

—Mamá...

—Es verdad, hija —habló mi papá—. Ni yo tampoco me quedé con ella por su...

—Suficiente, Beto. Vayamos al grano... Lo que deseamos que comprendas es que este instante es para que te acerques más a Cristo, nuestro señor, le ores y le pidas paciencia y tolerancia. Siempre ten en mente que hiciste una promesa ante él, es inquebrantable.

—Hija, esto lo resolverán juntos, Alfonso es un buen hombre, te recuerdo que a mí no me agradaba, pues antes de que se casaran parecía que estaba comprándonos una mujer para su harén, y fue todo lo contrario, aparte acuérdate de que él nos paga las vacaciones.

—Ay, papá —me reí—, ¿será por eso que todos los fines de semana escucho tu voz en su teléfono? “Yernito, ¿cómo está usted?”.

—Tu padre siempre fue un buen negociador —aclaró mi mamá—. Y ya que lo mencionas, ¿para cuándo nos vamos a Bogotá? Quiero encontrarme con las Rivas.

—No lo sé, mamá, te digo que no hemos hablado. No tengo cabeza para un viaje ahora. Me siento muy mal.

—No deberías culparte tanto, hija. Entre tu madre y yo tuvimos que esforzarnos para avivar nuestra pasión, si yo te contara todo lo que hemos tenido que experimentar, con fantasías y juguetes...

—Mi amor —ella le apretó la mano—, Martita no debe saber eso.

—Gracias, mamá.

—Me refiero a que, míranos, estamos en nuestros setentas y nos va muy bien, hablando de eso, tengo que sacar del refrigerador la crema Chantilly antes de que se congele —mi padre se puso de pie, abrió el frigorífico y sacó la crema.

—¿Para qué quieres eso, acaso te harás una malteada para dormir mejor? Además, el doctor te había prohibido los lácteos, papá, ¿no es así?

—No es para él, es para mí.

—Nunca te había visto comer...

—Ya te salvé de una hija, dejémoslo así.

Me quedé con la boca desencajada, ellos se miraron a los ojos de nuevo, ahora con picardía.

Durante meses mi esposo intentó con todo lo que pudo. Me llevó a los mejores restaurantes del estado, con la perseverancia pendiendo de un hilo, apoyado con una fragancia nueva cada semana, unas más empalagosas que otras, con el cabello y el bigote peinados y con tintes de finura.

Lo había escuchado lloriquear en el sanitario cuando se suponía que estaba dormida, sabía que

sollozaba sus esfuerzos inservibles para que mi corazón volviera a palpar por la fogosidad de su pelvis, la cual figuraba menos apetecible, no era la costumbre, pues cuando me disponía a disfrutarlo, al sentirlo dentro de mí había un goce, pero superfluo, sin conexión, era solamente físico y monótono. Pronto me di cuenta, a pesar de los comentarios de mi familia y mis amigas, que yo no podía permitir que el hombre continuara partiéndose en pedazos con tal de complacerme, no era justo, yo no era nadie para castigarlo o mantenerlo en un estado de coma del cual, lo más factible, jamás despertaría. Entonces sí, sería una villana.

Me encomendé a mis santos y les rogué por perdón y absolución, y ellos sabían que en mi espíritu no había malicia, por el contrario, había una fuerte necesidad de salvarme y salvarlo a él. El amor no existe donde hay huecos que pretenden ser llenados, o donde no hay los insumos para esta labor. Francamente, disfrutaba cada vez más estar sola, organizar mis bazares y almuerzos para recaudar fondos para la comunidad infantil de León, leer en mi jardín mientras los pájaros cantaban y me observaban como si supieran que en silencio estaba afligida.

Un día junté todas mis fotografías e hice un ejercicio de introspección, para estar segura de la decisión que tomaría, me dije que tendría que ver todas las imágenes donde estuviera con Alfonso y preguntarme qué emoción me traían, si sentía melancolía, era natural, era parte de, pero si sentía ansia por repetir aquel momento, significaba por lo tanto, que todavía había esperanza para renacer mi pasión por él. Ocurrió lo inaudito, ni añoranza ni expectación. Era claro.

Lo primero que hice fue llamarles a José y Bianca. Él vino de Monterrey y ella de la capital. Mientras bebíamos un Lambrusco de la reserva del 2006, me tomé la libertad de extender mis sentires frente a su juicio, sin que Alfonso estuviera presente, no quería que estuviera su rostro de cachorro frente a ellos y los hiciera sentir tristes o responsables de su futuro, jamás quise ni quiero eso para ellos, tampoco de mi parte, y debo admitir que tampoco quería que hubiera partidos, no quería dividirlos, y sí, me aterraba descubrir si se pondrían de su lado. Les comenté que en lo que había transcurrido el año había ido a terapia, había tomado cursos del perdón y había recibido sanación y liberación de lazos kármicos con cuanta gurú se me presentó, y sí, también acudí con un psicólogo, y que ni siquiera las palabras rosas y asertivas de sus abuelos habían funcionado para ansiar entrar en el mismo camino que su padre cursaba con esmero, ciegamente ante una mujer fría y apenada. Les aseguré mi amor incondicional, mismo que Alfonso procuraría tener presente, y admití que deseaba la separación.

José no musitó palabra, no obstante, divisé su descontento en esos ojos que me hacían gestos cuando tenía tres años de edad y no quería que le diera de comer su puré de espárragos. “Yo quería que mis nietos visitaran a sus abuelitos, unidos, no cada uno por su cuenta”, externó, y apenas me enteré de que pretendía embarazar a Rebeca, su esposa. “Yo no soy quién para decirte qué puedes hacer, mamá. Si esto es lo mejor para ti y para papá, adelante, cuentas con mi apoyo”, dijo Bianca.

Y sucedió justo como lo imaginé. José se tornó distante. Bianca y Desiré, su pareja, se acercaron más a mí. Cuando le di la noticia a Alfonso lo vi como jamás en la vida, se arrodilló, besándome los pies me imploró que le diera más tiempo, que quizá en su próximo intento me ganaría el afecto. Después de permitirle su desahogo, lo enderecé y regresó al suelo, yo me incliné y nos sentamos a mitad de nuestra alcoba. Le expliqué que yo también lo amaba, que siempre sería la joya más grande que la vida me había otorgado por tantos años de plenitud y protección, sin embargo, que era cuestión de supervivencia el terminar lo que era insalvable, lo que ya tenía fecha de expiración marcada. Lo besé en los labios por última vez, y fue nuestro beso más largo, lloramos juntos, abrazados con fuerza, hasta que nuestro cuerpo no pudo más y nos tuvimos que

poner de pie, limpiar los rostros y retirarnos.

Semanas más tarde, nuestro divorcio estaba consumado, la repartición de bienes había sido justa, Alfonso decidió comprarse un piso en los departamentos de élite en Lomas de Campestre y a mí, casi con un moño de seda carmesí me regaló la casa, que a los meses vendí, de nada servía habitar un aposento de recovecos de nostalgia y soledad entrometida. Me mudé a La Antorcha, donde pude conseguir un hogar de una sola planta, con un jardín abastecido de un huerto, arbustos y pinos, piscina y zona de parrilla con comedor respaldado con tejabán, una habitación principal y otra de huéspedes, un estudio, dos sanitarios, cocina integral con comedor, sala y con una fachada minimalista que me hizo sentir actualizada. Me traje a una muchacha de servicio y no necesité nada más.

Había comprado unos bolsos de la última colección de Pineda Covalin, degustaba un *smoothie* de frambuesa en lo que aguantaba al cerebro que se me congelaba, hacía un calor abrasador, me encerré en mi camioneta y comencé a conducir mientras le sorbía a mi bebida y me cuidaba de no ser pillada por ningún agente vial, para mí no era factor de distracción beber y mantener mi vista fija en el camino, pero las multas se engalanaban con mujeres como yo, capaces de maquillarnos, hablar por teléfono, atender a los hijos, desayunar una fruta a bordo y si era posible cantar un poco. Encendí el estéreo sin molestarme en cambiar la estación de la radio, escuché aquella voz y me supo un poco amargo el *smoothie*, era la alcaldesa, ella no me caía mal del todo, pero su sombra era la que no soportaba, la esposa de Rafael, Susana de la Garza. No podía creer que él se hubiera casado con ese esperpento, no me llegaba ni a los talones.

“Nos estamos encargando de la situación, la investigación se ha extendido a nivel estatal, le podemos asegurar a los ciudadanos que nos encontramos trabajando arduamente para encontrar y aplicarle las leyes requeridas a este individuo...”; Esta fue la última declaración que la alcaldesa de León, Nancy Márquez emitió a través de una llamada telefónica realizada a nuestro estudio, referente a las manifestaciones que se suscitaban por parte la comunidad gay de la ciudad, declamando justicia por los asesinatos que se habían dirigido especialmente hacia ellos. En respuesta ante estas desgracias se presentaron altercados entre la comunidad gay y grupos radicales y colectivos conservadores, estos últimos, justificando e incluso celebrando los actos perpetrados en los últimos meses. Así es esto, queridos radioescuchas, “El Guapo” como lo hace llamar la prensa, no ha sido identificado con certitud hasta el día de hoy, pues no se cuentan con referencias más allá de su *modus operandi* y de su altura, según la Procuraduría...”.

Recordé aquella noche en la que discutí con Rafael, estábamos en una fiesta de unos amigos cuando... De pronto lo vi. Estaba estacionado frente a la primera tienda de Calzado Mendoza, me agaché y me ajusté mis gafas de sol, Rafael había salido de la tienda mientras revisaba una lista con un asistente supongo, pues parecía que le rendía cuentas, la cara de concentración de Rafael era excitante, la misma arruga que se le hacía entre las cejas y los labios apretados como si quisiera besar a alguien de forma violenta y su postura al estar de pie, valiente y desafiante, algo que se le fue creando con el paso de los años. Tal vez su matrimonio no se presumía bien después de todo y esos rumores que escuché en los bazares anteriores con las hijas de los Navarro, de que ya ni se querían, que habían visto asistir a su esposa sola a los eventos de presidencia y que ya no frecuentaban los restaurantes de alcurnia tanto como antes eran ciertos. Eso podría significar muchas cosas, para mí solamente representaba una, ese nido tenía problemas al igual que yo los tuve con Alfonso.

No sé qué fue lo que me picó esa tarde, una fuerza infrahumana me invistió, me terminé el *smoothie* y arrojé el envase a la parte trasera del auto, sí, había perdido algunos modales, eso de

no tener hijos ni marido me había hecho algo descuidada. Salí de la camioneta y corrí hacia él. Ni siquiera me importó cómo lucía, ni me chequé el peinado ni si el *lipstick* se me había removido o difuminado, me flanquearon las piernas al pensar que ese instante era, el instante, y si me veía como la hija de la Bruja del 71 ya no podía hacer nada más. Me quedé con los brazos a los costados, hipnotizada por el viento que hacía danzar las mechas largas de mi cabello frente a mi mirada, me puse los lentes como diadema y logré verlo como deseé tantos años atrás, entero, de cerca, solo para mí. No como en aquellos eventos esporádicos donde solo cruzábamos un saludo efímero y educado. El ruido del tráfico, las conversaciones y la bulla del entorno no permitían que él me notara, me aproximé hasta que su acompañante dirigió su vista hacia mí, por lógica Rafael tuvo que voltear hacia donde su ayudante había perdido la atención, hacia una loca de la calle, por supuesto.

—¿Qué se le ofrece...? ¿Marta?

—Sí, Rafael, soy yo... —dije con entusiasmo, como quien encuentra a su madre después de estar perdida en una feria—. ¿Podemos hablar?

—Claro —le dio la indicación al joven de que arreglarían lo conveniente en la oficina y lo despachó, vino conmigo y me dio un beso en la mejilla—. Mírate, qué guapa estás.

—Gracias, Rafael. Quiero hablar contigo.

—Vayamos a la cafetería de la esquina, te invito con gusto.

Entramos a los Bísquets Obregón y por un momento todo vino a mi memoria, nuestra juventud, nuestra relación y el camino tortuoso que tomé. Nos sentamos cerca de una ventana, pedimos dos cafés americanos, él un cigarro y yo una madalena de mantequilla.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que platicamos juntos?

—Creo que, y sin miedo a equivocarme, que desde aquella charla en la sala de tu casa.

—Es verdad, ya son más de veinte años... —sonrió y me sorprendió que había una zozobra escondida en su voz—. ¿Qué te ha traído hasta acá? ¿Estabas de compras?

—De hecho, pero ese no es el principal objetivo por el que me atreví a hablarte. Seré completamente sincera contigo, mis intenciones van más de allá de reencontrarnos, quiero conocerte de nuevo, como el principio, lo sé, es muy absurdo, y a la vez es lo más inteligente. Ya no somos jóvenes, somos adultos y somos completamente diferentes, aunque creo que todavía existe algo que no cambia, nuestra forma de querer. Confieso que no te supe valorar en su momento y tampoco pretendo que esto suene a interés económico, porque es un tema que tengo cubierto, eres consciente de ello, mi más profundo deseo ahora es construir una relación, quizá no como la primera... aunque estaría dispuesta...

—Espera —puso una mano sobre la mesa—, ¿realmente estamos aquí porque quieres estar de nuevo conmigo? Disculpa que te lo pregunte de esta forma, pues hay noticias de los periódicos que no creo del todo, entonces, esto quiere decir que verdaderamente te has divorciado, ¿es así?

—Es cierto. Tengo cuatro meses que vivo sola, y no he tenido contacto con Alfonso desde hace unas semanas, él sigue haciendo su batalla, a sabiendas que yo le he dejado claro que mi corazón ya no le pertenece.

Rafael le sorbió a su taza, se quemó la lengua, fumó y extravió su vista hacia un punto distante, me atemorizó lo que vendría después, de momento me figuré patética, una mujer de mi clase pudiendo enamorar a cualquier hombre de sobrenombre, postrada frente a un viejo capricho de su adolescencia, era claro que esta no era una novela romántica, mas mi demencia había carcomido mi orgullo y un poco de mi porte, transparente era, que el afecto no se podía desaparecer cual dolor de cabeza con una aspirina, se definía como algo impregnado en mis venas, un tumor,

benigno, o podría ser maligno, en caso de recibir una respuesta negativa ante mi propuesta.

—Hablaré con la verdad. Jamás te olvidé. Lo que sucedió en su momento fue algo que no es posible explicarlo con brevedad, pero puedo aseverarte que una vez todo volvió a su normalidad, supe que a pesar de todo lo ocurrido, seguía pensando en ti.

Apuesto a que mis pupilas se dilataron y se notó el sudor en mi frente, mantuve los labios dominados, de no haber sido así, hubiera sido capaz de haber dibujado la sonrisa más larga de mi existencia.

»Todavía sigo casado con Susana... —sentí la estacada en el estómago—. Pero pronto ya no será así... Han ocurrido muchas cosas... Te juro que amo a mis hijos con toda mi alma, y jamás haría algo para lastimarlos, no desearía ver que la sociedad los señalara como el resultado de un matrimonio fallido... —él notó mi ofensa—. Lo lamento, no me refería a...

—Tranquilo... yo no te juzgo, te estoy conociendo —puse mi mano sobre la suya y sentí una carga eléctrica—. Quiero escucharte.

—Es que...

—¿Qué?

—No quería que las cosas terminaran así, pero creo que es lo mejor para ambos, y no sé por qué me sigo aferrando, quizá por culpabilidad, solo sé que... realmente ya no quiero estar con ella tampoco. Y estoy retrasando nuestro divorcio y...

—¿Con quién quisieras estar?

Me observó a los ojos. No yacía la misma cara de cachorro herido que mi exesposo, ahí, vislumbraba la desesperación de un soldado atado de pies y manos. Me compadecí. Creo que ambos supimos que no eran necesarias las palabras, me enderecé, me recargué sobre la mesa y le di un besito en la frente, me volví a sentar. Mis labios ardían.

—Yo no quiero ser la causa de tu separación, solo te digo que estoy aquí. Estoy disponible para ti si en algún momento de tu vida, por azares del destino y yo no he salido de mi ensimismamiento, quieres estar junto a mi costado, ahora madura, más culta y enraizada. Estoy para ti.

Rafael me apretó la mano. De un jalón se tomó el resto del café y se levantó del asiento, sacó un billete de su cartera y lo puso sobre la mesa. Sabía que se iría con gentileza, y nada me garantizaba que mi intento hubiera valido la pena, cuánto me identifiqué con Alfonso. Al menos podía decir que lo intenté, lo hice por mis méritos y no moriría sin haberle expresado mi sentir. Sostuve mi vista hacia su cara, me aventuré en sus caderas y de nuevo subí. Él abrió la boca para decir algo, la cerró, tragó saliva, percibí su temor.

—Vámonos —me dijo.

En un par de horas nos mirábamos frente a frente, nuestros cuerpos enteros, desnudos, desgastados y con aromas más acentuados, dentro de una cabaña a unos kilómetros de Guanajuato, nos percatamos que no fuera un sitio concurrido por la farándula ni los altos poderes políticos. Ahí, con las prendas regadas por la alfombra, Rafael me poseyó, como un demonio entra en el aura, violentamente, sin censura ni precaución. Me desvanecí ante él, derritiéndome mientras sentía sus dientes que mordían mis labios hasta que llegaron a mis pechos y tuve la sensación de ser bañada por un balde de agua caliente, una explosión que no había sentido en ya no me acuerdo cuánto tiempo. Lo arañé por la espalda, arrojé sus gafas al aire sin importarme si se rompían, lo agarre por los glúteos y lo arrimé a mi pelvis, sentí cómo su virilidad seguía igual de firme que en el pasado, y logré jurar, que hasta más dura, se restregó con mi sudor y me tomó por las axilas, me arrojó a la cama y comenzó a hacer todo un ritual de pecaminosidades que jamás hice en vida de

casada, me lamió hasta donde nadie alcanzó y grité, como si pidiera auxilio.

Los dedos de sus manos eran una especie de máquina que sacaba a flote mis más intensas posturas, mientras arqueaba la espalda y solo quedaba apoyada sobre la coronilla de mi cabeza sobre la almohada. Me faltaba el aliento y no podía armar vocabulario que pudiera relatar con respeto el éxtasis que se desembocaba de mi piel, de mi sexo, y el jugo que se escurría por mi entrepierna. Dentro de mí, fue como olvidar el niño y la niña, porque eso éramos cuando nos conocimos, solo unos niños, ahora él era el hombre y yo la mujer.

Que siguiera, solo que siguiera, no quería más en la tierra. Que no se detuviera, que el aire prosiguiera su mezcla con nuestros alientos, eufóricos por florecer, bastos de calentura, irremediables, cautos, vulgares, denigrantes, románticos y trémulos. Fuimos uno mismo. Esqueleto a esqueleto, danzando de arriba a abajo, de cabeza, con las piernas hacia arriba y yéndose, regresando, aminorando el ritmo, para cambiar la frecuencia y ser más sensibles de nuestros genitales, capturando cada fibra y textura de nuestros pliegos y humedades.

Así, no podría decir cuánta lujuria se desató aquella tarde, pues no hay medida para los actos que no pueden ser descritos. Mis pétalos se despegaron del origen, y el manantial de la pulpa de él se regó fructuoso en mis entrañas. El huracán de mi abdomen al fin tuvo su descanso.

—¿Qué haremos ahora? —cuestioné al recuperar el oxígeno. Me puse de costado, y mientras veía cómo su tórax se inflaba y desinflaba con más lentitud, mis extremidades todavía seguían sacudiéndose.

Rafael suspiró, giró y quedamos nariz con nariz. Me agarró de las manos e hicimos un puño. Me besó. Y no obtuve respuesta.

Capítulo 7

Espíritus

Los trayectos hacia donde se dirigía la meditación de Rodrigo eran cada vez más recónditos, las manchas púrpuras que se diluían en el universo se tornaban rojizas y expelían un intenso olor a copal. Mientras apartaba de su camino largas lianas con las manos y los pasos crujían como galletas triturándose, él avanzaba con imponencia, hacia una luz que no denotaba del todo segura, pero sabía que siempre estaba protegido, los ángeles lo resguardaban, sin embargo, como figura principal se galardonaba uno, el más fuerte de todos, se llamaba Gabriel, lo sujetó de la mano e hizo que la ensoñación transmutara a la realidad.

Rodrigo abrió los ojos en una exhalación, su incienso se había extinguido, el viento entraba impetuoso por la ventana de su recámara y se desprendía un silencio total. Encontró de pie a Gabriel, puesto con la túnica blanca de siempre, sonriente, se puso en la postura de flor de loto frente a él. Rodrigo le dio la bienvenida con un ligero temor, pues aunque sabía de su existencia, solo lo había formulado en sus sueños y alucinaciones con la ayahuasca.

—Necesitamos que estés más preparado que nunca, hijo, vienen tiempos turbulentos, dificultades que te pondrán a prueba, como nunca antes —indicó el guardián.

Rodrigo no comprendió y exigió claridad en sus aseveraciones que lo consternaban al grado de dudar de la benevolencia del universo.

»Contarás con todo nuestro apoyo, lo importante es, que tengas tu fe inamovible, jamás dudes de nuestro acompañamiento. Siempre estamos aquí. Esta lección deberá ser cumplida como parte de tu preparación para los periodos venideros —el ángel se puso de pie.

—Arcángel Gabriel. Si es la misión que me han asignado la acepto sin renuencia. Si mi Madre Tierra requiere de mi vida para continuar con el orden divino de las tribulaciones y el mundo, lo acepto con responsabilidad, sin miedo a la impertinencia por parte de los que pretendan herirme, ya que soy consciente de mi legado y de su basta protección. Solo, por favor... ayúdenme a ser fuerte.

—Ese será el aprendizaje.

*

“La tuba de Schramm es un modelo de comunicación... la multiplicidad de los mensajes... el receptor selecciona los que menos esfuerzo le representan... el emisor realiza una percepción de... lo que tienes que hacer es armarte de valor... el análisis de la interpretación colectiva... búscalos antes de que sea demasiado tarde... será parte de su proyecto final.”

Édgar hacía bizcos y le tambaleaba la nuca, el profesor Cara de papa arrullaba y aburría con su ir y venir en sus pantalones flojos y camisa empapada de sudor en las axilas, una gota enorme se balanceaba en su entrecejo, hasta que se extravió en el puente de la nariz y se le quedó en la punta, con un movimiento brusco se la quitó del rostro y se secó el cuero cabelludo con el dorso de una mano. La palabrería era insulsa, el aire acondicionado no servía y el compañero detrás de

Édgar dormía plácidamente sobre su mochila en el mesabanco, cuánto lo envidió Édgar, pero debía ganarse la aprobación del maestro a toda costa, pues estaba al borde de irse a examen extraordinario.

Lamentablemente sus bríos por mantener la atención eran inocuos, desde temprana hora de la mañana continuaba cuestionándose si lo que había visto la noche anterior se debía a una alucinación por parte de los cigarros que se había fumado mientras pensaba en el amor perdido.

Dio el timbrazo y casi lloró de alegría, tomó sus pertenencias y salió con júbilo para hallarse con Rodrigo fuera de su salón, que para su mala suerte quedaba del otro lado del plantel.

Caminó con pasos desesperantes, quitando a quien se le atravesara, una muchacha que degustaba unos esquites en un vaso de plástico que había podido meter de contrabando al instituto, perdió su felicidad cuando la prisa del otro la empujó con un codo y su producto decoró el suelo, sí, una lágrima descendió por su cara tatuada de las cejas y sus amigos guardaron un minuto de silencio.

El grupo de Rodrigo se había disperso, no restaban muchos cuando Édgar llegó agitado. Se alivió de toparse con Ingrid, la amiga más cercana a Rodrigo, chismorreando con un chico más gordo que ella. La sujetó del brazo sin parecer tan enloquecido, la sacó del debate entre las mejores bandas de rock en español de los últimos años en México. “Café Tacvba”, eso hubiera sugerido él.

—¡Oye, ¿dónde está Rodrigo?!

—Ya se fue, galán. ¿Ya te habla? —dijo con desprecio.

“Vieja mamona”, pensó Édgar.

—Sí, Ingrid. Bueno, todavía no hemos hablado del todo... ¿entonces ya se fue?

—Claro, tiene el tiempo encima, pues fue a reservar el bar para su fiesta.

—¿Cuál fiesta?

—¿Es neta? —impuso Ingrid con quedo de soberbia y más repulsión—. No puedo creerlo. Neta, no puedo entender por qué mi amigo se fijó en ti, pedazo de pendejo.

—Cálmate, pendeja tú —Édgar explotó.

—¡Bájale, cabrón! —se entrometió el desconocido presente, que hasta ese segundo se le notaron los pectorales ponchados.

—Descuida, Nacho, no hay por qué temerle a este güey... Hoy es el cumpleaños de Rodrigo, ¿qué no sabías, cerebritito?

—¡Mierda!

—¡*Ti-rin, ti-rin, ti-rin!* Y el premio para el más estúpido es para...

—¡Basta!, mejor dime dónde va a ser.

—No, mi amor. Si no sabes es porque no te ha invitado. ¿Y sabes qué? Mejor búscate un bosque y piérdete, corazón, porque yo no te lo diré.

Antes de responder con más bilis en el paladar, Édgar casi pudo sentir el puñetazo en el rostro del amigo si él emitía sonido. Se dio la media vuelta y partió, haciendo la rabieta más genuina que ni de escuincle hizo cuando fue un malcriado con sus parientes.

»*Ciao, motherfucker* —se despidió Ingrid.

*

Ruido, trifulca y aventones, la prensa enardecía y se compenetraba en una ola de lava peligrosa para la dignidad, los micrófonos chocaban con el cráneo, la saliva salpicaba la cara, las preguntas, una tras otra ensordecían los pensamientos y empeoraban el caminar con los tacones de aguja que Susana luchaba por amaestrar. Los cuerpos de seguridad que eran cuatro tipos

fortachones creaban un escudo humano que de poco servía para que les jalaran las greñas a la alcaldesa y a su asistente.

“El guapo” había adquirido fama nacional, los medios de comunicación estaban vendiendo primeras planas, exclusivas y reportajes como nunca antes, el país se acongojaba por saber qué atrocidades ocurrían en la ciudad, más allá del bien o el mal, pues la gran mayoría del público eran personas que se consideraban categóricamente religiosas y que aunque ellos lo negaran ante la sociedad, en sus adentros se enorgullecían de que alguien tuviera los huevos para darles el merecido a todos los anormales que ya habían logrado establecer una agenda gay, derechos de burla, leyes que protegían la perversión y una ideología de género que provenía del demonio. Su Dios había respondido a sus plegarias más silenciosas; hacerles pagar a todos los que se habían reído de ellos por ser “antiprogresistas” y “retrógradas”. Para sus corazones impíos era la temporada de caza de brujas, y se apreciaba con grandes éxitos.

Andrés Manuel López Obrador había extendido en un comunicado, al compás de su respiración entrecortada, que el gobierno de León contaría con el soporte policiaco federal para finalizar la exhaustiva búsqueda del asesino que ya concebía musical, memes y *fanpages* en redes sociales. La administración actual se había destacado por permanecer en la defensa de las minorías, pueblos indígenas y glorificación a lenguas y dialectos en peligro de extinción, personas de la tercera edad y *ninis*, la juventud que ni trabajaba ni estudiaba, por lo demás, mantenía bajo el agua el declive económico y el mediocre desarrollo urbano por donde ponía paso. Cuando comenzaron a vibrar las aguas del escándalo sodomita, el departamento de comunicación social supo que tendría que convertirlo en cortina de humo. Por televisión y radio se difundían *spots* que informaban acerca del significado de las siglas LGBTTTIQA, las reformas a la constitución, las organizaciones de denuncia y apoyo psicológico y de salud, historias de concientización para que los ciudadanos supieran que debían tolerar a las diferencias sexuales, que las identidades se llevaban en el alma y se merecían el reconocimiento de las dependencias e instituciones burocráticas. Fue una propaganda masiva, a la par de las cápsulas televisivas de travestis y de cuanto chico homosexual se encontraban en la calle para entrevistar y emitir sus opiniones como la tragedia más desgarradora de la última década. Adela Micha, Carmen Aristegui, Pedro Ferriz de Con y Denise Maerker escribían, conversaban, desmenuzaban el caso con lujo de detalle, hasta la última gota de sangre, el pellejo, las fibras capilares, los huesos y los penes y testículos extirpados que seguían siendo producto de análisis se exponían con cautela y discreción, con tintes de *softporn* a cada espectador del país. Ya no se trataba de un asesino en serie, era una celebridad. Un ejemplo a seguir para los hijos caídos que anhelantes, empezaban a repetir aquellos actos con más astucia y limpieza en los años consecuentes.

Se le dobló el tobillo a Susana y cayó de bruces, la gente comenzó a pisotearla, en un instante la seguridad con la que contaba se había diluido con el vaivén de los cuerpos, dándole preferencia de salvamento como de costumbre a Nancy Márquez. Pidió auxilio pero no fue escuchada. Alguien la cogió de una pierna y comenzó a subir la mano por encima de la rodilla. Ella pataleó, se agarró de la camiseta de un camarógrafo y se puso en cuclillas como pudo, un empujón más y aterrizó sobre sus rodillas, gimoteó de malestar, alguien la levantó por las axilas, no supo quien, se puso de pie, un hombre de aspecto denigrante la tomó por la mandíbula y le exigió una declaración a su portal de noticias independiente, ella trató de zafarse a golpes, el infame la tenía encadenada a sus dedos rasposos.

—¡Atrás! —impuso una voz profunda.

La rescataron y con un golpazo en el pecho el reportero desapareció entre los micrófonos.

Algunos periodistas lo tomaron como un signo claro de agresión, pero el impertinente les había estado robando notas desde hacía meses, como buenos compañeros de batalla hicieron caso omiso y aprovecharon para buscar la respuesta más jugosa.

—No dará más declaraciones, abran paso, por favor.

Susana se dejó guiar por el timbre varonil que remolineaba su cabello a sus espaldas mientras la ayudaba a escapar del zafarrancho. Luego de unos traqueteos más entraron al Ramada Plaza, hotel donde se llevaría una conferencia formal hacia los medios. Con el personal del recinto como barrera más eficiente, por fin Susana pudo respirar con libertad, su héroe se puso frente a ella. ¡Qué casualidad! Juan Martínez Guzmán sonreía, sensual y rebosante.

*

Juan era testarudo, la infancia lo había criado de tal manera que se encaprichaba con lo que veía que le gustaba. La actitud se le fue endureciendo después de que su única esposa falleciera de ahogamiento mientras estaba de vacaciones con unas amigas en Acapulco, ella le había prometido que jamás lo abandonaría con sus hijas, y por supuesto, que era una excelente nadadora, falló en ambas. Para la suerte del viudo, las hijas ya eran mayores y en un par de años, luego de las lágrimas y las disputas legales resueltas por los terrenos heredados Juan se quedó solo en la casa de Jardines del Moral.

El día que cumplió un lustro de muerte la antigua doña de Martínez, Juan arrancó el moño negro que ya estaba desintegrándose encima de la puerta principal, ya lucía como una rata gris que se había quedado disecándose por obra natural. Durante todo ese tiempo Juan se limitó a la masturbación, pero fue el sufrimiento lo que lo hizo más raboverde, aunque no había señoritas que se le ofrecieran como cuando tenía treintaicinco, ni ante su bolsillo lleno y puesto gubernamental era un partido atractivo para las jovencitas con ganas de suplantación paternal. Los noventas ya estaban muy atrás y sus cincuentas lo hacían pesado no solo en grasa, en carácter, ya no se andaba con rodeos, cuando quería fumar, fumaba, cuando quería pulque, pulqueaba, y cuando quería perico, periqueaba.

Ahora, y desde hacía años su ojo estaba como estaca, sobre las pompas de Susana, sí, sabía que estaba casada la vieja, ah pero qué rica estaba la condenada, bien buenota, se le veía en el semblante que le gustaba rudo, violento y sin cesar. La amargura de Susana que recorría su mirada socavada por las patas de gallo declaraba que en su lecho de pareja no le cumplían. Juan estaba listo, más que eso, experimentado y estaba expectante, cual grano sobre la epidermis pretende drenarse al vérsese beis. Juan se reparaba macho, guapetón y con un arma cargada de balas calientes.

*

Antes de que Susana pudiera agradecerle, él se acercó y le plantó un beso en los labios, fugaz, se retiró de un salto, pues había roto una línea que jamás creyó posible, por poco le estallaba la cremallera de su pantalón.

—De nada, hermosa —recitó en el viento con el tono que se usa para decir cochinas al oído mientras se le da satisfacción a alguien. Fue en ese preciso instante que supo que había comenzado una historia con Susana, pues la otra, ni enojo, ni sorpresa, ni gusto, estaba impávida, en pausa, él soltó una risilla y caminó hacia el salón donde se conglomeraban los altos cargos de municipio.

Susana cojeó hasta llegar a su asiento designado en la conferencia, en su estómago se remolineaban las enchiladas y el atole de la mañana, no le había caído mal, era el amor, qué digo el amor, la calentura que se había prendido en una mecha extraviada en los más recónditos fondos de su cuello uterino. Durante toda la jornada se mantuvo con un ligero cascabeleo, y respondía con

“sí” y “no” a todo lo que le cuestionaban. Ni siquiera se sentía culpable. Estaba excitada, inspirada, amada. No podía mentir, con Rafael nunca había sentido que se le quemaban los labios en una fracción de segundo.

“Padre nuestro, que estás en los cielos... ¿Por qué estoy rezando?!... Yo no he hecho nada malo”, se decía Susana. Pero bueno, no hizo nada malo ahí y en ese instante, lo hizo después, cuando en una reunión de trabajo con distintas dependencias, fingió que la menopausia prematura le hacía una jugada del infierno y se escabulló hacia el sanitario, y por accidente se encerró en un cuarto de servicio con Juan. Desataron toda su energía junto a los trapeadores, escobas y cubetas enmohecidas, ella se culpó por odiarlo tanto y a la vez, por estar tan encendida con un don nadie que... ay qué rico le estimulaba el clítoris, con la lengua y el dedo pulgar. Él simplemente hizo realidad su palabra: Follarse a la esposa del dueño de Calzado Mendoza.

En la cúspide, el ego de Juan Martínez Guzmán bailaba: *La-la-la, la-la-la, je-je, me la tiré, yo mero, soy un semental, grita y grita con mi verga en su pepita, chí cheñol.*

A Susana, la clase se le fue a las nalgas, y la audacia le duró poco, su peor miedo no ocurrió, ningún periodista la cachó en sus distintas escapadas a las áreas de servicio, donde los cielos los tenían respaldados puesto que los empleados de limpieza siempre estaban ocupados para que los revolcones fueran cómodos y parsimoniosos.

Rafael, como esposa desesperada, una noche mientras Susana se duchaba se tomó la libertad de recoger su vestido de pedrería y lentejuelas doradas, había regresado de una cena de gala con unos empresarios para el apoyo a una fundación de infantes con cáncer. Por primera vez en su vida tuvo la inquietud de revisar qué tan sucia estaba la tela, y ahí la vio, una mancha insolente y pelada, semitransparente, la rascó y se sentía acartonada, la olfateó. Semen. Todavía hizo memoria como para probarse que no estaba acercándose al alzhéimer y que quizás le había hecho el amor otro día y que por accidente había vertido su néctar en la cola del vestido de miles de pesos. Olfó de nuevo, y no, no le llegó recuerdo. Entretanto Susana cantaba *no me mires, no me mires, déjalo ya...* Rafael soltó la ropa a mitad de la habitación, se postró frente al ventanal que daba al jardín, cruzó los brazos, suspiró y se dispuso a contar las pocas estrellas que pintaban la noche. Se preguntó, qué diría su padre al respecto.

*

La noche del cumpleaños de Rodrigo, Rafael no podía descansar, y no lo haría en las próximas horas. Ni Corina ni Édgar yacían en casa, se habían desaparecido, él estaba acostumbrado a no presionarlos para que regresaran a temprana hora a pesar de que su esposa le recriminara su falta de mano firme con ellos, pero las opiniones de Susana ya habían perdido su fortaleza a estas alturas. Quién sabe qué tanto esperaba Rafael para encarar lo denigrante, la traición que creyó, él realizaría primero por algún desliz. Oportunidades hubo en el pasado, con la secretaria o con alguna clienta más que agradecida por el ajuste a su tacón, pero él siempre fue fiel a la creencia de no repetir la desgracia que caía en hijos de padres divorciados, separados o asesinados. El ronquido de Susana había ido incrementando su molestia, tal vez era el hecho de su rencor profundo hacia ella que cobraba poder con cada beso en la mañana, cada caricia falsa y que en las últimas semanas no había habido sexo, no tan frecuente como se lo pedía antes; “Qué tonta eres, Susy, por ahí dicen que las mujeres son más cabronas para engañar, dizque porque son más inteligentes, que un hombre no se daría cuenta. Pero te volaste la barda de la estupidez.”; De cualquier forma no era que él ansiara compartir su calor con ella, pero el cuerpo es cuerpo y la lujuria debe ser ordeñada. Aunque fuera una vez cada quince días, mientras ignoraba y se mentalizaba como antes, claro, que estaba fornicando con alguien más.

Le dio un golpe de calor, la cabeza le punzaba y sintió que le iba a estallar la coronilla, se desenredó de las cobijas y salió de su recámara sucumbido por las sombras de los pasillos de la gran casa que de repente la vio más antigua, es que hasta en ese instante notó que lo que había sido la decoración de ese espacio era la representación de cambios de poderes matriarcales, el primero había sido su madre, y ahora su esposa; las mesitas, los candelabros, las pinturas, ese papel tapiz de gardenias del asco, todo escogido por ella, ella, la desgraciada, perra descarada, cuánto coraje. Se regañaba al final de sus cavilaciones. Después de todo, era un favor estar con él, ¿cierto? Por feo.

Bajó por las escaleras, lo sorprendió el frío que salía de su boca, recordó que alguna vez leyó que en la película *Titanic* en la escena final de Rose y Jack, mientras ella no le dejaba subir al trozo de madera por egoísta, ¡mujeres!, porque sí cabían ambos según los *Cazadores de mitos*, el vapor que emitían los personajes fue colocado digitalmente, menos mal porque sí hubieran tenido que ganar un Óscar los actores tan solo por ese instante donde se notaba que efectivamente, morirían congelados.

Salió al jardín trasero; “Esa fuente sigue descompuesta, mañana llamo al técnico”, pensó Rafael por vigésima vez. El viento provocaba que los árboles colindantes cantaran con las hojas, la noche era de un azul prolijo para extraviarse con soltura, y el glauco del césped ocasionaba escalofríos, más que las estatuas de yeso que reflejaban entes demoniacos con las sombras que se recorrían como manos de fantasmas sobre la superficie de las identidades inexistentes.

Deseó con todo su corazón un cigarro, no recordaba si alguna vez había fumado en su vida, porque en su adolescencia había sido un *nerd*, ahora por azares del destino, quería hacer lo que nunca antes, ir a un *tabledance* y pagarle a la mejor bailarina, y quien quite una acompañante le caería a todas márgaras; “¿Me quieres ver la cara de estúpido?”. Solo pudo cruzarse de brazos y admirar la fachada trasera de su mansión, tampoco quiso ese panorama, se cambió de banca y se puso hacia los pinos que constituían una barrera de protección hacia el vecino de junto.

Oscuridad. Creyó ver una rata, o tal vez un mapache, ¿un mapache? Sabrá Dios qué fue aquello.

Calzado Mendoza iba muy bien, pronto abriría una sucursal en Los Cabos, su salto más grande hasta el momento, los socios lo felicitaban, la cámara de comercio local le olía los pedos, estaban detrás de él, fraguando adherirse un poco de su éxito. Y como era común en los empresarios que han descuidado su vida personal, cuando las ventas iban viento en popa, la familia o el amor se desmoronaba como cubito de consomé de pollo. Ya encontraría la motivación, la respuesta, el alivio de sentirse hombre de nuevo, amado por una diosa.

—Rafael...

El sonido zarpó hacia el horizonte, de pronto los árboles se entumecieron y el pasto se tornó oscuro. Rafael giró hacia sus espaldas, las jardineras, las flores, las personalidades grises seguían ahí, presuntuosas e irreverentes. El viento volvió a soplar. Rafael se incorporó y caminó con lentitud de regreso a la casa. Un retortijón lo cogió por sorpresa, pues la voz escuchada no había sido femenina. Él la distinguía a la perfección. Otro retortijón, movió los pies con cautela, como quien anda en un campo minado. Accedió por la puerta de servicio que daba a la cocina. Soledad, el zumbido del refrigerador y el reloj que parecía metrónomo a 190 PPM.

—Rafael —más claro y grave. Cerca de él.

Las profundidades de los pasillos se acentuaban. “Otra vez no, no ahora”, resonó en su mente. Se asomó a la sala, donde semanas atrás había visto pender en la nada a Corina, pero no descubrió gran cosa, nada más que las revistas *Vanidades* regadas por la mesita de café frente a la

sala y la chimenea con algunas brasas todavía cálidas.

—¡Rafael!

Endurecida, la espalda se le volvió de piedra y por un segundo sintió que no pudo inflar los pulmones. Oxígeno, gracias a Dios. Detrás de él las escaleras se veían gigantescas, iluminadas por un níveo cobalto que entraba por el ventanal de la segunda planta y... la silueta de un hombre de pie. Esta extendió su mano hacia la izquierda y avanzó hacia esa dirección hasta que Rafael lo perdió de vista. Rafael dio un trago amargo, se ajustó el cinturón del pantalón y jugueteó con su mano derecha en su entrepierna para saber si todavía lo tenía, juraba que se le había caído el pene, no fue tanta tranquilidad pero supo que solo se le había enroscado. Subió peldaño por peldaño, la saliva amarga y los brazos que eran picoteados por los zancudos y por su sistema nervioso. Llegó al pasillo de la estancia, las puertas de los aposentos de Corina y Édgar estaban abiertas.

—Rafael, ven aquí —provenía de la habitación del primogénito.

Instaló un pie oscilante en la alfombra, divisó lo que alguna vez había sido su habitación y por supuesto, recordó aquella noche de pesadilla. Una vez a mitad de la pieza vio que no había nadie, para variar, el único invitado desagradable era el silencio, esa causa natural que pone los nervios de punta ante la desesperación de la falta de interpretación ambiental.

En el reflejo de una ventana lo vio.

Se cerró la puerta de golpe.

—Hola.

Sí, se orinó en el bóxer. En un salto que casi lo arrojó al suelo, pudo verlo iluminado por la luna, con el rostro desfigurado, la mandíbula movida de su lugar natural, un ojo hundido y la nariz ondulante. Fétido, repulsivo. Ernesto Mendoza levantó la comisura derecha de su boca y creó una afilada mueca de espanto.

—No-no-no puede ser... Estás mu-muerto... —tartamudeó Rafael.

—Mu-muerto. ¡Cobarde! ¿Qué tan muerto estoy para ti, eh? —Ernesto lo cogió por el cuello y lo levantó del suelo. A Rafael casi se le salieron los ojos de la impresión, las manos gélidas sobre su piel era lo más real que había experimentado—. Me has olvidado, malagradecido. Yo, que di todo por ti, por ustedes, me enterraste como el peor de todos.

—Perdóname... —dijo Rafael con un hilo de voz.

—Ahora tienes todo lo que yo alguna vez soñé, ¡y no lo mereces!...

—Por... favor... —se le iba la vida.

Ernesto se acercó el cuerpo inestable de Rafael y le escupió en la cara. Lo lanzó hacia el piso.

—¡Aaaah! —Rafael sintió que se le había roto la columna.

—Tú y yo, tenemos mucho de qué platicar...

—¡Ayuda! ¡Susana! —bramó Rafael con la garganta inflamada.

Grrrrrrrrrac.

Afuera la luna y las estrellas se difuminaron, las ramas que chocaban con las ventanas en el exterior se disolvieron y todo se volvió un negro infinito. La habitación quedó en absoluto vacío. La mente de Rafael no reparó a dónde huir, no existía espacio ni reconocimiento lógico en el entorno, solamente, frente a él, los ojos de su padre, rojos, que se fueron aproximando hasta que los sintió cerca, hirviendo el aire que respiraba. Sintió unas garras en su esternón y su corazón se detuvo.

*

A Édgar, entreverándose con el arrepentimiento y la burla, no le quedó más opción que acudir

con su hermana, la loca, la vidente, a pesar de siempre haberse puesto del lado de sus padres cuando desde pequeña le quemaban las hojas donde dibujaba símbolos extraños y ajenos al cristianismo y al darle tundas hasta hacerla chillar porque había predicho que a cierta persona le saldrían almorranas en un evento de carácter público. En su raciocinio no creía en esas cosas a profundidad, mejor dicho, no deseaba creer, pues había convivido con los espíritus de cerca, sin notarlos, eso también explicaba por qué no se había alarmado aquellos días; es verdad que luchaba para convencerse en que no debía darles crédito a las fuerzas paranormales, pero Corina siempre estaba presente, sacando alguna carta del tarot, susurrando en su habitación, lanzando gestos que indicaban alguna premonición.

Le habló al celular y la interrumpió mientras disfrutaba de una ópera en el Teatro Bicentenario. Corina había acudido por su cuenta, ante las miradas bochornosas y límpidas de la clase alta y de aquellos que se deseaban sentir cultos al pagar un boleto que ni en broma la gente de carne y hueso podría adquirir. Salió a tropezones, se le atoró su falda de mandalas en un reposabrazos y en un respiro se le dobló el tobillo, un caballero la sostuvo del codo y le ahorró la pena.

En el *hall* antes de responder Corina sabía todo, su hermano la solicitaba, y por primera vez se entusiasmó en enterarse que deseaba utilizar sus habilidades para un bien. Dejó que despilfarrara todo su discurso.

—Discúlpame si me he burlado de ti, necesito que me ayudes, yo sé que puedes con esto.

Édgar llegó en quince minutos a una cafetería bohemia que residía por la calle Pedro Moreno. Se colocaron en una mesita en la esquina, se veían místicos debajo de focos color del ocaso.

—¿Qué deseas saber con exactitud?

Édgar no pudo más y tuvo que confesarle la aventura, tiempo de relación y algunas anécdotas que mantuvo ocultas mientras le hacía el amor a Rodrigo a tan solo una pared de distancia de la recámara de Corina, en silencio, ahogando cada quejido y haciendo la velada más circunspecta. Su hermana rio con fuerza, llamando la atención de los clientes, lo peor que pudo suceder para Édgar, aunque en ese instante ya no era del todo importante, no le interesaba, estaba inquieto por arribar adónde fuera que estuviera Rodrigo, para ponerse de rodillas y suplicarle su perdón, ya habían trascurrido semanas y no lo había visto a los ojos, extrañaba su aliento, la frotación de sus músculos en su torso y la profundidad con la cual abordaba los temas que ahora sí le importaban.

Corina sacó la baraja española de su morral que había comprado en un viaje a Chiapas. Se las entregó a Édgar y le indicó que las barajeara sin mirar, con lentitud y concentrándose en su pregunta y confiando ciegamente en que vendría la revelación, ella solicitó permiso a sus ángeles, uno le dijo que no, los demás lo callaron y le aseveraron que tenía acceso a la información. Corina agradeció.

Una vez le dieron las cartas, las partió en grupos de cuatro y luego las extendió boca arriba en series de diez. Lo que ninguno de los dos sabía, es que estaban en un momento crucial, donde cada segundo contaba. Pero el universo no debe ser presionado, es imposible, profano, lo que sucede ya está escrito.

—Está cerca de nosotros, por la Madero, parece un restaurante...

—No, tiene que ser un bar.

—Es un sitio de alimentos, quizá esté... —un fuerte dolor en las sienes hizo que Corina se cayera en el respaldo de la silla. Lo que miró la alertó, los gráficos garigoleados no le sustrajeron el futuro, fueron ellos, sus guías espirituales, se espantó, cogió de la mano a su hermano—. Sé dónde está, tenemos que irnos ahora.

Frente al Templo del Expiatorio donde antes había estado el White Rabbit, los jóvenes y chavorrucos acudían al Buddha Drinks & Chill, el recinto para los amantes de lo tranquilo, la música lounge y de bandas locales y la comida vegana. En la terraza se disponían a divertirse los amigos de Rodrigo junto con él, eran pocos pero como él mismo aseguraba, no valía la cantidad sino la calidad de la gente con que te relacionabas, que se hallaran en la misma sintonía, que fueran creyentes de su espiritualidad y de su fuerza mental, pues sí, tal vez eso creía él que tenía en su grupo de amigos, uno que otro más bien se juntaba por curiosidad ante las charlas motivacionales que siempre dejaban a más de uno boquiabierto, que si debías valorarte y amarte a ti mismo tal como eras, elegir la paz sobre la razón, alimentarse de todo lo que fuera orgánico, *gluten free* y que su producción fuera amigable con el medio ambiente. Se trataba mejor dicho, de un grupo de amistades para el desmadre. Algunos bebían *ginger ale* con whisky, cerveza oscura Libertad y la botana era hummus de garbanzo con trozos de apio, zanahoria y papa en gajo. El DJ puso melodías más entonadas de fiesta, pop, electrónica, y claro, el reguetón no podía ausentarse. Las siluetas curvilíneas empezaron a zangolotearse al son de la seducción.

*

Los maestros, Timoteo y Anita, realizaron una meditación especial cuando rociaron a su hijo con una fórmula de copal y lavanda e hicieron una reverencia de gratitud ante Dios para que su celebración fuera un éxito, bajo la protección divina y con buenas compañías. Los Zurita se habían ido forjando a paso firme en las artes holísticas desde 1998, cuando a Anita le dio cáncer en la matriz y ante los diagnósticos de los doctores que le indicaban que era inválido recibir los tratamientos comunes porque traerían más complicaciones que beneficios. Así fue como ambos buscaron debajo de cada piedra en el país para curarse con terapias alternativas.

Cuando las revueltas en León estaban en su apogeo y los comerciantes perdían su mercancía y algunos ciudadanos reconstruían los daños a la propiedad privada a finales de los noventas, Anita estaba en un retiro espiritual en la sierra tarahumara, de la mano de su marido quien con los lagrimales atiborrados le juró absoluta devoción a Pachamama por haberle devuelto el color rosado, la energía y esa melosa sandía dentada que su esposa emanaba en su rostro al observarlo, mientras a él el viento le soplabla los mechones de su cabello lacio que le llegaba hasta la espalda, luego se lo recortaría porque no soportaría los nuevos calores de la ciudad ni las miradas quisquillosas de otros varones. Ahí, a mitad de la nada, un chamán les aseguró a ambos que las células cancerígenas se habían transformado en luz y les prometió, que si proseguían con la conciencia elevada la buena salud estaría de huésped dentro de sus vidas por el resto de sus días. Al acudir a la última revisión del oncólogo, este regresó a la iglesia porque había presenciado completamente sana a una paciente que no le había dado más de un bimestre de existencia.

Al año siguiente Anita se embarazó de Rodrigo Zurita Luján. Los desvelos que pasaron Anita y Timoteo, más allá de porque el bebé lloraba y se hacía popó, eran porque juntos le ponían las manos en el pechito descubierto, cerraban los ojos e imaginaban que dunas blancas, luces y energía se impregnaban en él mientras sanaban y edificaban a un próximo maestro. El reiki lo aprendieron en cursos y diplomados y empezaron a dar consultas. Solamente una ocasión les arrojaron huevos y les grafitearon la fachada de la casa, les escribieron textos bíblicos sobre la puerta y las ventanas y el matrimonio dedujo que habían sido los extremistas de las parroquias católicas vecinas. Bajo la perspectiva conservadora, sus acciones provenían de Satanás, tal cual se lo habían dicho a Anita los testigos de Jehová en un estudio bíblico que hacían en la sala de su casa, hasta que con todo el respeto y la diplomacia que enseñaba Anita les exhortó a que no intentaran regir al mundo bajo una sola filosofía, a lo cual al líder del grupo no le pareció pero

continuó insistiendo en enseñar “la verdad”, y al final, Timoteo tuvo que darles las gracias y no permitirles el acceso de nuevo a su hogar.

Rodrigo creció leyendo y analizando la biblia hebrea, el canon, el *popol vuh* y escritos de la cultura védica. A veces a la fuerza porque él quería estar escuchando en su Ipod a Chavela Vargas, repasar a Florence Schovel Shimm, después ver las películas de Harry Potter y al final dibujar historietas sobre dioses cuyos poderes eran basados en los chakras y que usaban una varita mágica. ¡Bár-ba-ro! Más tarde vendrían los musicales y las óperas primas que le provocaban dudas e impulsaban su creatividad. Desde siempre pudo sentir la presencia de los ángeles que lo resguardaban, por eso estaba seguro de que su orientación sexual no era causa de pecado o culpabilidad como algunas culturas dictaban, pues dado que se había empañado de pensamientos diversos, había llegado a la conclusión de que la humanidad se había forjado con base en sus propias interpretaciones. Él acató la decisión de ver su sexualidad como una bendición natural, algo que no debía enaltecerse ni tampoco menospreciarse. Llegó a cuestionarse el por qué había conocido a Édgar Mendoza, si al final no había resultado en lo que él deseaba, entonces recordó que estaba reflexionando desde el ego, pues no había razón para cambiar a alguien; El amor incondicional debía ser genuino. De lo que sí estaba seguro era que jamás antepondría sus creencias y seguridades para que otro hombre se sintiera a salvo o cómodo viviendo una mentira. Razonó que por atracción cósmica era obligación darle fin a una relación que ya no estaba en la misma sintonía que su alma. Volaría por los aires con regocijo divisando las nubes de la satisfacción, fuera con Édgar o sin él, o con alguien más. Eso se lo dejaba al universo. Para ese momento ya lo había decidido, era momento de darle carpetazo al pasado y por fin, darle bienvenida a una nueva historia. Y así fue.

*

Ingrid, la amiga robusta, movía las caderas y se las juntaba a Rodrigo provocándole una fuerte carcajada, Sasha, Ulises y Lupita cantaban las pocas canciones que se sabían y exclusivamente los coros. Su mesa era la más divertida. A medianoche el recinto pasaba de espacio zen a pachanga en casa de un amigo, así se palpaban los bares en la calle Madero de León, donde las multitudes de todo sector socioeconómico y riqueza sexual se congregaban para pasar un rato chingón, con precios asequibles y la autonomía de andar de antro en antro sin pagar *cover*.

Rodrigo sintió un ligero mareo, era momento de dejar de tomar ese mezcal que ya lo había hecho entrar en tono, en lo que balanceaba sus caderas al ritmo de la huaracha sabrosa. “Es mi cumpleaños, no pasa nada si hoy bebo un poco demás”, se convenció. Unos *shots* de tequila en la mesa y empezaron con el fondo, fondo, fondo.

El *mapping* que se llevaba a cabo sobre la estructura neogótica del templo que se había empezado a construir a partir de 1921 y culminado en el 2012 con la visita del Papa Benedicto XVI, sobresalía del concreto y de los vitrales fabricados en Jalisco y por el leonés Rodolfo Gutiérrez; las figuras geométricas, las animaciones en tercera dimensión y los colores brotaban al entorno y se introducían en las pupilas de Rodrigo.

La fiesta explotaba, por lo menos en la cabeza del cumpleañosero. Seguía consciente, no obstante, viajaba a lugares inhóspitos donde la medida era inexistente y la gravedad era juguetona. El estómago le gruñó, se acordó de las empanadas de harina integral con relleno de fruta en almíbar que hacían por la calle Ignacio Zaragoza, a unos metros de donde estaba, se vio guloso, pero era su festejo, podía cumplirse esos caprichos de muchacho ocurrente. Le avisó a sus amigos que saldría por un instante para concederle a su paladar el capricho, no aceptó las ofertas de acompañamiento pues tardaría solo unos minutos en lo que cruzaba la calle, entraba a la panadería

“San Juan de Dios”, se armaba de cinco delicias, una para cada uno, y volvía con la panza brincando de efervescencia.

Salió del establecimiento ligeramente tambaleante, con los ojos enrojecidos por el tabaco y la marihuana que flotaba por doquier y porque el alcohol daba pisotones en su equilibrio. Se carcajeó al imaginarse su postura, lo ridículo de la situación y lo bien que la estaría pasando el resto de la noche. Entró al palacio de los bolillos, las donas, las galletas y las trenzas de hojaldre, le solicitó a la tendera las empanadas con la receta especial, pues solo de esa manera se podían adquirir, como si fuera por código secreto. Al extraer el dinero de su pantalón se le cayeron unas monedas al suelo. Se fue de bruces y se golpeó en el mostrador, por suerte el cristal no se rompió, en un santiamén la dueña pretendió quitarse el papel de patrona y salir del mostrador para apoyar al joven, pero alguien más le ganó la buena obra. Rodrigo se levantó apenas pudo y la risa se le había ido, nunca le había pasado algo así y aunque no fuera grave del todo, para él eso había sido cruzar la raya. Se recargó en la mano del acomodado, recogió las monedas y se las embolsó no sin antes dejar el pago en el estante. Se sobó la frente la cual comenzaba a inflamarse, le agradeció al adulto que lo había puesto de pie y que emanaba una mueca de amabilidad y confianza. Agradeció el apoyo y cuando iba a retirarse con sus empanadas salteadas en vergüenza, el hombre le dijo que no se preocupara, que había visto cosas peores y que él simplemente se siguiera divirtiendo. Rodrigo sintió cierto alivio y lo expresó con una sonrisa. El sujeto le extendió la mano, le preguntó su nombre y luego él se presentó:

—Mucho gusto, me llamo Charly.

Capítulo 8

El final del hombre

En las alcantarillas vivía Charly. Se duchaba en los baños de vapor. Robaba perfumes de las tiendas para distribuidores. Vestía la ropa que adquiría por unas cuantas monedas en los tianguis. Continuó su oficio. Chupar, restregarse, abrirse, tragar y cobrar. Ningún cliente imaginó, cuál sería el destino de algunos. Asfixiados o golpeados. Él olvidaba, borraba el casete de las fechorías que adquirirían un sabor más diáfano con cada exhalación. Había aprendido que cuando se ganaba la confianza del varón, este podía desprenderse del razonamiento ya que se guiaba solamente por el instinto animal que lo conducía a la condescendencia y al desenfreno.

Jamás regresó a su antigua casa, y ya no lo podía hacer puesto que meses después de su abandono la habían allanado unos traficantes de metanfetaminas, aspirantes a fabricarlas ellos mismos, y cuando descubrieron que la casucha era ignorada por la gente la hicieron suya, limpiaron la basura y enterraron el cuerpo del que probablemente era un don nadie, vamos, qué flojera era llamar a la policía y atraer toda la atención a ese lugar. No era conveniente. El desperdicio a su lugar, debajo de la tierra.

Charly no comprendía por qué su cerebro estallaba y se derramaba como leche hirviente sobre la estufa. Él amaba a su manera, con caricias y estimulaciones, era un sentimiento que podía disfrutar con los billetes que le daban y con los cuales podía comprarse cosas bonitas, vivir en una casa pequeña, más o menos decente, pero y si lo encontraban, no mejor no, sería muy estúpido como para estar en bandeja de plata para la policía, por eso continuaba en las calles.

Para cuando Nancy Márquez había tomado posesión del cargo gubernamental él discutía con un maestro del Instituto Leonés, porque había follado en el carro del mismo y él le había aclarado que no hacía descuentos por no pagar el hotel, entre la riña un elemento de seguridad privada tenía la radio encendida y fue cuando escuchó el primer discurso como alcaldesa de Nancy. A él no le importaba, ni siquiera le causó furor el que se hubiera mostrado abiertamente a favor de la legalización del matrimonio igualitario en la ciudad, a él qué, le valía madres, y para ser claros con su filosofía, eso no era de Dios. ¿Casarse? Si los hombres nada más fornican entre sí por maña, lo demás era un juego de muñecas. Eso había aprendido en las calles. Cada macho que pasaba por sus armas le había traído una lección diferente. Humildad. Paciencia. Diplomacia. Amabilidad. Sobre todo con aquellos que no les quedaban muchos cabellos y la nuca la tenían tapizada de verrugas o lunares, labios partidos y mandíbulas de pieles colgantes. Aliento a viejo, lejía y medicina. Aunque esos los disfrutaba más, no exigían demasiado. Los servicios eran de poco tiempo, pues la energía no les daba para más que movimientos lentos y suaves.

Charly creyó que se dedicaría por el resto de su vida a esa profesión, y tuvo razón. No fue hasta en los últimos momentos antes de su muerte, donde la esquizofrenia lo cogió de la mano y le contó una historia de serenidad, cariño y bienestar, donde él yacía en los brazos de su verdadero padre, mientras lo cargaba por unos segundos, admirando su pureza, la inocencia y el milagro

eterno en sus ojitos, reparándose como el ángel que era, etéreo. Supo que pudo haber tenido mejores días, un camino más ameno, si todo hubiera sido diferente. No lo comprendería ahí, hasta que en un espacio atemporal bajara de nuevo al planeta tierra en una época desconocida para saldar los daños hechos a la humanidad, en un ciclo sin fin de aprendizaje.

EXTIENDEN CONDOLENCIAS Y APOYO

CDMX. Esta tarde representantes del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación realizaron una rueda de prensa en sus instalaciones en la colonia Anzures para ofrecer el pésame y el apoyo necesario al gobierno municipal de la presidente de León, Guanajuato: Nancy Márquez; debido a los recientes asesinatos perpetrados hacia homosexuales en la localidad.

Sherlyn Sánchez, vocera oficial del CONAPRED; expuso que las principales causas de los recientes hechos son la falta de información subyacente en la sociedad, la nula tolerancia y la falsa aceptación que se imparte en comunidades donde se vive bajo normativas conservadoras y negligentes. Que la educación debe ser laica y concisa acerca de las diversidades sexuales y de sus cuidados de salud mental y sexual. Asimismo reiteró que el consejo estaría colaborando gracias a la administración federal y estatal para llevar a cabo capacitaciones de concientización y apoyo psicológico y financiero a los familiares de los fallecidos, en conjunto con los programas sociales que se realizan en la ciudad de León.

También declaró: «Como mexicanos debemos ampliar nuestras alianzas en el país, para que en situaciones de emergencia como esta, nosotros no ignoremos la gravedad del asunto, que si podemos apoyar desde el poder capitalino, hagamos un esfuerzo para llevar la ayuda informativa a quien lo necesita y procurar que no se continúen violentando los derechos humanos ni fomentando la discriminación de cualquier índole. El pueblo leonés también contará con el soporte que requiera en materia de administración para un nuevo programa de gobierno que buscará la edificación de un centro especializado para atención a las víctimas, donde la transparencia será nuestro estandarte.»

Durante la sesión se le pidió a los medios de comunicación tanto a los asistentes que guardaran un minuto de silencio en muestra de luto y respeto para las 14 víctimas que han sido confirmadas hasta el momento, asesinadas por «El guapo».

Édgar y Corina corrían por la acera, empujando a la gente a su paso, la ubicación exacta de Rodrigo le había sido revelada a Corina como a quien le llega la idea de ponerse tacones, vestirse de lentejuelas, verse al espejo y sentirse una reina. A Édgar le desesperaba que las personas no les importara su urgencia, su hermana no había sido clara en lo que le había sido revelado, es que ni ella misma entendía, solamente percibía un miedo que no le agradaba, un presentimiento profundo que le removía las tripas. Iban por la calle Madero, habían pasado La Paz y los jolgorios de los transeúntes se hacían más malévolos, giraban hacia ellos y los miraban con recelo, como si quisieran impedir que supieran la verdad. Por poco Édgar se va de bruces al resbalarse con un charco de agua. “¡Malditos zapatos de piel!” Tomó a Corina de la mano, como jamás hizo desde que eran niños y jugaban a las traes o al adivina quién, en el jardín de la mansión, en la oficina de su padre mientras reprimía a algún promotor rebelde.

PIIIP-PIIIP-PIIIP.

Un Chevrolet se les atravesó en su camino. “Fíjate, animal”. Las piernas ya les dolían y el terror se subía por sus gargantas, Corina le exigía a sus ángeles la respuesta clara pero, estos se negaban a responder. Llegaron a la esquina donde estaban las nieves de garrafa y frente a ellas el Templo Expiatorio.

Corina apresuró el paso hacia la izquierda y Édgar la siguió. “Por aquí es el lugar, alguno de estos locales, ¿pero por qué hay peligro? No entiendo”. Se detuvo en seco cuando vio la panadería “San Juan de Dios”. ¡Ahí! Entraron ambos agitados y casi desmayándose por el maratón que se habían chutado. Distinguieron una diminuta rotura en el cristal del mostrador principal. La tendera con su aire dulce les explicó que a quien buscaban se parecía mucho a un chico que había estado ahí hacía unos minutos, y fue concisa cuando espetó que se había marchado acompañado de un hombre mayor que él. A Corina se le revolvió el estómago.

—No es uno de sus amigos —dijo ella con brusquedad. Se acercó a la tendera con el afán de que le describiera cada detalle del hombre en cuestión y la dirección que habían tomado, y de repente un grito de auxilio llegó a los oídos de Édgar.

La penumbra invadió a la panadería y el mundo se detuvo. Édgar parpadeó para salir de ese trance del cual no sabía cómo había entrado. Todo había cobrado un tono cobalto y verdoso, ya no había más ruido. Los autos estaban en pausa, los jóvenes se habían quedado a media fumada de cigarrillo y a medio faje. El entorno era una exhibición de lo que era la nueva generación expuesta en un museo de arte, con figuras inverosímiles y manufacturadas artesanalmente.

—¡Édgar!

Un aullido, un sonido que voló en el aire y le erizó los poros de la piel. Édgar volteó a su izquierda, las lámparas viales titilaban provocando un tenebroso escenario donde las personas se habían vuelto maniqués de cera con muecas escalofriantes. Caminó hacia esa dirección, ignorando que yacía en una dimensión sin explicación, olvidando toda la lógica que había sido parte de su personalidad toda su vida. Dio pasos certeros mientras goteaba de las axilas el sudor del espanto y la angustia. Había reconocido la voz de su amante; tantas veces que esa voz le había gritado en la oreja, conmemoró cada sílaba y letra que se deslizaban en un éxtasis que desembocaba en la ternura del cuerpo de Rodrigo; el timbre y el vibrato que una mente siempre podrá identificar la original de la imitación. ¿Qué ocurría con el amor, con Rodrigo? Su corazón latía como jugador botando la pelota desenfrenadamente en el baloncesto. La luna se escondió y las estrellas perdieron fuerza, las nubes se ensanchaban para ocultar al universo.

—¡ÉDGAR!

Los músculos se tensaron de tal forma que Édgar soltó un quejido involuntario, viéndose lo más femenino que pudo hacer nunca, en otro momento se hubiera arrepentido o corregido su lenguaje corporal de cochinita, pero su trauma lo olvidó por completo. La voz había sido clara, Rodrigo estaba cerca y...

—¡AUXILIO!

Hacia la derecha, una cuadra más, de ahí venía la voz. Se quitó la chaqueta que traía puesta, sentía que le estorbaba para correr.

—¡Édgar, ayúdame!

“Te salvaré”.

En aquel momento fue cuando recordó las noticias que había ignorado en los periódicos y en redes sociales. Los chismes de pasillo en la universidad. No le había dado relevancia al supuesto “matajotos” del que todos hablaban. Lo sintió real, tocable y familiar. Se acordó de Corina, ella tal vez le diría si Rodrigo estaba con el rufián, chico malo-chico malo, pero la había abandonado

atrás, bueno, a la versión inanimada de ella... El frío le quemaba los pulmones, salió vapor de su boca y se preguntó por qué de pronto León tenía el clima del polo norte. Los postes de luz emitían un zumbido molesto y que ponía los nervios de punta, y con cada paso, con cada inhalación entrecortada la iluminación se hacía más débil y densa.

—¡ÉDGAAAAAR!

Más fuerte, más, que los pies se le prendieran llamas, valía la pena, tenía que llegar a esa esquina donde... un cuerpo rodó por el asfalto.

Sí, alguien había caído a lo lejos. Édgar no quiso sacar conclusiones.

—¡AMOR! —por primera vez Édgar le llamó así a Rodrigo. Al aire y nada más.

El final se alargaba como chicle y la sensación era parecida a trotar en una caminadora. No podía llegar, y por unos segundos Édgar sintió que se desvanecería en cualquier instante, pero ahora no era momento de rendirse, era inaceptable.

Llegó.

Rodrigo yacía extendido, con un brazo postrado en la cara y otro tendido junto a una oreja, todavía los ojos estaban llenos de lágrimas frescas, la boca entreabierta, la lengua rígida, el cuello violáceo y rojizo, su camiseta blanca estaba manchada de lodo y un collar de cuarzos estaba roto y cada piedrita caía en sincronía hacia el suelo, las piernas dobladas y torcidas, la tragedia.

—No... no... ¡NOOOO!

Édgar se lanzó al piso cayendo sobre sus rodillas, ignoró el espasmo de dolor que esto le causó, agarró el rostro de Rodrigo, se tornaba azul, él ya no estaba ahí y claramente no respondió a pesar de que le gruñó sin parar. Pidió ayuda pero no había gente a su alrededor, solo los árboles, las vialidades y las casas antiguas. Pegó su oreja derecha hacia el pecho del muerto. Vacío. Imaginó que oiría su latido una vez más, como cuando le había dicho que le gustaba su risa y su manera de ver la vida, después de haberle contado que de niño lo habían golpeado otros niños en la primaria porque le había dicho a uno de ellos que era bonito; Rodrigo lo consoló aquella vez con caricias que en ese momento sintió más vívidas que nunca. El recuerdo era la mejor experiencia, porque el cerebro enviaba las señales al sistema nervioso para que reprodujera las mismas sensaciones que se formularon en el acontecimiento. Cuán arrepentido estaba Édgar. No podía creer que la última conversación que tuvieron en persona había sido una discusión. ¿Por qué la vida era así? ¿Por qué no fue valiente e hizo lo que él deseaba para el bien de ambos? ¿Por qué no tuvo los huevos? ¿POR QUÉ? Lloró con fuerza en su abdomen, estrujando su ropa, queriéndole arrancar la muerte de tajo, esa que se burlaba junto a él, de pie y con tintes de altanería.

—Te amo —susurró con un hilo de aire. Figuró y se convenció que no habría tiempo ni espacio en este plano para decírselo una vez más de frente. Ante esos ojos donde podía aspirar la paz espiritual, ante la sonrisa que le producía la calma y la satisfacción de estar a salvo junto a un guardián que lo protegía en materia y espíritu. Supo que jamás encontraría a alguien como él, y juró que no habría persona al que le entregaría el corazón tanto como a él se lo había entregado, justo en ese instante, cuando la piel de Rodrigo se hacía cada vez más tiesa y los globos oculares se transformaban en plástico. Cerró los ojos y deseó no abrirlos para siempre.

Los ecos retumbaron por las calles, el murmullo de la ciudad recobró su reproducción. La intersección continuaba desolada, mas el caos cosmopolita había vuelto. En los brazos de Édgar, la nada y nada más. Avivó su vista. Estaba solo, tirado en el suelo boca abajo, sobre un charco de meados de algún borracho. Sin cadáver. “¡¿Qué mierda?!” A su alrededor la oscuridad se hacía una con la soledad.

Grrrrrrrrrac.

A unos metros, el abuelo Ernesto se acercaba campante hacia donde Édgar todavía permanecía en sus rodillas hasta que se incorporó en un impulso instantáneo, trémulo y sin posibilidad de habla.

—Qué decepción tan más grande... Ver humillarse a un varón por otro varón... ¡Abominación!... Creí que ya se nos había manchado suficiente nuestro apellido con el imbécil de mi hijo, pero tú, mi nieto, me has hecho revolcarme en mi vómito... Me das asco. Yo jamás habría derramado ni una sola lágrima por un cabrón, mucho menos hecho todas las asquerosidades y depravaciones que realizaste con esa escoria del infierno... Maldita vergüenza que has traído a nuestra sangre... ¡Eso es lo que eres, una maldita vergüenza!... —se acercó hasta estar a unos centímetros—. Tú no vas a ser quién para denigrar a esta generación Mendoza, ni tú ni nadie... Te llevaré a las tinieblas, que es donde perteneces, y ahí podrás recapacitar en todo el daño que le has hecho a la humanidad por rendirte ante las tentaciones mundanas... En polvo te convertirás y pagarás...

—No eres real —al fin Édgar pudo interrumpir.

Ernesto se inmutó.

JAJAJAJA.

Soltó una carcajada y gotas de saliva salpicaron por doquier.

—Piénsalo de nuevo —desapareció.

Édgar sintió el único alivio de la noche, un milisegundo. Alguien por detrás le puso un brazo sobre el cuello y con una mano le colocaron un trapo húmedo en la nariz. En un instante Édgar perdió la voluntad de sus extremidades, la visión se impuso borrosa y perdió el conocimiento.

*

Él insistió, él también. No necesitaba que lo acompañaran hasta donde sus amigos predicaban el libertinaje. Eran altas horas de la noche y los demonios se avisaban cuando veían un faro de luz pasar cerca de ellos. Rodrigo se tornó tajante al denotar las vibraciones de energía oscura que el señor de vestimenta recién planchada expedía. Lo había encaminado unos metros hasta llegar a la esquina de la calle, creando una plática efímera acerca del clima, de la belleza de la estructura del gran templo y de lo bien que se ponía el ambiente en las calles vecinas, en sitios clandestinos para chicos a los que les gustaba la diversión con hierbas naturales y bebidas exóticas, le entabló que él se ofrecería con todo gusto a llevarlo a él y a sus amigos a bares donde podrían vivir un momento increíble. Rodrigo respondió que no con constancia y pudo sentir que por poco el alma de Charly se desprendía del cuerpo y figuraba impregnarse en la suya. Miró hacia los costados, personas, un par de oficiales, automóviles sonando los cláxones e iluminando los semblantes dopados de los transeúntes. Apretó la bolsa de los panes, nuevamente le agradeció al caballero su invitación y cuando pudo sentir que este pretendía cogerlo por el brazo, dio un paso largo hacia adelante y cruzó la calle hasta el Buddha Drinks & Chill. Charly se quedó de pie en la intersección, analizando cada movimiento que hizo Rodrigo al introducirse en los mares de las personas que entraban y salían de los antros. Marcó una mueca de disgusto en su cara. Cimentado, como semáforo, se mantuvo inmóvil en lo que mujeres con minifalda y hombres de pantalones ajustados caminaban junto a él, fumando, riendo y bobeando. Se evaporó en la siguiente ola de gentío.

*

“Contesta”.

Corina tenía el *smartphone* pegado a la oreja una vez que salió del negocio de harinas blancas

y altos carbohidratos, anonadada por el estruendo de sílabas que se burlaban de su inquietud en cada parpadeo. “¿A dónde te fuiste, Édgar?”. Su teléfono daba tono. Pero no había señales próximas. Corrió hacia la calle Pedro Moreno y buscó una pista de su hermano, lo único que encontró fueron unos pelafustanes vomitando sobre un árbol. “¿Dónde te metiste?”. Perseveró remarcando el número y esperando a que Édgar respondiera y le dijera que ya había encontrado a Rodrigo, que estaba fuera de peligro y que por fin, se lo presentaría como Dios manda, como su novio. No, no ocurría y el corazón de Corina se apachurraba cada vez más. Deseaba seguir sus instintos y estos no le respondían. Estaba distraída. Exigía veracidad y direcciones. Sabía que no le podía pedir al universo más allá de lo que este le enviaba; Se reparó más soberbia, poderosa y autónoma como para ordenarle a sus guías espirituales que le disiparan el neblumo que se le había formado en su consciente. Se recargó en un muro frente a una intersección, fingiendo estar borracha para que por lo menos, los que no buscaran faje, acoso o violación sexual no la molestaran.

Dejó caer los párpados y vislumbró en unos segundos por fin, la ubicación precisa de Rodrigo. Buda, flores de loto, cervezas, marihuana, camaradería. ¡Bingo! Lo hizo a tiempo, un sujeto moreno, de piernas de pollo y ojos virolos se había recargado junto a ella y tenía una mano a unos centímetros de su cadera. En un arranque ella lo vio directamente y le escupió el rostro.

—¡Cerdo! — gritó y escapó.

*

Rodrigo se dejó de reír cuando palpó en su pecho una fuerte sensación, la seguridad de una conjetura, un evento lamentable que lo involucraba, por ningún segundo había pensado en su examante, y fue ahí, en el último trago de su pulque de mojito cuando el estómago se le revolvió. Sí, se le habían cruzado los alcoholes, pero de nueva cuenta, era su cumpleaños y estaba a salvo, ni siquiera el extraño del exterior había podido llevar a cabo sus planes que él divisó minutos después con una interpretación vaga de actos inmorales.

—¡Rodrigo!

Él volteó a sus espaldas y se halló con Corina, hecha un desastre, la falda amarilla con mandalas blancos que alguna vez le había admirado, arrastraba por el suelo y estaba enlodada de las orillas, la blusa blanca de lino estaba empapada en sudor, el cabello lo traía crispado y ella, su expresión, rota. Pocas palabras había cruzado con ella, sabía un poco sobre sus dotes de clarividencia por lo que le había relatado Édgar, aunque nunca tuvo la curiosidad por inmiscuirse en sus filosofías. Un con permiso, mucho gusto, hasta luego, era lo que había compartido con ella cuando iba a la residencia Mendoza a hacer tarea y a follarse al hijo mayor. Ahora ahí estaba, más presente que nunca. Agitada y sobresaltada.

—Disculpa que te interrumpa, sé que estás celebrando tu cumpleaños, pero necesito hablar contigo. Es importante.

—¿Esta vieja quién es? —soltó Ingrid levantado un brazo en el aire mientras estaba tumbada en un sillón.

—¿Qué está pasando? —cuestionó Rodrigo con apuro.

—Este no es lugar para explicarte. Por favor, dame unos minutos. Creo que Édgar está en peligro.

—¡No te lo puedes llevar, amiga! *It's his birthday!* —exclamó un amigo nuevo que se había unido a la juerga.

—Por favor...

—Está bien. Solo permíteme ir al baño primero.

Antes de recibir respuesta, Rodrigo corrió a los sanitarios y al encontrarse con el primer escusado disponible echó toda la fiesta al drenaje. Después se despidió de sus amigos por si no regresaba, ninguno se ofendió, estaban demasiado ebrios como para alegar. En la explanada del expiatorio, mientras al cumpleaños todavía le retumbaba el *así es la vida, de caprichosa, a veces negra, a veces color rosa...*, Corina recuperó el aliento.

—Sé que es demasiada información por ahora, pero tengo que decirte que tú y yo estamos conectados desde hace tiempo, todavía no descifró por qué. Sé lo que sientes por mi hermano, lo sé y punto. Me lo han revelado mis ángeles. Pero esta tarde tuve una revelación en las cartas.

—¿Qué... viste? —farfulló Rodrigo aguantando un eructo.

—Que tú eras el que estaba con una pronta amenaza, quizá me equivoqué...

—Perdóname, comprenderás que no estoy en mis cinco sentidos, estuve bebiendo, no entiendo, ¿tú viniste a buscarme a mí, o Édgar? ¿Dónde está él?

—Eso es justo lo que te quiero decir. Édgar no está. Vinimos juntos a localizarte porque tú me apareciste en...

—Espera... ¿Édgar estaba aquí?

—¡Dios! Sí. Fuimos a la panadería donde supuestamente estabas y mientras yo hablaba con la tendera él se fue corriendo, te estaba buscando. Y le he estado marque y marque a su celular y no me contesta. No sé dónde podrá estar.

A Rodrigo se le bajó la peda de un tirón. El agobio cayó como cuchillos sobre su espalda. Descifró el mensaje. Él había estado cerca de la malicia, de un hombre que percibió con destellos penumbrosos, no porque él fuera a recibir la condena, era para construir el camino de rescate. Le acongojó saber la verdad. En su mente ató cabos y recordó las palabras de su guardián celestial Gabriel. Y al igual que Édgar en ese preciso instante, se arrepintió de no haberle dado una oportunidad más concreta, de haberse extraviado en el orgullo y solapar sus bajezas en la escuela, perdiéndosele y dándose aires de querencias soberbias.

Su cuello se comenzó a contraer, como si lo estuvieran asfixiando, Corina se horrorizó, él comenzó a toser y de pronto se calmó. Tragó saliva. Sus ojos se habían hecho dos esferas chorreantes.

—No puede ser...

—¿Qué?

—Ya sé lo que le pasó... —expuso Rodrigo.

*

Quietud. Con la vista empañada y las pupilas dilatándose pudo construir finalmente en su mente el entorno, la habitación que se erguía junto a los fantasmas de las sombras, el librero repleto de novelas históricas, la pulcra decoración y los adornos de un joven que no le temía a la ostentación. Rafael estaba recostado en la alfombra, con la cabeza mirando hacia la puerta. Carraspeó y con lentitud se comenzó a poner de pie, el mundo le daba vueltas. El silencio era abrumador. Él había olvidado lo que le había ocurrido hacía unos minutos. Quedó inconsciente y solo se cuestionaba el cómo había terminado en la habitación de su hijo. Concebía un regusto amargo, lo justificó por las horas de la madrugada, el cuerpo se le sentía abatido, como quien se expone a una ardua jornada de levantamiento de pesas. Observó las palmas de sus manos y estaban enrojecidas, dobló y estiró los dedos, le tronaron, era como si hubiera estado apretando los puños por un largo lapso. Regresó a su cama, junto a Susana que le dio la bienvenida con una flatulencia accidental. Rafael se cobijó y se dispuso a descansar al fin, ya mañana sería otro día, pero él no sería el mismo.

*

Ingrid Corcuera había concebido una profunda amistad con Rodrigo Zurita desde que había entrado a la universidad. Ella empezó los estudios con diecisiete años, por haber estudiado la preparatoria en un horario especial con duración de dos años, lista y sedienta de éxito académico, a pesar de no considerarse un ratón de biblioteca, cargando un lastre de déficit de atención desde la primaria que había logrado erradicar con el paso del tiempo, desacreditando los diagnósticos de los pediatras y terapeutas. Había crecido con unos padres que se dedicaban a la distribución e instalación de mallas ciclónicas, bardeando las propiedades de las empresas de Puerto Interior en el Bajío, Zacatecas, Michoacán y Veracruz, ausentes en los cumpleaños de Ingrid y su hermana Gibrana, entretanto hacían negociaciones, coordinaban a los subordinados y compraban terrenos que en el futuro les heredarían a sus descendientes.

Ingrid tuvo que hacerse adulta muy rápido, aunque de una forma inocente, la soledad la orilló a ser más independiente, a hacer las compras de la casa a los nueve años, sin supervisión, con los dedos de las manos reventándosele por el peso de las bolsas de tela cargadas de papaya, manzanas, arroz, huevos, lenteja y leche en polvo, a la vista de su hermana menor que aguardaba ansiosa en casa con las tripas que se le retorcían y la boca que le salivaba litros de antojo. La niña Ingrid cocinaba, limpiaba la casa, recogía los juguetes tirados y hacía sus tareas escolares echándole un ojo a la otra para que no fuera a cometer una imprudencia y después ella tuviera que rendirle cuentas a “pá” y “má”.

“Conejita, tú eres la responsable cuando no estemos nosotros en casa. Debes cuidar a Gibrana con todo tu corazón, procurar y velar por ella cuando nos necesite. Eres fuerte...”, le recitaba su padre antes de partir en la camioneta cargada de rollos de material para instalar alambrados con púas. La pequeña recibía un beso en la frente y sonreía, quedándose sola en casa, con la puerta bloqueada del departamento que rentaban en Sauzalito. Las llaves se las guardaba en el calzón y estaba preparada con un bate de béisbol por si algún enclenque osaba corromper el santuario familiar.

Para la época en la que Alambrados Corcuera ya disponía del S.A. de C.V. Ingrid y Gibrana eran unas señoritas, güeras de la piel, ojos de color cielo, tirándole a gris, de caderas rotundas y labios carnosos, ahí empezaron los problemas. Una vez Ingrid caminaba con la mochila en el regazo porque jamás le pareció femenino el colocársela sobre la espalda. Estaba a sólo unas cuerdas de la calle de su casa, plena luz del día, carros desfilando a su costado, aroma a polución y alegría, cuando un fulano en bicicleta en dirección hacia ella extendió el brazo derecho y con la mano expandida como si se tratase de la garra de un fauno, le cogió un pecho y se lo apretó. Se le fue el aire a la joven y reaccionó súbitamente, el agresor estaba apenas a unos centímetros lejos de ella, pues las ruedas de aquella bicicleta nunca se detuvieron, Ingrid tensó el vientre, alzó la mochila con ambos brazos y se la lanzó al pendejo. El hombre azotó de narices y la bicicleta tronó junto a él. Ingrid, inmóvil... orgullosa... incrédula, esperó a que su acosador rejego se pusiera de pie, se subiera a la bicicleta chueca y huyera sin más.

Situaciones así se repetirían a lo largo la vida de Ingrid, hasta que ella se declaró feminista y... bueno... los acosos continuaron, pero ahora ya los externaba, denunciaba y marchaba con los pezones al aire, pintada de tinta roja como símbolo de denuncia por los feminicidios en México, y sus abuelos y padres se quemaban de ira como caracoles bajo lluvia de sal. Había participado en diversas protestas vociferando a todo pulmón la justicia para mujeres a las cuales no conocía, mas que se identificaba con sus historias desgarradoras. Más allá del activismo estaba hasta la madre de ser puesta a un lado viviendo en una sociedad con falsa equidad y fraguando empoderar

siempre las jerarquías masculinas bajo el agua.

Al enterarse de la sexualidad de Zurita esto le causó conmoción, es verdad que no se trataba de una mujer, pero en su idea, era como si lo fuera, contrario a lo que muchos líderes de opinión tachaban como hombre homosexual blanco y privilegiado, ella lo tomó como un semejante, un hermano, también debido a que gracias a él había podido superar a Juan Cuerdas y más exnovios, realizándole rituales de liberación emocional, sanándola con sahumerios repletos de hierbas exóticas y ofreciéndole su hombro y sabiduría ancestral para que superara las adversidades. Poco sabía de la historia de esta comunidad tan apaleada sin embargo, sentía lo que era ser menospreciada, abusada y agredida solo por ser lo que se era, eso nadie en el mundo podría explicárselo a ella, lo vivía en carne propia y sí, se había convertido en lo que para muchos consideraban “feminazi”, pero ella se definía como: “Más cabrona que bonita”. Siempre defendía a Rodrigo, incluso cuando a él ni a sus oídos llegaban los insultos homofóbicos; ellas los atraía, al igual que a los machistas extremistas, pues era su talento ponerse a debatir y callar bocas.

El estandarte se le vino abajo cuando la noticia de la desaparición del amante de su mejor amigo la abatió como un cubetazo de hielo picado. Se había burlado de Édgar, excluido con ventaja, alevosía y rencor. Es que nadie se metía con su *BFF*, por eso había sido así de culera, así se describió cuando le confesó a Rodrigo que Édgar le había preguntado dónde estaría esa noche y que ella le había negado la información. Él por supuesto, la perdonó y le pidió que se mantuviera al margen de la situación. Ella por supuesto, no le hizo caso.

Un par de horas luego del rapto, mientras la familia Mendoza y Zurita habían estado realizando una búsqueda extenuante y el ministerio público ya había levantado el acta oficial de extravío o posible secuestro, Ingrid se armó de pancartas, plumones, pintura en aerosol, huevos, bombas molotov y una navaja recién afilada, olvidó su apellido, llamó a toda la banda, se regó la convocatoria por todos los grupos segregados de la ciudad y las poblaciones vecinas. Gracias al llamado de persona en persona y al de las redes sociales con el *hashtag* #NiUnaNiUno, en cuestión de doce horas León incrementó el acceso de turistas, pues una gran muchedumbre había puesto el pie en tierra verde, frenética, hambrienta y sin oportunidades de objeción, amaestrada para la depuración de aquellos que habían sido injustos, hijos de su puta madre, asesinos, ignorantes, listos ya, listos ya, para atacar al gobierno en turno, listos ya, listos ya, para derrocar la impunidad y levantarse a punta de voz y armas para exigir que la seguridad de hombres, mujeres y no binarios estuviera garantizada de una vez por todas en toda la república. Malnacidos como El Guapo no faltaban, este solo era el pretexto perfecto para invocar la rabia colectiva y así, la algarabía arribó a pisotones y chingándose a quien pudiera.

*

Para el colmo de Édgar, su madre tuvo que enterarse por segunda mano de sus deseos bochornosos, la noche de su desaparición. Antes, Corina y Rodrigo habían corrido hasta la intersección donde el instinto les dictaba que había sido violentado el susodicho, no había evidencias en la zona del crimen, ni siquiera alguna pertenencia abandonada, pero ambos estaban seguros de que ahí había ocurrido la desgracia.

El corazón de Zurita se le hizo añicos, la añoranza por aquel aliento que no había degustado en semanas le llegó de súbito y por un instante olvidó que el universo trabajaba de maneras extravagantes y uno debía acoplarse al destino escrito, a pesar de aquello la cólera se apoderó de él y tuvo que ponerse en cuclillas para que no se notara el lado oscuro que empezaba a brotar de su espíritu. Corina lo cobijó con sus brazos por la espalda, se puso de rodillas junto a él. Lloraron por un minuto.

Decidieron ir a la residencia Mendoza, donde la temperatura se había enfriado considerablemente y los ecos se jactaban en cada rincón. Susana apareció en su bata de terciopelo, con las greñas como trapeador mal exprimido y un aroma a hibernación.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —reclamó mientras bajaba las escaleras y encendía las luces del recibidor.

Corina fue contundente. Édgar fue secuestrado. Él es su novio. Y cuando Rodrigo sonrió la matriarca se desplomó sobre los últimos escalones. Rafael salió de quién sabe dónde y corrió al socorro de su esposa, la pusieron de pie, la recostaron en el sofá de la sala principal, la ventilaron con una de sus revistas de chismes. Corina notó una esencia diferente en el entorno, no supo interpretarlo, la pasó a segundo plano. Cuando le contó la noticia a su padre, este reaccionó de lo más frívolo, con un “no puede ser” se consideró preocupado, y cuando preguntó el por qué Rodrigo estaba ahí, el joven fue valiente y no le importó lo que en el pasado tanto se le había prohibido.

—Soy la pareja de Édgar, o era, ya no sé, hemos estado juntos desde hace tiempo.

A Rafael no le interesó, pero muy en el fondo se alegró por la aflicción que descubrió en la mirada opacada de su yerno.

Cuando Susana recobró la consciencia no le quedó de otra más que escuchar atenta toda la cantaleta de su hija y del otro sinvergüenza que probablemente habría estado insultando la santidad de su mansión cada que venían a realizar dizque las tareas. Rafael se instaló junto a la chimenea, solamente observando la batalla para hacerle entender a su mujer lo que había ocurrido con base en visiones e interpretaciones. Se mantuvo analizando la situación, en silencio, inmóvil.

—¡Basta, mocosa! ¡Ya basta! No me cabe en la cabeza cómo puedes estar tan tranquila —bufó Susana mientras se pegaba en la cabeza con una mano y se levantaba del sofá—. Lo primero que debiste hacer fue llamar a la policía. ¿Sabes el tiempo que has perdido? ¡No te eduqué para que fueras una estúpida! —se dirigió hacia el teléfono de la estancia.

—¡Mamá! Por favor, escúchame. Nunca había estado tan segura de esto. Ninguno de los dos...

—¿Qué tiene que ver este pelafustán? —se dirigió a Rodrigo—. Seguramente también juega con el diablo, sí. Viniste a convertir a mis hijos a tu asquerosa religión.

Rodrigo se quedó sin palabra, sabía que debía dejarla depurar todo el sentimiento. Era natural.

—¡Mamá, cállate! —Corina le respondió a su madre con un tono de voz autoritario, por primera vez.

Susana estaba en *shock*. La mente le daba vueltas, había pasado de estar soñando con el próximo revolcón que se daría con Juan Martínez a hacerle comprender a su cerebritito que su hijo era gay y que lo habían raptado, tener de frente al pecado viviente y que su hija había salido con la locura más grande de toda su vida.

—¡Largo de mi casa! —ordenó directo a Rodrigo.

—¡Mamá!

—¡Que te largues, no eres bienvenido!

Rodrigo dio un trago amargo y caminó hacia la puerta.

—¡No, Rodrigo! Detente... —clamó Corina en lo que perseguía al otro hasta que se detuvo frente a su madre—. Esta vez no podrás callarme, mamá. Vinimos por ayuda. Gracias por hacernos saber que no contaremos con ella.

Ante la mirada estupefacta de Susana, Corina salió de su casa de la mano de Rodrigo, azotó la puerta y los vitrales de la gran puerta de caoba retumbaron, así como las lámparas de araña con lágrimas de cristal cortado. Susana derramó bilis en su estómago, apretó el maxilar y giró hacia su

marido, había olvidado que estaba ahí.

—Rafael, ¿qué está pasando?! ¡Corina enloqueció!

Rafael alzó una comisura de su boca y se aproximó a ella. Se acercó a la oreja y le susurró:

—No es la única —después subió por las escaleras y en una mudez melancólica se perdió entre las sombras.

Susana tuvo una vaga sensación de que ella era la única que estaba equivocada. De pie, junto al terror de la soledad y los grillos que aumentaban su canto en el jardín delantero, se reparó sin juicio ni entendimiento. Hacía años que no le daba un ataque de ansiedad, sus manos le temblaron y empezó a sudar frío. Cogió el teléfono y marcó el número que jamás se le olvidaba. Se puso la bocina en la oreja, con los labios despegándose y pegándose, las córneas moviéndose de izquierda a derecha, el escalofrío que le recorría el sistema nervioso hasta hacerla sacudirse de pronto. Esperó, tono tras tono. Quiso conseguirse un abrigo. “¿El aire acondicionado se activó?” Presionó *Redial* y aguardó a que sonara la voz que tanto quería escuchar. Por su espalda percibió cómo una gota de sudor en vez de caer, subía lentamente por su columna, y se ponía cada vez más helada, un cubito de hielo llegando a sus omóplatos, se asustó.

—¿Aló? —contestaron.

—¡Nancy! Tienes que ayudarme.

*

Corina parqueó su automóvil frente a la casa de los Zurita. El pulso cardíaco todavía no le daba tregua. Cuando apagó el motor y tanto ella como el copiloto quedaron en calma, pudo verse por fin, su cabello largo estaba despeinado, su ropa arrugada y se sentía llena de polvo, quería ducharse con esmero, gracias a Dios que ya había terminado con las ladillas. La bromita le duró nueve días en desaparecer. Ya no había tenido contacto con ningún hombre, después de tal experiencia no le quedaron ganas de continuar buscando pareja sexual, asimismo supo que la invasión de los bichos en su intimidad había representado metafísicamente, que se había permitido ser gobernada por ideas ajenas a las de ellas, se había dejado imponer por los demás, sí, por su madre al enterrar sus habilidades y por sus amigas que le insistían en que tuviera sexo lo más pronto posible. Ya había dejado eso atrás.

—Gracias por estar aquí —expuso Rodrigo con amabilidad.

—¿A qué te refieres?

—Ahora entiendo muchas cosas. No sé por qué no lo vi antes. Había una silueta amarilla y anaranjada, que constantemente se aparecía en mis meditaciones, ahora que veo tu aura sé que eras tú.

—Yo sabía que estábamos conectados de alguna forma. Quiero decir, estabas presente en la casa, lo sé, pero jamás imaginé que terminaríamos aquí. Esto hasta para mí es una locura.

—Todo lo que somos y hacemos es una locura para los demás, ¿no es así?

Ambos se rieron por unos segundos, suspiraron y regresaron el semblante deprimido.

»Tengo mucho miedo, Corina... Jamás lo había sentido a este nivel. Pero sé que tengo que cambiar mi vibración, tenemos que hacerlo ambos. Creo que... Édgar todavía puede tener una oportunidad —le cayó una lágrima—, lo siento muy dentro de mí. Aunque no con la misma certeza que antes he tenido por otras cosas...

—Es distinto... —dijo ella.

—Así es... No es del todo... fidedigno.

—¿Y qué lo es?

Mantuvieron la cara hacia el horizonte, divisando los carros estacionados y las casas de la

calle. Sabían que no había manera de hacer algo por el momento. ¿Llamar a las autoridades? ¡Por favor, qué harían! Inclusive la prensa sabría más que hacer, pero claro, no era una alternativa fiable.

—Creo que esta vez sí tendremos que actuar...

—¿De qué manera?

—Intervenir. Mis ángeles me lo indicaron, esta vez deberé ir en contra de mi creencia a no mezclarme en lo negativo ajeno a mí, vaya, después de todo Édgar tenía razón, no puedo vivir en un mundo de fantasía todo el tiempo.

—A pesar de todo, el idiota de mi hermano siendo un testarudo, en ocasiones me ha dicho algo y me ha puesto los pies en la tierra... Hagamos lo que él haría.

—Encontrar a ese desgraciado.

—Hagámoslo.

—Primero tenemos que definir su paradero exacto. Han pasado algunas horas, no esperemos a que la sensación de que todavía vive se desvanezca... Mis padres nos podrán ayudar en esto.

—Muy bien. ¡Movámonos!

*

Susana entró con soltura a su recámara, había estado hablando con la alcaldesa hacía unos minutos, tenía la boca seca y su episodio de nervios había disminuido. Vio que Rafael yacía sentado a pie de la cama, iluminado por la luz de la luna. Se acercó a su buró y sacó unas pastillas de Diazepam, se las tragó sin agua. La indiferencia en su esposo era escalofriante. Rompió la tranquilidad.

—Ya me encargué de esto, Rafael. Hablé con Nancy y ya emitió una orden al secretario de seguridad para que envíen elementos para iniciar la búsqueda, tengo que buscar mi celular para enviarle fotos del rostro de Édgar —Susana continuó explicando y Rafael se incorporó y comenzó a desplazarse por la habitación mientras escuchaba con atención, pensativo—. Y me dijo que nos fuéramos al ministerio para formalizar todo, ya sé que no es necesario, pero por si las moscas —Rafael se acercó suavemente a ella—. Estoy segura de que Corina regresará a casa... Lo que más me angustia en este momento es Édgar... Mi amor, no puedo creerlo... —Susana empezó a llorar descontroladamente—. ¡No entiendo nada! ¡¿Dónde estará mi bebé?! ¡¿Quién se lo llevó?! ¡Ay, Dios mío! ¡¿Qué haremos, Rafael? ¡¿Qué haremos?!...

ZAZ.

Susana recibió una bofetada que la tumbó hacia atrás, aterrizó en el buró, derrumbando todo lo que yacía sobre este, el marco de una fotografía de su boda se hizo pedacitos y otros artículos de aseo personal quedaron regados por la alfombra. Ella se golpeó en una esquina del mueble justo en el coxis y gritó de dolor, no sabía si sobarse la espalda o la mejilla izquierda que empezaba a inflamarse. No sabía qué había ocurrido. Nunca la habían abofeteado en su existencia. Menos lo creyó capaz a él. Los ojos casi se le salían de las órbitas, y la lengua se le había estancado, no podía emitir palabra ni sonido que fuera una respuesta adecuada a lo que había recibido. Solo el dolor, nada más que el dolor.

Parado adelante, Rafael se erguía como una presencia maligna, aquella figura a la que alguna vez Susana le había llegado a tener lástima y resignación por feo y alcahuete, como ella lo veía, ahora le arrebatava el oxígeno, figurando en sí misma que el monstruo de sus peores pesadillas había encarnado para postrarse ante ella, listo para terminar con su absurda superficialidad. Lo vio más alto, corpulento y fuerte. A ella las piernas no le respondían, el cuerpo entero. ¿Qué podía hacer? Rafael se inclinó hasta que sus rostros estuvieron solo a unos centímetros y con un humor

desagradable que surgió de su boca emitió un:

—Lo sé todo.

Susana con una mano adherida al rostro, sintió que la sangre se le iba del organismo. Menos pudo defenderse. Nuevamente Rafael empezó a caminar alrededor de la habitación con aires de sabiduría.

»Sé que te está cogiendo otro cabrón... —escupió con desdén hacia ella y continuó su travesía por el recinto—. Dime, Susy. ¿Qué te gustó más de él?... ¿Tiene más dinero?... ¿Es guapo?, tal vez se parece a Antonio Banderas, alguna vez me confesaste que tuviste una fantasía con él... ¡Ja! Tal vez es igual de doble cara que tú... Igual de hipócrita y lleno de mierda en la cabeza como tú... O ya de plano. ¿Acaso tiene la verga más grande? ¿O te lo hizo por el culo? Porque yo nunca quise hacerlo... ¡Dime, querida Susy! Anda, ¡dime!...

Susana, muda, se deslizó hacia atrás hasta quedar recargada en la pared. Rafael la notó y se aproximó. Ella se inmutó.

»¡Contesta, maldita ramera! —exigió él mientras la tenía sostenida por el mentón. La sacudió un poco y después la soltó—. ¡Qué flojera es tratar de hacerte hablar! Qué ironía, ¿no crees? Siendo que a ti jamás te para la bocota, ¡perica! —suspiró.

»Así te quería ver, tirada en el piso como la perra que eres... ¿Sabes qué? Me da igual... Me das asco y punto... Siempre fue así. Solo que ahora lo puedo decir con franqueza —se arrimó más—. Síguele chupando la verga a ese güey. Es lo que mejor haces —la vio directo a los ojos, se reincorporó y salió de la habitación.

Avasallada. Sordomuda. Perdida. Así quedó Susana.

Capítulo 9

Rojo sobre el arcoíris

El puño en el aire, con una bandera arcoíris empapada de la transpiración de cientos de entes, guerreros, eufóricos, desgarrándose la voz y clamando en llanto: “¡Los queremos vivos! ¡VIVOS! ¡No que no, sí que sí, ya volvimos a salir! ¡Haz algo, pinche Nancy! ¡NOS ESTÁN MATANDO! ¡Ese bigotón también es maricón! ¡No nos cuidan, les valemos madre! ¡VIVOS! ¡Los queremos vivos!”.

Juntos, como el canto de un León enfurecido atemorizando a su presa, la multitud que se componía de jóvenes y adultos hacía temblar el Centro Histórico de la ciudad, frente a la presidencia municipal yacía una muralla de veinte policías, con sus escudos de protección, ametralladoras y las macanas cargadas de ira, a punto de ser galardonadas a trancazos —eso se pretendía por si ocurría algo más—.

Helicópteros de Noticieros Televisa papaloteaban la zona, mientras que Multimedia, TV Azteca, Grupo Milenio y MVS Radio cubrían los acontecimientos en campo, entrevistando a la muchedumbre que por más que uno le buscara no se comprendía de dónde había emergido, habían brotado como una urticaria sobre el pavimento, haciendo desmanes, algunos atrevidos quitándose la ropa y ocultándose entre el gentío para no ser descubiertos; el espacio estaba ahí, ya la protesta era lo de menos.

Entre quienes lideraban se encontraba Ingrid Corcuera, con el busto al aire, con los pezones tachados con la pintura roja que le había sobrado a su padre quien había estado dándole una manita de gato a una bicicleta de montaña, encima de unos huacales que conformaron un escenario improvisado, con micrófono en mano y una bocina junto a ella haciendo un llamado al público que se perdía en las bancas, las jardineras y el quiosco. No se le veía fin, jamás se había visto tanta gente congregada en la plaza principal. Ese 5 de noviembre pasaría a la historia en el Archivo Histórico Municipal de León como el día de la rebelión, el desastre... y la masacre.

Llegaron camionetas atiborradas de personas, de la mayoría de los estados de la república. Los partidos políticos que no se hallaban al mando del gobierno, con escasos representantes en las cámaras y gabinetes sacaron la plata de las arcas públicas y extendieron compensaciones económicas y en especie a grupos radicales, sectores marginados, delincuentes, drogadictos, defensores de la patria, los cuales accedieron sin chistar ante las peticiones de ir a “apoyar” a las manifestaciones que se habían organizado por la comunidad LGBT+. Actos parecidos ocurrieron a finales de los noventas, a principios del 2016 en vísperas de los reyes magos y del 2019 con la escasez de hidrocarburo, cuando era necesario causar más revuelo de las situaciones lamentables que sacudían a una sociedad cegada por la impotencia. Ellos tenían una misión, la misma de siempre: Que el mensaje se escuchara a toda costa. Iban encapuchados, con prendas oscuras y mochilas voluminosas, armados hasta de los huevos, donde se escondieron balas en los calzones.

El multicolor de la protesta se hacía presente, ondeaba en el aire. Habían acudido

organizaciones en defensa de los derechos humanos, colectivos para la prevención y el tratamiento del VIH, clubes de lesbianas en pro de la liberación femenina, “osos”, “leñadores”, “chichifos”, “*sugar babies*”, “nutrias”, “*gaymers*”, bisexuales, gente sin género identificado, gordos, flacos, feos y más feos, puesto que dentro de las clases de quienes protestan no se suelen encontrar personas de carita fina, modelos y fisicoculturistas. La “chusma”, como la llamaban las monjas que fueron desplazadas poco a poco hasta su lugar de origen, la iglesia, se arremolinaba entre la traspiración, las vociferaciones y algunas familias que de buena fe iban a respaldar la causa. Entre los cuerpos había niños que no comprendían del todo lo que estaba ocurriendo, algunos tenían hermanos que se habían declarado gais o habían salido de noche y a quién le importa lo que yo haga, lo que yo diga, otros entendían que el amor no tenía forma, pero el peligro sí, y lo intuían, por eso chillaban, se sacudían, querían escapar, presentían el caos venidero.

Los cuerpos de seguridad tambaleaban, la gente se había mantenido al margen, las puertas de palacio estaban cerradas y los funcionarios públicos atrincherados y cagados de terror por no saber lo que estaba sucediendo. Nancy Márquez, para su mala suerte se encontraba rascándose el ombligo con su bolígrafo Montblanc en la oficina ejecutiva, realizando algunas actualizaciones a su próximo informe de gobierno cuando el piso se le movió, fue un temblor que la recorrió desde el principio de sus tacones Louis Vuitton hasta la punta de su peinado estilo rock and roll. No pudo gritarle a su asistente personal, Susana de la Garza, pues se encontraba en el ministerio público escondida tras unas gafas de sol, con una pañoleta rosada en la cabeza, mirándose constantemente en su espejo de bolsillo, cerciorándose de que el maquillaje no se le hubiera corrido y el mundo pudiera ver su violencia intrafamiliar. Nancy llamó a sus guaruras y cayó de sentonazo en su silla cuando estos le gritaron que por su bien no podía salir hasta nuevo aviso.

—¡AHORA! —gritó un punto en medio de otros puntos de colores. Las hormigas comenzaron a agitarse, como cuando uno pone el pie cerca de un hormiguero y hace tambalear a toda una civilización.

Restaurantes, cafeterías, hoteles, zapaterías, tiendas, la vida misma había entrado en un agujero negro de la catástrofe. Rocas eran proyectadas y empezaron a romper los cristales de los aparadores, los faltos de identidad prendieron bombas molotov y empezaron a arrojárselas a los puestos de comida sin importarles si habían comensales, empezaron a esparcir pintura a quien se metiera entre los manifestantes, prendieron fuego a botes de basura, desmadraron la propiedad pública y privada que estaba alrededor, todo a su paso, ¡esos sí son verdaderos soldados!, ¡que se oiga nuestro dolor! y que se chingue el que no tiene nada que ver. Ni modo, lugar y momento equivocado. ¡Hágase a un lado, doña, ¿qué no ve que estorba?! ¡Atrás, putos! ¿Putos? ¿Quién dijo eso? Ahí fue cuando los protestantes que se habían mantenido al margen, pacíficos pero gritones, se dieron cuenta que yacían mezclados con quién sabe cuánto loco.

Y empezaron a llover tubos de fierro, tablas de maderas, pancartas con fuego, botellas de plástico llenas de orina, goteando a todos, inundándolos de un fijador que ni los perfumistas más experimentados podían igualar. La tierra temblaba, los árboles se sacudían, los cristales de los edificios ondeaban con tenacidad, la gran masa provocaba un sismo artificial. La gente que lideraba y estaba al frente del mar de amor rosa, empezó a ser empujada por detrás, se escucharon los bramados del entorno, la guerra había empezado, de pronto ya no había más control. El miedo recorrió las venas de los que habían ido de buena voluntad, ya no podían moverse a ningún sitio, estaban siendo apachurrados, de momento todos querían escapar, ¿de qué? De lo que fuera que estaba suscitándose, ya a más de uno le habían caído objetos pesados en la cabeza, y estaban sangrando o se habían desmayado. La multitud empezó a revolverse con más enjundia hasta que la

franja invisible que yacía entre los manifestantes y la policía se rompió. No se podía dar un paso atrás, la bestia de gente empezó a avanzar involuntariamente hacia la presidencia. Un oficial emitió un mensaje por su radio a su comandante, básicamente dijo: “¡Refuerzos!”.

Las cajas de madera sobre las que estaba Corcuera emitiendo su letanía se quebraron en la primera oleada, ella perdió el equilibrio, no obstante pudo divisar que el público se estaba esparciendo como cuando un volcán hace erupción y la lava brota peligrosa en arcadas del subsuelo, regándose a gran velocidad por la superficie, combinándose con todo lo subyacente. Cayó de boca y se abrió un labio, percibió el sabor amargo, a metal.

—¡NO! ¡Todos tranquilos! —refutó con furia... Su voz ya había perdido atención. Ahora todos huían por su vida, de hecho nadie la ayudó a ponerse de pie. Se recargó en un huacal, se astilló la mano izquierda y de un jalón se puso de pie, ¿dónde estaban sus amigos? Los rostros despavoridos frente a ella ya no eran conocidos, miró a todos lados buscando sentido, una muchacha chocó con ella, cayeron ambas, dos jóvenes más rodaron encima de ella, luchó por sobrevivir, la estaban pisando, se agarró de la falda de una *drag queen* que ya había perdido su peluca granate y casi la tumbó al usarla de apoyo. Estaba a unos metros de la barda policial. Lamentablemente ellos, los varones de placa, la tenían bien localizada. Como a la típica bocona que necesita que alguien le meta una chinga pa’ que le baje de salsa a sus tacos, siempre se ataca primero a la que tiene la finta de ser la soplona.

Más pisotones, gritos, ¡auxilio! ¡Mi pierna! ¡Mami, ¿dónde estás?! Varios árboles de la plaza ya estaban en llamas, los comercios estaban siendo saqueados, los dueños habían escapado y la raza, aunque preocupada por salir lastimada, nunca perdía la oportunidad de aprovechar y obtener algo de beneficio. Una bomba de gas emergió de alguno de los techos de los alrededores, alguien ubicó que había provenido del Bar La Fiera.

¡BOOOM!

El tsunami se abalanzó hacia los recién egresados de la academia de policías, ante esa situación, más que por orden superior, fue una reacción de autodefensa, en cadenita los chavos que habían abandonado a sus familias, esposas e hijos para ir a proteger al honorable ayuntamiento, levantaron las metralletas y jalieron los gatillos. Abrieron fuego hacia los leoneses, mientras que los foráneos continuaban como relámpagos en una capa perfecta que rodeaba a toda la congregación que había llegado en primera instancia.

Ingrid vio el cañón a unos metros, apuntando hacia ella, y en un trago de aire que fue más que por adrenalina que por falta de oxígeno, pudo ver su corta vida, el comportamiento de “niña mala” como le reprocharon sus papás, la virginidad, el nunca haber dado un beso, las ganas de ser famosa y ser recordada como una activista, la constante interrogante a qué hubiera sido si ella se hubiera acostado con aquel ebrio galante de la esquina que le chiflaba y le decía que estaba bien bonita y que cuando quisiera le lamía su puchita después de haberle enseñado el pene al bajarse el pantalón descosido, los años de estudio preparándose para ser una gran... ¡Directo en la cabeza! Luego entre los pechos, en el estómago y antes de desplomarse en el suelo en los brazos y la cintura, fue de las primeras en ser castigada. Quedó con los ojos abiertos, bien abiertos, como si estuviera fascinada por ver cómo las hendiduras de los adoquines en el piso se abastecían de carmesí, brillante y petulante.

Ambulancias, patrullas, bomberos, todo mundo quería llegar al centro, todo León se había despertado de su letargo. Madres con hijos se ocultaban detrás de pilares, viejitos se hacían bolita en los rincones que veían libres, los muchachos parecían saltamontes, brincando de un lado a otro, y mientras tanto, caían, caían hombres y mujeres, desparramándose en el asfalto. Cubiertos por un

velo de incertidumbre y consternación. Los pocos que habían logrado huir del infierno aceleraban el paso sucumbidos por las lágrimas y la desesperación. Los negocios que todavía no habían sufrido ataque se apresuraron a cerrar sus puertas, ignorando la demanda colectiva de los desafortunados que les rogaban acceso para estar a salvo. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! No había fin. ¡AUXILIO! En segundos las calles aledañas se volvieron ríos de almas que luchaban por escapar, la mayoría corriendo en dirección al Blvr. López Mateos, y los otros hacia la Av. Miguel Alemán. Los demás se iban difuminando entre las calles y el pánico masivo.

Heridos por doquier. Cabezas chorreantes, cojos, parejas homosexuales muertas en las esquinas, otros llorando con sus amores en el regazo mientras se les iba la vida frente a ellos, las plumas, la brillantina, los corsés y las faldas de lentejuelas solo creaban un escenario maquiavélico y a la vez muy *avant-garde*. Incluso así, la abundancia de color no le ganaba al rojo. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Así continuó por tres eternos, extensos, infinitos minutos, en lo que el mitin se deshizo por completo y los oficiales tomaron posesión de la explanada, ahora decorada, de carne humana. Recibieron un mandamiento contundente por sus radios. El aviso de abordar los camiones que los esperaban en la calle Juárez, entonces en fila india marcharon hacia su escapatoria, algún audaz volvió a disparar a quien se les atravesó en el trayecto. Para entonces, nadie, ni una mosca fraguó poner un solo pie frente a la Presidencia Municipal de León.

El cuerpo de seguridad de Nancy Márquez tuvo que hacer un operativo de salida de emergencia, en cuanto la primera explosión se escuchó por los pasillos del ayuntamiento, entraron por ella y la cogieron de ambos brazos, sin importar si la estaban hiriendo, tenían que sacarla de inmediato del lugar, ya habían confirmado la camioneta afuera del acceso trasero del edificio, por la calle Justo Sierra, donde la situación estaba ligeramente mejor contenida. Al escuchar los disparos a mitad del escape, Nancy les empezó a preguntar a sus guaruras que quién había dado la orden de atacar, que qué carajos estaba pasando allá fuera, estos le indicaron que guardara silencio, tenían que cubrirle la cara, uno de ellos se quitó el saco y se lo puso sobre la cabeza, corrían, los empleados solo apreciaban cómo se les iba su jefecita. Se abrió el portón del acceso, una barda de policías combatía enardecidamente para domar el zafarrancho y que no se acercaran a la RAM blindada. Abrieron la puerta de la cabina secundaria, la alcaldesa subió a tropezones.

¡Aaaaah!

Balazos. Nancy agachó la cabeza. Los peones musculosos que la habían protegido desde el inicio de su administración ya estaban lánguidos en el pavimento. El chofer de la camioneta pisó el pedal sin importar que la puerta todavía no estuviera cerrada, Nancy se arriesgó y se abalanzó hacia la manija y la cerró. Los disparos empezaron a entrar por las ventanas. No había forma de esperar a que la gente se moviera. ¡Más balas entraban a la camioneta! Márquez ya estaba adherida a la alfombra, vio unos chicles masticados pegados debajo de un asiento, así como una envoltura abierta de un condón SICO. “¿De quién demonios es este carro?”, pensó. Rodó por el suelo y perdió la vista de la cabina principal. Sintió cómo empezaron a chocar con objetos mientras avanzaban sin detenerse. Se lo imaginó pero no quiso aseverar que eran personas. El motor de la RAM se forzó en demasía, llegaron a una intersección y la avalancha de gente corriendo destanteó al conductor; el estrés al tope, la responsabilidad de cuidar al máximo poder ejecutivo, el deseo de regresar a casa y besar de nuevo a su vieja, todo se conglomeró en la cabeza del señor que apenas tenía un mes laborando para gobierno, vio la muchedumbre, no supo que hacer, su conciencia le dijo “frena”, su hambre le dijo “continúa”. Pisó ambos pedales. La camioneta perdió el control, derrapó, se estrelló en la zapatería 3 Hermanos de la esquina,

destrozó algunos aparadores y zapatillas brotaron a la intemperie, giró en círculos por la calle, atropellando a los escapistas, finalmente se estrelló en la puerta del Museo de las Identidades Leonesas. El cráneo del chofer se hizo añicos cuando su cuerpo se estrelló en el parabrisas, se le incrustaron cristales y se quedó tendido sobre el cofre.

Los sucesos pasarían a la historia como el día que levantó la voz la población y las fuerzas desconocidas de poderes más grandes que el federal hicieron ajustes de cuentas con un gobierno, que desde un principio no debió haber ganado las elecciones. Así quedó asentado con las decenas de muertos y con el homicidio de Nancy Márquez quien murió al quebrarse el cuello en un choque automovilístico ocasionado por la sociedad misteriosa que se dispó cuando la policía se guardó en las cuevas autorizadas y las cámaras y micrófonos estaban ensangrentados. El primer síndico, Silvia Robledo, cogió el mando por un día, porque mejor pusieron a un hombre después, por si acaso: Hermenegildo Archundia. Con setentaicuatro años de edad y cuarentaicinco de experiencia política, gobernó por el resto del periodo, hasta que de nuevo los leoneses regresaron a la derecha al poder, en un dolor inmersivo que fue justificable, y que al final del cuento, ocurrió lo que los de allá arriba querían que pasara.

El presidente de México declaró luto nacional por una semana, y el tema duró un mes en las primeras planas, hasta que años más adelante se volvería tema de culto e indagación, codeándose con los archivos de Tlatelolco. Ese año, la marcha del orgullo gay se llevó a cabo con vestimenta oscura, fotografías de los asesinados, y a partir de ahí, se realizaría de manera oficial cada 5 de noviembre, en memoria de los que cayeron por demandar la justicia y la igualdad. No fue suficiente para que el matrimonio igualitario se aprobara. El Guapo desapareció del interés público por completo, solamente entre las profundidades de quienes eran *influencers* en redes sociales hacían un llamado de atención a los internautas, de que la razón principal se había olvidado, y que el asesino seguía suelto. Para la mala suerte de ellos, la investigación quedaría abierta hasta que años más tarde se convertiría en una carpeta arrinconada en la basura de casos sin resolver.

Entretanto los negocios que habían sido afectados, recibieron una indemnización económica patética, inclusive así, los dueños votaron por el Encuentro Revolucionario. Pues ya lo que fuera, menos más carnicería humana afuera de sus changarros. La ciudad quedó manchada, y con la mala fama de no ser un lugar seguro para ningún tipo de diversidad sexual ni cultural. Le costó lágrimas y sangre a la secretaria de turismo el que León fulgurara atractivo de nuevo para los turistas de ocio. Y las polémicas prosiguieron con sabor agridulce, como la de un arzobispo que se atrevió a declarar que todo había ocurrido por culpa de la depravación y la agenda homosexual, y que no se sorprendería si Dios optaba por reprender una vez más en formas que el hombre no podía contener —como balaceras accidentales—, porque eran hechos divinos, y la tierra guanajuatense, específicamente esa, era sagrada, sin lugar para Sodoma y Gomorra. Solo le faltó el “besos, *bye*”.

Capítulo 10

Más allá

Luz... Negro... Luz... Negro... Lámparas de alumbrado público. La noche. Una ventana. Una puerta. Silencio. Los ojos se entrecerraban. Olía a manzana con canela. Artificial. Un techo tapizado. Édgar estaba dentro de un auto. El aire acondicionado estaba encendido y provocaba más escalofríos de los naturales en su cuerpo. Era una pesadilla real. Sin poder hablar ni moverse, solo mirar lo que en el exterior avanzaba como escenario de la caricatura del correccaminos. Volvió a ponerse borroso. Antes de que Édgar perdiera la conciencia alcanzó a escuchar *Dancing Queen* de ABBA en las bocinas.

*

Édgar recuperó la vista, concebía un regusto amargo, a plástico, reparó que una pelota de dicho material estaba colocada en su boca, presionando la lengua y los dientes, y sintió una banda que la sostenía desde afuera y que se expandía por su mandíbula hasta aferrarse a sus orejas. Era de cuero probablemente. Movié los ojos con la incertidumbre atorada en la garganta, lento, poco a poco. Era la habitación de un motel. Era fácil de deducir, el espacio pequeño, una televisión de aspecto ratio 4:3 eso sí, ya era de las planas, una cómoda que tan solo con verla se estaba destartaland, la pintura desmoronándose en las molduras del techo, los focos que hacían un ruido más molesto que los mosquitos, cuadros con fotografías de floreros del año del caldo; es absurdo, en ese caso deberían poner floreros de verdad, aunque fueran con naturaleza muerta o flores de polietileno, un sillón esquinado bajo una lámpara de piso con la pantalla manchada de sabrá Dios qué, y la tapicería del primero rasgada, con el relleno espumoso asomándose, carcajeándose, con unas cortadas como pupilas, observando el problemón que le aguardaba al huésped.

A su izquierda la puerta emparejada del que sería el sanitario, la luz encendida por dentro. Édgar dio un trago que le supo a excremento. Sintió un impulso e intentó hacer reaccionar sus extremidades, pero era como tener una fiebre de las que te tumban en la cama por todo un día. Débil. Vio sus piernas extendidas sobre el edredón, sus genitales, estaba completamente desnudo. Un intento más y jaló las manos, hasta que las sintió por fin, estaban amarradas a la cabecera de la cama, y percibió el dolor en sus muñecas, el picor de tenerlas imposibilitadas por largo tiempo. Nunca en la vida deseó más traer sus gafas puestas, se arrepentía de no haberse formado la costumbre de utilizarlas. No alcanzaba a leer ni a distinguir rostros más allá del final del colchón. ¿Era su astigmatismo o todavía estaba drogado? No podía descifrarlo. ¿Y Rodrigo, dónde estaba? La razón principal por la cual terminó aquí. ¿Corina? ¿Quién lo había traído ahí?

Iiiiiiiii.

Se abrió la puerta del sanitario. Édgar mandó a volar la diatriba y algo dentro de él le dijo que no saldría a salvo de la situación, pero su ego, más grande que él mismo, le escupió en la cara y le dijo que se dejara de estupideces. La silueta del sujeto se veía oscura, a contraluz, lo níveo detrás de él recreaba un fondo de calamidad. Se escuchó cómo el depósito del escusado soltó la carga y

el agua se iba por el drenaje. El hombre caminó seguro para ponerse frente a él. Édgar no supo si sonreía, pero lo sintió, pues el otro portaba una máscara de la Chilindrina, sí, esta por sí sola ya pintaba una sonrisa del demonio, mas lo que había detrás se vislumbraba como una mueca de plenitud. El sujeto solo vestía unas trusas holgadas, que no se veían nada favorables con el estómago que le cubría la marca de la ropa. La epidermis la tenía llena de un vello frondoso que le brotaba de las axilas y le decoraba los brazos hasta el cuello, las piernas, como de perro, flacuchas y peludas. Édgar agudizó su vista para poder distinguir algo de su secuestrador. Sí estaba enterado del famoso “Papito” o “Guapo”, ni se acordaba bien, no leía periódicos, y en el *timeline* de su Facebook solo había noticias de escritores de novelas históricas, memes y videos de caídas en español. El chisme del “asesino de jotos” lo oyó en los pasillos de la universidad, en boca de chicos que se besaban con otros chicos, y como siempre quiso mantenerse apartado de ellos para que no lo fueran a confundir el tema se le había rezagado en el cerebro. En ese instante, lo recordó con lujo de detalle, y perdió la esperanza en idearse que se encontraba ante el mismísimo, el chingón, el maldito, al que no habían podido atrapar, y ya no había nada más que hacer. Él sería uno más de la lista, la fotografía de su cuerpo descuartizado aparecería mañana a primera hora en el Noticias Vespertinas. El ego salió y le cortó de tajo los pensamientos, gracias a Dios que tenía esa voz mequetrefe, esa sí era su última oportunidad de sobrevivir, si creía en alguna posibilidad de salvarse.

La Chilindrina le dio la espalda, sacó una jeringa de un cajón del mueble corroído, la puso cerca de la luz y corroboró que saliera la sustancia. Se aproximó a Édgar por un costado, ante las fuerzas casi escasas de su víctima logró inyectarlo en el cuello. Édgar quiso gritar, no obstante el bloqueo en su boca y el agotamiento de sus cuerdas vocales lo traicionaron, se quiso balancear con los brazos para que la cama golpeará la pared, y todo fue en vano, además ya alcanzaba a escuchar sonidos externos de parejas copulando y gemidos sobreactuados. Si lograba hacer sonar la cabecera contra el muro probablemente no sería notificado como una señal de alarma. Sintió cómo el líquido que le habían introducido le quemaba el cuello y se esparcía hacia el cerebro y luego por los hombros, los antebrazos y así por todo su organismo. Los ojos se le pusieron vidriosos.

El desconocido guardó la jeringa con ademanes elegantes de nuevo en el cajón, giró hacia Édgar y se mantuvo así por unos segundos, observando, respirando quedito, con la postura de quien se cree sabiondo. Se quitó los calzones, los dobló y los puso sobre la cómoda. Édgar notó cómo el pene de su agresor se iba inflando rápidamente, una lágrima cayó por su mejilla derecha hasta el torso, y fue una sensación helada. El otro se subió a la cama, poniéndose como gorila a unos centímetros, extendió un brazo y con la mano gélida le agarró los testículos a Édgar y se los apretó, entonces empezó a acariciarlos, después prosiguió con todo lo demás.

“Por favor, no.” “Au... xi... lio...”

La máscara de la Chilindrina salió volando por un lado, así, el otro se dispuso a disfrutar más y a usar su lengua para todo lo que quiso lamer. Desgraciadamente antes de eso, Édgar ya se había desmayado.

*

Psst. Psst.

Eres mi sol, yo soy tu luna, juntos hacemos, un lugar mejor. En un mundo, que nos ama, por ser...

—¿Qué cantas?

—Solo algo que se me ocurrió en este momento. ¿Cómo estás? Creí que sí estabas dormido.

—Lo estaba, pero me trajiste de vuelta.

Rodrigo sonrió, detrás de él un cielo profundo lo cobijaba, las nubes lucían como algodón, frescas y ostentosas. Édgar le acarició el rostro con suavidad, disfrutando su mandíbula con su pulgar, admirando las facciones delicadas y a la vez masculinas, perdiéndose en sus pupilas, experimentando una tranquilidad que se jactaba infinita, bajo un árbol, sobre césped rebosante, inhalando el frescor que provenía de los cerros, retozando junto al único hombre que había llegado a amar tanto que hasta le daba miedo, tenía miedo a que un día todo se terminara de manera inexplicable.

Cuando cumplieron tres meses de ser una pareja oficial, aunque escondida, Édgar y Rodrigo se dieron una escapada a un rancho que quedaba pasando Guanajuato, por la carretera a Santa Rosa, donde en tiempos de invierno la neblina podía desaparecer por completo los caminos peligrosos y los paisajes abundantes de colinas boscosas y repletas de cánticos silvestres. En la propiedad donde yacían había un restaurante, y una vez terminaron sus enchiladas mineras y su cerveza artesanal de chocolate con caramelo, se extraviaron en los límites del terreno, donde para su suerte, no había familias, pues era entre semana, y una pendiente que terminaba en un barranco de caída mortal estaba despejada para que pudieran, como amigos, acostarse a platicar.

Sin embargo, cuando Édgar se atrevió a acomodarse sobre el pecho de Rodrigo, con el pulso cardíaco que lo hacía temblar, Rodrigo comenzó a tocarlo con gentileza, moviéndole los escasos cabellos que tenía, sintió su respiración relajada, que duraba más tiempo en el proceso de lo que él podía, gracias a las meditaciones. Entonces se rindió, dedujo que había sido la combinación de ambas cosas, el ambiente y el amor, pero fue más la energía de su amante. Se durmió hasta que despertó y vio la prosperidad establecida ante él.

—Eres hermoso, ¿lo sabes, verdad? —entonó Édgar.

—Tú eres lo que siempre creí tener. Todo —expuso Rodrigo—. Fue muy difícil para mí hablarte, pero me alegra que el universo me haya permitido tener la valentía de buscarte, y ahora, de encontrarte aquí, porque sé que nos merecemos uno al otro. No lo había entendido hasta ahora; Ya estoy seguro de que eras tú.

—¿Era qué?

—El hombre que salía en mis visiones. Claro, solamente distinguía tu aura, los colores que te rodeaban, y cuando te vi por primera vez al entrar al salón de fotografía dudé que fueras tú, porque no veía nada, solo me atraías físicamente, hasta que me besaste por primera vez, entonces sí pude ver. Vi todos los colores de tu campo áurico, así comprendí que todo conlleva tiempo.

—Dices cosas muy bonitas, amor. Disculpa si no me emociono del todo con lo que dices. Entiende que yo no creo mucho en todo eso —Rodrigo hizo un gesto de que no importaba, dulce y susceptible—. Yo solo sé que me encantó haber coincidido esa noche en Puerto Vallarta. Probablemente yo seguiría soltero si no fuera por ti.

—Tú también eres responsable. ¿Recuerdas?

Édgar lanzó una risotada que sonó bochornosa.

—Te encanta acordarte, ¿cierto?

—Bueno, jamás se puede olvidar la primera vez. En serio pensé que no te atreverías...

—Pero lo hice, ni yo mismo sé cómo me atreví, pero me agradezco por hacerlo, ¿eso no es egoísta? —cuestionó Édgar con curiosidad, pues sabía que con Rodrigo todo era un análisis profundo de los sentimientos y acciones dentro de un mundo metafísico que él no entendía, a veces, él se iba más allá de donde terminaba todo.

—Para nada —dijo Rodrigo ladeando la cabeza y esbozando paz—. Es bueno que te des las

gracias a ti mismo. Es saludable para tu autoestima. Yo me agradezco por haberme permitido entrar a tu equipo de trabajo, a pesar de que Ingrid y mis amigos me llamaron “traidor” por haberme ido contigo —se rio.

—Ya no recuerdo cuál era la tarea.

—Yo tampoco.

—Eso no fue lo importante, ¿verdad?

—No lo creo... Lo fue nuestra primera vez juntos.

—¡Eso sí lo recuerdo!

—¡Payaso! —Rodrigo le dio un zape a Édgar en la cabeza.

Un viento llegó soplando con fuerza, agitando las hojas de los arbustos y del pinabete que les hacía sombra, se inundó de un aire vainilla. A la distancia, se apreciaban las montañas tupidas de verdes, desgranándose en rocas y cúspides inexactas. Qué buena era la vida. Qué rica. Qué bendita.

»Cuando tenga el dinero, me gustaría construirme una casa en un sitio como aquí. Sería un placer levantarme todos los días con una vista tan maravillosa como esta, y salir a meditar por las mañanas a primera hora, para darle la bienvenida al sol. Ah, así va a ser. Lo decreto.

—Yo me encargaré de que así sea —en la mente de Édgar ideó hacerlo realidad efectivamente, además, entre más lejos de la familia mejor, y que el secreto fuera más difícil de revelar.

—¿Te confieso algo?

—Dime.

—Siento que duraremos mucho tiempo juntos.

—¿Por qué no dices para siempre?

—Eso no puedo garantizarlo. Solo lo sabe Dios.

—Ah sí, es verdad...

—Lo que sí doy por sentado, es el amor inmenso que te tengo, contigo me lleno mucho de alegría, y me gustaría compartir eso contigo siempre, pase lo que pase.

—No pasará nada, bebé. Estaré aquí para ti. Pasará que cuando estemos viejitos viviremos muy felices, aquí, juntos, donde nadie nos pueda molestar.

—Pasará... —Rodrigo lo miró con vista persuasiva—. Que en ese momento ya todos sabrán lo de nosotros, porque donde no hay mal en el corazón, no hay mal que pueda entrar.

—¿Todos?

—Sí, Eddy. ¿No crees que para esa edad ya podremos presumirnos?

Édgar bajó la mirada y la enfocó a un punto distante.

—Tal vez.

Rodrigo notó la incomodidad y le alzó el rostro con una mano.

—Relájate. Lo que tenga que ser será.

Mendoza esbozó una ligera sonrisa, compasiva, borrando cualquier residuo de inconformidad.

»Te prometo que estaré aquí. Y mis ángeles siempre te protegerán.

—Yo, te prometo, que nunca, escúchame, nunca te fallaré. Estaré a tu lado... —Édgar levantó su cabeza ligeramente y se aseguró que no hubiera otro ser humano cerca—. Bésame.

Rodrigo se inclinó y con una ternura más grande que la de un Nenuco posó sus labios, húmedos y suaves en los de Édgar. Se besaron con esmero. El viento sopló más intenso. Como si la naturaleza los felicitara; era una recompensa por otorgarle a la Madre Tierra la semilla de sus frutos: Amor verdadero.

Psst. Psst.

Mudez. El suelo estaba como hielo. Oscuridad. Un foco desvencijado alumbraba con pobreza. Édgar se hallaba en un cuarto de paredes sin enjarrar y los ladrillos expedían amenaza, junto a él había una bacinilla y una jarra de metal con agua. Tenía un pie encadenado a la pared de concreto, su tobillo estaba ligeramente violáceo. Era evidente que no había nadie más, soledad en un aposento para dementes. Édgar distinguió rasguños en la superficie, y había un olor intenso a opio y tequila. Al final del cuarto, había una puerta de fierro pintada de negro, y en lugar de vidrios en las ventanas, tenía maderas.

Al recuperar la conciencia totalmente, movió su lengua y percibió en el paladar un regusto agrio, viscoso, sabía a... ¡qué carajos! Cogió la jarra de junto y se llenó la boca de agua, hizo buches y escupió a un costado. No quiso saber qué le habrían metido. Luego, sintió un dolor en el coxis, y un escalofrío le sacudió toda la espalda. “¡Hijo de puta!” Se puso de pie y se alejó lo más que pudo hasta que su pie izquierdo se tensó con la cadena oxidada.

—¡Cabrón! ¡¿Dónde estás, imbécil?! ¡Sal! ¡Anda, ahora sí, cabrón! ¡¿DÓNDE ESTÁS?! —bramó Édgar, lastimándose la garganta—. ¡Sal, maldito! ¡Déjame salir!... ¡Ayuda, por favor!

¡ZAZ!

Se abrió la puerta y rodó un cuerpo a mitad de la habitación.

—¡Cuídamelo un rato!

Se cerró la puerta con un fuerte estruendo.

—¡MIERDA! —Édgar trastabilló hacia atrás—. ¡¿Qué es esto?!

A un metro y medio, yacía un sujeto con la cara magullada a golpes, sin ropa, con los ojos abiertos, sangrando de los labios y de los genitales, parecía inconsciente hasta que...

—¡Ayúdame! —gimoteó.

—¡Aaah!

El maleado tosió un poco y luego, dejó de respirar.

Édgar pudo ver la muerte ante sus ojos, empezó a llorar y se tapó la boca con ambas manos. Por primera vez en su mente resonó: “Dios mío, sálvame, por favor”.

Cuando bajaron los ánimos y el impacto perdió protagonismo, el cerebro de Édgar pudo reconocer la identidad del fallecido. Ya lo había visto antes, hacía unas horas, ¿o cuánto tiempo había transcurrido realmente?, eso no era fehaciente, lo que sí era notorio era la mueca peculiar de enviado del tipo que estaba acostado delante de él.

*

Corina y Rodrigo entraron con los nervios de punta a la casa, ella pudo palpar la energía más limpia en una vivienda en toda su vida. Donde mirara había mandalas, flores de la vida, siluetas realizando mudras y asanas, budas, atrapasueños, runas plasmadas en los tapices, pinturas al óleo con mantras y pictogramas, cuarzos sobre los muebles; amatista, blanco, lapislázuli, ojo de tigre, pirita, citrino, etcétera. Las paredes blancas, que se confundían con un abismo de luz. Una estancia no tan grande como la suya, que finalizaba en unos ventanales de piso a techo hacia un jardín que de noche, resplandecía un paisajismo con aires zen, con fuentes, riachuelos, rocas, estatuillas diminutas y cobaltos magnéticos entremezclados de cálidos amarillos por los *leds* que provenían del pasto.

Rodrigo llamó a sus padres y ellos se disponían sentados junto al comedor, aguardando por su arribo. Timoteo vestía de camiseta y pantalón beis estilo thai, Anita relucía con un blusón níveo con detalles del folclor mexicano, en azules, esmeraldas y negros, además usaba una diadema de frente, de cuentas que iban desde piedra volcánica hasta un jade rojo que caía a mitad de las cejas.

En medio de la mesa redonda yacía una roca de sal del Himalaya, cercada por más minerales de colores. Detrás de ellos, en el trinchador de madera de bambú, reposaba un sahumerio humeando con copal, aquello le antojó a Corina hacer una profunda inhalación, y al exhalar sintió como los residuos de falta de fe se difuminaban en naranjas y grises que se convertían en partículas de polvo.

Los padres de Zurita sonrieron y los invitaron a tomar asiento, los habían estado esperando con gusto, sus guías espirituales les habían alertado su llegada y les habían anunciado que toda la familia debía estar unida, incluida la chica Mendoza.

Rodrigo explicó con lujo de detalle lo ocurrido, tuvo que extenderse y desnudarse ante lo que les había estado ocultado a sus padres, la realidad es que había estado saliendo con un hombre de complejos asfixiantes y había estado cubriendo sus defectos en un afán de ver todo color de rosa. Oyó el timbre de Édgar en su mente. Anita lo cogió de la mano, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla, no había nada de qué disculparse; El amor siempre será amor, aunque no sea comprensible para la persona que no lo vive desde la misma manera, por eso, nadie concibe el mismo concepto de amor. No obstante, era momento de actuar si su pareja estaba en peligro, por otro lado, tanto Timoteo y Anita sabían que después de todo, por más que ellos se comunicaran con sus ancestros y ángeles, lo que tenía que ocurrir, así sería, no había fuerza en este mundo que pudiera detener los destinos que están escritos para cada uno. Aun así harían el mejor esfuerzo para descubrir el paradero de su yerno.

—Realizaremos un ritual de ubicación, si nuestros hermanitos de luz nos dan permiso de obtener la información la recibiremos con gratitud y responsabilidad —entabló Timoteo con un tono reconfortante—. Corina, Rodrigo. Este es un ritual que requiere de mucha energía, y si no hay una creencia firme, no servirá o nos será muy difícil entrar al plano interdimensional. Mi pajarita y yo —expresó señalando a Anita— podríamos hacerlo solos, pero no será posible porque por el momento no mantenemos un lazo fuerte a Édgar, aquí ustedes dos son los que guíaran nuestros pasos hasta él. Requerimos que por nada se distraigan y sean concisos en sus peticiones y emanaciones. Como siempre, ustedes saben que no es del todo transparente lo que se nos muestra, así que no pierdan la paciencia, lo descifraremos juntos, ¿de acuerdo?

Ambos jóvenes asintieron, se miraron al rostro y una conexión más intensa brotó en ellos. La mamá de Rodrigo se puso de pie, cogió un rociador con un líquido ámbar, lo puso sobre la mesa, se dirigió a los interruptores de luz y los apagó después de que encendió una vela ancha y blanca y la colocó junto a la roca de sal, con el *spray* roció todo el entorno, era un armonizador casero, hecho a base de aceites y emulsiones herbales. Recuperó su lugar en la mesa. Esbozó una grata expresión de sosiego.

—Muy bien, chicos. Es momento de comenzar. Antes debo indicarles que no se enfoquen en lo que sucedió, ni quién es la persona que lo raptó, solo mantengan la vista inamovible hacia la esencia, la forma y la trascendencia de Édgar. Es la única vía para ver su paradero.

—¿Estamos listos?

—Sí, papá.

Juntaron las manos y crearon un círculo. Cerraron los ojos, Timoteo empezó a guiar la meditación. Le pidieron permiso uno a uno a las fuerzas universales para obtener la ubicación exacta de Édgar Alejandro Mendoza de la Garza. La llama de la vela comenzó a incrementar de tamaño, a expandirse y se estiraba hacia arriba como una clase de goma, el humo del sahumerio se dirigió hacia el centro de los consultantes y la oscuridad se tornó más densa. El jade de Anita se iluminó en un poderoso carmín. El cabello de Corina empezó a pender en el aire, como si se

encontrara perdiendo la gravedad. Los varones se levantaron ligeramente del suelo, y de pronto, los cuatro levitaban a unos milímetros de las sillas. Entonces todo se nubló y se volvió más ininteligible. Entraron al plano donde podían viajar de manera astral de un punto a otro, codeándose con una fina línea, turbulenta, del más allá.

“Padre celestial, como tus humildes servidores, te solicitamos nos muestres la localización de tu hijo, para fines de rescate, si es así tu voluntad, enséñanos, por favor.” “Enseñanos.” “Enseñanos.” “Enseñanos.”

Se soltaron las manos de Corina, y ella abrió los ojos con espanto. “¿Qué pasó?” Oscuro. Ya no estaba en el mundo terrenal. A lo lejos podía ver luces que se movían en el ambiente, se encendían y luego se disipaban en lo negruzco.

—¿Hola? —eco, eco, eco—. ¿Dónde están?... —no había respuesta, ¿cómo los pudo perder? —. ¿Señor Timoteo, señora Anita?... —empezó a caminar sin saber qué rumbo había elegido, las luces aparecían a su alrededor y se deslizaban con cautela, pero la oscuridad no cesaba—. ¿Rodrigo?...

GRAAAAAAC.

Se detuvo. Los pocos colores luminiscentes se esfumaron. Vio el vapor de su calor salir por su boca. Tensó la mandíbula. Recordó las palabras que le habían dicho hacía un momento. Carraspeó y movió los pies con sigilo, para llegar a quién sabe dónde, pero era mejor que quedarse ahí.

—¿A dónde vas?

—¿Hola?

—¿Por qué te preocupas tanto por él? Ni siquiera se llevaban bien.

—¿Quién eres?

—Ya sabes quién soy —Ernesto se apareció frente a ella—. Hola, nietecita —se carcajeó y su boca se expandió, los dientes se le alargaron y su cuerpo aumentó de altura, continuó riendo y sus manos se convirtieron en garras. Corina retrocedió.

—Déjame en paz, no sé quién seas, pero no eres mi abuelo.

—¿Ah no? Entonces, ¿cómo podría saber que tu padre nació con el pie izquierdo más pequeño que el otro, o que de pequeño lo tuve que llevar junto con su madre a clases de corrección del habla, porque no podía pronunciar la erre?

—¿Eso qué tiene que ver?

JAJAJAJAJAJAJA.

»Por favor, no me quites mi tiempo. Tengo que encontrar a mi hermano. ¡A un lado! —Corina se aventuró, caminó y lo esquivó, lo dejó atrás. ¿Dirección?, la oscuridad.

—¿Por qué perder el tiempo, Corina? —Ernesto se rio—. Él ya no vive...

Nuevamente dio un paso en seco y se paró. Corina dio media vuelta y lo miró con desconcierto. A Ernesto se le habían desfigurado las piernas y en lugar de pies se balanceaba en unos picos que parecían tenazas gelatinosas, se movía como si tuviera rota la columna.

»Édgar ya no vive... Alguien se me adelantó... Creo que tú ya lo sabes. Lo supiste desde el momento que lo perdiste en el centro, ¡pero te engañaste a ti misma! Lo sabías desde un principio. Que él ya no tenía oportunidad. ¿No te das cuenta de que esto es absurdo? ¿De cuándo a acá haces rituales con gente desconocida? ¿Sabes lo que quieren realmente ellos? ¡Robarte tu energía! Porque tú eres luz auténtica, y a ellos les falta... te van a chupar todo de ti, ¡sí!, ¡sí!, ¡te la van a chupar!, jajaja —se aproximó hasta casi susurrarle a la nariz, sonriendo, con la dentadura puntiaguda.

—¿Crees que le voy a creer a una mierda como tú? —impuso Corina y sintió que le apretaron

las manos.

JAJAJAJAJAJAJA

—Por supuesto que no. Yo solo quería salvarte, mi niña... —Ernesto hizo una mueca triste—. Me duele saber que no te has dado cuenta del gran poder que tienes...

—Si fueras realmente mi abuelo habrías protegido a Édgar, pero tú mismo lo has dicho, ¿no? Alguien se te adelantó.

Ernesto borró de tajo su sonrisa malévol. Se hizo hacia atrás y se cogió la nuca con ambas garras, estas ya empezaban a escurrir una sustancia viscosa amarillenta. Fingió una expresión de quien se da cuenta que la cagó y ve la manera de remediarlo.

—¡Ay no! ¡Qué idiota! Pendejo, pendejo, pendejo —se repitió él entretanto se golpeaba con un puño en la frente—. Creo que me delaté... *¡Oh my god!*

Corina sonrió soberbia, parecía una chiquilla sabelotodo que ha hecho sentir a alguien más como el más torpe de los torpes.

JAJAJAJAJAJAJA

—Soy un estúpido, ¿cierto? ¿Pues qué crees?, la estupidez se hereda...

—Corina... —una voz en la nada. Era Rodrigo.

Corina se espabiló, le dio la espalda a Ernesto.

—¡Corina! Te has alejado, ¡vuelve!

—¡¿Dónde están?!

—¡Te estoy hablando! —reclamó Ernesto sin conseguir que ella volteara.

—Corina, por favor, ¡vuelve! Sigue mi voz...

Ernesto perdió la forma humana y se transformó en una mancha de diversos colores mientras los restos del cuerpo se habían triturado y en su nebulosa volaban órganos y extremidades anatómicas. Sus fauces se hicieron un agujero de cientos de dientes punzantes, la lengua era una masa ardiente que expedía pus y los labios habían mutado en más bocas de diferentes tamaños, parecían pirañas. Se abalanzó hacia Corina. El monstruo masticó... pero no le supo a nada.

GRAAAAAAAC

La vela en la mesa se apagó. Anita abrió los ojos y pudo ver que Corina tenía una sombra adherida a su aura, así que salió de su envase terrenal y con la energía sanadora de sus manos la limpió y le ordenó a sus guardianes que le purificaran esa mancha oscura en el aura de la joven, regresó al círculo, ojos cerrados.

Ahora, Rodrigo y Corina estaban juntos, de pie frente a un motel en la carretera hacia San Francisco del Rincón. En el plano interdimensional las tonalidades de la “realidad” eran inexactas. Después de que Corina saliera del trance en el cual se había vertido, Rodrigo le exigió que estuviera más concentrada luego de haberse asegurado que estaba bien, al final de todo era su cuñada. Los padres Zurita los observaban desde un punto impreciso entre el mundo físico y espiritual, efectivamente habían perdido de vista a Corina, pero no se alertaron, permitían que todo fluyera con naturalidad, hasta que vieron que su hijo percibió la ausencia de su energía y empezó a llamarla. Ambos chicos pretendieron caminar por el establecimiento que se veía tenebroso e imponente, vieron llegar un automóvil marrón... Otra vez penumbra.

“¿Ahora qué? ¿Dónde estás, Eddy?”

La roca de sal del Himalaya tronó, trozos salieron disparados por doquier, la vela se derritió en una cascada esquizofrénica y la cera se derramó por el cristal templado del comedor. La superficie osciló por un segundo, un recuerdo a una réplica, pero aquí las placas tectónicas no hacían esas brusquedades, era la fuerza liberada de lo subterráneo. El cuarteto de espiritistas

aterrizó en sus asientos, se deshizo el círculo, se soltaron las manos en un choque eléctrico que les erizó toda la piel, sus palmas les ardían, estaban rojas, como lumbre. Timoteo y Anita se vieron fijamente y por segunda vez en su trayectoria de sanadores vislumbraron el terror que se aglutinaba junto a ellos; Habían detectado un ente ajeno a este tiempo y espacio sin embargo, como cualquier profesional en la materia mantuvieron la discreción y se empecinaron en recabar lo poco que habían ganado, que siendo francos había sido casi nada. No se había podido localizar a Édgar. Estuvieron a un pelo de rana calva de saber. Hubo un bloqueo inexplicable, lo atribuyeron a la inteligencia universal, aquello era el indicio de que no les correspondía tal información. Rodrigo estalló como jamás lo había hecho, con ambas manos dio un porrazo sobre la mesa y a esta le surgió una fina ranura.

—¡Ya casi lo teníamos! —blasfemó y sus padres pelaron los ojos del asombro.

Corina se reparaba callada, inquieta y atolondrada. Nadie notó que solo se veían las caras gracias a la iluminación grisácea de la noche.

—No pierdas los estribos, hijo. Sabes que estas cosas son así... — Timoteo quiso tranquilizar no pudiendo quitar la preocupación de su mirada paternal que luchaba por mantener el control.

—Ustedes pudieron ver más que nosotros, querida —inquirió Anita dirigiéndose a Corina—. ¿Qué fue lo que vieron? Lo que sea nos puede servir.

—N-n-no mucho, señora. Era un motel, creo que se llamaba: “Monte Celeste”. Vimos que un automóvil entró y nada más.

—¿Fue todo lo que vieron, hija?

—Eh... sí, solo eso.

Anita prefirió que no le hubiera mentido, esa jovencita no sabía a lo que se había enfrentado, ahora estaba a salvo por suerte, gracias a que ellos estuvieron ahí, pero Anita sabía que Corina tenía su aura en un campo muy sensible entre varios planos, era fácil para los espíritus contactarse con ella, y más que hacer contacto, transmutar de muchas maneras. Pero no era el momento.

Rodrigo empezó a llorar y se recargó en la pared de la sala, con los brazos apoyados junto a un reloj que hacía tic-tac-tic-tac y la cabeza presionándose sobre el muro, mientras se lamentaba y se sentía de lo peor por hacerse consciente de que aquella vez en la cafetería del Blvr. Algeciras había sido la última ocasión en que vería, sentiría y tocaría a Édgar. ¿Cómo lo sabría? Sí, era verdad que había hecho todo lo que hizo para no contaminarse de la homofobia interna de Édgar, por amor propio, como lo practicaba y predicaba, en ese instante no quiso admitirlo pero se arrepentía, con todas las ganas que le restaban, juraba hacer lo que fuera para recuperar un momento con él y hablar como se debía. De frente. Sin juicios ni exigencias. Lágrimas cayeron sobre la alfombra. Su cuñada lo abrazó por la espalda.

—Tranquilo, Rodrigo. Lo encontraremos. Él está bien.

—Ahora no lo sé, Corina. ¡No lo sé! —Rodrigo le dio la cara en lo que se enjuagaba unas lágrimas—. Discúlpame por comportarme así, no sé qué me está pasando...

—Entiendo... No hay por qué pedir perdón.

—Creo que nos estamos equivocando. Debimos haber llamado a la policía desde el principio. No debí dejarme llevar por esto... No fue racional.

—Solo seguiste tu corazón...

—Hijo, si te da más tranquilidad vayan a levantar la denuncia —sugirió Timoteo.

—No es necesario, amor. La madre de Corina ya lo ha hecho —declaró Anita, simplemente lo sabía.

—¡Lleva tres horas desaparecido, papá! —gritó Rodrigo, entonándose hacia su padre, y este se

sintió herido por el tono de voz utilizado—. ¿Por qué los ángeles no nos ayudan ahora? ¡Maldita sea!

—Hijo, por favor. Respira hondo y suéltalo. Deja ir esa emoción.

Corina estrujó entre sus brazos a su cuñado. Le permitió desahogarse. Anita encendió las lámparas del recinto poco a poco, Timoteo solo se mordía los labios, la impotencia lo apabullaba. Anita se dispuso a calentar agua para preparar un té de valeriana y dijo desde la cocina que lo único que podían hacer era esperar, no había nada más que pudieran hacer, lo mejor era relajarse y mantener una vibración alta, de confianza ciega en que fuera lo que fuera todo estaría...

—¡No! —Rodrigo se apartó suavemente de Corina—. Lo voy a encontrar —y corrió hacia el pasillo principal.

—¿Hijo?

Corina y Timoteo se quedaron impávidos, Anita salió de la cocina ofuscada.

Rodrigo entró a su habitación, se sumergió en las profundidades de su armario, se adueñó de una caja de madera con unos mantras grabados. *OM TARE TUTTARE*. La abrió con fervor y apreció su más grande tesoro. Un pedazo de amatista sin pulir de alrededor de 2cm de grosor, la guardó en una bolsita de tela reciclada y se la guardó en una chaqueta de cuero sintético que se puso después de darle portazo a su guardarropa. Antes de salir notó que su incienso que había usado para su sesión de yoga de la madrugada seguía emitiendo humo. ¿Cómo era posible? ¿Y por qué no se había percatado de ello? “Vienen tiempos difíciles...” Se culpó por haber olvidado las advertencias de su arcángel.

—Tenemos que irnos Corina —ordenó apenas llegó a la estancia.

—¿De qué hablas, hijo? ¿Qué vas a hacer? —cuestionó angustiada su madre.

—Lo que sea necesario —cogió la mano de Corina y la trajo con él.

—¡Rodrigo!

—Pajarita, ¡déjalo! —impuso Timoteo al detener a su esposa de un hombro—. No es nuestro turno. ¡Déjalo!

Anita aguantó el berrinche y puso una mano sobre su pecho, ahora ella requería cambiar su energía, por una más pacífica, ¿ah, verdad? No era tan fácil. Menos cuando su instinto le cantaba que las amenazas abundarían a partir de ese instante.

Rodrigo y Corina se fueron de la casa a toda prisa, y el agua de la olla sobre el fuego empezó a burbujear.

*

—Contesta, por favor... Vamos... —murmulló Susana, temblando de horror—. ¿Bueno? ¿Juan?... Necesito que vengas por mí, por favor... ¡A mi casa! —siempre mantuvo la mirada fija hacia la perilla de la puerta de su recámara, le había puesto seguro, pero todavía la bestia podría entrar, nada le garantizaba que no fuera a intentarlo, nada más—. Rafael se ha vuelto loco... Me ha golpeado... Sí, por favor. Date prisa...

Susana colgó su Iphone y lo dejó sobre la cama, del clóset sacó una pequeña maleta que tenía grabados tulipanes en tela, fondo guinda y pétalos violetas. Zambutió algunos *jeans* y blusas, ropa interior y envolvió dos pares de tacones en papel cebolla y también los aplastó junto con todo lo demás en el interior. Sentía el estómago retorcerse, como si le fuera a dar un cólico, pero a ella ya no le daban, la menopausia le había llegado repentinamente el año pasado, y luego de tener el último engendro se ligó las trompas de Falopio, no goteaba ni una gotita de menstruación desde hacía años, mas el espasmo era reconocible, supo que era porque estaba a punto de enloquecer. Había mucho por pensar y hacer. Su hijo secuestrado, su hija maniaca, su esposo, un matón. La

única luz de esperanza era su amante.

Se mordió los labios, quiso llamar a su madre que aún vivía en un asilo de ancianos por la colonia Paraísos, pero estaba senil, ¿qué le podría decir la pobre viejita? ¿Por qué había tanto silencio?

Cuando Rafael desapareció entre las sombras, luego de unos minutos de *shock*, Susana se puso de pie y cerró la puerta de sopetón, la bloqueó y se alejó hasta chocar con la pared del otro extremo, preparándose para lo peor, que su esposo entrara a la fuerza, rompiendo la madera y asomándose por una abertura, sonriente, con un Tramontina en mano y agitando el brazo para cercenar lo que estuviera de por medio. Imaginó su caso en televisión abierta: “Señorita Laura, mi viejo me pega y ya no lo amo. ¡Ayúdame a dejarlo!” Tras unos minutos de serenidad prendió la lámpara de cristalería francesa que ensalzaba toda la morada, cogió su teléfono móvil y marcó el primer número que le salió en su registro de llamadas.

Miserere mei, Deus de Allegri sonó y vibró sobre la cama. Respondió el llamado, Juan ya había llegado. Aunque solo habían sido veinte minutos, Susana lo sintió como una hora en la que daba vueltas y se miraba al espejo constantemente para ver si su cara no empeoraba, cavilando sobre su matrimonio, la impureza que había cometido y la incredulidad al ver la violencia que había nacido en un hombre que siempre tachó de sacatón y pusilánime. Se cercioró antes de coger la maleta y un abrigo de que su maquillaje exprés realizado hacía unos minutos continuara presuntuoso. Su mejilla izquierda se estaba volviendo una torta y el párpado del ojo se le trababa.

Se armó de valor y salió de la recámara con disimulo, afuera las pinturas que tanto había exigido trajeran con lujo de cuidados especiales a su casa, ahora la observaban inquisitivas, y casi pudo jurar que algunas se habían salido de sus cuadros para combinarse con la realidad. El pasillo estaba oscuro, la luna, como siempre, era la única que se encargaba de darle paso certero a los presentes. Se guio por las figuras luminosas que se escurrían por la alfombra provenientes de los ventanales de la estancia, miró a todos lados, procurando hacer el mínimo ruido posible. Jamás había sentido tanto miedo de encontrarse con Rafael. ¿Dónde estaba? ¿Acaso sería capaz de esconderse y planificar una emboscada? “Este ya no sé qué pueda hacerme”, pensó. Descendió los escalones y se vio como una paloma a mitad de la plaza frente a la Fuente de los Leones, alzando las patas con precisión y retorciendo la nuca de un punto a otro, avispada, con las alas tensas, listas para ser accionadas. Logró llegar al vestíbulo, a su derecha la sala en solitario, los pasillos, la alcoba donde yacían sus libreros atiborrados de tomos de la historia de México y ciencias políticas. Apenas abrió la puerta salió casi corriendo, sentía que la perseguían por la espalda.

Juan Martínez Guzmán bajó de su BMW en cuanto descubrió a la causa de sus utopías matinales salir eufóricamente de la residencia Mendoza. Estrujó a Susana entre sus brazos, musculosos y velludos, reconfortándola, era honesto, estaba acongojado, le vio el rostro e hizo rechinar sus dientes.

—¿Está aquí el hijo de perra?! ¡Le voy a partir su madre! —carraspeó y tuvo que bajarle los ánimos cuando Susana le exigió que huyeran de inmediato, pero le aseguró que lo encontraría y le haría pagar lo que le había hecho, fuera esa noche o mañana. Subieron las cosas al automóvil y arrancaron.

Susana no sabía con exactitud qué estaba haciendo. Lo único que quería era comunicarse de nuevo con Nancy Márquez para ver si le tenía noticias y enfocarse en la búsqueda de su hijo, ese retoño con el cual tenía menos conexión, aunque a decir verdad, nunca tuvo alguna a ciencia cierta con ninguno de ellos. Normalmente siempre buscaban más al padre. “Si tan sólo supieran lo que me ha hecho...”, resonó en su cabeza. Más tarde se encargaría de hacerles saber, primero tenía que

estar en un espacio neutral, fuera de la casa de los locos. Al primer semáforo en rojo Susana besó a Juan, y él le introdujo su lengua, se humedecieron los labios y contuvieron con éxito esa potencia sexual que se desbocaba a cántaros en cuanto el verde fluorescente los asaltó.

Al día siguiente, después de haber almorzado unas quesadillas de picadillo, rajadas con queso y chicharrón prensado, Susana y Juan estaban en la sala de espera del Ministerio Público Municipal, luego de haber ido a las comandancias donde Juan tenía más contactos que podía apresurar para incrementar las búsquedas del hijo perdido. En la madrugada Nancy le había dicho a Susana que ya había avisado al jefe de la policía y que le había remarcado que se trataba de un asunto familiar. Por lo tanto desde temprano se estaban haciendo operativos de investigación en zona centro. Para desgracia de la mártir, esa mañana toda la policía sería redirigida hacia otro punto donde se necesitaban refuerzos.

Juan le indicó a Susana que a pesar de todo tenían que conservar la calma. Fue cuando al finalizar la declaración escrita en la dependencia, se aventuró por un café al Extra que quedaba a unas manzanas de ahí. Sin importarle que lo vieran, más porque con la mayoría de los elementos tenía confianza y sabían que era un casanova, le dio un beso repentino a su amante y se fue a la calle.

Susana no había querido quitarse sus gafas Prada porque se le apreciaba un chichón en el rostro que los cosméticos no podían disfrazar, eso no le había impedido hacer el amor apasionadamente una vez llegó al hogar de Juan y él la desvistió con delicadeza hasta que la vio desnuda y la embistió con su vigor de macho cabrío.

Los servidores se empezaron a agitar, un murmullo se intensificó y fue cuando pusieron en la única televisión que había en la recepción el canal TV Cuatro para ver la locura que se desataba frente al palacio municipal, un hombre prieto de panza inflada le habló a la señorita de la Garza para que fuera a ver lo que ellos veían, entre la gente, había jóvenes que sostenían pancartas con la foto de su bebé.

—Ese es su hijo, Édgar Mendoza... ¿no?

Susana se quitó los anteojos y su boca se desencajó. “¿Quién armó todo esto? ¡Corina! ¡Para las revueltas sí estás buena, canija!” Sacó su celular y le marcó a la alcaldesa. Un presentimiento le dijo que estaba ahí. La línea solo hacía *PIIIIP*, *PIIIIP* y el número que ha marcado se encuentra fuera del área de servicio, favor de...

El mitin llevaba una hora cuando Susana advirtió el océano de gente que cubría todo el jardín y los alrededores, al frente una muchacha obesa de cabello rubio se balanceaba con sus senos al aire, pintarrajeada de rojo y armada de un megáfono. “¡Qué pena para su familia!”

Juan le agarró la cintura a Susana cuando llegó y le entregó un capuchino. Cuando ella le dio el primer sorbo la oficina se tornó en un escándalo. Por la pantalla, las imágenes proyectaban a la población arremolinándose, tratando de encontrar un camino, el conductor del canal narraba tartamudeando lo que sus ojos veían, sin embargo, qué más podía decir, no entendía lo que ocurría y los camarógrafos no tenían micrófonos, estos ya les habían sido desconectados a los reporteros por una extraña razón.

Empezaron los balazos. Todos en el ministerio se pusieron de pie, las personas que estaban ahí se aproximaron para mirar lo que la transmisión no podía censurar. Todos estaban adheridos al televisor. Sonaban los teléfonos. Susana se derramó en la imagen. Las familias desfalleciéndose, sangre, gritos, sangre, escape, sangre. La reportera que intentaba cubrir la nota recibió un puñetazo directo en la mandíbula de un sujeto tatuado que luego se perdió entre el caos. La emisión proseguía, ya era tiempo de comerciales, pero los de continuidad estaban perplejos, socavados.

Juan recibió una llamada y respondió sin verificar el identificador. Frunció el entrecejo.
Susana lo vio con desacierto.

Él le clavó la mirada.

—Nancy está muerta...

Ella quedó boquiabierta.

Capítulo 11

Marta y el presente

Recuerdo que estaba nerviosa, era común estarlo antes de pasar al atril e impartir mi discurso, era lo natural, aunque debo admitir que esta vez me sentía más fuera de mí de lo común. Mi mente no me dejaba razonar más allá de lo que había ocurrido con Rafael. Aquella tarde había sido un renacer para mí, haberlo sentido de nuevo, me había dado un aire de vitalidad que hacía años no había surgido en mí, ni siquiera con mis labores altruistas. No podía decir que estaba enamorada, más bien era como si estuviera aferrada al pasado, si mi terapeuta supiera lo que hice me reprendería en sobremanera. La oigo decir en mi cabeza: “Mi reina, ¿estás segura de que acostarte con tu ex fue lo mejor para tu crecimiento espiritual?” Claro está que no me juzgaría, sin embargo, sí me haría reflexionar sobre mis actos, como siempre lo hacía. En este preciso instante, mientras estoy sentada en primera fila con uno de mis vestidos favoritos color coral y un collar de pedrería de fantasía, para no verme tan opulenta, pienso que me hice un favor a mí misma, si Rafael no me buscaba más, no me decía más, quería decir que una noche más entre sus piernas era lo último que merecía de él, y a pesar de que era doloroso, tendría que aceptarlo y agradecer esa oportunidad.

Era la cuarta entrega anual de cobijas y despensas de mi fundación para las ranherías de La Reserva, frente a mí estaban directivos de dependencias y el nuevo presidente de León, que lucía exhausto y presumía unas ojeras que podían espantar hasta al más nervios de acero. Normalmente no me inmiscuía con todos ellos más allá de rendir cuentas y de vez en cuando pedir un respaldo económico para ciertos programas, porque era consciente que dentro de toda la maraña de burócratas, era sencillo trastabillar con la fina línea de la corrupción y caer en la porquería. Me limitaba a ser gentil, además, mi exesposo me había edificado una imagen de respeto y elocuencia hacia toda la crema y nata de la ciudad.

Había mujeres vestidas con faldas floreadas y mañanitas cosidas a mano, de calzado modesto y algunas, portaban huaraches. Reparé en lo afortunada que había sido al nacer en una cumbre de riqueza, y también en el hecho que era perderlo todo. Cuando llegó la recesión la década anterior y mis padres tuvieron que declararse en bancarrota para no perder lo poco que tenían. Había estado en la cima y había caído de manera súbita. Alfonso fue mi respaldo, lo rectificó, y dado que él me dio todo lo que deseé volví a mis viejas costumbres de ser una ególatra despreciable, hasta que llegó el tumor.

Solo tengo un ovario, el otro y mi matriz me fueron removidos porque se estaba esparciendo un cáncer y para asegurarme les dije a los doctores que me extirparan todo, ya no quería tener hijos, así que no necesitaba más esos accesorios en mí. Fue un proceso apabullante la recuperación, un mes tumbada en la cama y soportando los espasmos fantasmales que arribaban y me hacían retorcerme entre las sábanas, hasta que luego de seis meses desaparecieron por completo. Lo que ahora me acongoja, son estas repentinas oleadas de calor que explotan dentro de mí, inexplicablemente. Bueno, me estoy engañando a mí misma que porque soy joven, grandecita pero

joven, es que todavía no le quiero poner el nombre a mi padecimiento, pero ya sé lo que es.

Alejandría Moscatel, la directora ejecutiva de Manos Amoras A.C., mi organización, terminó su introducción en el pódium con gran regocijo y exactitud, era buena para exacerbar y encender al público. Me nombró y me pasé la lengua por delante de los dientes, un reflejo muy marcado en mí que brotaba cada vez que me correspondía dar un mensaje o lucir bien ante la cámara. Me puse de pie y recibí un fuerte aplauso. Al subir los escalones hacia la plataforma donde habían tres señoras, casi todas de la tercera edad, listas para dar su testimonio sobre los beneficios que habían recibido con nuestra ayuda, por un segundo creí que me iría de boca, pues un tacón se extravió en una ranura y apenas me tambaleé Alejandría me cogió de un antebrazo y me mantuvo erguida, sudé frío pero al parecer nadie lo notó entre la gente, al menos eso creo yo, los aplausos no se detuvieron hasta que mis labios estuvieron frente al micrófono.

El sol me dio de golpe y los asistentes se convirtieron en siluetas negras sin identidad, aquello pudiera haberme ayudado a perder el ímpetu, pero lo intensificó.

A mitad del discurso el atardecer se estaba poniendo y unos árboles que reposaban a la distancia me ayudaron a cubrirme de la esfera naranja ardiente que me examinaba con desdén desde el fondo. Pausé sin darme cuenta, y mi directora tiempo después me aseveró que duré casi diez interminables segundos en continuar, pero para mí fue un instante, una pizca en el tiempo, para mi corazón fue un momento eterno. Rafael yacía sentado en las últimas filas, brillante con una camisa blanca, *blazer* mostaza y vaqueros oscuros, cabello engominado y gafas que titilaban con los rayos de la tarde. Parecía que las tardes tenían un pacto favorable con nosotros. La excitación de un infante malcriado se desbordó por mi estómago, las rodillas se contrajeron y casi juro que di un saltito cuando él, con suavidad y alevosía levantó una comisura y tornó una imagen de dureza en la seducción apócrifa que me convencía para perder mi rectitud. Ahí estaba, guapo, atractivo e indiferente a su entorno. Cuando escuché los murmullos parpadeé y en lo que recuperaba el hilo de mi letanía, solo planeaba lo que le diría al terminar el evento, que ya quería que finalizara, me importaba un comino las señoras detrás de mí, solo quería correr y arrojarme entre sus brazos.

Me disculpé y le dije a la audiencia que había olvidado si los frijoles que había puesto a hervir se los había encargado a mi trabajadora doméstica o en caso contrario, tendría que retirarme urgentemente. Risas. Alejandría se secó una gota gorda de sudor que le recorría por la frente y casi pude escuchar un resoplido de alivio. Proseguí. Entrevisté a las invitadas de honor y me enorgulleció que compartieran sus casos de bienestar, después junto con todo el personal de la fundación agradecimos a la prensa, nos tomaron fotografías y por fin terminó el evento. En cuanto tuve oportunidad me libré de la invasión de periodistas, lambiscones y presentes aspirantes a recibir apoyos.

No busqué del todo, Rafael ya estaba ahí, formado, a la espera de mí. Me abrazó y me derretí. Olía a lavanda añeja y menta. Ambos sabíamos que no era el sitio para entablar conversación. Nos citamos a las 9:00 p.m. en el restaurante del Hampton Inn del Blvr. López Mateos. Y nos pasamos los números telefónicos. La última vez que nos vimos todo había sido tan emotivo e inesperado, que ni siquiera habíamos incurrido en que no tendríamos forma de comunicarnos. El final de aquel encuentro había sido ambiguo, nada nos aseguraba, mejor dicho, nada me aseguraba si habría un segundo capítulo en nosotros, en los nuevos Rafael y Marta, hasta ahora. No había marcha atrás, teníamos la manera de hostigarnos, para mí fue el indicio de que iríamos por buen camino, uno recién nacido y que se prospectaba fructífero. No tuve miedo a errar. Nos despedimos y partió difuminándose entre el personal de logística que estaba recogiendo las sillas con premura y los últimos destellos de luz que imponía el ocaso. Alejandría me dio un codazo y me lanzó una

sonrisilla traviesa. Yo, contuve mi grito de felicidad.

*

Rafael recorrió una silla hacía atrás y me ayudó a sentarme frente a la mesa. Había escasos comensales. La iluminación era tenue y la música exquisita. Clásica, por supuesto. El mesero nos ofreció un espumoso de la casa, pero se retiró cuando le ordenaron que trajera champaña.

Rafael y yo, solos, conociéndonos. Aunque sentía que ya sabíamos todo de nosotros. Nada más me quedaba la incógnita que no me había dejado en paz por semanas. Esperaba que esta cena significara un avance, que me trajera buenas noticias. El mesero puso una botella de Moët & Chandon sobre un cubo de acero inoxidable repleto de hielos, nos acomodó las copas adecuadas y anotó nuestra orden. Silencio. Sonrisas. Los ojos le brillaban como personaje de ánimo. Las mariposas en mi panza me hacían cosquillas. Desviábamos la vista de un punto a otro. Conversaciones. Cubiertos. Floreros. Otra vez tú. Conversaciones. Cubiertos. Floreros. ¡Oh, mira, otra vez tú! ¿Dónde habría terminado nuestra edad adulta? Ese restaurante tenía de invitados a un par de chiquillos que pretendían jugar a las manitas sudadas. Me chupé los labios.

—Yo...

—Yo...

Los dos a la vez. Ahora sí queríamos hablar. Después de una pequeña alegata de quién hablaría primero le di la palabra a él.

—Te veías preciosa... Eres muy buena oradora. Nunca te escuché en todos estos años, ¿sabes? Solo me limitaba en mirarte en los periódicos... Te felicito por la labor que haces. Pronto tu fundación recibirá una llamada de mi oficina para realizar un donativo... con todo cariño, Marta.

—Muchas gracias, Rafael. Me dio mucho gusto verte ahí. No voy a mentirte diciendo que siempre imaginé que algún día te vería en alguno de mis eventos, pero en los últimos años sí fue así, y sabía, sé, que no es posible llegar a más... Por ella... —me aclaré la garganta—. Me refiero a que... lo que sucedió entre nosotros no hubiera ocurrido si no... —mi vocabulario estaba desapareciendo—. No quiero ser tu amante, Rafael. Reafirmo lo que te dije aquel día, que estoy aquí para ti. Pero quiero hacerte saber que no de esa manera... Y, tal vez tú ya lo sepas, tal vez tú ya decidiste y por eso no nos habíamos vuelto a ver... No sé... No sé qué más decir... —se me atascó el habla.

Él sonrió con tanto júbilo que hasta me aterrorizó. Por un lado me hizo sentir tranquila, por otro mis demonios me decían que yo sí era un juego para él, un pasatiempo que pretendía guardar bajo la manga.

—No tienes que decir nada más —farfulló Rafael y se inclinó hacia adelante sobre la mesa, quedó más cerca de mí—. Comprendo todo. O al menos lo que estás intentando decirme... Pero yo soy el que te debe una disculpa...

—¿Por qué?

—Por no ser honesto contigo desde el principio. Cuando me propusiste seguir con esto, y que yo no respondí, y haber regresado mudo, como si hubiéramos hecho algo malo... Ahora me doy cuenta de que no fue así... Y ya te tengo una respuesta...

Se apechugó mi corazón, pero estaba lista para lo que vendría. Solo quería conocer mi destino.

»Te amo.

Quedé perpleja. Fue gratificante escucharlo provenir de sus labios, mas no me decía mucho, al final del día yo también lo amaba, pero, ¿y todo lo demás? ¿Su familia?

—¿Y...?

—Pues te amo —insistió con una risotada.

—¿Qué vamos a hacer, Rafael? Yo también te amo.

Rafael extendió sus manos y agarró las mías. Su rostro de facciones toscas me pareció inigualablemente hermoso.

—La respuesta es sí... Quiero estar contigo. No te respondí aquella vez porque me aterraba lo que fuera a pasar. Tenía miedo de mí.

—No te entiendo... ¿Entonces hablarás con Susana?

—Susana... —esbozó una sonrisa incómoda—. Ella y yo ya estamos separados. Tenemos poco tiempo... No vive conmigo... Es sobre eso que quería hablar contigo... Pues yo ya te respondí, pero necesito saber qué vas a responder tú, cuando te cuente... todo...

El instinto sonó como una serpiente de cascabel. Incertidumbre que se convertía en empatía y luego se bifurcaba en temor y desesperación. El hombre frente a mí seguía viéndose dulce, aunque ya emanaba un vapor de misterio. Me mantuve callada. Simplemente no podía formular palabra.

»Sé que... nos hemos vuelto a encontrar por algo. Quiero disfrutar de ese “algo”. Contigo. Porque a pesar de todos estos años... te recordaba. Ahora que tenemos otra oportunidad, si queremos que esto funcione. Creo que ha llegado la hora de que sepas todo de mí... De lo que le hice a mi familia... Del pasado... De cuando éramos jóvenes...

—¿Hablas de...? —presentí a lo que se refería y una ola de recuerdos cayó sobre mí.

—Sabrás todo —me soltó las manos y se reclinó en su silla—. Y cuando lo sepas... decidirás si estás conmigo.

El mesero llegó con nuestros platillos. No más sonrisas. Mientras nos disponíamos a comer había perdido el apetito y solo me importó saber qué tendría que contarme que me hiciera cambiar de opinión. ¿Estaba ocurriendo demasiado rápido? Para nada. Había sido el tiempo justo. Más de veinte años para ser exactos.

Abrí mi corazón y me dispuse a escuchar.

Esa noche los alimentos me supieron de mil sabores y la champaña me cayó como una sustancia desconocida que mi cuerpo interpretó como cruda realidad. Rafael no solo me relató sobre sus experiencias con entes sobrenaturales, a lo cual yo adjudiqué a demencia o a un *delirium trémens*, me lo explicó con lujo de detalle. No pude procesarlo al instante. Me tomé mi tiempo.

Tres días. Martes, miércoles y jueves, largos como el invierno, que finalizaron en una visita a la residencia Mendoza. Una vez más, por la tarde, sin pensar que aparte de emitir mi respuesta una aventura juntos estaría por iniciar.

Capítulo 12

Sentimientos ocultos

Brrr. Brrr.

El móvil de Corina vibraba. Rodrigo y ella apenas habían abordado el automóvil, dispuestos a ser cualquier locura necesaria para rescatar a Édgar, sin plan, sin saber a ciencia clara cuál sería el segundo paso después de buscar desafortadamente el motel que habían visto en la meditación, cuando fueron interrumpidos por una llamada.

En la pantalla fluorescente que les encandiló los ojos a mitad de la oscuridad aparecía: “Papá”. Corina se estremeció y no supo por qué. Miró con azoramiento al piloto y este le exhortó a que respondiera. El cansancio corporal de ambos fue más consciente y se agudizó cuando aparte de la fotografía del empresario de calzado más importante del Bajío, por encima, se regodeaban los dígitos 2:48 a.m. Ella contestó.

—Hija... Necesito que regreses a casa, por favor. Quiero ayudarlos a encontrar a tu hermano.

—¿Q-qué pasó con mamá?

—Se fue con Nancy... ¿Vienes?

Corina caviló como si hubiera algo que ondeaba en el aire, algo irreconocible. Pronto aseguró que llegaría lo más rápido posible. Había olvidado que su padre se encontraba ahí cuando ella decidió escaparse de su madre, se vio culpable al no percatarse que de quien quería huir era de su madre, no de él, se merecía unirse al grupo de rescatistas, después de todo él había sido el único que no la había castigado por sus artes de bruja en toda su memoria.

Cantó J Balvin en cuanto Rodrigo prendió el motor, y él rápidamente apagó el estéreo y aceleró.

*

Aquella noche León había perdido la magia en sus avenidas, en lugar de eso, se cosechaba una abundante mata de misticismo, soledad y peligro. Los escasos ciudadanos que transitaban por las aceras lucían dislocados, con el semblante decaído y la postura marchita. Luna llena y frío. Los perros ladraban con cautela y los pleitos entre gatos habían encontrado un tiempo de paz; mejor los felinos se habían dispuesto a hacer orgías en los callejones. El eje principal de la ciudad era un campo de sombras y luces de ultratumba. Desolación a plenitud, donde cualquier envase de plástico provocaba un estruendo al azotar en el asfalto. Las luces titilantes de las tiendas de autoservicio de veinticuatro horas actuaban como un escenario de novela terrorífica norteamericana, y las gasolineras, ni hablar, los trabajadores eran zombis adheridos a los despachadores, con los rostros de quien acaba de ser desenterrado de su lecho de muerte y ni siquiera le llegó la notificación. Los ecos que retumbaban de aquí por allá hacían estremecer a cualquiera. Una ambulancia, rojo-blanco, rojo-blanco, se deslizó con velocidad y detrás de ella un neblumo, siluetas moviéndose, desapareciendo detrás de jardineras, postes y anuncios publicitarios de las paradas de autobuses. Parecía día festivo. Solo faltaban los borrachos, las cantaletas

obscenas y el vómito colectivo. Esa noche la mayoría de los leoneses dormía con suavidad y esperanza, algunos alistándose para reclamar justicia horas antes del meridiano, afinando pancartas y calentando gargantas, ninguno de ellos pudiera haber figurado que para algunos, aquellas eran sus últimas horas de vida. Y que pasarían a la inmortalidad en los archivos históricos de municipio.

*

—¿Papá?

Dentro de las cúspides y garigoleados coloniales, la estancia del hogar se discurría en mutismo. Los umbrales por donde se accedía a las demás habitaciones se habían convertido en estructuras altísimas que amenazaban, semejantes a seres que analíticos, observaban desde las alturas con recelo. Ninguna luz encendida, pero un fuego latente destilaba de las paredes conmoción, mezclándose con los claroscuros de los muebles y la decoración. La gravedad se puntualizó, era densa, costaba esfuerzo moverse, la anatomía humana se había tornado en un peso muerto que apenas, al cruzar la puerta principal, se detallaba en una especie de encadenamiento.

En todo el recinto se exudaba un aroma nauseabundo, carne podrida, o quizá leche fermentada, ácido, agrio, caloso e incómodo. Intimidantes eran las escaleras, cada peldaño se distorsionaba y se extendía, apartándose más y más, haciéndose ver más altos de lo que realmente eran, aminorando el deseo de ser utilizados.

Sala de estar, biblioteca, alcoba, pasillo hacia el área de cocina y el resto de la morada, ¡agujeros negros! Alguna vez la casa lució así cuando los pequeños Édgar y Corina jugaron a las escondidillas y para hacerlo más complicado cerraron todas las cortinas de las ventanas y apagaron los focos. Solo fue una ocasión, porque Susana reprendió a Édgar por haber permitido que ese juego del diablo se llevara a cabo, sabiendo que su hermana acostumbraba a imaginarse cosas en la negrura y que no podría dormir tranquila. Incluso así, la gran casa de estilo rimbombante se jactaba, presuntuosa, de su oscuridad, pintando de negros la cerámica japonesa, los jarrones de siete metales, las estatuillas de mármol, las figuras de porcelana inglesa, los bodegones vanguardistas de tonos pastel y paisajes silvestres. Quien construyó la propiedad debió sentirse muy orgulloso de la finura actual.

Rodrigo y Corina presintieron el horror. No tuvieron que decirse ni una sola palabra para retroceder lentamente, apartándose de las monstruosas escaleras cuando...

¡CLAC!

Se bloqueó la cerradura, a sus espaldas, la puerta era una pieza inútil empotrada en la pared. Una mesita de caoba y un perchero se recorrieron hasta la puerta, para aseverar que no podían salir. Ellos, asombrados, no contemplaron una ruta de escape. Respiraron profundamente.

—¿Corina? ¿Eres tú? —la voz de Rafael, que provenía de la segunda planta, vestía de un tono inusual.

Corina dio un paso adelante, Rodrigo la detuvo de un brazo.

—No vayas...

—Tengo que... No es mi padre, lo sé.

—Vamos juntos.

—No. Sea lo que sea, eso es lo que quiere. Mejor quédate aquí y espera.

Subió pasito a pasito, suave, suave, suavcito.

Las formas femeninas que estaban retratadas en las pinturas movieron sus cabezas y la miraron llegar al vestíbulo de arriba. Todas las recámaras estaban cerradas, caminó por los pasillos, guiándose por el llamado de su padre que continuaba consultando si era ella quien se acercaba. La

puerta de su recámara se abrió con un: “Iiiiiii”.

—Aquí estoy —vino de adentro.

Corina empujó la puerta sin fuerzas, hasta que por fin estuvo abierta por completo.

La luz de un sol candente entraba por la ventana y un viento cálido sacudía las cortinas traslúcidas de los ventanales. El canto de las aves revoloteaba y se degustaba un ambiente seguro, noble, protector. Rafael miraba los libros de metafísica, tarot y telekinesia que Corina tenía sobre un estante. Entonces giró hacia ella y sonrió. Estaba joven, sus gafas todavía no eran tan gruesas como las del presente. Corina se verificó las manos, eran pequeñas, sus pies diminutos, calzaba unos *flats* rosados y con un moño crema en las puntas. Era una niña.

Rafael se aproximó y la abrazó con amor.

—Mi niña hermosa, ¡qué preciosa mi muchachita, mi conejita!

Él la alzó y la puso sobre la cama. De repente la literatura holística desapareció y se cambió por unos caballos de madera pintados a mano, muñecas *Barbie* y libros para colorear flores abstractas mientras se podía aprender frases en francés. Corina esbozó una sonrisita, involuntariamente, sin embargo se sentía genuina.

»Mira lo que te compré —dijo Rafael y del fondo del armario sacó un enorme cubo envuelto en papel púrpura brillante, decorado con un lazo plateado con rosas grabadas.

La caja sumió ligeramente el colchón cuando él la puso sobre la cama.

»Es para ti, mi vida.

Corina levantó las comisuras de su boca, peló sus dientes nácar y relució una mueca de ilusión inocente. La fragancia característica de su padre la embriagó, la dulcificó, la drogó. Madera, anís, menta. Arrojó un grito de exaltación y aplaudió.

Cielo azul, cielito lindo, los pájaros incrementaron su *pío-pío-pío*.

»¡Ábrelo, Corina! Es tu regalo.

Rafael quitó el obsequio de la cama y lo puso sobre la alfombra de piel de borrego, para que la consentida pudiera desenvolverlo con más facilidad.

Pío-pío-pío.

Las manos de Corina parecían de Cabbage Patch, los deditos se movían con soltura, inquietos por desenredar lo necesario, ¡ya quería saber qué había dentro! ¿Una nueva *Barbie*, la cocinita Fisher Price que tanto anunciaban en el canal 5, el micro hornito, el DVD edición especial de las princesas Disney?

Pío-PÍO-pío.

¡Sí, sí! El padre se carcajeó.

»¡Ábrelo!

Corina comenzó a deshacer el moño, dos tiras de lazo resplandeciente cayeron a los costados, la tapa del cubo estaba dispuesta a ser removida.

PÍO-pío-PÍO.

»Jajajaja —se rio Rafael.

La pequeña puso sus manos sobre la tapa y apretó los puños. ¡Sí, sí, sí! Caliente, caliente, ¡caliente!. Corina lanzó la tapa a un lado...

PÍÍÍO000-PÍÍÍO000-PÍÍÍO000.

JAJAJAJAJA.

GRRRRRRRRRAAAAAAC.

Del interior de la caja emergieron las fauces de un cuervo y se introdujeron la cabeza entera de Corina, el pico terminó por su nuca. Ella gimió y puso sus manos sobre el animal de tamaño

exorbitante y quiso liberarse, la boca del ave comenzó a hacerle diminutas cortadas en el rostro.

AAAAAAAH.

»¿Te gustó mi regalo,... mi bebé... mi amor?!

La niña luchaba por recuperar su cabeza, el cuervo aleteaba y graznaba ensordeciéndola. De pronto, al fondo del hocico vio cómo se abría una luz, y ahí se divisaba una imagen difusa, lo que parecía ser una mujer y un par de niños, tendidos en el suelo... corría sangre por la tierra, paja, césped... la sangre brotaba a cántaros por las aberturas que tenían sobre la piel, eran cortadas profundas, la mujer tenía la más grande, justo en el pecho, se alcanzaba a ver parte de sus costillas... Movieron los labios:

—No teníamos la culpa.

AAAAAAAH.

Corina tensó las manos y con toda su fuerza se desenterró el pico, un hilo de sangre empezó a correr de sus palmas. Finalmente lo consiguió, cayó de sentón sobre la alfombra. El cuerpo adulto había vuelto. Todo. La penumbra. Se miró las manos, estaban limpias. Percibió una exhalación detrás de su oreja. Dio un salto brusco hacia adelante y rodó por el suelo. Al reincorporarse se percató de la presencia más extraña. Rafael, su padre, Ernesto, su abuelo. Un ente que mantenía las dos formas a la vez. ¿Veía doble? Mientras parpadeaba buscaba a tientas el interruptor de luz.

—¡Hija! ¿Dónde está Édgar?

—Estúpida. Jajajaja.

—Me decepcionas...

—¿Todavía piensas que no soy real?

—Sácame de aquí... Hija... ¡Cuidado!

—¡ATRÁS! —mandó Corina.

Rafael caminó con paso firme hasta a ella. Sonrió. La cogió del cuello.

—¡NOOOO!

Los pies de Corina se balanceaban en la nada. Los ojos, inundados de lágrimas.

—Perdóname, hija. Ya no puedo permitirte que sigas aquí. Es un riesgo.

—¡Suél... tame! No... ¡No eres mi padre!

—¿Y yo quién soy? —amonestó Ernesto.

—¡Fuera de este cuerpo!

—¡¿QUÉ?!

—Púdrete, maldito.

Rodrigo entró corriendo, con ambas manos sostenía un colmillo de marfil que estaba de exhibición en el pasillo exterior, le atestó un golpe en los brazos a Rafael. Corina cayó al suelo. Antes de que reaccionara el otro, Rodrigo le dio un porrazo más fuerte directo en la cabeza. Rafael quedó inconsciente.

*

Un escalofrío, producto del breve ruido penetrante y la gelidez del viento que entró por el cuarto, despertó a Édgar. Había dormitado unos minutos. Después de haber corroborado que el cuerpo inerte que tenía al frente no reaccionaba más, rebuscó en su cerebro el por qué se le hacía familiar la cara del cadáver, y el recuerdo aterrizó como aeroplano sobre pista mojada. Cuando corría por las calles del centro, fraguando dar con el paradero de su amante, chocó con él al coger una esquina, le extendió disculpas y el fulano le atizó un gesto de repugnancia. Eso fue todo. Lo que Édgar jamás sabría, era que el hombre habría representado una pesadilla si hubiera estado vivo, dado que se trataba de un ser perturbado desde joven, inestable emocionalmente y sádico,

que sufría de delirios psicológicos pero que siempre se presentaba con el mismo nombre ante sus víctimas; Charly.

La Chilindrina, barrigón y portando un *short*, sandalias y una playera mugrosa sin mangas cogió de los pies al bulto de huesos rotos y lo arrastró hasta la salida.

—Gracias por echarle un ojo, compa —le dijo a Édgar y sintió que la presión le haría estallar la cabeza.

La vista del secuestrado, fija como señalamiento vial, se mantuvo a la expectativa de lo que seguiría, el gordo y el muerto desaparecieron por el umbral y fue cuando distinguió el horizonte, no era nítido del todo, todo se cubría de un azul grisáceo, hierbajo, árboles y terracería. Nada más.

De repente Édgar no escuchó más ruido. La puerta continuaba abierta. Reviró a sus costados. El vendaval de la noche accedía con insistencia, generando un terremoto en las piernas lánguidas y extenuadas de Édgar. Se levantó. Silencio. Dio un paso y la cadena hizo un crujido. “¡Carajo!” Nada. Soledad. Tragó saliva y decidió avanzar, deslizarse con persistencia a la... ¿salida? Era imposible, seguía atado. Por lo menos quería asomarse, ver qué más había afuera. Debía encontrar alguna alternativa antes de cortarse el pie o lo que tuviera que hacer para escapar. Se movió hasta que la cadena estuvo tensa por completo y su tobillo dejó de circular flujo sanguíneo, estiró el cuello. Conservaba la mirada absorta en esa abertura que lucía como una dimensión distinta, sucumbida por la luna. Más hierba, arbustos y árboles, rocas, un terraplén a la distancia. Tal vez esa era su oportunidad, seguramente a la Chilindrina se le olvidó cerrar la puerta, convencido de que su presa no huiría, ah pero no conocía a los Mendoza, que eran capaces de lo que fuera para sobrevivir. Sí. Aquella era la señal. Un segundo más para asegurarse de que la zona estaba despejada. Pupilas enfocadas al umbral. Noche. Grillos. Esperanza...

¡Boo!

La cabeza de Charly, goteando perlas carmesí y con la expresión demacrada, apareció sostenida de los cabellos por una mano amoratada.

—Hola, guapo... —se burló la Chilindrina. Balanceó la cabeza y la arrojó hacia adentro del cuarto, después él entro dando tumbos como de acosador que desea intimidar al más débil.

Édgar tronó el grito más agudo de su vida y se tropezó hacia atrás por el susto, la cabeza asquerosa rodó por el suelo como balón de fútbol hasta que terminó en un rincón.

La Chilindrina se deshacía en carcajadas. Su estómago se mecía con ritmo y el sudor que descendía como agua en tobogán por su pecho velloso salpicaba por doquier. Continuó riéndose, se agarró la panza chelera con ambas manos demostrando un espasmo provocado por las contracciones de su diversión.

Otra vez, la erección. ¡Qué asco! Los calzones que eran de un *beige* no por color predeterminado, sino de antigüedad, concebían unas manchas blanquecinas y amarillentas en la parte frontal, donde el glande se comenzaba a endurecer y a brillar detrás de la tela húmeda, iluminado por la luz anaranjada pobre de la bombilla.

Más carcajadas. A Édgar se le erizaron los poros, una vocecita dentro de él le susurró que no había más opciones de escapatoria. Solo restaba un idea burda pero que podría ser eficaz. La creatividad desesperada brotó como espinilla madura.

—Jajajajaja —se rio.

El obeso bajó lentamente su euforia, reluciendo su máscara más tétrica que nunca. Se detuvo. De pronto, la risa de su prisionero lo asustó a él. Édgar prosiguió, incluso se agarró el vientre igual que él y pataleó. Paró.

—¿Qué es tan gracioso? —farfulló la Chilindrina.

—¿Bromeas?... —Édgar se puso de pie y se enjuago las lágrimas que ya habían emergido sin querer—. Dímelo tú... Yo solo comparto el chiste... Al fin y al cabo ya somos dos...

—¿Qué dices?

—Sí. No soy tonto... Sé que no me has matado por algo... —ahora el escalofriante era Édgar, sonreía—. Me quieres a mí... No a este pobre diablo, ¿verdad? Si eres tú quien todos dicen que eres, ya estuviera tumbado en cualquier esquina, desmembrado, ¿no es cierto?

La Chilindrina solo exhalaba, disminuyendo su ritmo cardíaco. Atento y con la guardia baja. Con los puños apretados, las piernas abiertas y el tórax inflado como gorrión.

»No nos hagamos pendejos —Édgar ya estaba más cerca del gordo que de lo que hubiera planeado, faltaban unos centímetros para poder tocarlo y que la cadena se tensara—, ¿qué tengo que hacer para que estemos juntos, y poder ayudarte?... ¡Dímelo!... Te aseguro que no es lo mismo... cuando el cabrón está consciente... ¿cierto? No hay química... Cuando se hace con gusto... ¡es riquísimo! ¡Eso es lo que quieres, ¿cierto?!

—No nací ayer... —expulsó la Chilindrina—. Maldito joto...

Édgar reconoció la voz, pero no le puso nombre.

—Aquí estoy...

—No puedes hablar en serio —la voz se colaba por la máscara y el aliento se percibía a mierda—. Gente como tú quieren que los demás hagan lo que a ustedes les place...

—¿Te conozco?

—¿Por qué?

—Creo saber quién eres...

—No —contestó inmediatamente, presintió que deseaban confundirlo—. ¡Cierra la boca, pinche joto!

—¡Tú ciérrala primero, puto! Si tantos huevos tienes me hubieras matado desde el principio. Mejor dime de una puta vez qué quieres de mí. ¡Habla!... Estoy... Estoy dispuesto a hacer lo que quieras. Yo no te voy a rechazar como los demás... —supo que ya tenía la atención de su atacante, solo faltaba convencerlo, ¿de qué manera? Haciéndole creer que estaba de su lado—. Podemos hacer un gran equipo... Ahora casi todo el gobierno te está buscando, están detrás de ti y no dudo que te encuentren pronto... Yo puedo protegerte, y si me conoces bien, sabrás que mi familia tiene contacto directo con la alcaldía... Podríamos desviar la atención a otro lado... ¡Lo puedo hacer! Ocultarte de la forma más eficiente, con la ignorancia policiaca y la prensa hablando de cualquier pendejada... Quítame esta chingadera de mi pie y déjame estar contigo...

»Quiero estar contigo... Siempre voy a estar contigo... —Édgar sintió una arcada en su estómago, náuseas. No se había dado cuenta pero si daba un paso más podría... acariciarlo. La dentadura le rechinaba, estaba oprimiendo la mandíbula con esmero.

—Tienes razón en algo... Siempre vas a estar conmigo.

Gulp.

Édgar pasó saliva. Le flanquearon las rodillas y lo disimuló contrayéndolas.

»Sí... no te quiero para que termines como ellos... Después de todo empecé esto por ti...

Los ojos de Édgar casi se salieron de sus órbitas.

Jajajajaja.

»Eddy Mendoza... Eddy... Guapo Eddy... —la Chilindrina extendió sus brazos y reposó sus manos sobre los hombros de Édgar—. Sabía que este día llegaría... Confieso que a veces dudé, pero míranos, lo conseguimos... Así lo quiso Dios...

»Aquí nadie nos va a poder juzgar, ¿verdad?

—Verdad... Aquí estamos a salvo.

—Vamos a estar juntos, ¿verdad?

—S-sí...

—¿Y vamos a coger y coger y coger, verdad?

—Ajá...

—Entonces... —el hombre retiró sus brazos. Se irguió—. Entonces ya me puedes ver...

Édgar casi pudo escuchar un grito que resonó en sus entrañas, se limitó a asentir con el semblante. Realmente no tenía idea de quién estaría detrás de esa máscara horrorosamente infantil, ni de por qué había sido tan sencillo convencer a su secuestrador, quizá, porque estaba verdaderamente seguro de que no habría manera de escapársele. Eso lo hizo dudar, eso solo representaba que sus posibilidades eran nulas, ni siquiera sabía dónde estaba, qué tan lejos de casa se había apartado, absolutamente nada...

Se mantuvo firme y nuevamente sonrió, y si él mismo hubiera podido verse se hubiera dado lástima. Su aspecto era humillante.

El panzón levantó las manos y las puso sobre la máscara... Empezó a deslizarla tomándose su tiempo, meditándolo, saboreándolo... La Chilindrina se despegó del monstruo, finalmente la pieza de plástico quedó suspendida en el aire... El destello ámbar bañó la epidermis, el cráneo con una cabellera deplorable, casi calvo. La papada hacía una sombra espeluznante, los ojos hundidos detrás de unas ojeras inflamadas y violáceas, la nariz gruesa, con forma de patata, los labios, gruesos y de un tono moreno purpúreo...

Sin palabras. Édgar no poseía. ¿Qué podía decir? Ahí estaba. Inimaginable. ¿Por qué él? ¿Por qué este güey?

Jaló una bocada de oxígeno y formó:

—¿Maestro?

En su mente: “¿Cara de papa?”.

*

—Ya vendremos por él, lo prometo...

El nuevo equipo de combatientes que lucharían contra las fuerzas oscuras había hecho una gran labor: Amarrar al señor Mendoza a una columna de las escaleras, donde la barandilla comenzaba a descender desde la segunda planta de la casa. Era el punto más fuerte, la estructura era de madera de roble de un grosor considerable como para ser removida, además fue lo más improvisado que llegó a las mentes de los jóvenes.

La noche avanzaba soberbia, derrumbando las barreras de las posibilidades y el regusto era melancólico. A Corina le dio una punzada en el cuerpo, no había sido por la agresión ni porque su cuello estaba pasando de un guinda a un azul plateado, era más por ver a su papi en tal estado. Aquel hombre que la había llevado a las maquinitas y que le había comprado una goma de mascar cuando por reírse otra se le cayó en el piso y porque ya la había chupado el diablo. “Papá, ¿qué fue lo que te ocurrió? ¿Por qué te eligió a ti?”. Zurita le recordó que era hora de irse, ya había encontrado la ubicación del Motel Monte Celeste en Google Maps y quedaba a treintaicinco minutos de distancia según la vocecita robótica, que parecía una especie de mujer amargada y frustrada.

Grrrrrrrac.

Rafael despertó y empezó a proyectar patadas al aire, sus muñecas estaban enredadas con varias mantas y con cinta adhesiva de construcción, brotó bilis de sus comisuras y sus ojos

estaban inyectados en venas hinchadas, gruñía y se carcajeaba a la vez que se le salían eructos. Corina no formaba, no... simplemente no podía... ¡Maldito demonio!

—¡Corina, vámonos ya! —gritó Rodrigo y la jaló de un brazo, esquivaron un zapato que salió volando y descendieron las escaleras apresuradamente. Antes de cerrar la puerta Corina echó un último vistazo al monstruo que había poseído a su padre, ya se encargaría de eso después.

*

Esbozó un quejido y abordó el Golf de su cómplice, aguantándose las ganas de ponerse a llorar como una niña, como la pequeña que había vuelto a ser en ese juego psicótico al que la habían metido. “Papá, te extraño... Perdóname por no querer estar más tiempo contigo... Perdóname por alejarme y pensar, que tenía que alejarme de ti para madurar... Papi... ¡perdóname!”. La mano de Rodrigo sobre un hombro la reconfortó como Aspirina cae para la resaca. Olvidó el sufrimiento al mirar las luces intermitentes de los remolques que iban por la carretera hacia Purísima del Rincón. Y extenuó la fragilidad al bajar del carro y apretujar el entrecejo ante las letras neones parpadeantes del motel que contaba con un *room service* que incluía dildos, lubricantes vaginales, prostitutas o gigolós. Turquesa, magenta, amarillo. Resplandecía la moda gráfica ochentera en todo su esplendor.

Después de que la recepcionista les ofreciera las habitaciones y tarifas por el intercomunicador, Rodrigo le externó la urgencia de hablar con la gerencia dado que estaban buscando a un ser querido que había sido raptado. La señorita que jamás se dignó a aparecer les comentó que no sería posible, pues los videos de sus cámaras de seguridad estaban protegidos por su políticas de privacidad, y que para obtener el acceso a esa información necesitaban una orden oficial, al parecer no era la primera vez que alguien llegaba en la madrugada pretendiendo recibir la identidad de los huéspedes. El personal del motel ya estaba habituado a esposas engañadas y amantes despechadas que cada par de días llovían como granizo en sus instalaciones, clamando por piedad para saber si los mentecatos de sus parejas les ponían el cuerno.

—No es posible, joveeeen —impuso la recepcionista, con ese tonito característico de quien se cría en los barrios más violentos de México.

Corina suplicó que les diera solo un minuto para explicarles la situación, se trataba de un familiar y no de cualquier cosa. La bocina le dijo que si le hicieran el favor a cada una de las personas que llegaban ahí con cuentos de mártir ya habría quebrado el negocio, que se fuera a otro lado a verle la cara de estúpida a alguien más; a la dependiente ya no le importó cuidar al cliente, estaba segura de que aquel dúo no entraría.

PIIIIP-PIIIIP.

Un Volvo dorado ya había perdido la paciencia. Adentro venía una diputada con otra diputada y les urgía hacer negociaciones entre sábanas.

—Salga del camino, por favor —ordenó la recepcionista y alertó que llamaría a la policía si no se largaban de inmediato.

Rodrigo se dio de reversa y salió por el retorno del acceso al Motel hasta que el “Monte Celeste” les quedó a sus espaldas. Parqueó junto a la carretera. Alrededor, negro como el mezquino de una bruja maléfica.

No aguantó más, Corina vertió todas las lágrimas que había contenido durante la noche. Habían ocurrido tantas cosas en pocas horas, y las que faltaban.

—Ya no sé... ¿Qué más podemos hacer? —murmulló ella entre sollozos.

—Debemos mantener la calma... —expresó Rodrigo ahogando un lamento, también ya no sabía qué hacer, hizo lo que se le ocurrió en el instante, abrazó a su compañera.

Ambos lloraron. Y cuando los llantos y la garganta ya no les dio para más, se despegaron, se secaron las muestras de vulnerabilidad y carraspearon. El momento de desahogo había finalizado. A pensar de nuevo.

—Si nuestros guías nos mostraron este lugar debió ser por algo. Tenemos que ver más a fondo.

—¿Dónde buscamos?

—Ya estamos aquí, tal vez deberíamos preguntarles ahora qué sigue —Rodrigo extendió el brazo y abrió la guantera, sacó una bolsita marsala de terciopelo cerrada con un hilo azafrán, deslizó un extremo y un péndulo de cuarzo blanco sostenido de una cadenita de plata quedó al descubierto—. Salgamos del auto... —los dos se pusieron frente a la carretera que aullaba con cláxones y chillidos de neumáticos—. ¿Sabes lo que es, verdad?

—Por supuesto, claro que nunca he tenido uno como el tuyo.

—Es un regalo de mis padres, fue bendecido por un chamán de la sierra tarahumara. Normalmente lo tengo guardado en mi habitación pero lo tomé antes de irnos de mi casa, así como esto —Rodrigo sacó el collar de amatista que traía puesto debajo de la camiseta, la piedra no era uniforme.

—Amatista y... obsidiana, los bordes tienen obsidiana...

—Así es. Estamos protegidos, Corina. Confía.

—Lo haré.

—Bien, quiero que te enfoques nuevamente. Realizaré la pregunta... —ambos mantuvieron la mirada en el péndulo, aguardaron unos segundos a que el gélido viento se apaciguara y el objeto quedara inmóvil por completo.

Una mujer de intendencia del motel salió a sacar una bolsa de basura al depósito, y miró a la parejita a lo lejos, entonces apresuró el paso de regreso, en la iglesia le habían dicho que esos artilugios eran provenientes de Satanás.

»Madre. Padre. Espíritu Supremo. Si es tu voluntad, muéstranos la dirección concreta de Édgar Mendoza de la Garza... ¿Hacia dónde tenemos que ir? —*PIIIIIIIIP* un camión los distrajo de súbito, recobraron la concentración—. Por favor, Pachamama... dime, ¿hacia dónde tenemos que ir?...

El péndulo se empezó a balancear hacia adelante y atrás, con ligereza, después comenzó a moverse en diagonal.

»¿Cuál camino?...

La punta del péndulo se quedó suspendida en el aire, literalmente como si alguien la tuviera agarrada horizontalmente. ¿La indicación? Continuar recto, había que ir más lejos todavía. Rodrigo se impresionó, por primera vez su artefacto había sido más claro que el agua, normalmente se había dispuesto solo a moverse de un extremo al otro, esta vez, la fuerza del universo lo movía con certitud.

Fue suficiente, Édgar y Corina se subieron al coche y tomaron de nuevo la carretera.

*

Alberto Rodríguez Lara, alias el “Cara de papa” por su anatomía que era generadora de burlas y *bullying* natural entre los estudiantes, había sido criado por una pareja de derechistas, católicos extremistas y doble moralistas, en las costas de Veracruz, sucumbido por el cinturón de cuero que le daba en la jeta cada que su padre lo descubría leyendo revistas para jovencitas a escondidas en su cuarto de adobe y techo de lámina. Creció con una idea ponzoñosa acerca de su sexualidad. Con el tiempo fue desarrollando una carcasa más varonil, engordó, atiborró su cuerpo de grasa con base en el miedo a ser él mismo, y su piel cacariza y prieta no fueron favorables como para

casarse con alguna mujer y continuar la farsa de vida que llevaba. Hasta que años más tarde se graduó de la maestría de relaciones públicas y consiguió un trabajo de profesor en el cual llevaría quince primaveras ininterrumpidas hasta que todo cambió el día que decidió aventurarse a un bar llamado “La Mujercita” que quedaba por el Blvr. Mariano Escobedo, casi en esquina con el Blvr. Francisco Villa, ahí, indeciso en mostrar su identidad se aventuró a mezclarse con todo el proletariado homosexual, creía que tal vez ahí nadie lo reconocería, al fin y al cabo, le enseñaba a pubertos insolentes, “fresas” y payasos en la Universidad Iberoamérica; muchachos que lo veían con aversión y fraguando salir lo más pronto posible de sus clases monótonas. Así se armó de valor para pedir una Minerva Viena súper helada y se dispuso a disfrutar del espectáculo travesti de aquella noche.

Alguien lo tocó por el hombro, y luego apareció frente a él con una mueca burlesca. ¡Un alumno! Era imposible. ¿Cómo podría explicar que estaba allí por primera vez y que le creyeran? ¿Cómo podría decir que ya estaba hartó de jalarsé el pene con videos de internet y películas españolas de sexo gay barato? ¡¿Cómo?! Porque ni para contratar prostitutas se había animado. Más bien, él quería otro tipo de afecto, uno real, uno sincero, más allá de la penetración.

El joven, sin pensar que aquel había sido el peor error que había cometido, lo invitó a la mesa donde estaban los amigos con los que venía. Al chico le pareció que no podía dejar ahí solo a ese saco de papas, de por sí se veía que su vida era miserable mientras yacía de pie luchando contra los *smartphones* para acaparar la atención de su alumnado, merecía un acto de compasión. Pero el profesor se rehusó, no podía lidiar con empaparse de la saliva de la “chaviza”, es más, ya se tenía que retirar, recordó que debía revisar unos exámenes. El joven insistió, pobrecito:

—Venga, profe, ándele... si no me tendré que quedar con usted, no sea así —le dijo y un aliento a cebada le embriagó el olfato al Cara de papa, y la respuesta fue negativa.

Alberto se levantó de la mesita donde estaba, el *show* que tenía como protagonista a “La Malquerida” apenas llevaba cinco minutos cuando abandonó el recinto, empujando a los amanerados y olvidando doscientos cincuentaicinco mililitros de brebaje ámbar.

Las manos estaban como maracas, sacó las llaves del bolsillo de su pantalón y las introdujo en su cochecito de los noventas, que todavía lo traía de acá para allá a pesar de atronar los tímpanos al arrancarlo. Abrió la puerta y escuchó su nombre amplificado en la soledad del estacionamiento. El chico del congal venía hacia él y le hacía señas para que se detuviera. Alberto se quedó en seco, parpadeando y frunciendo el entrecejo.

—Profe, discúlpeme si lo ofendí, no era mi intención... —soltó con un hilo de voz agitada aquel joven y entonces Alberto, no logró divisar las verdaderas intenciones que se regodeaban frente a él.

»¿Puedo irme con usted?

—¿Qué dice usted, joven Carmona?...

—Que si me puedo ir con usted... ¿Me lleva a mi casa?... Ya no quiero estar aquí.

Cara de papa se quedó sin habla y de pronto él mismo olió su hálito a desconcierto y congoja. Imaginó en su cabeza que tal vez aquel joven de cabello relamido estaba pasando lo mismo que él, sentirse desplazado o como un ente extraño en un grupo donde no había nada más que compartir, inclusive por sus propios amigos, como le había sucedido a él, cuando no conseguía amistades porque no había intereses en común. Empatía, eso fue un paso más para la repentina desgracia por venir. Se afianzó cuando el chico le suplicó de nuevo y esbozó un gesto enternecido, tal Gato con Botas de *Sherk*. Entonces abordó el vocho y luego le quitó el seguro a la puerta del copiloto. El chico se subió apresuradamente y el adulto no acertó con la expresión de triunfo jocosos que se

había plasmado en aquel rostro. Salieron del establecimiento.

Al tomar el Malecón del Río de los Gómez, después de que Carmona le explicara a su maestro que estaba triste porque sus padres no lo querían por maricón y que sus amigos lo discriminaban por no tener el mismo dinero que ellos, consiguió que Alberto bajara las defensas y abriera su corazón. Fue entonces que lo supo vulnerable, como un perro callejero que ha sido golpeado por maleantes y anda solo bajo las estrellas, sin lugar donde fallecer con dignidad.

Ahí, aprovechándose de un semáforo en rojo, Carmona recorrió unos dedos tambaleantes hacia un muslo del Cara de papa. Estaba comprometido en ganar la apuesta que le había hecho a sus amigos, sí, a esos que supuestamente se bufaban de él. El plan era grabar un video bochornoso del gordo patético al que todos odiaban, nomás por que sí, y aquello sería algo que mataría de risa a todos, al día siguiente el video comprometedor estaría circulando por todas las redes sociales.

Cosquillas, eso fue lo que percibió Alberto al principio, y luego un escalofrío que le llegó hasta las sienas. Boquiabierto, clavó su mirada en el joven que ahora tenía un aspecto lascivo infrahumano, y eso le excitó, pero también lo amedrentó. La luz del semáforo ya estaba en verde, pero no se había percatado de eso porque a su alrededor ya no había almas presentes.

—¿Sabe algo, profe? Usted siempre se me ha hecho muy guapo... —dijo el chico con una sonrisa de quien pretende cerrar una negociación a su favor—. Usted me provoca muchas cosas, ¿quiere saber cuáles?...

—¿Cuáles? —susurró el Cara de papa casi con miedo a que se le derritiera la boca.

Carmona se deslizó hasta instalar sus labios junto a una oreja repleta de cerilla de su docente y murmuró unas palabras que combinaron a la perfección con la calidez de su exhalación. Alberto dio un trago y casi soltó un gemidito raro, tensó las piernas y las puntas de sus pies se hicieron hacia adentro, por poco y soltaba el freno. Su pantalón dio un chasquido, la tela de algodón se había estirado en un santiamén, como si fuera adolescente, el sexo se le puso rígido en un parpadeo. El chico bajó la mirada hacia la pelvis que se confundía con el vientre abultado del señor, sonrió;

“Pobre diablo, esto comprueba que nadie se lo folla”.

—Estaciónese aquí a la vuelta...

Como si fuera soldado y el otro comandante, Alberto acató el mandato y aceleró en cuanto el semáforo se tornó rojo. Parqueó junto a un callejón alledaño. Carmona le cogió una mano rotunda al Cara de papa y se la puso en su bulto que para mala suerte del otro estaba lánguido. “Tóqueme” impuso y empezó a sacarle la camiseta del pantalón a Alberto, lo cual era una tarea bastante complicada, luego le desabrochó el cinturón a la fuerza, la ropa y los accesorios estaban demasiado ajustados, finalmente le bajó la bragueta, metió su mano y le jaló el calzón hacia abajo. “Qué rico”, mintió, y comenzó a masturbarlo. Alberto estaba en las nubes, habían trascurrido cuarentaiún años para que llegara el instante en que tuviera contacto físico con otro hombre, ¡cuarentaiuno! Adentro su conciencia le dijo que esa noche iba a ser la mejor de su vida, para empezar, desprenderse de esa maldita virginidad.

—Cierre los ojos, profe... ¿sí?... papi...

Cara de papa obedeció y echó su cabeza hacia atrás, sabía lo que estaba a punto de suceder, sentiría la calentura de la lengua de aquel joven que había reprobado en más de una ocasión, porque jamás había entendido la diferencia entre un mitin y un boletín. Sin embargo, eso ya no era relevante, ahora estaba viviendo su sueño más húmedo. Sería un pecado cavilar en menesteres que... ¡oh!

El glande lo sintió como fuego, y a la vez, baboso, una delicia, y se movía, y hacía un *puac-*

puac. ¡Cielo santo! Qué maravilla. “Cuánto tiempo me ha castigado Dios con la ausencia de esto”. Con aquello sentía que se le llenaba de alcohol la sangre y lo emborrachaba de pasmos y lujuria. Gimoteó como niño que recibe un puntapié en los tanates, pero no de dolor, bueno, sí un poco, de una emoción incontenible. Mojado, se estaba mojando y percibió cómo gotas de saliva aterrizaban en la base del miembro y comenzaban a resbalar hacia sus testículos.

¡CLIC!

Despertó. El joven tenía una mano con los dedos empapados mientras estimulaba su pene, en la otra, tenía un celular con el *flash* encendido. “Mierda” pensó el desafortunado. No solo había olvidado apagar la función automática del *flash*, también el sonidito falso de cámara fotográfica de su Nokia. Lo único que se le ocurrió fue decir un estúpido: “Ah, es que... quería que nos grabáramos”. Antes de descender el brazo soplón para guardar el móvil, entretanto su sonrisa había pasado a un nivel de nerviosismo, el Cara de papa lanzó su mano para arrebatárselo. Y empezaron a pelear.

—¡Bórralo! ¡Bórrelo, joven Carmona! —exigía Alberto mientras luchaba por quitarle el aparato a ese escuincle irresponsable.

—¡Suélteme o le hablaré a la policía! —atestó Carmona pero su amenaza no funcionaba—, ¡Basta, no grabé nada, por favor!

—¡Déjame ver!

—¡NO!

—¡Dámelo!

El chico se liberó de una mano y le atizó un puñetazo en el rostro. Cara de papa gruñó y se detuvo por un segundo. Carmona se expulsó del automóvil. Alberto se espabiló y salió también.

La calle, yacía solitaria, resguardada por unas lámparas titilantes macabras.

Ya en libertad el joven se dispuso a desparramar su petición de pase a la tumba.

—¡Pinche viejo asqueroso! Ya parece que iba a querer algo con usted. ¡Guácala! —bramó.

—¡Cierra la boca, jovencito!

—A usted lo van a despedir, cabrón. ¡Por puto! Lo voy a demandar. ¡Ya verá!

—¡Ven, acá! —Cara de papa corrió hacia él. Las rodillas le tronaron, el espasmo lo hizo azotar de cara en el pavimento.

Carmona se carcajeó con desdén, alzando el tono y exagerando.

—¿Qué pedo, Cara de papa? ¡No mames!... Según tú me ibas a... ¿hacer qué? Jajaja. ¡No mames! —el joven se aproximó hacia él, y quedó justo frente a su cabeza mientras Alberto alzaba la vista lo más que podía para verlo—. Patético...

Alberto agarró a Carmona por los tobillos

»¡Ah!

Cara de papa lo jaló hacia él, el chico resbaló y cayó de golpe sobre la espalda y la nuca remató con un traquido hueco. Al Nokia se le rompió la pantalla, nunca los volvieron a hacer como antes. Alberto se incorporó y se puso sobre sus rodillas adoloridas, gateó hasta el joven, miedoso a lo que había ocurrido, lo había logrado callar, ¿pero ahora?

—¿Joven Carmona?... ¡Joven!

No contestaba. ¿Lo había matado? No todavía.

El chico abrió los ojos con un susto espeluznante, después, amenazador. De rencor.

—¡Pinche Cara de papa! —fueron sus últimas palabras.

Alberto dio un respiro, incrédulo, y entonces, ya no supo de sí mismo. Proyectó ambas manos y las apretujó en el cuello del muchacho, y apretó, apretó, el otro se quejaba y la lengua se le había

atascado entre los dientes, apretó, apretó, apretó, más fuerte, y apretó. El brío en la mirada de Carmona se esfumó.

De pie, se asombró al ver lo que había hecho. Y le sorprendió no asustarse, al contrario, una sensación de satisfacción lo recorrió por toda la epidermis.

Esa vez no degustó su obra del todo, tuvo que encontrar la forma de esconder su fechoría. Introdujo el celular roto en los *jeans* del joven y luego, asegurándose que no hubiera testigos, lo arrastró hasta la esquina de la calle, todo estaba de su parte, solo, como obra de teatro experimental, entonces, completó el proceso. Arrojó el cuerpo al río del Malecón y se encomendó a Dios para que ocurriera lo que fuera. Se persignó y se fue campante a preparar la clase del día siguiente, inconsciente de que su alma le exigiría al poco tiempo esa sensación de riqueza, lujuria y orgasmo que le había producido haberle arrebatado la vida a alguien más.

Aquel fue el inicio de “El Guapo”.

*

Parecía que su historia sería distinta en esta oportunidad, sí, así parecía todo, el hombre con el que se había obsesionado las últimas semanas estaba a su disposición, le había dicho que sus perfidias las había realizado por su causa, en parte sí, cuando le fue inevitable borrar de su psique las facciones pronunciadas y pómulos rotundos que asemejaban una entidad prehispánica y que llevaban el apellido Mendoza, a él le gustaban así, hasta cierto punto toscos, machos e impregnados de las hormonas que se expedían en cada fibra de las axilas, la entrepierna y las plantas de los pies. Ese olor a... humor... peste... queso añejo... semen... saliva... a virilidad. Creería una vez más, pues ya había conseguido el premio mayor, la verdad, teniendo a Édgar ahí ya no veía más motivo para continuar desquitándose con muchachitos que no tenían la culpa. Ya era momento de descansar. La compañía la tenía garantizada. No habría que mancharse de glóbulos rojos de nuevo, ¿ya pa' qué?

—Así es, joven Mendoza... Soy yo...

—Es... Digo... Es algo que no me esperaba —Édgar se esforzó en conservar la galantería—. Quisiera saber solo una cosa...

—Lo que tú quieras... —de repente el Cara de papa había cambiado de un asesino maniaco a un civil común, tranquilo por la educación, triste por la dureza de la realidad.

—¿Por qué me escogió a mí?... Ni siquiera era el más inteligente del salón...

—No-no-no-no, es que no ha entendido, joven... —se chupó los labios—. Yo solamente lo quería a usted, a-a ti. A mí no me importan tus calificaciones, me importas tú —presumió su dentadura amarillenta—. Ya sé que esta no es la manera pero, solamente así podría convencerte de estar a mí lado...

—¿Se da cuenta de lo enfermo que...? —corrigió; “Aún sigues encadenado” pensó—. Olvídelo... Está bien, yo entiendo... Pero, ¿cómo dio conmigo?

—Fue fácil, ustedes los homosexuales son fáciles de encontrar... Jijiji. Se la viven en bares, ¡culos calientes!, aunque... eso no quiere decir que tú seas igual... quiero decir, tú no eres igual a ellos, tú eres hombre, muy hombre... di contigo por casualidad, te vi correr por la calle, yo... —risotada, adelante—. Yo ya me iba de hecho... Ya había atrapado al puto de Charly, imagínate que el tipo me ofreció sexo por dinero, no-no-no, yo nunca haría eso... ¡es asqueroso!... Lo tuve que callar... Ni modo, se notaba que era un vagabundo, lo supe cuando vi que no tenía ni billetera... Me dio sed cuando lo subí a mi cajuela, así que fui por un Nestea al Oxxo, entonces te vi. Ahí estaba, joven Mendoza. Corriendo, desesperado y quién sabe por qué...

—Buscaba a... —Édgar se detuvo, presintió que no era conveniente revelar la existencia de su

pareja, traería confusiones y arruinaría su plan de escape—. un amigo. Mi mejor amigo, ¿lo ha visto? —“Que diga que no, por favor” se dijo en sus adentros.

—¿A quién?

—Rodrigo Zurita...

—No me suena... Tal vez no toma clase conmigo.

—Efectivamente... —una brisa de alivio acalló a Édgar.

—Entonces, ¿sí te quedarás conmigo? —dijo Cara de papa.

—Por supuesto —respondió con un hilo de voz, y sabía que su plan de acción tenía que comenzar ahora mismo—. Ya hemos hablado demasiado, ¿no crees?... Mereces que te dé lo que tanto has estado esperando...

La cara de Alberto se iluminó por completo, cual niño recibe un caramelo, él sabía que lo estaban manipulando, pero le era irrelevante, no había forma de huir de su trinchera, tenía toda el área asegurada y por eso se dejó llevar por los intentos mediocres de un muchacho que todavía creía en los finales felices. Aquello le traía más excitación, el saber que se habían invertido los roles, ahora, su víctima desearía jugar al papel de complaciente y eso, era lo que estaba esperando.

Édgar empezó a caminar hacia atrás, hasta recargarse en la pared, no sin antes cogerle la mano sudorosa al Cara de papa y llevarlo junto con él. ¡Qué sonrisa más grande!

»Ven... Hazme lo que quieras...

Dedos todavía reposaban sangre, negruzca y que empezaba a secarse. Ojos a la distancia, abiertos, de una cabeza desprendida del cuerpo, para ser espectadores del acto que estaba por iniciar, con una cabellera húmeda y llena de lodo. Aliento a fluidos intestinales. Erección que chocaba por encima de su ombligo, viscosa y maloliente. Lengua resbaladiza que descendía por el cuello y terminaba en cada uno de sus pezones. Caricias rasposas. Mojado. Caspa en el cuero cabelludo. Una masa pesada que lo comprimía hacia los ladrillos. Besos y arrumacos. Arcadas en el estómago. Regusto a agrura. Perseverancia. Frotaciones y líquido. El flujo preseminal ya brotaba de los calzones del obeso, Édgar se los quitó en un arrebato. El pene, repleto de esmegma y goteando. Debía ser convincente, empezó a recorrer su prepucio y a regresarlo. Cara de papa gimoteaba. Exhalaba hambruna y acidez por sus fauces. Fétido, insoportable. Édgar giró al mastodonte para tenerlo de espaldas y este se emocionó aún más y se inclinó, y las enormes nalgas aterrizaron en la pelvis del joven. Édgar sintió la calentura acuosa de aquel trasero. Requesón podrido, amargo, excremento, fragancia que subió de súbito a las fosas nasales de Mendoza. Cara de papa empezó a restregarse, debido al movimiento, el sexo de Édgar llegó a inflarse débilmente.

»¿Quieres que te coja?...

—Sí, joven. ¡Sí!

—Desátame...

—¿Qué? —reviró Alberto perdiendo el éxtasis al unísono.

—Quítame esta chingadera y déjame cogerte como tú quieras. Te voy a dar todo... ¡Ya verás!

—No te estorba...

—Para lo que te quiero hacer sí... ¿Qué no dijiste que siempre estaríamos juntos? Quiero estar cómodo para hacerte mío... Quiero metértela toda y que ambos lo gocemos...

Alberto salió disparado, pateó la cabeza de Charly y esta rodó hasta el otro extremo del cuarto. Junto a la puerta que aún seguía abierta había un hueco entre dos ladrillos. Donde debería haber cemento, Cara de papa metió un par de dedos y sacó una llavecita plateada. Regresó con Édgar y se puso de rodillas, desbloqueó el candado y lo arrojó a un costado, desenredó la fría cadena de

acero del tobillo amoratado y la aventó. Édgar lo cogió del rostro y le plantó un beso. El beso más nauseabundo que daría en su vida.

»Ponte... Te quiero coger...

—Sí, joven.

Nuevamente las pompas fétidas sobre su desnudez. Édgar le empujó la espalda suavemente para que Alberto se empinara y él lo hizo con soltura y abrió las piernas, pudo ver su ano, restos de evacuación, apretujándose y soltándose. Listo para recibir.

Édgar levantó su pie derecho, le atizó una fuerte patada. Cara de papa aterrizó de boca en el piso.

¡AAAUCH!

Édgar agarró la cadena y la sacó del aro que estaba clavado en la pared, sujetó ambos extremos con sus manos y saltó encima del esperpento. Deslizó la cadena por debajo del cuello de Cara de papa y tiró hacia arriba. Le clavó sus rodillas en la espalda, y parecía que estaba tratando de montar a un toro, pues el otro se zangoloteaba, patéticamente, su gordura no le permitía realizar un movimiento rápido para liberarse. Édgar tensó más, ignoró las lágrimas que empezaron a correr por sus mejillas y el ardor de sus manos y muñecas. Continuó tensando y fraguando no caerse del animal.

Cof... Cof... Guac...

La lucha se esfumó, todo el cuerpo de Cara de papa se tornó más grávido. Inerte. Los brazos retozaron a los costados, la columna se dejó de retorcer, todo se volvió un saco de piedras. Édgar soltó la cadena y la cabezota de Alberto azotó con un crujido aterrador.

Édgar escapó.

Capítulo 13

Algunos se van, otros regresan

Cualquiera hubiera dicho que perseguir una corazonada era absurdo, una pérdida de tiempo y esfuerzo, la excusa para aquellos que no quieren hacerse responsables de las verdaderas obligaciones, para los que se dan por vencidos, para el dúo de jóvenes que viajaba en plena carretera a temprana hora de la madrugada no era el caso. El péndulo cristalino lo habían colgado detrás del retrovisor y se había vuelto una clase de imán, una brújula que se mantenía derecha, suspendida en la nada, como GPS que va dirigiendo la ruta. Así se había mantenido unos cuantos kilómetros por la carretera León – Aguascalientes, hasta que de pronto se venció y fue como si le hubieran arrebatado la fuerza. Rodrigo frenó con audacia y salió del camino creando una polvareda y un quejido comprimido de su acompañante por el estrepitoso jaloneo.

—¿Ahora qué, a dónde vamos?

El cuarzo levitó con lentitud y apuntó hacia su derecha, donde solo había maleza y profundidades lóbregas.

—No se ve ningún sendero, ¿por dónde se supone que pasaremos? —espetó Corina.

—Eso no es lo importante —aclaró Rodrigo, giró el volante y apretó el pedal, el coche cayó en un bache, se atascó por unos segundos y luego salió disparado.

Las llantas al galope, la carrocería rechinante, el tablero traqueteando, los faros de niebla parpadeando, ¡adelante! Sin importar estropear los amortiguadores Rodrigo aceleró el motor, en lo único que estaba enfocado era en el péndulo, otra vez estaba recto, apuntando hacia el horizonte.

“Ya casi llegamos por ti, Édgar”.

—¡Cuidado!

El auto derrapó y se sumergió en un neblumo de césped seco, piedras, polvo y hierbajo. A pocos metros se discurría un barranco, Corina lo había alcanzado a divisar, más con su habilidad psíquica que con sus ojos. Descendieron a tierra firme. Tosiendo y sacudiendo la contaminación del ambiente. Bajando el empinado ahí estaba el sendero que estaban buscando. Aproximadamente trescientos metros a la distancia se veía una pequeña propiedad, lucía como una bodega con la fachada sin enjarrar y con un portón violeta oxidado, apenas se podía ver con la luz del amanecer. Detrás, la planicie árida y repleta de arbustos, álamos y rocas. Rodrigo se adueñó del péndulo otra vez y en esta ocasión le aterró lo que sucedió, antes de estallar en miles de pedacitos señaló la construcción con detenimiento. No había más claves. La resolución del acertijo estaba frente a él.

—Ahora sí, llamemos a la policía...—sugirió Corina.

—Hemos llegado hasta aquí en este preciso instante por algo, si quieres llámalos pero no cambiará nada... —Rodrigo empezó a descender por los barbechos.

—¡Espera! Si el asesino sigue ahí ¿qué haremos? Ni siquiera traemos nada con qué

defendernos.

—Lo sé... Pero no hay tiempo, Corina. Ya llegamos. No voy a perder un segundo más, discúlpame, pero iré contigo o sin ti...

La firmeza de su cuñado embelesó a Corina, dio un respingo, cogió su larga cabellera y la izó hacia atrás, se hizo un nudo, formando un peinado de tía amargada y solterona o de abuelita acicalada y le extendió la mano a Rodrigo para que le ayudara a bajar.

Iban desarmados, solamente tenían la fe y el respaldo de los cerúleos, celestes y magentas que empezaban a pintar el paisaje; el sol, asomaba el copete detrás del campo basto de vegetación. Corrieron a través de pastos amarillentos que los alcanzaban en altura, matorrales, arbustos de espinas y saltamontes. La casita de ladrillos se veía cada vez más cerca, y con cada respiración Rodrigo sentía que su corazón latía más fuerte, con esmero, como si la fuente de sus meditaciones estuviera alojada ahí, sumergida en el terror de la incertidumbre. La clarividencia de Corina estaba apabullada, por más que apretujaba el entrecejo no podía sobrepasar las bardas de la propiedad y visualizar el contenido del interior. Lo que más le asustaba era saber que habían llegado hasta ahí sin mantener una certeza de lo que hallarían. ¿Y si todo había sido en vano?

¡TRAZ! ¡TRAZ! ¡TRAZ! ¡TRAZ!

El portón púrpura se zangoloteaba cuando los héroes frenaron de súbito. Parecía que una bestia pretendía salir desembocada, atravesar el hierro y escapar de su amo. Más fuerte. Los traqueteos no cesaban, se volvían más intensos. Rodrigo y Corina no se atrevieron a acercarse, el miedo los ataba a la tierra, solo se conservaban ávidos a lo que estaba a punto de hacer erupción detrás de esa puerta. Más golpes. Entonces escucharon la voz...

—¡AUXILIO! ¡Por favor!

—¡ÉDGAR! —bramó Rodrigo y Corina al unísono.

Juntos buscaban cómo abrir, sin embargo, la pequeña puerta de servicio tenía la cerradura bloqueada. Detrás, Édgar sintió que se le hicieron agua las rodillas cuando escuchó a Rodrigo, su amado Rodrigo.

—¡Amor! —gritó Édgar con fuerza desde el interior, su homofobia interna desapareció de tajo —. ¡Estás vivo!

—¡Sí, Eddy! ¡Aquí estoy! ¡Aquí estamos los dos, tu hermana y yo! ¡¿Estás bien?!

—¡Tengo que salir de aquí!

—¡Tranquilo, te ayudaremos! ¿Está alguien más contigo?

—¡Sí...! Ya no sé. No sé si lo maté.

—¡¿Cómo?! —impuso Corina.

—¡Dense prisa, por favor!

Rodrigo comenzó a correr por las esquinas del lugar, aspirando a encontrar una ruta de acceso, o cualquier herramienta para entrar, y la desesperación dentro de su psique lo hacía estremecerse, las manos le temblaban y su pulso cardíaco se había vuelto loco. Corina por su parte, se escabulló por otro extremo de la propiedad, donde parecía que había un contenedor de basura, al llegar, notó que debajo de este escurría un charco sanguíneo, y un fétido olor se coló por su nariz, no quiso resolver el contenido, descubrió un tronco grueso que estaba junto a unos residuos de fogata. Llamó a su cómplice:

—Esto nos puede servir —le dijo y al ser cuestionada sobre cómo usarían aquello, ella se dispuso a solo dar la orden de callar y cargar aquel tronco entre los dos, ¡vaya que pesaba! A Corina le dio una punzada en el vientre, enderezó la espalda y lanzó un lamento, Rodrigo tensó los dientes y los glúteos. Frente a la puerta de servicio apuntaron el extremo más delgado del tronco,

cogieron vuelo y proyectaron el primer golpe. El portón hizo un fuerte estruendo y se tambaleó por completo.

—¡Más fuerte! —berreó Rodrigo y casi Corina se resbala con una piedrita, otro garrotazo.

¡Zaz! Se abolló la puerta, cerca de la cerradura. Édgar vio un hilo de luz y se iluminó su cara.

—¡Vamos!

Otro más. La chapa se despegó un poco. El metal ya tenía varios agujeros por donde entraban los primeros rayos de la mañana. Encima de Édgar no había techo no obstante, desde su posición todavía se presumían los cobaltos difuminados que mostraban señales de advertencia. El diminuto cuarto donde había estado encerrado se disponía sobre una cumbre dentro de la propiedad, por esa razón Édgar había alcanzado a visualizar el terraplén a distancia, eso le había dado una esperanza hasta que salió y vio que al descenso estaba encerrado, de nuevo.

¡Zaz! La portezuela tronó y botaron unos tornillos, estaban por romper la estructura. Édgar se percató que la bombilla del cuarto estaba apagada. “No puede ser...” pensó. Quiso avisarles que se apuraran o que no entraran, no sabía que decir primero. Mientras sus salvadores se desgastaban en fuerza física, él trotó de regreso a su antigua cárcel. Cara de papa no estaba.

¡CRASH!

El tronco atravesó la cerradura y parte de la puerta. Aterrizó en el suelo sin pavimentar. Rodrigo y Corina pudieron ver a un chico desnudo a mitad del patio. Corina quiso cerrar los ojos, jamás había visto a su hermano desnudo. Rodrigo subió por encima del pedazo de árbol y entró con premura. Lo abrazó por la espalda, Édgar volteó y por fin, después de tanto tiempo, se dieron un beso. El más apasionado. Y se mantuvieron abrazados. Las lágrimas brotaron inverosímiles.

—Te estaba buscando... Rodrigo. Te estaba buscando...

—Lo sé, lo sé. Tu hermana me lo contó todo, tranquilo. ¡Ya estás a salvo!...

“Basta de cursilerías, niños” caviló Corina.

No podían dejar de estrujarse, la distancia los había unido en sobremanera. La misión se había cumplido. La esperanza regresó para el hombre holístico, y la creencia de un mejor despertar se afianzó en el escéptico. Corina caminó con lentitud, cual invitada incómoda en fiesta ajena. Quería darle cariño a su hermano, pero su desnudez la sonrojó, deseó enfocarse en su mirada, en el semblante demacrado que ahora concebía. Una noche fue suficiente para cambiarle el rostro por completo a Édgar. Olvidó la vergüenza y corrió hacia él. Se abrazaron, después, Édgar se puso las manos sobre sus genitales para cubrirse.

—¿Cómo dieron conmigo?

—Después te lo diremos, es hora de irnos... —sugirió Rodrigo al mismo tiempo en que le agarró un hombro a su novio y los tres se encaminaban a la salida.

Alrededor había contenedores verdes con tapaderas negras de polietileno de un grosor considerable. Cajas de cartón, máquinas de ejercicio viejas y sillones desvencijados y polvorientos, entre otras cosas que se olvidan en la habitación de los tiliches y se convierten en chatarra.

—Dijiste que había alguien más aquí, ¿no? —dijo Corina.

—¡Así es!

—¿Dónde está?...

¡AAAAAAAH!

Cara de papa emergió de unos botes y cubos de plástico, con un garrote de metal sujetado de las manos, agarró vuelo y le plasmó un porrazo a Corina en la espalda. Ella cayó, el monstruo cogió impulso y soltó su furia en la mandíbula de Édgar, él se desplomó hacia atrás, Rodrigo tuvo

tiempo para prevenir la trayectoria del próximo golpe. Alberto era un jabalí al natural, rabioso, encendido en llamas, sudaba y exhalaba como búfalo.

¡AAAAAAAH!

Rodrigo agarró el polo libre del tubo oxidado en cuanto se estrelló en la tierra, Cara de papa lo jaloneó, pero Rodrigo apretó los muslos y el abdomen, el agresor se tambaleó. Rodrigo jaló el garrote hacia él, apretó los puños y tensó los brazos, lo empujó hacia el frente, el otro extremo aterrizó en la panzota de Cara de papa, este ladró y sus rodillas crujieron, perdió el equilibrio, soltó el arma y dio pasos torpes hacia atrás. Rodrigo jaló una bocanada de aire fresco, levantó el tubo y lo proyectó sobre la cabeza de Cara de papa. Sus brazos retumbaron a la par de un sonido hueco, como cuando se le golpea a una sandía con la mano para ver su estado de madurez. Y luego, la adrenalina se apoderó de sus entrañas. Antes de que el gordo se desmayara, como si fuera a hacer un *home run*, Édgar le dio directo en la cara. A Cara de papa se le torció el cuello y el cráneo le giró a un costado, saliva y sangre brotaron de sus labios. En cámara lenta, se le rompieron las rodillas y se desmoronó como si un tanque de gas se cayera del camión repartidor. El piso vibró por un segundo y se hizo una efímera polvareda. Rodrigo soltó el garrote y este le provocó un escalofrío con el ruido metálico que ocasionó. Rápidamente fue a ver el estado de los demás. Corina se puso de pie mientras se sobaba la espalda y era auxiliada por Zurita, luego él corrió por Édgar y lo ayudó a reincorporarse, vio que en la barbilla tenía un pequeño corte y le chorreaba un poco de sangre, lo besó y comenzó a sacudirle el cuerpo, mientras preguntaba sin cansancio si ambos estaban bien.

Indecisa, con la garganta contraída, Corina se aproximó al saco de carne inconsciente, y reviró que expelía más sangre de su hocico. “No es posible”. Con los nervios de punta acercó un dedo y tocó la piel flácida por debajo de la mandíbula de Alberto Rodríguez Lara y dio fidelidad de que no había pulso. “¡Carajo!”

—¿Está muerto? —preguntó angustiado Rodrigo.

—Muerto. ¡Muerto!

—Se lo merecía el hijo de puta... —dijo Édgar y le apretó una mano a Rodrigo, había notado que el miedo se había apoderado de él, un sentimiento que jamás había visto en esas pupilas que emanaban paz—. Este cabrón era el asesino de los periódicos... ¡Era El Guapo!...

—¿Qué dices?... Se parece a... —Zurita quedó boquiabierto—. Es el profesor del instituto, ¡lo conozco!

—Demasiado tarde te diste cuenta... ¿esperabas un saludo formal? Este malnacido mató no sé a cuántos, ¡me lo confesó!

—¿Te lastimó?

—No quisiera hablar de eso ahora...

—En ese caso hay más motivos para irnos de inmediato, no sin antes dejar en claro quién fue...

—¿Qué quieres hacer, Corina? —interrumpió Rodrigo, de pronto había regresado su lado espiritual y comenzaba a sentir culpa, la rabia se había desvanecido, sucede que se había liberado en el último golpe dado.

—Alguien lo encontrará... y tendrá que saber quién fue... —Corina rebuscó con la vista en su alrededor, algo le podría servir, se dirigió a unos anaqueles que estaban clavados sobre una pared que se estaba desmoronando por la humedad, revolvió objetos de ferretería en un cajón de madera, olía a aserrín y fierro, sintió algo filoso en la yema de sus dedos, con la uña despegó algo que estaba al fondo de la caja, sacó una lámina rectangular de acero del tamaño de una postal, los extremos terminaban en cuatro picos relucientes, la miró por un instante y supo qué hacer. Se

dirigió hacia el fallecido y se inclinó en el piso.

—Corina... ¿qué vas a...?

Empezó a escribir sobre la barriga... E... L... G... Édgar nunca habría creído capaz a su hermana de herir a alguien, pero lo que no sabía, era que no la conocía con totalidad, ni aquellos límites que cruzaba con tal de hacer lo que creía justo o excitante. A... P... O... Corina arrojó la lámina a un lado y se levantó. Observó su creación rojiza sobre la piel prieta y llena de estrías.

—Vámonos —impuso con superioridad. Y los varones asintieron.

El trío abandonó el territorio que había sido la pesadilla de muchos jóvenes que habían creído que se burlarían de aquel viejo gordo que nadie pelaba, ingenuos de que terminarían desmembrados, violados y arrojados en esquinas encima de la desgracia y el vómito social. Ahí se había realizado una venganza, y cuando el sitio quedó en soledad, las voces del más allá festejaron, rieron y agradecieron, haciendo un círculo de luces blancas e infinitas, junto al cadáver de El Guapo.

El ritual de evolución se llevó a cabo, y el espíritu del asesino de homosexuales trasmutó junto con todas sus víctimas, juntos regresarían al salón de las almas, para crear nuevos pactos. Entretanto, el envase físico de Alberto quedaría olvidado en esas tierras que fueron compradas con un crédito hipotecario que nunca habría terminado de pagar, sin embargo, por lo menos hubiera podido decir que murió en su patrimonio, como alguna vez le dijo su padre; “Si te vas a petatear, que sea en tu casa, mi’jo.”

GANARON LOS DE SIEMPRE

Por Eleonora Monsiváis

León no había sido sede de grandes escándalos desde hacía unos años, cuando recibíamos las sobras de las poblaciones combatientes y de la independencia del país. Es verdad que hemos estado bajo una lupa para el sector empresarial, sobre todo en el extranjero, que nos ven hambrientos y nos bendicen con sus maquiladoras y grandes fábricas que generan grandes riquezas a los altos poderes de la nación, menos a sus trabajadores que mantienen calladitos con prestaciones por montón, sin aumentar salarios, pero esto no es lo relevante para su servidora en esta semana. Es sobre lo que fue Nancy Márquez para la ciudad. ¿Realmente era necesario matarla para quitar a la izquierda del poder?

Mientras el caos mediático se enfocaba en ‘El Guapo’ la oposición vio la oportunidad de utilizar el dolor y el sufrimiento colectivo, como es costumbre, para enviar infiltrados para derrocar el mensaje y despertar la furia de las autoridades, quienes a su vez, no suelen ser los culpables, o por lo menos no conllevan el total de la responsabilidad.

Según los testimonios que se han recaudado sobre la tragedia del 5 de noviembre del año pasado, los cuerpos policiales habían comenzado a disparar en un reflejo ante la muchedumbre que comenzó a abalanzarse sobre ellos. Aquí es donde encontramos las dos vertientes importantes, ¿atacaron por órdenes de la comandancia o por defensa personal (lo cual sus mismos protocolos estipulan que siempre está la seguridad de los civiles en primer lugar)?

¿Quiénes son las verdaderas víctimas?

Madres, hijos y parejas sentimentales se quedaron sin sus seres amados, en una manifestación que acabó con la vida de setenta y dos confirmados directamente a manos de la policía municipal, pues como bien saben, luego de los reportes posteriores se supo que habían ocurrido

balaceras en las calles aledañas a la plaza principal. Estos, ¿quiénes eran? Acorde a las declaraciones y cámaras de seguridad públicas se trataban de individuos encapuchados, que claro está, eran foráneos.

Detenidos hubo muy pocos, la misma policía se tuvo que haber detenido a sí misma. ¿Pero cómo? ¿Quién los investiga a ellos?

Por otro lado, la muerte 'accidental' de la que había sido la alcaldesa de León en el periodo 2021-2024 y que fue sustituida por el político, Hermenegildo Archundia sin correcciones a una administración que ante la crítica iba por un camino tortuoso, sigue creando incógnitas hasta el día de hoy, en el marco del aniversario de su muerte. Donde se ha reafirmado que murió a manos del crimen organizado.

Ahora que nos gobierna Mario Benavides, la gente no menciona nada al respecto del misterio que era un auge, las terribles desgracias que golpeaban a una comunidad que todavía lucha por ser escuchada y por derrumbar las posturas conservadoras de una ciudad y un estado que se duchan gustosos en las posturas derechistas.

A un año de la muerte de Nancy Márquez, la recordamos con júbilo y esperanza, siendo que claramente no fue la mejor opción para la población pero que sí trajo avances en materia económica y desarrollo sustentable más allá de sus errores con los transportes y los impuestos exorbitantes, la deberíamos mantener en una tela de juicio neutral, más porque no se le han podido imputar enlaces con narcotraficantes o tratos dentro de presidencia en lo que fue su mandato, hasta ahora. El tiempo dirá.

Lo que sí podemos rectificar es que el Encuentro Revolucionario trae mucha cola con supuestos arreglos y casillas alteradas en toda la república, como para que una ciudad tan escamada como lo es León se quede atrás.

Tal vez han sido más creativos con nosotros, con estrategias que no entendemos. Y gracias a ellos hemos aprendido que cuando se desea algo con tanto esmero no importan los medios para llegar a ello. El ganar siempre será lo fundamental, aunque en el proceso se manche la patria, un honor que de plano cada vez que se ensucia no es novedad. Es añadirle una manchita más al

tigre.

Rafael salió de su taciturnidad cuando un destello del vitral que estaba en la estancia le destempló la mirada. Se aclaró la garganta y se sintió con el cuerpo cortado, como cuando se está poseído por una gripa insolente. Estaba atado de los brazos y tenía la camiseta empapada. Trató de ponerse de pie y se resbaló, le faltaba un zapato. Escuchó las aves que revoloteaban en el exterior y cuyos ecos se colaban hasta donde él estaba debatiéndose por incorporarse. Lo único que recordaba era haber estado en la recámara de su hijo, discutiendo con... ¿su padre? Se preguntó si había sido una pesadilla. Dedujo que no había sido así por su condición. Le habló a cada miembro de su familia repetitivamente, sin éxito y con un miedo que le atiborraba el paladar. La casa se vislumbraba fúnebre, y había un ambiente de tristeza en cada rincón.

Por fin, en una hazaña física se puso de pie y quedó con los brazos tensos hacia atrás, era un buen nudo. “¿Por qué me amarraron, qué hice?”. No podía quedarse ahí sin resolver el misterio. Tenía que buscar a Susana y a sus hijos para que le dieran una explicación. “¿Y si ellos me hicieron esto?”. Tal vez se habían metido a robar, y... su familia corría peligro.

Comenzó a jalonear con las escasas fuerzas que le quedaban, pero era inútil, las telas estaban muy ajustadas. Fue entonces que recordó ese tipo de nudo, se sentía como un remate, en vez de

jalonearse tenía que girar todo su cuerpo para que se comenzara a aflojar, y así lo hizo. Varios intentos más y solamente había conseguido enrojecerse las muñecas, no obstante, la tela se veía más aguada. En un acto desesperado vio la posibilidad de arrojar al vacío, quizá su peso haría que se rompiera el material y caería en el recibidor. Sería un fuerte golpe pero podría funcionar, además le urgía saber qué había ocurrido con sus hijos. No sabía nada. No entendía nada.

Como último recurso pidió ayuda a gritos por última vez, y ante la nula respuesta, puso una pierna sobre el barandal y se deslizó hasta quedar sentado a la mitad del barandal, a esa altura le dio un poco de vértigo pero qué más podía hacer, ¿esperar a que llegaran? Y también porque era un desesperado por naturaleza. Rezó en silencio y empujó su cuerpo al aire. Quedó suspendido a unos metros del suelo, había rebasado el candelabro por unos centímetros, la fuerza del rebote le permitió entre un quejido de molestia liberar una mano, y por unos segundos fue peor, ahora todo su peso estaba centrándose en una muñeca que estaba poniéndose cada vez más roja. Empezó a balancearse y a agitar el brazo libre. Escuchó crujido, sonó como algo quebrándose. Subió las rodillas lo más que pudo y las dejó caer, todo su cuerpo se sacudió. El crujido aumentó de intensidad. Ahí estaba la respuesta, el barandal de madera no estaba soportando el peso, pero tenía que darle un poco de ayuda si no quería que se le rompiera la muñeca. Repitió el mismo movimiento de zangoloteo hasta que... ¡CRAC! El pedazo de caoba donde estaba el nudo y cerca de noventa y tantos kilos de carne y huesos se quebró. Rafael azotó sobre la alfombra, un poco más al frente y hubiera aterrizado en una mesa de cristal. Para su suerte ese barandal jamás se había cambiado ni se le había dado mantenimiento, y se felicitó por lo último. Se deshizo el nudo y libero su otra mano.

Inspeccionó su habitación, había desorden, ropa de Susana regada por la cama, un buró movido de lugar y unas cosas rotas sobre el suelo. Buscaba desafortunadamente su teléfono y no lo encontraba. ¿Acaso su esposa lo había abandonado? “¿Por qué no puedo recordar nada?”. Halló las llaves de su automóvil, se puso ropa limpia y se fue de la casa.

Dentro del automóvil, la radio anunciaba que se estaba suscitando una manifestación pacífica por parte de la comunidad gay frente a la presidencia de la ciudad y que la asistencia era impresionante. Las calles parecían desterradas y los semáforos de pronto comenzaron a mantenerse en intermitentes amarillos. Rafael miró por el retrovisor cuando por el rabillo de su ojo derecho vio una manchita, Ernesto estaba sentado detrás. Rafael dio un suspiro de horror pero no gritó. La valentía que había adquirido de joven para ver cosas sobrenaturales había vuelto, a la fuerza. Regresó su vista hacia el camino e ignoró que aquel espíritu continuaba a sus espaldas, pues ya no le quería dirigir la palabra.

*

Prepararon el desayuno. Anita había dispuesto cinco platos sobre el comedor, sirvió café caliente, conchas de vainilla y chocolate, cuernos de mantequilla y mantecadas, así como piña, melón verde y sandía recién cortada. Timoteo armonizó con un sahumerio repleto de hojas de laurel y copal. Realizó unos decretos de protección y purificación y acomodó lo necesario en la mesa. Después se dirigió junto con su esposa al jardín para regar las plantas a las que tenían acostumbradas a alimentarlas antes de que el sol les diera directamente. Ambos estaban informados que recibirían la llegada de su hijo y de su nueva familia. Anita había recibido la agradable noticia a través de sus guías espirituales una hora y media después de que Rodrigo y Corina habían partido con aires de intrepidez. Su yerno estaba a salvo y habían logrado liberarse de las garras de un sujeto que no pudo visualizar del todo. Al final la identidad del secuestrador ya no era relevante para ellos, y los ángeles lo sabían. Ya habían terminado con esa historia.

Se deslizó la puerta con lentitud, entró Rodrigo junto con un Édgar débil y níveo del rostro, ya portaba una camiseta estilo campirano y unos *jeans* con zapatos deportivos, antes de llegar a casa, los jóvenes habían hecho una parada en un *outlet* de ropa americana que quedaba de paso. Corina accedió cerrando la puerta principal. Los padres salieron a darles la bienvenida y Anita fue la primera que estrujó a Édgar con tanta efusividad que Timoteo la tuvo que reprender, pues el chico estaba todavía molido como para recibir tanto contacto físico, y algo dentro de la conciencia de Timoteo le decía que lo que menos quería era que lo tocaran en ese instante. Por lo tanto no entrarían en detalles.

Rodrigo le indicó a Corina que se quedara unos momentos junto con su hermano en la sala en lo que él hablaba con sus padres a solas. Una vez estuvieron en la cocina, Rodrigo les relató todo a sus padres, a lo cual ellos no daban crédito a lo ocurrido. Sin embargo, decidieron que tendrían que llamar a la policía para que esta fuera a encargarse de encontrar el cuerpo, pero Rodrigo sugirió que no lo hicieran, puesto que su cuñada había lastimado al cadáver con ventaja, eso traería dudas a la investigación.

Anita comprendía que cuando uno estaba en una situación de estrés el humano podía ser capaz de lo que fuera pero, ¿qué ganaban con marcar a alguien? Recordó que durante el ritual de localización había divisado el aura de Corina y que la misma concebía muchas vidas pasadas e inclusive alternas, pues se trataba de un alma vieja, y en esta vida, podía desencadenar aspectos y emociones pasadas de existencias transgeneracionales. Le aterró presentir que aquella chica de cabello lacio y mejillas rosadas podría haber sido un peligro en el periodo pasado. Se limitó en escuchar a su hijo y mantenerse de acuerdo con sus peticiones. Después de todo, ya todos estaban a salvo.

Cuando Timoteo analizó la gravedad de lo que había sucedido no vio más remedio que cerrar la boca y preguntarle a su subconsciente si debían involucrarse más, y fue resuelto con un negativo. Entonces los tres se abrazaron y agradecieron a Pachamama por la oportunidad de continuar juntos, y que el alma del atacante transmutara en luz para que evolucionara en su siguiente forma universal y también le dieron las gracias por la lección que les había otorgado en esta vida.

Un murmullo intervino al momento en que terminaron su letanía de oraciones, Corina se asomó a la cocina, más tranquila que anoche, aunque con la expresión de angustia dibujada en su semblante. Era momento de encargarse de lo olvidado. Sabía que solamente ellos, ese matrimonio de cabellos canosos y gratificantes personalidades podía ayudarle a sacarle el chamuco a su padre, o lo que fuera que lo había poseído. Externó su preocupación y les rogó que la acompañaran. Anita le explicó que no podrían hacer mucho si la persona no estaba dispuesta, que nadie se podía adueñar de un cuerpo sin tener motivos para hacerlo. Ya lo averiguarían.

Psst. Psst.

Se espabiló, Édgar se estaba quedando dormido en el sofá luego de que su hermana le explicara lo que había ocurrido con su padre y él no pudiera darle credibilidad a lo que decía, aunque luego de haber visto a su abuelo frente a él ya todo era posible. Ni siquiera sabía si esa voz era la de él. Alguna vez leyó que la mente podía producir ensoñaciones o alucinaciones con tan solo los rostros de las personas que la memoria iba guardando, aunque hayan sido vistos solo una vez. Probablemente eso era, a Ernesto Mendoza lo conocía por el álbum de la familia, pero no conocía su historia más allá de que había sido un buen hombre, que había fundado Calzado Mendoza y que había sido asesinado por accidente en un asalto mal orquestado, al menos eso le habían contado. Por lo tanto nada le daba mérito a que la figura que ahora estaba sentada junto a él fuera de verdad su abuelo.

—Buenos días, dormilón —canturreó Ernesto—. ¿Qué tal estuvo tu noche?

—¡Corina, Rodrigo! —habló Édgar con desesperación y se quiso levantar, Ernesto lo detuvo y de un jalón lo volvió a sentar. Édgar quedó impávido.

—No te oyes, querido Eddy... Déjalos un ratito, ¿no crees que tuvieron una noche muy pesada buscándote? —sonrió y los dientes le lucieron podridos y un aroma nauseabundo emergió.

—No eres real... Algo está mal en mi cabeza...

—¡Ay, Eddy, Eddy! —Ernesto se puso de pie y luego en cuclillas frente a él, lo cogió de las rodillas con ambas manos y las uñas le comenzaron a crecer poco a poco—. Aún eres muy joven para entender, ¿cierto? No me voy a ir hasta que consiga lo que quiero... Ni tú ni nadie podrá detenerme... Ni siquiera tu padre...

—¿Qué le hiciste?

—¡Es mío! Jajaja... ¡Y tú también lo serás!

—¡Cierra la boca!

—Uy qué miedo... Te crees mucho porque no te mató el gordo... Qué estúpido, te hubiera convenido más quedarte con él... Jajajaja...

Édgar levantó una pierna y le lanzó una patada en la cara a Ernesto, la cabeza de este se le dobló hasta la espalda y solo quedó un espacio vacío por encima del cuello. El cuerpo torcido se deslizó hacia atrás y se puso de pie. Édgar se arremolinó en el sillón y comenzó a gritar por auxilio, pero parecía que la casa estaba sola. Con un traquido la cabeza de Ernesto regresó a su lugar con una maquiavélica sonrisa.

JAJAJAJAJAJAJA.

»¡Tú también serás mío! Y por fin limpiaré toda la mierda que le embarraron a mi apellido. ¡Me los llevaré a todos ustedes, a todos!

GRRRRRRRRRRAC.

La cara de Ernesto comenzó a transformarse en un pico de ave y los ojos se le tornaron oscuros y hondos. A los brazos le empezaron a salir plumas negras y los pies se habían convertido en unas patas de tres dedos con uñas filosas. Abrió el hocico y se dejó caer hacia Édgar. Édgar se arrojó al suelo y se arrastró, el monstruo reviró y lanzó su pico de nuevo, Édgar giró a un costado pero le alcanzó a picar un hombro, un mordiscón y lo esquivó de nuevo, otro más y le rasgó la camisa.

GRAC-GRAC-GRAC.

Édgar gateó hacia el pasillo y en un salto inexacto se incorporó, corrió hacia el fondo de la casa.

Los demás que estaban dentro de la cocina se espantaron cuando vieron aparecer escurriendo en sudor y sobresaltado al recién rescatado.

—¡¿Qué pasó?! —gritó Rodrigo consternado. Todos estaban igual que él.

Édgar apuntó hacia la sala, pero ya no había nada. Parpadeó. Se miró la ropa y estaba intacta. Solo su pulso lo estaba martillando en el interior.

—¡Tenemos que encontrar a mi padre ahora! —solo eso pudo decir.

Capítulo 14

La depuración

Al fondo de un pasillo, bajo la luminiscencia de una lámpara incandescente que emitía un zumbido similar al de una abeja, Susana repasaba el último instante que había compartido con su jefa. Luego de que su amante le diera la noticia del deceso y de que la televisión continuara con la cobertura de la masacre en la explanada donde había realizado eventos públicos por montón, se retiró hacia el corredor que terminaba en el acceso al archivo muerto de la comandancia. Se sentó en una serie de sillas plásticas aunadas por una estructura metálica y se dejó caer con pesadez.

Como si fuera un cortometraje frente a sus ojos conmemoró el peinado de nudo alto que le estaba acomodando a Nancy Márquez un viernes por la tarde, antes de acudir a una entrega de calentadores solares en la comunidad de La Joya. Nancy estaba de pie mirándose en un espejo de cuerpo entero cuando las pupilas se le esfumaron de súbito y perdió el balance, Susana la contuvo y rápidamente la reposó en un diván de junto. La alcaldesa apretujó los párpados y se cogió la frente con ambas manos, cuidadosa de no estropear el maquillaje en sus ojos.

—Mujer, ¿te sientes bien? —cuestionó nerviosa Susana mientras le hacía viento con una revista arrugada.

—Descuida. Ya pasó —Nancy respondió lánguidamente.

—Es la tercera vez esta semana, será mejor que te saque cita con el doctor Rodríguez...

—No es necesario. Ya se me está pasando.

—No lo creo, Nancy. Me estoy empezando a preocupar.

—No tienes razón. Estoy bien, créeme. Es simplemente estrés.

—¿Segura? —inquirió Susana, y por primera vez vio la vulnerabilidad en el semblante de su jefa.

—Lo que pasa es que... ¿Sabes que en este momento eres mi única amiga?

Susana se sintió alagada pero a la vez preguntó si se hablaba en serio, solo para corroborarlo, pudo haber oído mal, al final se reconfortó cuando se dio cuenta de que efectivamente, Nancy veía en ellas una amistad estable. Nancy le expresó que para ella, Susana era la persona con la que más tiempo pasaba en su vida, la que conocía toda su historia, casi toda. No había alguien más a quien pudiera confesarle sus sentimientos. Así que aquel era el momento de revelar su agonía.

»Pablo me pidió el divorcio.

—Oh, Nancy... —Susana suspiró y se acomodó junto a Nancy en el diván, siempre le había encantado la suavidad de ese mueble—. ¿Cuándo te lo dijo?

—La semana pasada, al terminar la rueda de prensa en el Fórum Cultural... Apenas llegamos a casa, ni siquiera se esperó a que entráramos a nuestra recámara; Me lo dijo así, sin más... —a Nancy se le quebraba la voz y en un santiamén borró una gotita que pretendía lanzarse al vacío por un lagrimal y arruinar su delineado—. Sabes, Susana... Creo que lo entiendo y sé por qué ya no desea estar conmigo...

»Nunca le pude dar hijos... y por lo menos... cuando no tenía este cargo pasábamos más tiempo juntos, viajábamos, nos disfrutábamos...

»A él nunca le gustó que yo trabajara en la política, pero a mí no me importó. Yo siempre estuve aferrada a lograr más, a llegar más lejos... Y él me lo advirtió... —carraspeó—. Me dijo que si aceptaba la candidatura nuestro matrimonio se vendría abajo... No lo escuché. Le aseguré que nada cambiaría, que... seguiría esforzándome en nuestra relación... Fallé.

Silencio. Susana le acariciaba un hombro y con otra mano le sostenía una a Nancy y apretaba el dorso de aquella piel tersa y blanda, en muestra de comprensión. Sin duda ella no entendería qué significaba el pasar por una separación, en el futuro lo haría, sin embargo para acciones prontas le aconsejó a Nancy que se tomara un tiempo para ella misma, que solicitara una licencia para ausentarse por lo menos dos días. Ante esto, Nancy le avisó que no le era posible, los papeles del divorcio se los había dejado su próximo exesposo sobre la mesita de café de la sala esa mañana, y el procedimiento estaba por comenzar. Todavía no los había firmado, pues se anclaba a la esperanza, a una idea de ser mejor esposa e inclusive renunciar a la presidencia si era necesario, aunque después de enjuagarse las lágrimas recobró su postura desafiante y esto confundió un poco a Susana; A decir verdad, la admiró solo un poco más.

»Escogí esto porque era mi sueño, Susana... Me duele mucho que Pablo ya no me quiera junto a él, pero tampoco lo voy a detener... Lo que dije antes sería un error, jamás renunciaría a mi pasión por un hombre... Sí, me duele... Pero... No esto, no mi trabajo... Antes sacrifiqué todo por esto y ahora, no será diferente...

Susana quedó sin palabras, anhelaba tener la misma fortaleza que su jefa, cuando en un minuto de fragilidad podía desplantarse y después repararse de inmediato y recobrar esa postura enérgica de mandatario. Notó que una lágrima rebelde se escurrió por un pómulos de Nancy.

—Deja te limpio...

—Tranquila, yo lo hago... —indicó Nancy y se dirigió a su tocador, sacó un algodón y lo roció con un líquido especial y se enfocó en su reflejo como lo hacía unos minutos antes de su crisis momentánea—. Debería aprender de ti, Susana...

—¿Qué? —abandonó el diván y se aproximó a Nancy mientras le desdoblaba el saco que se le había enroscado en la espalda baja a Nancy.

—Rafael y tú son un matrimonio envidiable. Ambos se ven tan felices, y tu marido te protege mucho. Ya hubiera querido que alguien se hubiera puesto así de violento aquella vez que el secretario de relaciones exteriores se quiso sobrepasar contigo, ¿recuerdas?

—Eso fue muy vergonzoso...

—Lo sé, y gracias a Dios no pasó a mayores si no te hubiera tenido que despedir... —Nancy tomó un lápiz negro y comenzó a reparar el daño en su ojo—. Hubiera querido que Pablo alguna vez se hubiera puesto así por mí. Pero siempre fue pasivo, demasiado... Creo que por eso me enamoré de él...

—Lamento mucho que...

—Relájate... Esta no es una sesión de terapia —dejó la pintura sobre el tocador y le ordenó a Susana que trajera su baúl de perfumería. Una vez tuvo los frascos curvilíneos frente a ella prosiguió mientras escogía el adecuado—. Mejor dime, ¿cómo le hacen para estar tan bien después de tantos años de casados?

Susana no supo qué contestar y desvió su mirada a otro lado. Nancy lo notó y se sorprendió.

»Vaya... No creí que me equivocara tanto...

—Hemos sido fieles a nosotros, creo. Eso es lo que nos ha mantenido.

—¿Fieles? ¿Y felices?

—El es muy feliz.

—Qué bueno... —Nancy comenzó a rociarse con un Hugo Boss—. ¿Y tú?

—¿Yo?... —Susana se vio insegura—. También lo soy.

Nancy la observó unos segundos a través del espejo, esbozó una sonrisa lastimera y agachó la cabeza, guardó la fragancia en el baúl y lo cerró. Susana no supo formular más oraciones y se quedó perpleja por los miles de pensamientos que le llegaron a la mente. Márquez se revisó el *outfit* por última vez y caminó hacia la salida del estudio.

—¿Ya está listo mi bolso?

—Eh... sí —Susana emergió de su trance, cogió un abrigo y el Prada al que le había quitado la marca metálica con unas agujas y tijeras en una proeza impresionante para no generar atención innecesaria y siguió a su jefa hasta el umbral.

—Te voy a tomar la palabra, Susana —expuso Nancy antes de salir, completamente restaurada y luciendo perfecta—. Sí me voy a tomar unas vacaciones, y van a ser pronto. Tal vez en quince días. Tengo tiempo que quiero ir a Vancouver a visitar a una vieja amiga.

—Me parece muy bien, Nancy. Yo lo preparo todo.

—Muchas gracias, hermosa. Ahora sí, vámonos.

Susana pudo escuchar ese timbre contratenor que caracterizaba a Nancy, justo en sus orejas, como si ella estuviera detrás de las sillas gélidas hablándole por detrás, despidiéndose de ella y agradeciéndole por las atenciones y el soportar sus arrebatos de niña malcriada. Fue cuando comenzó a llorar y sus lamentos retumbaron por las paredes deshabitadas del edificio.

Cual ángel aparece en las situaciones más dramáticas, apareció Juan con la bolsa de Susana en una mano, la dejó sobre una silla y le plantó un beso a su amada, la consoló y después le dijo que su celular había estado sonando. Susana dio un respingo y sorbió la mucosidad que patinaba por sus fosas nasales, sacó el móvil y vio que tenía un par de llamadas perdidas y un mensaje de texto, al abrir el último le cayó la buena nueva como una inyección de morfina.

Corina: *¡Mamá! Édgar ya está con nosotros. ¿Dónde estás?*

*

A bordo de la Caravan noventera de Timoteo, su familia y él viajaban en dirección a la colonia Andrade cuando Corina se hizo consciente de la existencia y la desinformación de su madre, e intentó localizarla en vano. En el trayecto a Édgar casi le dio un micro infarto cuando se enteró de que sus padres ya sabían sobre sus placeres culposos, pero no tenía las energías suficientes como para acongojarse, es más, se estaba quedando dormido sobre los asientos. Antes de partir Anita le suplicó que bebiera un té especial que había preparado anoche, cuando la angustia estaba en su apogeo, luego de agarrarlo a besuqueos y abrazarlo por unos minutos en lo que lo sanaba gracias a su fuerza de reikista; En parte, aquello también había provocado que Édgar entrara en un estado de absoluta relajación, el cual no le duró mucho, pues cuando menos lo vio venir ya estaba a las afueras de su hogar.

El matrimonio Zurita sabía sobre las energías negativas más que los presentes, no obstante, eran conscientes que al permitirle entrada al nerviosismo o duda solo proliferaría en la atracción de más caos. En la cajuela traían un bolso deportivo con artefactos para realizar rituales entre los que se encontraban barras magnéticas de cobre, cuencos fabricados con siete metales y un cubo de Metatrón creado con cuarzo bendito del tamaño de un maletín, este último sería su recurso final para conllevar la depuración, pues según sus creencias esta figura podía proteger de las vibras bajas así como abrir portales y diferentes dimensiones; quien la poseyera y le impregnara su

energía tendría el poder de generar grandes cambios sobre la materia y el tiempo o de otro modo, comunicarse con planos subyacentes. En las manos equivocadas podría desatar terribles desgracias.

Antes de abrir las portezuelas de la cochera de la residencia, Corina le advirtió a su hermano que debía prepararse para lo peor, ver a su padre de la forma más horrible. Édgar solo podía preguntarle a Dios por qué apenas lo había dejado de ahorcar cuando ya lo estaba estrangulando de nuevo. Rodrigo le obsequió un beso en una mejilla y le prometió que ahora sí nada podría separarlos y que juntos se encargarían de traer a su padre de regreso.

Al notar que no estaba el Mercedes Benz, Corina y Rodrigo se miraron entre sí consternados y palparon un atisbo de terror, las piernas les fluctuaron cuando divisaron la puerta principal entreabierta. Corina se adelantó y abrió la puerta con disimulo.

Todos accedieron con incertidumbre y dando pasos entrecortados. Édgar señaló el desastre que proseguía después de la mesa del recibidor. Trozos de caoba pulida, una rotura en el mármol, un hueco en el barandal de la segunda planta. Anita y Timoteo analizaban los alrededores, parecían los investigadores de un programa de televisión de actividad paranormal. Pronto a Anita se le comenzó a cerrar la garganta y se aclaró la voz con dificultad. Rodrigo apretaba fuerte la mano de su novio.

Con un salto Corina le puso los nervios de punta a todos, la vibración en su morral la sobresaltó, sacó su teléfono y lo atendió de inmediato. Era su mamá, como de costumbre con el vozarrón exasperado, exigiendo explicaciones. Debido a la insistencia Édgar cogió la llamada y al emitir su voz escuchó un llanto desgarrador por la bocina, se imaginó a su mamá desmayándose en el pecho de un hombre, sin saber que en realidad había sucedido así. Susana anunció que iría inmediatamente hacia ellos y también les ordenó que no salieran a las calles pues estaban ocurriendo cosas espantosas por toda la ciudad.

Se cortó la llamada.

La luz del exterior se esfumó cuando la puerta principal se cerró de golpe. Todos estaban inmóviles, enfocados en el umbral por el que habían accedido hacía unos segundos, Édgar se despegó el celular de la oreja y se le resbaló de la mano cuando...

—Bienvenidos.

*

—No puedo entender cómo lo encontraron.

—Yo tampoco. ¡Acelera, por favor!

—Relájate, no puedo ir más rápido.

—Si no te hubieras tardado tanto...

—Teníamos que avisar al departamento...

—Eso lo pudiste haber hecho después. ¡Tengo que ver a mi hijo!

—¡Cálmate, mujer! Ya está bien. Deberías bajarle a tu histeria.

—¡No me entiendes! Si fuera una de tus hijas estarías igual que yo. Pero no, ¿verdad? Ni siquiera quieren verte.

—¿Qué dijiste?

—¡Cuidado!

Juan frenó y por poco un camión se estrella con ellos, la luz roja había pasado desapercibida. Quietos, los ánimos comenzaron a enervarse. Cuando Susana se dispuso a disculparse, en un instante que trascurrió a cámara lenta vio pasar derrapando a Rafael mientras salía de una calle para meterse sobre el sentido contrario y desapareció. Alcanzó a distinguir que la mirada de su

esposo concebía un brío tenebroso, el mismo monstruo que la había violentado acababa de deslizarse por sus narices. Escuchó el rechinar de las llantas. Juan no divisó al conductor, solamente se quejó de la locura de ese idiota. Ninguno se preparó para lo que venía.

—¡Dios mío! Era Rafael.

—¡¿Qué?!

¡TRAAAAAAZ!

Los chocaron por detrás, el BMW salió disparado hacia la intersección, una Honda con una familia abordo chocó en la puerta lateral izquierda, los cristales de las ventanas se hicieron trizas, la nuca de Juan tronó, Susana alcanzó a ponerse las manos sobre el rostro y gritó cuando sintió que la espalda se le torció y le cayeron vidrios sobre las piernas. El escándalo se detuvo. Susana alcanzó a ver por el retrovisor que el Mercedes Benz de Rafael dio de reversa y después, aceleró.

—¡NOOOO!

¡TRAAAAAAZ!

Más intenso fue el ataque, y el carro de Juan patinó hasta estrellarse en un semáforo y ahuyentar a los transeúntes. El acelerador del Mercedes Benz quedó pegado y continuaba empujando al BMW hacia la columna de concreto. Susana se desabrochó el cinturón y le llegó un regusto a sangre, no se había dado cuenta que se había golpeado en el tablero y la nariz le escurría rojo. Le gritó a su amante repetidamente pero no respondía. Pidió ayuda, el auto comenzaba a deslizarse hacia un costado y supo que si se liberaba del poste podría morir aplastada puesto que ya solo quedaba un edificio industrial de pared robusta. Abrió la puerta de su lado y escapó mientras sentía que el corazón se le hacía añicos. Estaba preparada para luchar contra el demente que estaba detrás del volante agresivo.

—¡Detente, ahora!... —se desgarró la boca y corrió hasta el automóvil desquiciado—. ¡Por favor, detente, Rafa...!

El coche estaba vacío. Se apagó el motor. Susana se asomó hacia los asientos delanteros. No había nadie. La gente de alrededor comenzó a reunirse para auxiliarla, algunos comenzaron a revisar al cuerpo inconsciente de Juan, ella había perdido la razón.

—¡Agarren al cabrón! —gritó alguien y de pronto Susana pudo mirar a lo lejos cómo una bola de hombres atraparon a un joven de aspecto irreconocible, lo empezaron a golpear y lo cogieron por los brazos y las piernas hasta someterlo en el suelo. “¿Vi a Rafael, ¿lo vi? ¿Quién es él?” Sí, la puerta del piloto del carro ahora estaba abierta. Unas señoras comenzaron a hablarle para tratar de sacarle del *shock*, le suplicaban que se sentara, ya vendrían los paramédicos. Ella no podía despegar la vista del aromatizante en forma de trébol que colgaba del retrovisor del automóvil. Efectivamente era el Mercedes Benz de su esposo, pero el conductor, el culpable de su herida en la nariz y de la inconsciencia de Juan era un don nadie, un muchacho güero que jamás había visto.

*

Lo habían mirado en innumerables fotografías en los álbumes polvorientos que yacían escondidos en el sótano de la casa. Imaginaron su personalidad. Conocieron lo bueno de su vida, los aciertos y las bondades, las acciones de buena voluntad y el profundo amor que siempre le demostró a su hijo, hasta que repentinamente lo mataron. Verlo en todo su esplendor, más nítido que nunca, era causa para desencadenar un efecto de escalofrío por todo el cuerpo. Erguido, rebotante e imponente, Ernesto Mendoza sonreía desde la cúspide de las escaleras. Resplandeciendo una dentadura nácar que se confundía con el blanco de sus globos oculares. Vestía de camiseta lisa color guindo y vaqueros oscuros. Caballero auténtico para atemorizar.

—Corina. Édgar. Mis nietos. Ya están en casa —expresó con una dulzura sobrenatural—. Los

estuve esperando todo este tiempo —empezó a descender los escalones, Timoteo y Anita se cogieron de las manos y tensaron las piernas, los demás permanecían impávidos—. Creo que su padre nunca tuvo oportunidad de contarles todo sobre mí. Sobre quien soy realmente —faltaba poco para que llegara a ellos—. Pero no se preocupen... su abuelo se esforzó para estar aquí el día de hoy. Para que por fin me conozcan, y sepan mi versión de los hechos.

Ernesto bajó el último peldaño y posó ambas manos al frente, como postura de mozo, y sonrió con júbilo. Estaba a un par de metros de distancia de Corina, Édgar y Rodrigo.

»¿Por qué me miran así, hijos?

—¿Dónde está mi papá? —musitó Corina envalentonada y dio un paso hacia adelante.

—Él está bien, cariño —farfulló y sus pupilas brillaron—. Tuvo que irse...

—Es mentira. Él estaba aquí. ¡Dime! ¿Dónde está? —Corina apretó la mandíbula y dio un paso más adelante.

—Corina, no te acerques más... —avisó Anita, y Timoteo esta vez no la contuvo.

—¿No te interesa saber que lo que les ha dicho su padre sobre mi muerte es una completa mentira?

—¡Tú eres una mentira! —la chica Mendoza continuó avanzando, ignorando que ahora su cuñado le había dicho que no avanzara más—. Nada de lo que digas cuenta, maldito demonio.

—¿Por qué me dices eso? Ni siquiera me conoces, escuincla. Soy mayor que tú...

—Es la última vez que lo pregunto: ¿Dónde está mi papá?! —escupió.

Silencio incómodo. Sonrisas maquiavélicas.

—Bien, te lo diré... —Ernesto dio un paso hacia ella y quedaron a unos centímetros—. Está muerto.

—¡Maldito! —bramó Édgar, y Rodrigo paró la cólera que lo había hecho sobresaltarse.

—No, Eddy. ¡Tranquilo! Espera.

—Deja de jugar y dinos de una vez por qué has venido. ¡Basta!

—Y tu madre también... De hecho, él mismo se encargó de eso...

—¡Cierra la puta boca! —Corina se abalanzó y lo cogió por la camiseta. Creyó que desaparecería, que aquella materia se disolvería como normalmente lo hacía, pero no, esta vez la sensación era tan real como lucía. Sintió el roce de la piel y la velloidad del pecho y las fibras de algodón, así como una ligera humedad por el sudor corporal, y el aliento, era verdadero. Era humano.

Los demás permanecían boquiabiertos. Anita y Timoteo apretaron sus puños y se alistaron para lo que estaba a punto de ocurrir.

Ernesto puso una mano sobre la muñeca delgada de Corina y la retiró lentamente hasta que los dedos soltaron la camiseta y la mano de Corina se liberó temblorosa así como ella que retrocedió con la mirada desencajada.

—Por favor, te suplico que no comas ansias, mi niña. Después de todo... Tendremos mucho tiempo de sobra... He venido por ti...

El piso comenzó a vibrar levemente, y las paredes de la residencia se balanceaban con destreza, los candelabros empezaron a emitir un tintineo por el choque de los cristales entre sí. De pronto el ambiente empezó a perder la forma, el techo se alejaba y los objetos se deformaban adoptando figuras distintas. Las pinturas se escurrían y los marcos se desprendían y se volvían serpientes. Los zoclos de las paredes se convertían en olas de madera, los muebles se ensanchaban o se achicaban, los marcos de las puertas se salían de su sitio, la alfombra se movía como si fuera dunas en el desierto, el entorno crujía y se volvía como una gelatina que trepidaba y

amenazaba con desbordarse del orden.

Anita se soltó de Timoteo, sacó de su blusa un pedazo de amatista y extendió su brazo, entonces la piedra se encendió en un halo de luz púrpura que se proyectó directamente hacia Ernesto.

—¡ATRÁS!

Ernesto se burló, graznó y en un movimiento instantáneo cogió a Corina por el cuello, los brazos se le desproporcionaron en una musculatura repleta de venas hinchadas y se le rompieron las mangas de la camisa. Corina pataleaba en el aire y su falda colorida ondeaba con lentitud, como si la gravedad del espacio la hubiera arremetido. Rodrigo le soltó la mano a Édgar, sacó su collar con amatista y obsidiana y lo dirigió hacia el monstruo, Timoteo sacó un amuleto de ojo de tigre y lo extendió al unísono. Los Zurita empezaron a caminar con firmeza hacia el demonio, pero este no soltaba a Corina. Édgar reviró a sus costados y todo lo que conocía se estaba transformando en materias sin uniformidad, agarró una lámpara de mesa que se había vuelto una tira llena de ondas pero que seguía estando pesada por el acero inoxidable, cogió impulso y la lanzó directo hacia la cabeza de Ernesto.

¡GRAAAC!

Corina aterrizó en el suelo y empezó a toser. Édgar no pudo esperarse a que aquellas piedras de colores hicieran efecto. Entonces una vez libre, Corina se deslizó por la alfombra con asombro. Y las luces de los tres minerales empezaron a destellar con más fuerza. Los cuarzos emitían rayos que se transformaban en ondas que rebotaban en el cuerpo de Ernesto, y al estar por completo iluminado, comenzó a retorcerse y gimotear. La ropa se le empezó a romper y su anatomía aumentó de tamaño. Las venas se le saltaban del cuello, los antebrazos y los muslos. La boca se le empezaba abrir de una forma espeluznante y sus dientes se transformaron en filosos triángulos. La cabeza le incrementaba de tamaño con cada retortijón, entretanto los Zurita mantenían los cuarzos firmes como si se trataran de revólveres y avanzaron hasta que quedaron los tres hombro con hombro enunciando unas palabras que nadie más entendía, era una oración en una lengua desconocida que daba la intención de que la energía errante se despojara de cualquier envase terrenal.

¡GRRRR!

A Ernesto se le recorrió el cráneo hacia atrás, de pronto la cabeza era un óvalo ciclópeo y la piel se le tornó grisácea y sin vello. Y seguía gruñendo. Plumas negras fueron expedidas por su espalda y le surgieron alas gigantes, los ojos se le volvieron de sangre y la boca se le hizo una con la nariz en un pico de cuervo. Extendió un brazo que se había transformado en garra y de un solo movimiento tumbó al trío de sanadores y ellos se estrellaron contra una pared. Corina corrió a socorrerlos, Édgar se dejó ir contra el que ahora era un ser vivo terrorífico que hacía ruidos espeluznantes y salpicaba saliva. Intentó llegarle con un puñetazo pero también fue lanzado en el aire. Édgar cayó sobre unas esculturas que ya parecían gomas de mascar adheridas a una base metálica y se quebraron al igual que la única mesa que los dividía en la estancia.

—¡Ha llegado la hora! Jajajajajaja —anunció el esperpento y empezó a levitar y de su cuerpo emanaban descargas eléctricas color azul. Avanzó hacia el cúmulo de heridos y extendió su garra hacia la joven Mendoza que estaba ayudando a reincorporarse a su cuñado y este a la vez a sus padres.

Atrapó a Corina, la cogió del estómago y la alzó. Rodrigo alcanzó a cogerla del tobillo y le puso ambas manos, apretó. El demonio se zangoloteó ante el impedimento, pero impulsó sus alas para liberarse del metiche. Anita agarró a su hijo y así sucesivamente lo hizo su esposo con ella.

—¡No te la vas a llevar! ¡Vuelve a tu planeta! ¡TE LO ORDENO! —clamó Timoteo con la voz más enajenada que había podido utilizar en su vida. Sabía que tenía que exhortarle a que lo obedeciera, después de todo, a esas alturas, sabían que la criatura con la que se enfrentaban no pertenecía a ese plano existencial.

¡GRRAC! ¡GRRAC! ¡GRRRRRAC!

El cuerpo gris aleteaba con voluntad y los ojos le enardecían, entonces descendió y comenzó a lanzar picotazos, le hizo cortadas en los rostros a Rodrigo y a Anita, pero ellos no dejaron de darle lucha proyectando puñetazos y hasta manotazos, Corina seguía batallando por liberarse de la garra gigantesca que la tenía comprimida en la nada, las náuseas la comenzaban a debilitar, incluso así se mantenía pateando y pegándole a los dedos pegajosos del monstruo que le rodeaban la cintura y le impedían respirar profundo, además su largo cabello ya estaba suelto por completo y le estaba perjudicando la defensa, se le atoraba entre los labios y de repente ella mismo se lo jalaba cuando alguna mecha se entrometía entre los dedos de la bestia. Continuaba retorciéndose.

—¡Corina! ¡Es tu turno! —gritó Anita con desesperación—. ¡Hazlo!

Corina oyó el llamado pero no comprendió. Ante las reiteradas exigencias de la señora le preguntó que qué hacía. Y sí, ¿qué podía hacer? Estaba imposibilitada.

»¡Tus ángeles! ¡Están contigo, úsalos! ¡Ahora!

¡BAM! Una bala rozó al monstruo.

—¡NOOO! —gritó Timoteo.

Édgar se había escabullido hasta el estudio de su padre y había sacado de la caja fuerte una pistola que solamente debían utilizar en casos de emergencia, claro estaba que aquella era una situación de ese carácter, pero nunca imaginó que le prohibirían disparar. Lo intentó de nuevo y falló. Por suerte no tenía práctica y sus lecciones de adolescente en la escuela de tiro las había olvidado con el paso de los años.

»¡Detente!

—¡No dispaes, hijo! ¡Está en el cuerpo de tu padre!

JAJAJAJAJAJA.

El candelabro se empezó a despegar del techo. Una fuerza invisible lo estaba moviendo. Un impulso más y... el soporte se trozó y más de sesenta kilos de cristalería, metal y cuatro baños de oro de veinticuatro kilates golpearon al monstruo por la espalda, sus alas se desplomaron y en sincronía todos regresaron al suelo, para ese momento ya Rodrigo había estado suspendido y Anita permanecía de puntas en la alfombra gracias al peso que Timoteo había impuesto sentado en el suelo y procurando no soltar de las rodillas a su mujer.

—¡¿Qué carajos fue eso?! —bramó Édgar con incredulidad.

El monstruo se retorció en el suelo, estaba empezando a recuperar la conciencia.

—¡Rápido, el cubo de metatrón! —mandó Timoteo a su hijo—. Está en la cajuela de la camioneta.

—¡La puerta está bloqueada! —contestó él.

Corina, que había caído de rostro directo al piso, giró de un jalón y bocarriba, todos pudieron ver sus ojos completamente abiertos. Blancos, sin córneas. Resplandecientes. El cabello le levitaba como si estuviera adentro del mar. Extendió un brazo en dirección a la entrada. El entorno recobró su forma original y la puerta principal se abrió, la luz del sol entró y se pudo ver que salió vapor del suelo.

No se debía ser más claros. Rodrigo salió disparado hacia el exterior.

—Te lo dije... —dijo Anita.

—Es una de ellos —afirmó Timoteo y con esfuerzo se puso de pie luego de ayudar a su esposa.

El cuerpo de la joven Mendoza flotó, enderezándose hasta que los pies se instalaron de nuevo en el piso. Édgar retiró el dedo del gatillo del calibre 22 que había adquirido Rafael cuando era joven en una subasta de una mansión en Gran Jardín; estaba embobado viendo el espectáculo celestial que se estaba suscitando. El ente comenzó a gruñir de nuevo y sus ojos se volvieron todavía más rojos y destellaban a distancia, empezó a incorporarse y extendió las alas en un reflejo instantáneo, así, sus pies se volvieron de dos dedos, arrugados y violáceos, gelatinosos... corrió hacia ellos, llegaría primero con Corina: Ella estaba de pie, dándole la cara y expeliendo dorados de su aura.

GRRRRRRRRRRRRRAAAAAAAAAAAC.

Los pasos del monstruo hicieron vibrar la casa. Rodrigo entró con el cubo de metatrón y en cuanto cruzó el umbral le fue arrebatado y voló hasta caer sobre las manos de Corina. Entonces el cuarzo del que estaba construido se iluminó.

¡PUAAAAJ!

El demonio se detuvo de golpe y sintió la repelencia. El cuerpo de Corina se despegó de la alfombra y su falda y su cabello se movían con suavidad, tal cual estuviera en las profundidades del espacio sideral. La luz de sus ojos se intensificó y ahora eran dos faros que iluminaban lo que el sol no alcanzaba en el recinto. Los vitrales y los ventanales se rompieron. Los muebles, la basura y el desastre que estorbaban se recorrieron a los costados, así quedó Corina y el monstruo frente a frente, sin nada de por medio.

Los cuarzos, el péndulo, los collares, las pulseras, básicamente todo lo que portaba la familia Zurita y que a Édgar alguna vez le había llegado a dar miedo o gracia, se desprendieron de ellos en un segundo y flotaron hasta llegar a estar encima de Corina. Ahí los minerales empezaron a crear un torbellino de luz hasta que se hicieron una esfera de electricidad que se introdujo en el cubo de metatrón y provocó que se expandiera un halo de luz por el lugar, como una fuerte ráfaga de viento.

Quiso retroceder pero no lo logró, el adefesio ahora estaba siendo controlado por una fuerza más grande que él. Del cubo de metatrón que ahora Corina tenía colocado de cara hacia el monstruo salieron sogas electromagnéticas casi transparentes, con una textura tornasol, que rápidamente envolvieron al gris. El demonio empezó a sacudirse con esmero, sin poder escapar, se le deshicieron las alas, le desapareció el pico y perdió su forma cotidiana hasta que se transformó en un cuerpo asexual con ojos negros en forma de semillas y una cabeza protuberante que hacía que su hocico luciera diminuto, sin nariz y con las extremidades delgadas y los dedos flacos y desalineados.

—¿Qué mierda es eso?!

—¡Jamás fue tu abuelo, jamás fue tu papá! —aclaró Anita efusivamente—. Es...

—¿Qué?!

—Es algo que no pertenece a este mundo... —añadió Timoteo y en un santiamén los juntó a todos para que quedaran detrás de la Mendoza levitante y junto a su esposa y su hijo, nuevamente empezaron a recitar la orden de despojo.

Édgar ya no cavilaba si seguía soñando o si alguna vez había despertado. Todo estaba muy loco. Pero daba igual. No era momento de poner en duda lo que ocurría en vivo y a todo color frente a sus pupilas.

AHÓ-AHÓ-AHÓ

Cantaron los Zurita. El extraterrestre se desprendió con un resoplido de Rafael, y este se desvaneció hasta caer en el piso. El cubo de metatrón absorbió toda las moléculas de aquel campo energético que ahora se estaba desfigurando y volviéndose polvo mientras lanzaba chillidos de muerte. La luz se lo tragó y de pronto ya no había nada más ahí. El cubo de metatrón se mantenía temblando, entonces éste se liberó de las manos de Corina, se elevó a lo más alto, resplandeció y explotó. Trozos llovieron por todo el recinto. Corina empezó a descender rápidamente, Timoteo alcanzó a cogerla y la reposó en sus brazos.

El mal se había esfumado.

*

En el más allá, el punto medio que pasaba a la siguiente dimensión cósmica se resquebrajó. Un individuo regresó de súbito, la energía que constituía su poder se diluyó y los átomos revolotearon en la nada, hasta que encontraron de nuevo su composición.

*

Varado entre manchas de múltiples colores, Rafael pudo visualizar cómo su cuerpo se hacía puré y caía al abismo. Él solo recordaba lo que había sucedido hacía unos segundos en su cosmos. Entrar a la habitación de su hijo y encontrarse con un espíritu que juraba ser su padre. Ernesto Mendoza, el patriarca que lo había criado y apoyado con amor y al que jamás llegó a comprender por completo el porqué de sus actos. Sintió que se acercó a él y lo tocó. Ahí fue cuando se percató que algo andaba mal, la mente era demasiado fuerte para traer a la realidad un objeto de sus alucinaciones, o aquello, era auténticamente real. Dentro de su psique, no pasó mucho tiempo, fue como si hubiera reiniciado su *software*, de pronto abrió los ojos y escuchó la melodía de su sistema operativo ejecutándose. Mas no era un tono amable, era una sinfonía de consternación combinada con ansiedad. Era la voz de Édgar, que de momento lo tenía agarrado de un brazo y le estaba llamando con voz férrea y exaltada, a que despertara. Habían ocurrido muchos eventos de los cuales después se enteraría, malas acciones provenientes de él, siendo más claros, provenientes del ente de baja vibración que lo poseyó.

—¿Qué... Dónde estoy?

—¡Papá! Eres tú... —musitó Édgar.

Timoteo y Anita recostaron a Corina sobre la alfombra y una vez que la extendieron, reposaron sus manos en su pecho, comenzaron a emanarle energía de luz para que se limpiara de cualquier residuo energético que no le perteneciera, después continuarían con Rafael, pero él no se dejaría, no entendía ni quiénes eran ellos. Rodrigo se aproximó a Édgar y lo cogió de un hombro en muestra de apoyo, de pie, veía a su suegro como un peluche despanzurrado.

—¿Quién es el?

—Creí que ya sabías...

—Soy Rodrigo Zurita, señor. Mucho gusto —contestó rápidamente Rodrigo, dándose cuenta de que su cuerpo ya estaba siendo controlado cuando lo conoció la noche anterior. Le extendió una mano y Rafael lo sujetó, después Édgar hizo lo mismo, y con suavidad ayudaron a que Rafael se levantara.

A Rafael le dolía la cabeza y sentía un regusto amargo en la boca, se espantó cuando vio que Corina estaba tendida en el suelo y que estaba siendo manipulada por un par de adultos que tenían pinta de *hippies*.

—Hijo, explícame, por favor. ¿Qué ocurre? ¿Qué le pasó a tu hermana? ¿Y ellos quiénes son?

—Eh... —Édgar apenas y concebía todo lo que había sucedido en las últimas horas, estaba igual de aturdido que él, y ni siquiera había tenido descanso después de su secuestro. Si tan solo

su padre supiera todo lo que había pasado.

—Señor —dijo Rodrigo con un aire de cortesía tan marcado que a su novio le vibró el estómago de la atracción—. Ellos son mis padres, Timoteo y Anita. Y yo, como ya le dije, soy Rodrigo. El novio de su hijo... Y tenemos mucho de qué platicar.

Rafael quedó sin habla. La estancia se quedó por fin en calma. Corina recobró la consciencia y abrazó al matrimonio Zurita. Ella sí recordaba lo que había sucedido. Lo que no podía aseverar era cómo había logrado deshacerse de ese monstruo. Externó que ella perdió la voluntad propia y algo más la había controlado. Lo único que podía expresar después de todo, es que había sido hermoso, que frente a ella había divisado lo más bello que había podido ver. Eran las luces de sus ángeles y la entrada suprema hacia el camino de la Fuente Universal.

A mediodía, la mansión Mendoza se llenó de charla, presentaciones y muchas explicaciones, con manzanas, peras y palitos. Ya habría momento para hacer la limpieza. Nada más quedaba reposar y tratar de vivir con lo que había pasado. No buscarle más detalles de los que habían dado Timoteo y Anita. Fueron contundentes con su analogía: “Señor Mendoza, su cuerpo físico fue adueñado por un ente gris, un ser de otra dimensión que se teletransportó a esta superficie para desencadenar la maldad. Estos son inteligentes, se entremezclan entre los linajes familiares, las emociones y las memorias presentes y ancestrales de quienes desean poseer. Por eso conocen la información y saben cómo utilizarla a su favor. Gracias a su hija, que es un espíritu ascendido que ha regresado al planeta Tierra pudimos regresar a ese espíritu a su lugar de origen con ayuda del cubo de metatrón. Y por lo demás, estamos muy orgullosos de ser familia”.

No fue ese día, sino hasta unos días más tarde, cuando Rafael abrazara a sus consuegros y les agradeciera a la par en que les pedía que le explicaran a fondo lo que le quisieron dar a entender aquella mañana de locura. A Édgar lo estrujó entre sus brazos apenas tuvo las fuerzas. Sin duda no se lo esperaba, pero ya antes había defendido a otras personas por sus orientaciones sexuales. Que su hijo fuera homosexual no significaba nada negativo para él. Lo amaba y así lo haría por el resto de su vida. Pero faltaba el enfrentamiento con su esposa, dado que no tenía ni idea de lo que le había hecho, en su cabeza solamente yacía la incógnita de dónde podría hallarse ante todo lo que había sucedido. Entonces recordó que, había descubierto que ella le había sido infiel, y su corazón apechugó. Aquello le sería más fácil de digerir cuando se encontró con ella antes del anochecer.

Capítulo 15

Cortando hilos

Cuando Susana de la Garza tenía siete años, lo primero que contestó cuando un sacerdote al terminar la misa le preguntó que qué soñaba con ser de grande, fue ser una esposa ejemplar. A lo que el anciano de sotana con aroma a lejía sonrió y luego le obsequió un beso cariñoso en la frente; vio en ella una futura cristiana devota. Al manchar las sábanas de sangre, aquella fantasía de convertirse en doña y criar a un cuarteto de engendros mocosos y traviosos pero de buen corazón se esfumó en un cólico que le hizo gritar mientras yacía sentada en el escusado y su madre le ponía compresas calientes en el cuello y en el vientre. Se convenció en que ser mujer ya era demasiado complicado y todavía vivir a expensas del hombre era un acto injusto. Fue cuando se le metió el gusanito de estudiar modelaje y se miró como supermodelo de talla grande. Sabía que su idea era una barbaridad y no le interesaba, había muchas personas que triunfaban en la vida y eran gordas, ella podía ser una de ellas.

La situación en el país era solo una excusa para quien de plano no tenía la valentía de arriesgarse a cumplir sus metas aunque tuviera que morir de hambre en el intento, y eso aplicó para Susana al enfrentarse al mundo real. Salió de la universidad con una patada de la buena suerte en el trasero por parte de su profesor, aunque más que patada fue arrimón pero ella se lo calló, después de todo lo admiraba y era la última vez que lo vería. Entonces al llegar a casa les dijo a sus padres que ya había cumplido con su promesa, terminar esa carrera que a ella no le gustaba, sin pensar que en el futuro sería lo que más amaría, les avisó que iría a buscar academias de modelaje y visitar agencias para que la fueran conociendo. El dúo de ricachones ahogó la carcajada y le dijeron que hiciera lo que le diera la gana, evidentemente nadie les podía contar cómo era su hija. Sabían que pasarían unas semanas, quizá unos meses y desistiría, para eso, ellos ya tenían arreglada una plaza en el gobierno en turno. El padre había sido parte del gabinete en los ochentas y por lo tanto, los dinosaurios actuales eran amigos más allá de copas de whiskey y puros habanos.

No había nada que perder, la familia la mantenía, le pagaban sus clases para saber cómo dejar caer las caderas, dar vueltas en distintas posturas, lucir el tacón y cómo alzar el mentón. Un año le duró el gusto cuando se percató que no la consideraron para una exhibición y que la directora de la institución había aceptado su inscripción porque su padre la había sobornado. Sufrió un ataque de ansiedad como no le daba desde pequeña, cuando un niño le jaló las coletas con ligas rosas y despertó su furia ocasionando que el sinvergüenza terminara con la nariz sangrante y un diente flojo al ser azotado sobre una columna de una resbaladilla. Ante aquel suceso los padres la llevaron con un psiquiatra y le diagnosticaron trastorno de ansiedad generalizada. Después, en la academia de modelaje, agarró un *photobook* que habían olvidado sobre una mesa de cristal y se lo lanzó a la directora, el objeto le dio justo en la cabeza a la mujer y se cayó hacia atrás tumbando algunas estatuillas de certámenes ganados. La expulsión fue eminente.

Luego de regresar a sus medicamentos y un lustro más adelante, por fin el padre de Susana, al notar que su hija estaba mejor que nunca y que él estaba cansándose de tener a una carga en casa que solo servía para exigir más y más en lo material, le consiguió un puesto como coordinadora de Comunicación Social y ahí Susana demostró que la manía la había dejado atrás.

Si Rafael no hubiera entrado a su vida, probablemente Susana seguiría viviendo con sus padres, con todo y trabajo bien pagado. Aquella tarde que había ido a degustar unos *waffles* con mantequilla y queso crema al Dairy Queen de Campestre no tuvo suficiente y decidió ir al restaurante Doña Chilaca, porque de repente su panza le exigió unos sopes de maíz con cochinita pibil. Sin esperarlo, saludó a unas viejas compañeras del colegio que estaban sentadas en una mesa a lo lejos, no vio el charco de café que yacía en el azulejo del establecimiento y la parte delantera de su tacón Versace izquierdo patinó e hizo que Rafael chocara con ella. No fue amor a primera vista, de hecho se sintió muy ofendida cuando aquel hombre nada galán le dijo que le había arruinado su camiseta. Ante las disculpas vio cómo Rafael pasó de un enojo considerable a una empatía azucarada. Eso le llamó la atención y por tercera vez en su existencia utilizó sus conocimientos de modelo para seducir a un varón. Las dos primeras oportunidades habían sido con exnovios, relaciones que habían terminado por no soportar verla comer tanto y porque ellos jamás le podrían dar la vida de caprichos que ella ostentaba. Así movió sus caderas pronunciadas y sus pechos abundantes y sonrió en una mueca que a Mendoza le pareció bochornosa, no obstante, él miró en ella una mujer disponible y que tenía elegancia y porte.

Meses después de noviazgo, Rafael quería sentar cabeza, no preocuparse más por la soledad de sus recovecos en la mansión y gozar de una mujer que lo cuidara, que velara por él y se entregara por completo. Eso le había demostrado Susana, y él también estaba a la altura de las expectativas de ella. No había más qué pensar. Le compró un anillo de diamantes y se le declaró en Casa de Piedra.

Durante sus veinticinco años de matrimonio Susana jamás creyó que tendría un amante, a decir verdad lo llegó a pensar y muy pocas veces de Rafael, por lo que le decían sus amigas del club luego de terminar sus partidos de tenis, que si a mí Eulalio me engañó con su secretaria, que si mi viejo se besó con su *manager*, que si me dijo que solo había sido sexo, que nomás la puntita, etcétera. Todo aquello reforzaba su idea para desconfiar, pero nunca fue bastante como para en serio preocuparse. Era consciente que la gracia y el encanto de Rafael se descubrían al conocerlo, y para una mujer de calzones fáciles pasar por ese tiempo de exploración era de flojera, además para su tranquilidad ya había hecho acuerdos con la secretaria de presidencia, la recepcionista y hasta con el portero de la fábrica de Calzado Mendoza por si figuraban un comportamiento fuera de lo común. No había nada que temer.

Sentada sobre la ambulancia mientras que una enfermera le ponía tiomersal en una cortadita de la frente, Susana pudo ver instantáneamente su historia. Y supo una sola cosa. Su locura había vuelto. Eso se dijo a sí misma. Era la explicación que se daba por haber visto a Rafael conduciendo ese auto y después ver que no era él, sino un joven equis que probablemente había robado el automóvil. Tenía que llamar a la casa para comunicar lo que estaba pasando, así como confrontar a su esposo. Miró la escena en la que ella les confesaría a sus hijos que ya no quería compartir cama con su padre y eso la destrozó. No solo el hecho de la separación sino que se iría con otro hombre. Porque eso planeaba hacer. Lo que más quería en ese segundo era fugarse y no saber nada. Su jefa ya había muerto. ¿Ella sería la siguiente? No le convenía quedarse ahí y averiguarlo, era la excusa perfecta. “Me voy porque temo por mi vida y porque ya no quiero estar con su padre” pensó decir.

—Señora Susana, su acompañante despertó —dijo una muchacha de la Cruz Roja en cuanto llegó con ella.

Juan Martínez Guzmán tenía la nariz y la frente inflamadas, varias curaciones en su mejilla derecha y los labios resecos, al ver a su hembra esbozó una sonrisa de plenitud que inclusive enamoró a la auxiliar de la ambulancia. Quiso levantarse pero los paramédicos le indicaron que no, ya estaban a punto de subirlo a la camilla y llevárselo al hospital. Él le indicó a Susana que se inclinara para besarla. Ella obedeció y con lágrimas en sus ojos le dijo que lo amaba. Entonces el personal de primeros auxilios realizó su ritual y lo subieron al transporte. Le preguntaron a Susana si subiría con ellos y ella les dijo que no, ella llegaría después a la clínica.

Se tomó el resto de la tarde, confió en que Juan comprendería por qué no estaría a su lado, o en caso contrario, ya le explicaría después. Aquel espacio de libertad era necesario. Caminó y miró por última vez el Mercedes Benz, divisó a los elementos de tránsito y policía y sin que estos le pusieran un ojo encima ella se retiró lentamente, moviéndose con seguridad, atravesando el ambiente como si fuera una flecha disparada al horizonte. Levantó la mano e hizo que se detuviera un taxi, lo abordó y se fue.

Eran las 6:46 p.m. cuando llegó a la casa. Accedió y sintió que muchas cosas habían cambiado. Para empezar había menos muebles, había un vacío enorme en la recepción. No había vida. El aire de lujo, comodidad y placidez hogareña se habían difuminado. Así lo sintió Susana, y no estaba equivocada, aquella propiedad ahora se sentía ajena, como si lo que la ataba a permanecer dentro de esas paredes se hubiera roto, y en el proceso, se hubiera perdido el indicio del comienzo y el final, sin posibilidades de reparar el daño. Habló varias veces pero nadie le contestó. Decidió aventurarse y subir las escaleras para dirigirse a su habitación. Era extraño, pero su ansiedad se había sustituido por melancolía, el temor que había concebido la noche pasada se había trastornado, y ahora le daba la valentía necesaria para atreverse a inmiscuirse más entre la estancia del desierto.

Tuvo la curiosidad de asomarse por el ventanal roto que yacía en el pasillo de la segunda planta, por un segundo le extrañó el caos que se había maquillado con una limpieza reciente, pues no había vidrios ni residuos de destrucción, pero las ventanas sin cristal confesaban todo. Al tener el rostro iluminado con el anaranjado del ocaso, descendió la mirada hasta su jardín y se volvió a culpar por todavía no haber reparado la fuente de cantera. Sin embargo, lo que atrajo su atención de súbito fue ver a su esposo sentado en una banca, con la vista hacia el horizonte, como si estuviera esperándola. Rafael parecía Forrest Gump de espaldas. Y como si él la hubiera sentido, giró su cabeza y la miró con una expresión neutral. Susana supo que la histeria que se había desatado en su marido había desaparecido. Mas estaría preparada por si ocurría algo. Ya no dudaría en atacarlo si había la necesidad.

Entonces se retiró del hueco y bajó al primer piso, pasó por sala, cocina y comedor hasta llegar al exterior, donde las jardineras y las esculturas le sonrieron y le brindaron una paz inusitada. El viento le movía el cabello con gracia y un aroma a jazmín se colaba desde lo lejos, creando una atmósfera de tranquilidad con los escasos rayos del ámbar del cielo. Caminó hasta que quedó a unos metros de Rafael, no se atrevería a acercarse más. Sintió debilidad en sus extremidades y eso la aterró. Simplemente estaba exhausta. No había dormido en más de treinta horas. Humedeció sus labios.

—¿Dónde está Édgar?

—Está bien. Acabo de enterarme de todo. ¿Qué tanto sabes tú? ¿Y qué te pasó? —expresó naturalmente Rafael mientras por inercia comprendió que no podía aproximarse más, se mantuvo

de pie, firme hacia la postura frágil de su esposa. Desconcertado por las magulladuras en la cara ajena.

A Susana se le arrugó el entrecejo, de pronto no sabía si enojarse o acoplarse a la pasividad del momento.

—No te entiendo, Rafael... He venido aquí porque Corina me ha dicho que Édgar ya estaba a salvo... ¿Dónde está mi hijo?

—Ya. Él está bien. Te lo aseguro. Se lo han llevado a la casa de los Zurita, junto con Corina. Les recomendé que se quedaran un par de días con ellos para que todo estuviera en orden aquí... Te doy la dirección si quieres ir a verlos.

—Espera —Susana se agarró la frente con el pulgar y el índice mientras fruncía su expresión—. ¿Por qué nadie me consultó? ¿Por qué con ellos? ¿Te refieres a la familia del... dizque... del amigo de Édgar? ¿Por qué permitiste eso?!

—Me contaron que tú sabes que Édgar es gay, ¿cierto? Rodrigo es su novio, Susana. Y sus padres son buenos. Nuestros hijos están en buenas manos...

—Solo quiero ver a mi hijo, eso es todo —interrumpió Susana perdiendo la paciencia—. ¿Y por qué hablas como si todo lo que pasó alguien más te lo hubiera dicho? —se golpeó la frente con una mano—. Perdiste la razón, ¿o qué?

—No recuerdo nada de anoche, te puedo explicar si...

—¿Qué dices?! No, Rafael. No me salgas a mí con esta mierda —enfureció Susana y proyectó saliva al aire—. No estabas ebrio, ni... ¿acaso consumes drogas? Porque solamente eso explicaría que me salieras con esta barbaridad. Ahora me vas a decir que no recuerdas lo que me hiciste.

Rafael tragó saliva y percibió la culpabilidad entreverándose por sus entrañas.

»¿El golpe que me metiste sí está presente o te lo tengo que recordar?! ¿Ya les contaste eso a nuestros hijos?

—No sabía... Yo no fui... Quiero decir yo...

—¡Cállate, Rafael! No digas más —Susana empezó a llorar—. Esperaba todo, menos esto. No puedo soportar que lo niegues.

—Por favor, no me digas que yo te provoqué eso.

—¡Esto! —ella señaló su ojo violáceo— ¡Esto sí! Lo demás me lo provocó tu cómplice.

—¿Qué?!

—Al que enviaste para que nos matara.

—Juro que no sé de lo que hablas —Rafael se estaba hundiendo en un agujero negro, deseaba que todo cuadrara y poder dar una certera explicación, pero su contrincante estaba tan confundida como él.

—¡Por favor! Lo enviaste en tu carro. ¡Tu carro! ¡Por tu culpa Juan está en el hospital! ¡Y fallaste, no lo lograste y, te voy a refundir en la cárcel!

—No, espera. ¿Quién es Juan?!

Susana se vio fuera de sí, ¿acaso el mundo había perdido la cordura? Rafael no tardó muchos segundos en hilar la información, recordó aquella mancha blanquecina que descubrió en ese vestido de gala, entonces ese reclamo tuvo sentido, y ahora también había una explicación ante la desaparición de su Mercedes Benz. La policía se pondría en contacto con él en unas horas.

—Ah... Juan, ¿es tu...?

—¡Dios mío! —Susana soltó una risotada de frustración—. ¿Pero qué clase de juego quieres jugar conmigo, Rafael? ¡Ya basta!

—Susana... Anoche no era yo, estaba poseído por un demonio que...

Susana dio media vuelta, alzó los brazos y los agitó liberando frustración y luego se cogió el rostro, desencadenando impotencia y desesperación. Gritó para que el otro se callara, y simplemente ya no sabía cómo proseguir. Lo mejor era irse al hospital. De lo que sí estaba segura era que ya no quería quedarse ahí. Su hogar se había convertido en terreno extraño.

—¡No puedo! Solo... No puedo. No sé qué carajos te está pasando... —retornó el semblante hacia su marido—. No voy a entrar en tu locura, no me vas a llevar contigo, ¿entendiste?

—Susana, te lo suplico. Sé que es difícil de creer pero te lo puedo explicar todo. Édgar y Corina te lo pueden decir. Ellos, escucha esto, ellos te pueden decir la verdad. ¡Ve con ellos!

¿Qué más podía hacer la trastornada Susana? En ese instante su cabeza daba vueltas y se atemorizó al pensar que vendría un episodio de ansiedad frenética, se supo débil y que necesitaba ayuda profesional, de pronto su cuerpo empezó a subir de temperatura y supo que tenía que alejarse de lo que le estaba causando daño.

—¡Dime dónde están y yo iré! —exigió y luego de recibir la dirección la repitió tres veces en su mente para memorizarla—. De una vez te digo, que esto no se va a quedar así, Rafael. Vas a pagar por lo que me hiciste y tus hijos sabrán de lo que eres capaz. ¡Ya lo verás!

—Por favor... —Rafael dio unos pasos hacia adelante.

—¡Aléjate! No te me acerques —gruñó Susana y comenzó a retroceder—. Recuerda que tengo mis contactos, Rafael. ¡Te vamos a acabar! Y no trates de buscarme, ya no quiero. ¿Oíste? ¡Ya no quiero! —explotó un lamento comprimido, se agarró el pecho y sintió su taquicardia. Giró rápidamente y con paso firme empezó a irse.

—¿A dónde vas?! ¡Susana!

Ella no volteó. Desapareció por las puertas francesas que daban acceso al comedor.

Como si fuera una regresión, Rafael quedó postrado en sus piernas tambaleantes, a la víspera de tiempos mejores. Se le desgarró la garganta y cuando notó cómo la soledad lo penetraba, lloró con esmero, apretando el abdomen y tapándose la boca con una mano, en lo que se le mojaba por la cascada que se desparramaba de sus ojos, entre sollozos y gemidos de angustia. Se desplomó en una banca y continuó llorando hasta que la luna por fin tomó posesión de la noche y las estrellas lo iluminaron sintiendo lástima por él.

En aquel momento se figuró solo por el resto de su vida. No obstante, una mujer de su pasado reaparecería meses después y le regresaría la esperanza.

*

Escondidos detrás de la ventana de la sala principal, el matrimonio Zurita vislumbraba cómo Édgar y Corina se descosían en argumentos para que la madre de estos pudiera entender los últimos sucesos. Tanto Anita como Timoteo sabían que no tenían razón para estar ahí, muy en el fondo habían previsto el futuro, y en este no figuraba ningún entendimiento por la matriarca Mendoza. Por eso le indicaron también a su hijo que se mantuviera dentro de casa, dentro de esa charla no había cabida más que para la familia. Se dispusieron a vibrar en positivo para que la discusión terminara sin heridos, por lo menos físicamente.

Susana jaló a Édgar con el afán de sacarlo de aquella casa de desquiciados y pervertidos que lo habían confundido más de lo que ya estaba. Corina no podía más que luchar para que hubiera un gramo de comprensión en Susana, pero ella misma sabía que su discurso era como cantarle al concreto. La madre casi se descompensaba, no podía creer lo que le decían, solo quería rescatar a su hijo, pues su otra progenie ya estaba perdida desde hace mucho tiempo. Quería curarlo, o por lo menos, que dejara de ser y de hacer lo que hacía en el presente, ser un “error de la naturaleza” y por demás, ayudarlo para que levantaran la denuncia en el ministerio

público en contra de su secuestrador. Aquello ya lo había planeado Édgar, pero no deseaba hacerlo con su madre, sabía que las circunstancias serían bochornosas. Por lo tanto, ambos jóvenes Mendoza enraizaron sus pies a la banqueta.

Quiso patatear. Susana no reparaba que sus hijos se hubieran puesto en sentido contrario, es más, cuando les confesó que Rafael la había golpeado, ellos, luego de un asombro efímero conjeturaron que aquello había sido una acción más desbocada de aquel ente maligno, y en un respiro defendieron a su padre con la excusa de que él no estaba en sus cabales, tal cual se lo había dicho Rafael antes, pero ahora parecía que el mundo se había vuelto loco de verdad. De pronto, Susana se vio en una pesadilla, donde la única demente era ella, la única que recibía el castigo era ella, a la única que le veían la cara de estúpida era a ella. Se cansó, les advirtió que se alistarán para lo que estaría a punto de ocurrir sobre la demanda que interpondría contra su padre y que ya no regresaría a la casa bajo el argumento de que ya un amigo le había ofrecido asilo, evidentemente omitió su aventura con Juan Martínez Guzmán.

—Si le haces daño a mi papá, jamás nos volverás a ver, mamá —indicó Corina, firme y sintiendo un nudo en la garganta.

Édgar dio unos pasos hacia adelante para tranquilizar la inquietud de su madre con sus brazos, planeaba abrazarla y permitirle que se desahogara, ese pensamiento le vino a la mente junto con el hecho de que sería algo que su novio haría. Pero no, Susana les escupió con las últimas lágrimas que le quedaban, porque había llorado en demasía mientras iba en el taxi camino hacia ahí, que los amaba, que no podía estar de acuerdo con lo que ellos le dijeron, que los perdonaba porque eran muy chavos como para entender que estaban siendo manipulados por un montón de fanáticos espiritistas, que ella estaría ahí para cuando entraran en razón, y nuevamente que, por nada del mundo, les solaparía las locuras que habían salido de sus bocas.

—Mamá, por favor... —murmulló Corina con un hilo de culpabilidad ante la clara prueba de que en esta ocasión había defraudado a su progenitora con lujo, y no obtuvo retroalimentación.

Los tacones sucios y el traje empolvado de Susana se deslizaron con estrepitosa agilidad hasta cruzar la calle y abordar el vehículo donde el chofer aguardaba impaciente. El eco del motor y de los lamentos de una madre desconsolada, amoratada y flagelada retumbaron por toda la calle, mientras las hojas secas de un álamo enorme hicieron un torbellino en el aire y se desparramaron hasta descender sobre el asfalto, finalizando así, con una irremediable despedida.

*

Al cabo de un mes y medio, la mansión Mendoza ya no parecía la misma. Rafael la mandó a remodelar y redecorar. Todo el arte barroco, el mobiliario ostentoso, las alfombras egipcias, los candelabros de corte inglés y el ambiente Luis XV fue sustituido por un entorno más contemporáneo, actual y minimalista. La mayoría de las habitaciones también sufrieron un *makeover* a excepción de la de Édgar, la cual ya no estaba habitada.

Édgar vio la oportunidad de irse a estudiar en el programa de intercambio a Madrid, España, junto con su amado Rodrigo; encontraron un hermoso piso cerca de Chueca. La pronta decisión fue fácil de tomar al requerir, naturalmente, cambiar de aires por un tiempo. Ya regresarían a sus casas con las energías renovadas y con nuevas amistades. Para ambos representó un alivio el poder vivir su romance con libertad en una urbe que promovía el respeto a todo el gremio. Sin embargo, lo más importante era olvidarse de los conflictos que habían ocurrido en las últimas semanas antes de partir, como cuando se enteraron de que el amigo de Susana era su amante, y él, luego de haberse recuperado del “accidente” interpuso junto con la mamirriqui una orden de restricción a Rafael, mientras el divorcio se consumaba con la agilidad de la burocracia. Édgar

entendía las acciones de su madre, por otro lado, le molestó que ante todo se hubiera escudado tras ese hombre ranchero para protegerse y no dar explicaciones. Después de todo le había sido infiel a su padre y aquello no tenía nada que ver con los sucesos catastróficos. Así fue como el amor austero que tenía hacia ella se transformó en un sentimiento inverosímil que no le generaba el desprecio, mas tampoco el afecto. Debido en parte, a que con cada llamada telefónica le decía que podía cambiarlo si se dejaba ayudar, que ya había acudido con integrantes del Frente Nacional por la Familia y ellos le habían recomendado clínicas, clandestinas por supuesto, para curarse y purificarse de las garras del diablo y abandonar su lujuria pecaminosa.

Rafael fue el que insistió en que su hijo se saliera del país, luego de que Édgar trajera a la mesa el tema porque había visto un cartel promocionando instituciones educativas en el extranjero. Rafael se encargaría de la residencia como lo había hecho desde siempre, junto con su hija, a quien ya la habían amonestado en varias ocasiones por ejercer prácticas no éticas dentro de las instalaciones de la universidad, por ejemplo, hacer lecturas de Tarot al alumnado.

Aunque la mansión solo resguardaba a un par de Mendozas, la vibra se sentía más pulcra, pacífica y segura. Corina y el matrimonio Zurita se habían encargado de eso, gracias a constantes limpias con copal humeante, sal de grano, armonizadores de hierbas sagradas y tabaco natural esparcido por todas las esquinas. Sin imaginarlo, Corina creó un fuerte vínculo con sus consuegros, y Anita y Timoteo acogieron a la joven como su hija, impulsados por la ausencia de su retoño, quien inconscientemente ya pronunciaba la “c” y la “z” pegando la lengua al paladar.

Una vez le entregaron el Mercedes Benz a Rafael, lo vendió inmediatamente, lo abarató sin culpa. A pesar de tener la parte delantera destrozada un señor se lo compró en un cifra que a cualquier fanático de la línea le hubiera parecido un insulto. Para Rafael, fue un triunfo deshacerse de ese amargo recordatorio.

Respecto al extraño que había conducido aquel automóvil y había intentado matar a la pareja de tórtolos, continuaba tras las rejas, confundido con su propia historia. En un principio declaró que él había recibido las órdenes en su cabeza de subirse a ese carro abandonado en el Blvr. Cervantes Saavedra y conducirlo hasta dar con esa pareja desconocida; “Era como si estuviera en un sueño, ¿sabe? De esas veces que sabes que tú eres el que está haciendo las cosas pero no tienes control sobre ti mismo.” Siguió en espera de su juicio, ignorando que la fiscalía era presionada por Juan Martínez Guzmán quien aspiraba a darle mínimo una década de condena. El veinteañero que había salido de su hogar en búsqueda de empleo mientras escuchaba en sus audífonos las noticias sobre las revueltas en el centro de León aquella tarde, ahora estaba en un aprieto que su familia no digería. Aquellos susurros con tonos celestiales no habían emergido de los auriculares por causas de interferencia ni por algún error en la emisora de radio, habían sido mandatos enviados desde otro plano para que se introdujeran en su psique. Para su infortunio de ser elegido para esa misión, saldría de la cárcel cinco años después, con tatuajes y entrenado para delinquir.

*

La tarde se antojaba benevolente, sucumbida por una brisa cálida que inundaba las calles de la capital española, las cuales resplandecían con colores vigorosos, intrépidos y alarmantes, con sabores intensos, especiados, carnes y vinos amargos. A la mitad de una avenida concurrida, en el piso número cinco de un departamento lucía un dúo de chicos comiéndose a besos, pegaditos en un conjunto delicioso, observando a la distancia los tejados de las construcciones sevillanas y neoclásicas.

Protegidos por paredes de tono azul de Prusia y mobiliario de caoba con detalles en magentas, amarillos y terracota, la pieza era un santuario para la prosperidad. En el balcón, Rodrigo

abrazaba por detrás a Édgar, mientras este se permitía la seducción, respirando cada vez más profundo, tal cual lo había aprendido desde que comenzó a practicar el *mindfulness*, actividad que no había dejado de hacer puesto que en los últimos días había mejorado su desempeño escolar.

Ambos habían asimilado cómo era amarse en una relación agrídulce como la de ellos; Rodrigo con su positivismo y fantasía inquebrantable, Édgar con su terquedad irremediable. El mundo estaba a sus pies y los sueños más distantes se estaban cumpliendo para cada uno. Por un lado, estar en paz con el universo y disfrutar del amor sin exigencias, por el otro, gozar la sexualidad sin tapujos y sin miedos lejos de todos los conocidos.

Rodrigo recargó su mentón sobre un hombro de su novio, descansó los párpados y suspiró.

—¿Qué ocurre, mi amor? —así era, Édgar ya le llamaba así a su pareja, naturalmente.

—Nada —expresó con ternura Rodrigo y abrió los ojos, trajo más cerca el cuerpo de su hombre hacia él, en un comfortable abrazo que hizo que el Chakra Anahata de ambos se expandiera —. Estoy tan feliz de este momento. Nos lo merecemos.

Édgar le besó una mano y rozó su nariz con la de él. Entonces le dio un beso en la mejilla y se dispuso a apreciar el atardecer hipnotizante.

—Cuando estaba con el Cara de papa me acordé de aquella vez que fuimos a Rancho Enmedio... cuando me dijiste que querías que nos fuéramos a vivir juntos en un sitio como aquél. En ese instante dijiste algo, lo cual yo nunca creí posible...

—¿Qué cosa?

—Que en el futuro no tendríamos por qué escondernos... Tenías razón.

—Todo pasa por algo.

—Ahora lo sé. Y te vuelvo a prometer, como aquella vez, que jamás te dejaré solo, que siempre estaré a tu lado.

Las pupilas de los dos se dilataron y destellaron cual ojos de personaje de anime japonés. Frente a frente se dieron un beso rápido y entraron bajo techo. “Todo está bien en mi vida. Hecho está” decretó Rodrigo en su cabeza apenas atravesó la sala de estar. Entonces percibió una sensación fuera de lo común, se detuvo a mitad del pasillo mientras Édgar iba por las chaquetas que se pondrían para dar un paseo por el Campo del Moro. Édgar, ante la súbita pausa de su querido le cuestionó que si todo estaba en orden, este le dijo que sí, que solamente había sido un presentimiento pero que se había esfumado de pronto, y consideraron que aquello no sería de importancia.

Rodrigo y Édgar pasearon por la Plaza de España, visitando los Jardines de Sabatini y culminando su trayecto en el Estanque de Carruajes. Repletos de miel. Aunados a un lazo que se reforzaría todavía más con el paso de los años, donde el cariño se convertiría en compromiso y maduraría en una lealtad para sus almas, la cual generaría un pacto de luz que les duraría hasta en sus próximas vidas. Porque más allá del sexo y el género, solo existe amor. Solo amor.